

debates

# AMERIS CAMOS

REVISTA SEMESTRAL DE ESTUDIOS HISTORICOS  
Y SOCIOCULTURALES



# LIBRI

ISSN 1026-5015

## Y LIBERTAD.

No.3 LA HABANA  
ENERO-JUNIO 1997

Milicias Libres

Libres



...estipos el día ya próxi-  
... independencia. El es la  
... y él es el yipio de nuestra  
... con el pueblo lo aclama y  
... otra constituido le da el  
... guerra el gran alio y tam-  
... difícil. De Oriente ha  
... lo à Occidente y fuerte y  
... el guerrero más digno de  
... en los combates y allí  
... guía sobre los  
... à los soldados ex-  
... lado los valico-  
... dir, un virta-  
... mismo que

... mientras vive...  
... los que con el imperio...  
... sería degradante y...  
... los venidos...  
... libertad

Libre el noble...  
... más vientos de todos los...  
... Genes al Colón...  
... para vencer...  
... siempre para honrarla.

... Caceré ante los...  
... tres unidades la...  
... respetada y...  
... ignota cruz... pero...  
... el día de la victoria...  
... recordé dos nombres en...  
... la Revolución el nombre...  
... y el nombre de...  
... rader.

## En busca de la cubanidad



# CASA de ALTOS ESTUDIOS **Don** **Fernando Ortiz**

en L y 27, a unos pasos de la colina universitaria, en la residencia que fuera del sabio cubano y legada por él a la Universidad de La Habana, ha iniciado su quehacer en el contexto de la vida cultural e intelectual cubanas.

- Promoción de doctorados, maestrías y posgrados.
- Realización de coloquios, seminarios, talleres y conferencias.
- Encuentros con distinguidos intelectuales del país y el extranjero.
- Intercambio científico y académico con instituciones nacionales y del exterior.
- Desarrollo de series de investigaciones temáticas y eventos acerca de las problemáticas cubana, latinoamericana, caribeña y universal.
- Ampliación de la información especializada en los estudios históricos de Cuba, América Latina y el Caribe, con sus servicios bibliotecológicos.
- Actualización del conocimiento de los investigadores por medio de un Centro de Información y Computación.
- Publicaciones de libros de temáticas dedicada a las Ciencias Sociales con las *Ediciones Imagen Contemporánea* y la revista *Debates Americanos*

Quienes deseen participar en esta actividad universitaria

de cuarto nivel, pueden dirigirse a: **Casa de Altos Estudios**

**Don Fernando Ortiz**

L y 27, Vedado,  
Ciudad de La Habana, Cuba  
Telfs. 32-3200 / 32-6841

**Director:**  
Eduardo Torres-Cuevas

**Subdirector:**  
Rigoberto Pupo Pupo

**Consejo de Dirección:**  
Jorge Luis Acanda, Sophie Andioc,  
Ernel González, Sergio Guerra,  
Oscar Guzmán, Edelberto Leiva,  
Oscar Loyola, Alberto Prieto,  
Ramón Sánchez, Arturo Sorhegui  
y Rubén Zardoya

**Miembros invitados del  
Consejo de Dirección:**

Esther Aguilera, Aurelio Alonso,  
María del Carmen Barcia, Eramis  
Bueno, Aurea Matilde Fernández,  
Román García, Jesús Guanche,  
Fernando Martínez, Esteban  
Morales, Olga Portuondo, Pedro  
Pablo Rodríguez y Oscar Zanetti

**Miembros de honor y  
consultantes:**  
Jorge Ibarra Cuesta, Julio Le  
Riverend Brusone, Eusebio Leal  
Spengler, Hortensia Pichardo Viñales  
y Francisco Pividal Padrón

**Consejo Editorial:**  
*Subdirector:* Luis M. de las Traviesas  
*Editora:* Gladys Alonso González  
*Diseño y maquetación:* Earles de la O  
*Composición de textos:* Florisenda Avila

**Representante en Europa:**  
Sophie Andioc

**Correspondencia y suscripciones  
en Cuba:** Casa de Altos Estudios  
Don Fernando Ortiz, L y 27, Vedado,  
Plaza de La Revolución,  
Ciudad de La Habana, Cuba  
Telfs.: 32-3200 y 32-6841  
**en Europa:** 17 rue de Boyrie, 64000,  
Pau, Francia

ISSN 1026-5015

**Impresión**  
Combinado del Libro "Alfredo López"

*Revista académica promovida por  
profesores universitarios y científicos  
sociales de Cuba, tiene su centro en  
la Casa de Altos Estudios Don  
Fernando Ortiz, Facultad de Filosofía  
e Historia, Universidad de La  
Habana.*

*Debates Americanos surge con la  
intención de buscar respuestas a las  
necesidades de información y  
reflexión en el campo de las ciencias  
sociales y de las realidades cubana y  
americana.*

*Los artículos aquí publicados, sólo  
expresan la opinión de sus autores.*

# debates AMERICANOS

No. 3 LA HABANA  
ENERO-JUNIO 1997

REVISTA SEMESTRAL DE ESTUDIOS HISTORICOS  
Y SOCIOCULTURALES

PENSAR EL TIEMPO **3** En busca de la cubanidad (III)  
...Eduardo Torres-Cuevas

**11** Aspectos etnodemográficos de la nación  
cubana: problemas y fuentes de estudio  
...Jesús Guanche Pérez

**23** cultura, política e identidad nacional en  
Juan Marinello...Rigoberto Pupo Pupo

**29** Historia y nación en Emilio Roig de Leuch-  
senring...Alicia Conde Rodríguez

**39** Cuba: exilio sin historia  
...Ana Suárez Díaz

• • • • • CHE, SIMBOLO EJEMPLAR

CRITERIOS **77** itinerario...Michel Vovelle

Causas esenciales y coyunturales del  
derrumbe del llamado socialismo real **88**  
...Román García Báez

**94** Historia social ¿camino o encrucijada?...Ma-  
ría del C. Barcia Zequeira

**99** El fetichismo de la reflexión filosófica vul-  
gar...Rubén Zardoya Loureda

**106** Influencia de los *Annales* en la enseñanza  
de la historia en Cuba en la década del 60  
...Leonor Amaro Cano

**118** El arte y la ciencia ante el pensamiento  
divergente...Jorge Carlos Potrony García

DIALOGOS **La filosofía en la encrucijada**...Encuentro bi-  
**127** lateral entre filósofos franceses y cubanos

• • • • • EL 13 DE MARZO EN SU XL ANIVERSARIO **140**

DOCUMENTOS-MONUMENTOS... "Si caemos, que nues-  
**153** tra sangre señale el camino de la  
libertad"

ENTRE EL AUTOR Y EL LECTOR **169**

---

# UNHIC

Por acuerdo expreso de su II Congreso, la **Unión Nacional de Historiadores de Cuba**, con el auspicio de prestigiosas instituciones y organizaciones, bajo la advocación: *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, convoca al **Decimocuarto Congreso Nacional de Historia**, siguiendo en su orden la tradición implantada por el doctor **Emilio Roig de Leuchsenring**, con el objetivo de promover el mayor auge de los estudios históricos y su amplia difusión, para propiciar con ese conocimiento la reafirmación permanente de la conciencia cubana en el desarrollo histórico de la nacionalidad y estímulo al más sano patriotismo.

## XIV

# CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA

Las temáticas del Congreso serán:

- **La Guerra de Independencia** (1895-1898), cuyo centenario conmemoramos, y la intervención de Estados Unidos en la contienda —Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana—.
- **La Guerra de Liberación Nacional** (1956-1959), cuyo cuadragésimo aniversario conmemoramos en estos años.
- La **historia regional y local**.
- Las **ciencias auxiliares** de la **Historia** y su estado actual de desarrollo.

---

## Unión Nacional de Historiadores de Cuba

El Congreso realizará sus sesiones del 27 al 30 de octubre de 1997 en la ciudad de La Habana.

# En busca de la cubanidad

**Eduardo Torres-Cuevas** Con su tercera parte y final, el autor cierra con este artículo un conjunto de **significativas reflexiones** referidas a la **concepción estructural** determinante en sus períodos del **devenir histórico de lo cubano**, así como de su **conformación socioeconómica y cultural**. En estas páginas quedan esbozadas ideas principales acerca de un **proceso de evolución de la sociedad cubana** durante las últimas seis décadas decimonónicas, cuya **gran complejidad** contiene “la nueva calidad que adquiere la **formación de la cubanidad**”. ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

Continuidad y ruptura marcan el camino de la cubanidad, y en la compleja interacción de los procesos estructurales, las coyunturas y el acontecimiento fugaz, se forjan sus rasgos más específicos. Si una idea ha estado en el fondo de esta serie de artículos, ha sido dirigir la búsqueda hacia el fondo estructural que determina, a través de los diversos períodos, el trayecto histórico de lo cubano y la configuración de sus perfiles económicos, sociales y culturales. Los tres primeros siglos, en un escabroso proceso de formación de la sociedad criolla, originaron estruc-

turas funcionales *dentro y para la hispanidad*, en que la diferenciación de lo criollo ocurre como singularidad que no rompe la coherencia del universo ideológico del imperio. La irrupción de la plantación y, más allá de lo económico, el surgimiento de una sociedad que gira socioculturalmente en torno a la institución esclavista, desvirtúa y desfigura los valores esenciales del criollismo, en muchos casos simplemente los liquida, pero no logra borrar por completo su huella. Si hablamos de cubanidad, en ella está su sedimento más antiguo. La sociedad esclavista

se alimentó de él y luego, caprichosamente, nos propuso olvidarlo. Por desgracia, muchas veces economistas, historiadores y políticos le han prestado oídos. Pero, sin dudas, la sociedad esclavista con sus violentos procesos de estructuración, también dejó una impronta impresionante en todo el curso posterior de la historia de Cuba, cuya tercera etapa centrará la atención de estas páginas.

La evolución de la sociedad cubana en las seis últimas décadas del siglo XIX constituye uno de los procesos de mayor complejidad para entender la nueva calidad que adquiere la formación de la cubanidad. Este tercer período, que llamo el de transformación de la sociedad esclavista a la sociedad cubana capitalista y de-

pendiente, y que comprende de 1840 a 1929, no siempre se ha visto como un proceso orgánico en el cual, los factores de transformaciones económicas, sociales y culturales conforman un conjunto que no sólo tiene su expresión política en la creación del *estado nacional*, sino también en la formación de la *sociedad nacional*. Este último pro-

ceso deviene en extremo complicado y las resultantes finales escaparon a la intencionalidad de sus actores. Pero, de un modo u otro, el resultado será la sociedad real del siglo XX cubano. Por ello, en esta parte del trabajo sólo trataré de señalar, en grandes rasgos, lo que me parece determinante en ese proceso.

### Las transformaciones estructurales

► A partir de la década del 850, se observan grandes cambios en el mercado internacional de productos tropicales y una mejor y más efectiva reorganización del comercio. El desarrollo de políticas proteccionistas por los países europeos,

incidirá en el destino de las producciones cubanas. La producción del azúcar de remolacha en países como Alemania, Polonia y Francia —que aunque más cara y menos efectiva que la de caña, conforma producciones nacionales de estos países recibiendo un apoyo considerable por parte de los Estados—, coloca a la producción azucarera cubana en una situación de inferioridad dentro de estos mercados consumidores. Otras producciones como el café y las maderas tienden a decaer y a tener un peso menor en el volumen total de las exportaciones. El tabaco, a pesar de mantener mercados importantes e incluso ampliarlos, no alcanza a ocupar primeros planos en el conjunto de las exportaciones de la Isla. El proceso irá llevando al país a lo que constituirían los dos rasgos fundamentales de su economía durante el siglo XX: la monoproducción azucarera destinada a un solo mercado; en este caso, Estados Unidos.

Al interior del país, los efectos fueron relevantes. La actividad económica de los pequeños y medianos productores azucareros, ante la pujanza de la nueva competencia, sufre un proceso acelerado de deterioro, que termina con frecuencia en la ruina. Sólo los grandes capitales pueden adquirir nuevas tecnologías capaces de abaratar y hacer más eficientes las producciones. Ésta es la época del surgimiento de las grandes firmas azucareras, sociedades anónimas, casas de crédito, bancos. Todo ello asociado a un gran movimiento especulativo que permite, por una parte, la creación de nuevas y modernas unidades industriales azucareras —el *central*— y, por otra, la unión de fuertes capitales que incrementan la competitividad de este tipo de producción azucarera a partir de la caña; proceso que se constata en el número total de ingenios de finales del siglo XIX, como puede comprobarse en la siguiente tabla:

Año	Unidades productivas	Diferencia
1861	1 365	-
1877	1 191	-174
1890	900	-291
1894	450	-450
1899	207	-243

Fuentes: Censos y revistas.

Aquí hago una observación que estimo sumamente significativa acerca del movimiento independentista en su primera fase: figuras como Carlos Manuel de Céspedes o Francisco Vicente Aguilera forman parte de esa mayoría de propietarios azucareros y terratenientes que, para la década del 60, habían perdido toda posibilidad de incorporarse con éxito a la competencia en los mercados azucareros, por lo cual estaban en franco proceso de ruina, mientras la fuerte y naciente gran oligarquía azucarera había aprovechado la crisis económica y de mercado para adquirir tierras, esclavos y tecnologías con las cuales mejorar sus condiciones de producción. Un ejemplo humano: mientras Francisco Vicente Aguilera, el reputado mayor propietario de tierras (la mayoría vírgenes), recorría las calles de Nueva York en pleno invierno con los zapatos rotos, Miguel Aldama vivía en una lujosa casa de la más importante avenida neoyorquina. En este sentido hay que leer las incontables quejas de un gran número de antiguos propietarios, acerca de la pérdida de sus propiedades y el lamentable estado económico en que se hallaban, a pesar de atribuírselas a otras causas, como el embargo de bienes en la primera guerra de independencia, o como consecuencia de la propia actividad militar. La propia lógica del capitalismo, que disolvía las relaciones esclavistas para reestructurar el sistema, implicaba la concentración de la propiedad y de la producción en un número reducido de individuos y familias cada vez más ricas. Las quejas de los arruinados sólo constituye el opaco eco de un sector fuertemente arraigado en el pasado pero arruinado en la carrera capitalista. Sus arrebatos en el lenguaje, Rafael Montoro, por ejemplo, no puede identificarse con el proceso de formación de la sociedad cubana, sino con la expresión de lo que desaparece. La literatura nostálgica del mundo del pasado, los vivos y bellos recuerdos de la época esclavista, conforman la literatura de "lo que el viento se llevó".

El otro proceso importante en la reestructuración económica fue el modo en que se disolvió la esclavitud. Si en el período anterior toda la sociedad estaba vinculada, de un modo u otro, a la producción esclavista, en éste se produjo una

concentración de los esclavos hacia las unidades azucareras de mayores dimensiones. La esencia del cambio tuvo razones económicas. Se ha destacado, por ejemplo, como a finales de la década del 40, tras la práctica desaparición de los cafetales occidentales, sucede un traslado masivo de éstos a los ingenios. Sin embargo, este hecho no resulta ni el único ni el más significativo del proceso. Lo más relevante reside en el alto precio de los esclavos desde la década del 30, que hace prohibitiva su adquisición por los sectores medios. Ahora la esclavitud será patrimonio de los grandes propietarios, concentrándose, en lo fundamental, en los ingenios, muelles y almacenes. De ello desprende una segunda conclusión importante: las clases medias se distancian de la esclavitud y, teniendo en cuenta otros factores no económicos como los sociales y culturales, se aproximan o asumen las concepciones abolicionistas. Así, mientras en el período anterior la esclavitud tenía una base social entre propietarios azucareros, terratenientes y las amplias capas medias del campo y la ciudad, en este período sólo encontrará su soporte en una burguesía esclavista que, no obstante, sólo la sostiene en tanto en cuanto requiere de un tiempo necesario para crear el ejército de desocupados y trabajadores que supla el problema de la fuerza de trabajo. Significativamente, es el plan de la burguesía esclavista el que se llevará a cabo de un modo u otro.

Para comprender la verdadera dimensión del problema de la esclavitud y de la importancia que tenía hallar las vías supletorias de fuerza de trabajo, hay que precisar que el problema no residía —como aparece en algunos textos de historia— en la necesidad de una reposición de la fuerza de trabajo, habida cuenta de que los esclavos no tenían una reproducción natural, en lo esencial los de los ingenios que vivían en un celibato forzoso, como para mantener el número de trabajadores necesario para los niveles alcanzados. El problema resultaba especialmente agudo, si se toma en cuenta que el problema azucarero, tanto como el problema productivo general del país había estado asociado con la conquista del espacio geográfico cubano y su conversión en regiones económicas. Insisto en una idea fun-

damental para entender el proceso. Hasta mediados del siglo XVIII, el poder colonial español sólo había *conquistado* políticamente la isla de Cuba. La *colonización* territorial sólo había cubierto el pequeño espacio del *hinterland* de las ocho primeras villas; y aun esos espacios habían sido desiguales según la capacidad comercial de cada una de ellas. Entre mediados del siglo XVIII y mediados del XIX, el alud azucarero había logrado conquistar las tierras principalmente del occidente y centro de la Isla —excluida gran parte de Pinar del Río y la parte oriental de Las Villas—; salvo algunos pequeños partidos de Camagüey como el de Caonao o zonas de Santiago de Cuba y Guantánamo, parte de la zona central y oriental de la Isla no habían sido aún colonizadas para la producción exportadora y el gran consumo interno. El 90 % de la producción azucarera estaba en el centro-occidente; por ello, también concentraba el grueso de la esclavitud. Pero la *perspectiva* económica no sólo era sostener esas producciones, sino también incorporar las amplias regiones de Camagüey y Oriente a este proceso. De esta forma, el problema de la fuerza de trabajo para una colonización efectiva de estas regiones, se convertía en la alternativa de aumentar las riquezas producidas por el país con la incorporación de una nueva y creciente fuerza de trabajo o la involución necesaria producto del no desarrollo de las perspectivas regionales y el agotamiento de las variantes utilizadas hasta ese momento. Entonces, la gran pregunta era ¿cómo resolver el poblamiento de las nuevas regiones?

Entre las décadas del 40 y del 60 se implementaron varias vías en busca de esta solución. Yucatecos, chinos, fueron traídos a la Isla por vías fraudulentas. Sin embargo, había otra que resultó la más sostenida y la que resolvió gran parte del problema. Menos destacada en nuestra historiografía, las inmigraciones canaria, asturiana, gallega, andaluza y catalana vinieron a dar respuesta a la interrogante. Los canarios se introdujeron por medio de contratos, en familia y en condición de colonos, para ubicarlos en zonas de Pinar del Río y Las Villas, en lo fundamental con el objetivo de crear un campesinado que tuviese la característica de ser blanco. Los gallegos corrieron una suerte más triste. Hombres que reunían los

mismos requisitos que los canarios, se introdujeron en la Isla a través de una amplia, estable y creciente red creada entre España y Cuba para emplearlos en lo esencial como braceros en el desmonte de amplias zonas, para el corte de caña y para otras labores de dura realización.

La política seguida con respecto a la fuerza de trabajo permitió en 1886 el decreto de abolición de la esclavitud. Por otra parte, este decreto era el punto final del proceso de lenta disolución de la esclavitud. El remanente de la enorme masa de esclavos introducidos en Cuba, quedó incorporado a esa fuerza de trabajo necesaria en los campos y ciudades. En estos aspectos, el proceso no se interrumpió por la independencia de Cuba. Estos cambios estructurales y referentes a la composición de la población se mantendrán hasta 1929, cuando se inicia una nueva crisis estructural de la sociedad cubana. En alguna medida, la dominación norteamericana y la nueva república permitirán acelerar el proceso, a pesar de la dirección diferente de la reestructuración de las élites económicas cubanas, de la salida de ella de un importante capital español y de la entrada, cada vez más abierta, del capital norteamericano.

### ► ¿Modernidad? ¿Sociedad civil? ¿Incompletitud?

En cierto modo, la sociedad esclavista había penetrado tanto en la sociedad cubana, que la desaparición de las estructuras económicas esclavistas no implicaba, con todo, la desaparición de factores sociales, psicológicos y, sobre todo, en las mentalidades colectivas de sectores y grupos sociales. No siempre los más fuertes anti-esclavistas o antitratistas lo eran por razones humanitarias. En realidad, su argumento más recurrente estaba en el rechazo del negro y en la idea obsesiva, ya señalada por Arango y Parreño y José Antonio Saco, de blanquear la Isla “hasta borrar el recuerdo de la esclavitud”. Muchas veces, el antiesclavismo también era profundamente racista. Para este sector y la oligarquía, la extinción de la esclavitud también constituía el proceso de marginación social del negro y, de ser posible su reducción al mínimo dentro del conjunto de la población. Por estas razones, junto al proce-



so jurídico que declaraba al negro libre —es decir, la eliminación legal de la frontera racial— se desarrolla un amplio proceso de segregación de este sector, sometido ahora a la discriminación y a los prejuicios sociales más que a una marginación de tipo jurídico.

En otro orden de cosas, sobre todo a partir de 1878, se le da un amplio espacio a la creación de la sociedad civil: es la época del surgimiento de los partidos políticos, de una prensa con definidas tendencias políticas y culturales, sociedades fraternales, de recreo o profesionales, liceos, etc. Mas, la característica esencial de todo este proceso resulta la conservación de las diferencias y la rígida separación de los diversos componentes sociales.

Los grandes centros que se crean en la época no son más que las asociaciones de españoles según su origen. Así surgen el Centro Gallego, el Asturiano, el Vasco, el de Dependientes... Éstos constituyen, a su vez, verdaderos núcleos culturales que preservan el idioma, la cultura a través de escuelas, lugares de recreación y actividades culturales de sus regiones. Estos centros poseen, a su vez, quintas u hospitales para atender a los naturales de su región o a sus descendientes. Se llega incluso a pagar sumas enormes en la construcción competitiva de los panteones en los cementerios.

Los criollos blancos de las capas medias tienden a asociarse en los liceos y en las organizaciones profesionales. Una amplia gama de sociedades de recreo y cultura surge para agrupar los oficios, aunque en este sentido también se destaca mucho la agrupación desde una óptica racial. Quizá sea esta la etapa, durante el siglo XIX, en la cual se desarrolla con más fuerzas una organización social basada en la existencia de los grupos artesanales y profesionales.

La reestructuración social también se ve incentivada por el desarrollo de una amplia actividad en las ciudades. Surgen por entonces los grandes teatros como el Payret, el Sauto en Matanzas, el Terry en Cienfuegos o el Marta Abreu en Santa Clara. Se mejora la urbanización, se introduce la luz eléctrica, el teléfono, el telégrafo, se mejoran los medios de transporte —incluida una considerable ampliación de la red ferrocarn-

lera—, se desarrollan las redes de servicios públicos y la vida toma una tónica más urbana, asumiendo con mayor definición los perfiles característicos de la vida cotidiana del cubano. Ciudades como La Habana, Santiago, Cienfuegos, Matanzas, grandes puertos y a la vez grandes reformadoras de la vida cotidiana, reciben influencias de los más variados lugares del mundo. Su comercio se especializa por países: las grandes telas catalanas, la joyería y dulcería francesas, la maquinaria norteamericana, la presencia de alemanes o ingleses en otros renglones, les dan cierta universalidad a las ciudades. En todas hay importantes librerías donde pueden adquirirse los libros más cotizados de entonces: Alejandro Dumas, Lamartine, Chateaubriand, Víctor Hugo, Sir Walter Scott o Gustavo Adolfo Becker, ocupan espacios junto a los grandes clásicos españoles, Cervantes, Calderón, Lope de Vega. Pero lo más significativo está en que junto a esa universalidad tienen una fuerte presencia, como nunca antes en la historia de Cuba, los autores de la Isla. Un monumental diccionario enciclopédico de la masonería, de Lorenzo Frau Abrinés, se publica en 1881, como no pudo hacerse en España; el libro de los ingenios de Justo J. Cantero es una preciosa joya ilustrada en colores que sigue siendo un referente obligado para toda visión del mundo azucarero del siglo XIX; José F. Sierra publica por primera vez un libro completo titulado *Floricultura Cubana* y José María de la Torre, esas bellas páginas que conformaran su libro *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna*. Las revistas y folletos contribuyen con los más variados ensayos a un conocimiento y a un debate sobre el país, sus gentes y sus problemas. Por lo general no son ingenuos los escritores, saben qué quieren y qué defienden. Muchos presionan en una dirección intencionada en cuanto a la interpretación de la sociedad cubana, y, digámoslo sin tapujos, pretenden fundamentar la sociedad dividida en estamentos y la superioridad de algunos de ellos sobre otros. En realidad, cultura, pensamiento, están asociados íntimamente con una evolución que ha ocurrido en la segunda mitad del siglo XIX y que produce relevantes modificaciones, por un lado, en la recepción del pensamiento universal y, por otro,

en la transformación del pensamiento interno. Quizás, el sello más notable y el que aglutina los demás referentes teóricos, lo constituye el liberalismo que, después de la larga experiencia del siglo XIX, adquiere una organicidad interna en esta época.

Con un fuerte referente en el liberalismo norteamericano, sus problemas y metas tienden a distanciarse de los del peninsular. La antinomia entre liberales metropolitanos y liberales cubanos, pasa por el reconocido contenido del colonialismo. La ceguera hispana llega a tal punto, que, en 1873, Martí llama la atención a los republicanos españoles para que “no se conviertan en liberticidas de Cuba los libertadores de España”. El sostén de ese liberalismo insular lo es su sociedad civil, que lenta pero sistemáticamente se comienza a constituir en sostén de una modernidad a la que se aspira en términos de democracia selectiva, poco representativa y mucho menos participativa. La deformada estructura económica, además, coadyuva a que el funcionamiento de esa sociedad civil sea anómalo y deformado. Racismo e incultura forman parte de la cultura, compartimentaciones y aislamientos dividen en pequeñas parcelas, llamadas barrios, a la naciente sociedad cubana. Como todas las grandes ciudades, las cubanas resultan un hervidero de inmigrantes de muy diversas procedencias. Una cultura atlántica recorre sus calles, pero, tras las puertas, sigue sonando el tambor africano o la música española. Entre esos islotes culturales, navega, con una vitalidad inusitada, la nueva actividad cultural que le da forma a lo cubano. El danzón ya tiene una espiritualidad, un ritmo diferente, que, aunque les debe a África y España, y a la contradanza francesa sus orígenes remotos, ya no es ninguno de ellos; constituye la expresión espiritual de una nueva cultura. No nace de la intención de los intelectuales que tratan de descubrir su verdad en el libro europeo; no nace tampoco del barracón aislado, nace del bullicio de las calles y del secreto de los patios y traspatios de los barrios. Es la ciudad la hacedora de la nueva cultura; la música, su expresión más genuina y auténtica. No intenta explicar ni explicarse, sólo intenta expresarse. Y, gracias al aprendizaje de siglos, sabe guardar sus secretos

para dejar al extraño la extraña sensación de lo exótico. Pero también es burla, una seguridad interna en lo propio de la cultura naciente, con el sustento de siglos. Deviene una cosmovisión cuyos signos y símbolos sólo son interpretables para quien se entrega y es aceptado, porque ya forma parte de esa cultura.

### ► Una reflexión; una incitación

En el estudio de las culturas europeas, desde el siglo pasado se impuso toda una concepción de cómo se producen los procesos de formación nacional. De más está decir que este esquema, en estricto rigor, ni siquiera resulta aplicable a toda Europa. En realidad, responde a un proceso ideal que sólo fue real en el caso francés y, en cierta medida, en el inglés. Ni Alemania, ni Italia, ni España, pasaron por procesos de integración nacional como el que refiere el esquema tradicional. Resulta, pues, que ese modelo sería extremadamente difícil de imponer a la evolución de la sociedad cubana. Estamos ante la situación de que un momento clave en la formación orgánica de la cubanidad y, con ella, sus elementos expresivos —nación, cultura, patria— sucede dentro de un contexto histórico, tanto universal como singular, muy diferente al que produjo los procesos de formación de las culturas occidentales. La constitución jurídica del Estado nacional en Cuba se da con el inicio del siglo XX, justamente en el momento de la lucha entre imperios por el reparto, no sólo económico sino cultural del mundo. La Guerra Hispano-Cubano-Americana fue la impronta imperial del norte que, junto a la Guerra Ruso-Japonesa de 1905, desplazó a Europa del centro de la evolución capitalista. Cuba accede a la independencia ficticia allí donde, junto a la imposición económica, está la imposición cultural. Pero más al fondo, lo grave del problema estriba en que ello acontece cuando el proceso de delimitación y conformación de lo cubano empezaba a cristalizar.

No insistiré en los elementos cruciales ya apuntados en las dos partes anteriores de este trabajo. Sólo hago la observación de que la sociedad esclavista —entendiendo por tal aquella en que tomó forma y auge la esclavitud intensi-

va de la plantación— se insertó en la tradicional sociedad criolla distorsionando sus elementos característicos, que conllevarán al surgimiento de las repúblicas latinoamericanas. Por otra parte, no puede dejar de tenerse presente que al no ser una sociedad típica plantacionista al estilo de las Antillas inglesas y francesas, el componente cultural criollo, aunque distorsionado, produce la permanencia de una evolución cultural que sigue poseyendo una fuerte raíz en el conjunto de valores, tradiciones y aspiraciones del criollismo. No obstante, la compleja resultante de la evolución cubana pone a la cubanidad en formación en una disyuntiva creadora que resulta en sí un campo de tensión colocado fuera de las normas que, tanto para Europa como para América, se habían planteado.

Además, la aspiración a la realización cultural propia, que implica la necesaria acción política —entendiendo por política el campo del pensamiento y la acción en el cual se realiza o no el proyecto nacional—, se mueve en otro campo límite de las posibilidades. Éste se relaciona con que la realización de la cubanidad está comprimida entre una España que ni económica, ni jurídica, ni políticamente, había alcanzado el desarrollo de una metrópoli industrial moderna, y unos Estados Unidos que, después de la Guerra de Secesión, de la reconstrucción interna, de la conquista del oeste con la cual finalizó la actual composición de esta nación y con la formación de los grandes monopolios que implicó la formación del gran capital norteamericano, ofrecían, al par, que una abierta política expansionista de reto a la europea, un modelo democrático burgués liberal que, para la aspiración de altos sectores de la burguesía cubana, formados en ese país, podía constituirse en el modelo a seguir y en la asociación necesaria para el futuro de Cuba.

Por tanto, la cubanidad accede a la modernidad o, con más precisión, al intento de lograr su modernidad —entendiendo por tal la sociedad capitalista con todas sus estructuras; es decir, como sociedad orgánica económica, social, ideológica, cultural y políticamente—, bajo tres campos de tensión: a) una tensión interna entre los factores no integrados de la cubanidad, pero

componentes de ella; b) un proceso de cambio estructural caracterizado por la presencia anómala de las rémoras de la esclavitud, la incompletitud de las estructuras económicas y sociales, y el desarrollo de una ideología hegemonizada como resultado de ese proceso anómalo; c) el carácter de nación pequeña comprimida en el proceso de recambio mundial de hegemonías y de fases de desarrollo de un capitalismo que, a diferencia de los momentos en que se formaron otras naciones, ha creado mecanismos de dominación mucho más acabados y, por ende, más efectivos. Esta situación límite, este caminar por el filo del cuchillo, le dio al proceso de formación de la cubanidad, en esta etapa, un nivel de profundidad y de complejidad que explica el modo en que se expresaron las principales figuras del movimiento independentista.

Pero el punto de partida de todo análisis que permita captar la esencia del problema, no está en las expresiones políticas, sino en el fondo mucho más profundo de la evolución en sí del pueblo cubano en esta etapa. No siempre, y exceptuó la excepcional figura de José Martí, la expresión política pudo captar y expresar toda la profundidad del conflicto y de las aspiraciones que estaban en las bases populares. Si bien el proceso de disolución de la esclavitud significó la eliminación de cierto obstáculo a la creación de una sociedad, aunque piramidal, que considerara jurídicamente a sus ciudadanos iguales, la característica de la sociedad establecida, y en esto no se diferencia de otras del capitalismo de su época, estableció una rígida compartimentación social. La sociedad civil no hizo más que sustituir las estructuras jurídicas por las invisibles divisiones sociales. Los mecanismos económicos contribuyeron, esencialmente en los campos, a crear una especie de semiesclavitud económica que puede estimarse en la línea divisoria entre la esclavitud directa y la esclavitud indirecta del proletariado. Un ejemplo típico de ella fue el pago en fichas de los ingenios y no en dinero a los trabajadores supuestamente libres. Este campo de tensión se reflejará en la cultura popular a través de expresiones que no siempre están recogidas por consistir fórmulas rechazadas por la supuesta cultura élite.

► **La cubanidad:  
la pasión de lo posible**

La manipulación política de ciertos conceptos sólo constituye la demostración de la fuerza de lo que se oculta detrás de ellos. Durante la república neocolonial, la demagogia política tuvo entre sus términos preferidos el de la cubanidad. Las viejas generaciones recuerdan a aquel político, quizás uno de los más hábiles en la demagogia republicana, Ramón Grau San Martín, que llegó incluso al uso ridículo del concepto. Por ello, no pocos lo eluden. Grau sólo tuvo la habilidad de robar un concepto base, uno de los instrumentos de trabajo más valiosos del debate intelectual. Sin embargo, ello no invalida el valor científico y cultural que encierra el término.

El siglo XIX intentó encontrar su propio sentido de lo cubano. Martí le dio al concepto de cubano el más profundo e integrador contenido social. Se lo dio a través de dos definiciones que han devenido reglas en la búsqueda de esa cubanidad perdida. El primero fue cuando definió que cubano era, más que blanco, más que mulato, más que negro. Instauraba así un concepto de la cubanidad multiétnico y multicolor; integrador y definidor como fenómeno cultural, histórico y político. La segunda definición complementaria de la anterior se halla en su concepto de patria. Definición excepcional en tanto su contenido humanista, en las dos acepciones, por lo universal y por el pensamiento, que constituye una pieza magistral de la definición de la patria cubana como receptáculo y expresión de todos sus componentes.

“Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca, y en que nos tocó nacer; y ni se ha de permitir que con el engaño del santo nombre se defiendan a monarquías inútiles, religiones ventrudas o políticas descaradas y hambronas, ni porque a estos pecados se dé a menudo el nombre de patria, ha de negarse el hombre a cumplir su deber de humanidad en la porción de ellas que tiene más cerca”.

Esta concepción está ampliada en el propio pensamiento martiano por las siguientes líneas:

“Patria no es más que el conjunto de condiciones en que pueden vivir satisfechos el deco-

ro y el bienestar de los hijos de un país. No es patria el amor irracional a un rincón de la tierra porque nacimos en él: ni el odio ciego a otro país, a caso tanto infortunado como culpable. Patria es algo más que opresión, algo más que pedazos de terreno sin libertad y sin vida, algo más que derecho de posesión a la fuerza. Patria es comunidad de intereses, unidad de tradiciones, unidad de fines, fusión dulcísima y consoladora de amores y esperanzas”.

En otro sentido, Don Fernando Ortiz dio quizás una de las más manejadas definiciones de la cubanidad. La cubanidad es la calidad de lo cubano; lo cubano es un ajíaco. En realidad, para cocer el ajíaco hace falta el fuego; la pasión de Prometeo. Pero esa pasión no sólo puede cocinar el ajíaco, sino algo más esencial: en lugar de una simple mezcla de elementos, crear en una combinación nueva una calidad nueva; es decir, una cultura nueva. Para mí, lo esencial de la definición de cubanidad es el resultado de fases y etapas diversas en la formación de un pueblo. Ese fondo profundo que condiciona actitudes, aspiraciones, sentimientos, modos de ser y de vivir, y, sobre todo, esa compleja amalgama que conforma lo más profundo de la mentalidad cubana. Profana, libérrima, alegre, fuerte, y siempre situada en el límite de todos los límites. En la necesidad de ser y en la obligación de buscar su deber ser, porque de lo contrario sería su no ser. José de la Luz y Caballero, de modo magistral en el uso del verbo ser, definió esa sensación que perennemente han tenido todas las generaciones de cubanos: “todo es en mí fue, en mi patria será”. Por ello he definido la cubanidad como la *pasión de lo posible*, como la búsqueda constante del deber ser de una sociedad que nunca logra estar conforme consigo misma y que siempre se mueve con los latidos constantes del peligro.

La cubanidad ha sido hasta hoy la sensación de lo incompleto; lo incompleto resulta la seguridad de que aún no hemos sido capaces de alcanzar nuestras propias aspiraciones.



# Aspectos etnodemográficos de la nación cubana: problemas y fuentes de estudio

Jesús Guanche Pérez

Con definiciones conceptuales propias, la **etnodemografía** tiene puntos colindantes en su actividad con la **etnografía** y la **demografía**. En este importante artículo, su autor incursiona en aspectos significativos de la **formación y desarrollo** de la población cubana en sus **componentes étnicos**, no raciales; su **uniétnicidad** y **multirracialidad actual**, así como las **fuentes principales** para la **investigación etnodemográfica**. ● ● ● ● ● ● ● ● ●

## ► Significación y actualidad de los estudios etnodemográficos en Cuba

La etnodemografía o demografía étnica es una disciplina con un radio de acción colindante con la etnografía (etnología o antropología cultural) y la demografía, pero tiene sus características particulares.

Por un lado, la etnología,<sup>1</sup> aunque pertenece, dentro de las ciencias sociales, al subsistema de las ciencias históricas, ocupa un área del conocimiento específico por su objeto de investigación y por los métodos particulares que emplea,

entre los cuales sobresale la observación *in situ* del fenómeno o proceso social de contenido etnológico.

De manera general, los etnólogos (etnógrafos, antropólogos culturales y sociales) investigan desde la génesis de los pueblos y su evolución histórica hasta la cultura material y espiritual —tradicional y contemporánea— en permanen-

<sup>1</sup> En Cuba, la denominación de *etnología* ha tenido más difusión y se ha generalizado más desde el siglo pasado que la de etnografía o la de antropología cultural.

**JESÚS GUANCHE PÉREZ**

(La Habana, 1950), licenciado en Historia del Arte y doctor en Ciencias Históricas, es investigador titular en el Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana, profesor titular adjunto de la Facultad de Artes y Letras en la Universidad de La Habana, miembro especializado en instituciones científicas de Cuba y el exterior, así como autor de múltiples monografías y artículos referidos a la cultura cubana y a la etnohistoria.

te transformación; desde las primitivas formaciones gentilicio-tribales hasta las actuales naciones multiétnicas o uniétnicas. En este sentido, las teorías de la cultura, la culturología, la sociología cultural y otras ciencias relacionadas con la cultura, deben una buena parte de su desarrollo actual a todo el legado de información factual

y al conocimiento acumulado por varias generaciones de etnólogos en todo el mundo, tanto en defensa de la dominación colonial o neocolonial, como de los intereses del progreso general de la humanidad o de un pueblo en particular. El objeto principal de la ciencia etnológica son los pueblos (*etnos* o *etnias*<sup>2</sup>), una de las formas sociales de agrupación más antiguas, naturales y estables. Los etnos, en sus diferentes formas jerárquicas de existencia, desde las tribus hasta las naciones, han desempeñado y seguirán desempeñando —como condición inherente a la sociedad humana— un importante papel en el desarrollo histórico del progreso social, en estrecha relación con el ecosistema, las estructuras socioclasistas y económico-estatales correspondientes a las diferentes naciones.<sup>3</sup>

En la etapa nacional de la existencia histórica de los etnos —y en este sentido, Cuba, como nación en desarrollo, se inscribe en este contexto—, la investigación de los fenómenos nacionales debe abarcar como cuestión de primer orden la composición numérica de cada componente étnico en su decursar histórico, como vía para determinar en estos instantes, el alto grado de consolidación nacional respecto del abigarrado conjunto multiétnico que sirvió de génesis a la actual nación cubana.

De este modo, la aplicación por la etnología de métodos cuantitativos para el estudio de la población, usados comúnmente por la demografía, permiten determinar las características de la

estructura nacional desde el punto de vista étnico a partir de sus variaciones en el tiempo y el espacio; es decir, las modificaciones periódicas tanto de los procesos migratorios externos como del crecimiento natural de la población nacida en Cuba y las tendencias principales de asentamiento de cada uno de estos grupos humanos.

Dos obras científicas actuales en etapa de culminación, el *Atlas etnográfico de Cuba*<sup>4</sup> y el *Atlas de los instrumentos de la música folclórico-popular de Cuba*,<sup>5</sup> dedican sendas secciones a significar la evolución etnodemográfica de la nación cubana desde su fase formativa o etnogénesis hasta el presente.<sup>6</sup>

Todo ello representa una significativa vía para el desarrollo de la cartografía étnica, que abarca desde el poblamiento hasta las diversas manifestaciones de la cultura; o especializaciones como la organología, ya sea por familias de instrumentos musicales, las agrupaciones más características y su regionalización.

El estudio de las características cuantitativas de la formación y desarrollo de la población cubana respecto de los componentes étnicos originarios, posee una gran significación científica y práctica, pues permite definir con un alto grado de confiabilidad estadística las diferentes proporciones en la composición étnica histórica y actual de Cuba, el grado de difusión o regionalización de cierta forma de expresión lingüística y

<sup>2</sup> Según la lengua y la etimología de referencia.

<sup>3</sup> Véase para un conjunto de definiciones teóricas y metodológicas sobre el *etnos* y sus relaciones con otros componentes del sistema social a Yu. Bromlei: *Etnografía teórica*, Moscú, 1986.

<sup>4</sup> Obra dirigida por el Departamento de Etnología del Centro de Antropología de la Academia de Ciencias de Cuba, en la que participan el Centro Cultural Juan Marinello y el CIDMUC del Ministerio de Cultura.

<sup>5</sup> Obra dirigida por el Departamento de Investigaciones del Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana (CIDMUC).

<sup>6</sup> Véase Victoria Eli y Jesús Guanche. "Dos nuevos Atlas", en *Bohemia*, año 82, no. 32, La Habana, 10 de agosto de 1990, pp. 91-94, y "Etnología y musicología en Cuba. Dos nuevos Atlas folklóricos", en *Folklore Americano*, no. 51, México, enero-junio de 1991, pp. 125-130.

cultural, así como las diferencias esenciales en la formación y el desarrollo de unas zonas del país respecto de otras.

Para el contexto cubano es necesario aclarar, además, que cuando se hace referencia a la *composición étnica* de la población de Cuba, no debe confundirse ni identificarse con la *composición racial*, pues el estudio de las razas abarca en lo fundamental las características bioantropológicas de los individuos que componen determinado grupo humano.<sup>7</sup> De esta composición se han obtenido en Cuba datos censales limitados sólo al color de la piel, que constituye uno de los múltiples parámetros existentes para conocer las semejanzas y diferencias biológicas de las personas; de modo que los datos sobre composición racial son muy poco confiables, pues por encima del intento de clasificar a las personas en “amarillos, blancos, mestizos, mulatos, negros” u otra denominación, a partir del grado de pigmentación epitelial, el estudio de la composición racial abarca otros parámetros que profundizan con más precisión en este tema. Los actuales estudios muestrales tienden a suplir las deficiencias y limitaciones de los censos.

Por otra parte, el estudio de la composición étnica abarca, en nuestro caso, el enfoque sincrónico-diacrónico del poblamiento aborigen, hispánico, africano, chino, del Caribe insular; otros poblamientos de América, Europa y Asia; así como el más importante de todos: el poblamiento cubano; es decir, la base humana que constituye, en esencia, el principal componente de la actual nación cubana.

El criterio cuantitativo representa una significativa vía para determinar el peso específico de cada componente étnico y diferenciar, en el caso estudiado, el etnos cubano esencial (más del 98 % de toda la población actual) de los pequeños grupos étnicos representantes de otros pueblos.

En este sentido, debe distinguirse operativamente el *grupo étnico* (pequeña parte de un etnos residente en el territorio habitado sobre todo por uno o más etnos mayores, que constituyen un organismo etnosocial estable con aparato gubernamental o estatal) de la *minoría étnica* (etnos cuya totalidad o casi totalidad vive en su

territorio de pertenencia históricamente determinado, junto a uno o más etnos cuantitativamente mayores dentro del contexto de un gobierno o Estado<sup>8</sup>). En este sentido, Cuba no posee minorías étnicas, sino tantos grupos étnicos o representantes particulares de otros etnos, cuantos conjuntos de residentes permanentes viven en el país en forma de pequeñas comunidades o en familias y que por separado no alcanzan en la actualidad el 1 % de toda la población.

En relación con una hipotética “minoría étnica”, especulativamente sólo pudiera considerarse a los muy lejanos descendientes de aborígenes agroalfareros que habitan en la parte más oriental de la Isla, pero de hecho y por varias generaciones ellos son cubanos muy mezclados ya con la población local, aunque conservan diversos rasgos físicos de sus ascendientes aruacos; pues, como bien se ha señalado, los rasgos raciales no deciden la especificidad del etnos, en relación con los rasgos lingüico-culturales, psicosociales y territoriales.<sup>9</sup>

Al mismo tiempo, los pequeños grupos étnicos residentes en Cuba (canarios, catalanes, chinos, españoles, gallegos, haitianos, jamaicanos, japoneses, vascos y otros de variada membresía) poseen los mismos derechos civiles y laborales que el resto de la población del país, y ello ha influido de manera favorable en dos tipos de procesos étnicos muy interconecta-

<sup>7</sup> Las diferencias entre raza y etnos superan ampliamente sus semejanzas; pues si la primera abarca, en esencia, las características físicas (biológicas) del ser humano y sus mecanismos hereditarios de transmisión; el segundo constituye uno de los tipos más antiguos y estables de organización social, condicionado por el modo de pensar y actuar de las personas en sociedad; en síntesis, es la diferencia e interacción entre natura y cultura. Véanse al respecto Víctor Kozlov y Nicolai Cheboxarov: “Razas y etnos”, en *El racismo y la lucha contra él en el mundo actual*, Moscú, 1982, pp. 21-63, y V. Alexeev: *Formación de las razas (teoría y metodología de estudio)*, Moscú, 1986.

<sup>8</sup> Véase en este sentido conceptual y con una visión mundial la obra de Pedro Ceinos (cord.): *Minorías étnicas. La guía más completa y actual sobre la situación de los pueblos indígenas en los cinco continentes*, Editorial Integral, Barcelona, 1990.

<sup>9</sup> Yu. Bromlei, *ob. cit.*, p. 13.

dos debido a la acelerada mezcla con la población local:

1. En primer lugar se acrecienta el grado de consolidación del pueblo cubano en tanto etnación en la medida, no sólo que crece respecto de sí (crecimiento natural), sino que asimila para sí a los nacidos en otros pueblos y, sobre todo, a sus descendientes, y

2. al mismo tiempo (en segundo lugar) se acelera el proceso de asimilación natural de los grupos étnicos en el etnos nacional a partir de la primera o segunda generación, según el grado y la intensidad de la relación lingüico-cultural (incluso matrimonial) del grupo o sus individuos respecto del etnos nacional cubano.

De manera que el referido criterio cuantitativo ayuda a conocer el grado de interacción de los pueblos en contacto y el nivel de desarrollo cualitativo alcanzado por los procesos étnicos históricos y actuales, generados por estas relaciones.

Con el objetivo de dar respuesta a las necesidades prácticas y al propio quehacer científico, en muchos países, la estadística de la población estima usual el estudio de la estructura nacional (étnica) e incluso lingüica, así como la composición numérica de cada pueblo según el lugar de nacimiento. Sin embargo, en la medida en que se desarrollan las investigaciones sobre importantes problemas de la población, en particular en lo correspondiente a la dinámica de la natalidad, se hace palpable que los demógrafos deben tomar en cuenta otros factores condicionantes de esa dinámica, como la cultura popular tradicional, el modo de vida, la familia y la conducta habitual de las personas, cuyas investigaciones han estado constantemente en el centro de observación y acción de la etnología.<sup>10</sup>

Debido al desarrollo de los vínculos entre ambas ciencias ha surgido esta nueva disciplina: la *etnodemografía*, resultado del enfoque multilateral de estas cuestiones y orientada inicialmente como auxiliar de las investigaciones etnológicas e histórico-sociales. Tenía por objeto la caracterización en el ámbito nacional (étnico) de las diversas regiones del mundo y la determinación de la composición cuantitativa y cualitativa de los pueblos y grupos étnicos,

lingüicos, religiosos y raciales; así como el estudio de los cambios que se efectúan en la estructura de la población por países y en la composición de los pueblos en su desarrollo histórico. De este enfoque global han surgido obras de gran interés con una valiosa información que se renueva de manera periódica.

Posteriormente, el campo de la etnodemografía se amplió y hoy día incluye el análisis etnológico de los principales exponentes demográficos como la natalidad, la mortalidad y la nupcialidad, así como los procesos demográficos en su contenido étnico y su relación con la particularidad de los rasgos culturales tradicionales de los pueblos.

Cualquier investigador no especializado en cuestiones de etnología puede identificar falsamente a la comunidad étnica (nacional) con la racial, la religiosa e, incluso, la estatal. Mas, la etnología permite a la estadística demográfica los medios y métodos necesarios para analizar y conocer la composición étnica a través de los censos u otras formas de registro masivo de la población; siempre que estos datos hayan sido obtenidos con antelación. Particularmente en Cuba, este estudio es posible realizarlo con mayor precisión entre los censos de 1861 a 1970 con sus necesarias estimaciones intercensales de las tendencias principales, pues lamentablemente el censo de 1981 no previó la composición de la población de Cuba por el lugar de nacimiento y volvió a limitar la composición "racial" sólo a su aspecto más superficial en el doble sentido del término; es decir, el color de la piel.

La conjunción entre la etnología y la demografía está determinada por el punto de vista étnico en la estadística de la población y sus indicadores sociodemográficos y culturales fundamentales.

### ► Principales fuentes cubanas para la investigación etnodemográfica

La mayor parte de la bibliografía existente en Cuba acerca del estudio nacional de la población, está enfocada desde el ángulo estrictamen-

<sup>10</sup> Salomón Bruk: *La población del mundo. Guía etnodemográfica*, 2a edición, Moscú, 1986.



te demográfico, con algunas referencias a los componentes étnicos originarios, pero con la ferida confusión de lo racial por lo étnico.

Se escapa de esta tendencia la importante obra de Fernando Ortiz (1881-1969) y Juan Pérez de la Riva (1913-1974), a manera de dos significativos ejemplos. La preparación multifacética del primero condujo en determinada etapa de su vida a levantar el estandarte generalizador de la *cultura* frente al constreñido criterio de la "raza", lo que condujo —junto con una serie de artículos críticos e inspirado en el ideario martiano— a la realización de una de sus más importantes monografías. En el segundo, por su formación de geógrafo, historiador y estadista abordó múltiples cuestiones inherentes a la historia étnica de Cuba, y ahondó en el enfoque etnodemográfico de la población aborigen, africana, china y del Caribe insular. En este sentido, aportó una amplia bibliografía al respecto que acumula el legado anterior y la convierte en una fuente de primer orden.

Al mismo tiempo, una fuente básica para esta investigación es el conjunto de censos de relativa confiabilidad efectuados en Cuba desde el período colonial hasta el presente y que recogen en su información primaria el *lugar de nacimiento* de las personas residentes en Cuba. A diferencia de los indicadores de "raza" y *ciudadanía*, el lugar de nacimiento tiende a reflejar mejor que los otros la composición etnorregional de procedencia o de pertenencia; pues —como hemos señalado— la "raza" está limitada al color de la piel y la ciudadanía sólo indica el *status* jurídico; de manera que la simple posesión de doble ciudadanía complica, en extremo, el análisis de este último indicador.

Sin embargo, el lugar de nacimiento constituye un dato global que tampoco indica con precisión la composición étnica, pues tanto la inmigración hispánica como la africana —las principales y más estables oleadas de poblamiento externo tras el genocidio aborigen— tienen carácter multiétnico y abarcan amplios territorios de procedencia; pero al menos concretan ciertas cifras operativas respecto del total de la población de la Isla en cada uno de los cortes censales, lo que permite un

análisis comparativo con otras fuentes para la investigación.

Para dar alternativas de solución a las diversas incógnitas que se presentan existe otra fuente no muy estudiada: los archivos parroquiales y cuyo análisis muestral no sólo nos ha permitido caracterizar las áreas y pueblos de procedencia de las inmigraciones hispánica y africana —por ejemplo—, sino de otros lugares de América, Europa y Asia, y conjuntamente medir la significación que tiene, desde los primeros años estudiados, la población nacida en Cuba con independencia del origen de los progenitores.

En relación con la población hispánica, la información acerca de la procedencia que aparece en los archivos parroquiales resulta muy heterogénea, pues lo mismo se encuentra registrada a nivel de villa, comarca, pueblo, ciudad, principado o arzobispado; de modo que es necesario cotejar un gran volumen de información para abarcar tanto las regiones históricas como las etnográficas y lingüísticas, hasta inferir, según la naturaleza del residente, su pertenencia étnica. Al mismo tiempo, la correlación de la información de archivos con la censal y otros trabajos al respecto, posibilita valorar cambios cualitativos y cuantitativos en los procesos migratorios, así como definir que el mayor peso de la inmigración hispánica, tanto respecto de sí misma como del total de la población de Cuba, no fue durante el período colonial, sino en las tres primeras décadas del siglo xx.

En el caso específico de la población de procedencia africana, los archivos parroquiales permiten corroborar que la inmensa mayoría (más del 90 %) de la población censada durante el período colonial como "negra" era esclava y africana —por lo que aparece regularmente la denominación genérica o metaétnica del individuo—, y que, opuestamente, la inmensa mayoría de la población censada como "mulata" era libre y nacida en Cuba. Ello también se comprueba a través de la composición sexual de la población según el color de la piel, ya que mientras la población blanca y negra presentan mayores índices de masculinidad, la población mulata está muy equilibrada en todos los censos.

En sentido opuesto, tanto la población negra, libre y nacida en Cuba, como la mulata, esclava y africana no poseen una significación estadística estimable como para refutar la tendencia principal. Al contrario, admite confirmar que el punto culminante de la entrada de africanos a Cuba se efectuó durante la primera mitad del siglo XIX y que este flujo tiende a declinar de manera paulatina hasta su virtual desaparición tras la abolición de la esclavitud. Por ello, y por otros estudios más exhaustivos de los procesos transculturales, la inmensa mayoría de las manifestaciones culturales en el siglo XX, calificadas superficialmente como "africanas" u operativamente "afrocubanas" o de otra latitud según su procedencia, son en esencia cubanas, pues sus portadores y transmisores fundamentales son personas nacidas en Cuba y descendientes por varias generaciones de individuos culturalmente condicionados por el contexto nacional.

El análisis de otros poblamientos desde América, Europa y Asia resulta posible realizarlo mediante la información censal existente, así como compararlos con los resultados de otras investigaciones demográficas y etnológicas.

Finalmente, el poblamiento cubano, en tanto resultante histórica de las anteriores formas de asentamiento, aunque la información censal permite su reconstrucción desde mediados del siglo XIX (1861), los datos que se obtienen de los diferentes archivos parroquiales permiten medir su alta significación (primero como población criolla) desde la etapa anterior al primer censo efectuado en Cuba (1774) hasta el proceso formativo de la nación cubana.

Todo ello hace posible una nueva lectura del poblamiento de Cuba a partir de sus componentes étnicos originarios hasta la población cubana contemporánea.

### ► La unietnicidad cubana y su multirracialidad actual

El pueblo cubano, como sociedad contemporánea formada por más de diez millones de personas, constituye una nación uniétnica y multirracial. Para comprender el alcance y diversidad de este proceso sociocultural considero

necesaria una breve reflexión acerca de la actual unietnicidad de la nación cubana y su peculiaridad multirracial, pues representa un hecho muy americano respecto de la mayoría de los pueblos de África, Asia y Europa, donde por lo general los diferentes etnos tienen una composición racial menos compleja y diversa que en América.

Desde el punto de vista étnico, en la formación histórica de Cuba desempeñan un papel decisivo inicial las migraciones del área sudpeninsular e insular de España (Andalucía, Castilla e Islas Canarias, en lo fundamental) durante los siglos XVI al XVIII y las migraciones forzadas de la región occidental de África Subsahariana (mayoritariamente, los pueblos bantúhablantes y yoruba), cuya entrada masiva tiene su apogeo durante la primera mitad del siglo XIX, tras el cese "legal" de la trata esclavista.

Ambos conglomerados multiétnicos de España (canarios, catalanes, españoles, gallegos y vascos, sobre todo) y de África (achanti, bambará, congo, fulbé, ibibio, ibo, malinqué, yoruba y muchos otros), se fusionaron tanto por separado (interhispanicos e interafricanos) como entre ambos (hispanoaffricanos), de manera que desde el propio siglo XVI se va formando una población endógena no sólo dependiente de la migración externa, sino de su propia capacidad reproductiva.

Anteriormente, el impacto de la conquista hispánica desde 1510 sobre la población aruaca asentada durante milenios en la Isla, redujo el monto global estimado de habitantes, de unos 112 000 en el momento del encuentro [*encontronazo*] con el Viejo Continente a sólo 3 900 en 1555; es decir, el 3,48 % de la población inicial en menos de medio siglo. De manera que este componente étnico no desempeñó un papel demográfico significativo al quedar inicialmente concentrado en los reductos de Guanabacoa en La Habana y en Jiguaní y El Cobre, en las actuales provincias Granma y Santiago de Cuba, respectivamente; luego se le observó disperso y cada vez más amestizado con la población local del área de Yateras en la provincia Guantánamo, donde aún se encuentran descendientes cubanos de muy antiguos aruacos.

Desde mediados del siglo XIX, al caleidoscopio étnico de la Isla se incorporan diversos componentes asiáticos procedentes en su mayoría del sur de China y de Islas Filipinas, en calidad de contratados, y más tarde, varios miles de chinos provenientes de California, quienes se asientan en áreas urbanas de la parte occidental de Cuba.

La convivencia de estos componentes étnicos de diverso origen, que se caracterizan por el alto índice de masculinidad y su obvia relación matrimonial con mujeres nacidas en Cuba —descendientes a su vez de los primeros inmigrantes—, va generando procesos de transmisión de rasgos culturales a nivel intergeneracional, condicionados por el activo papel de la madre endógena hacia sus hijos y nietos, también nacidos y educados en un nuevo medio espacio-temporal y cultural, respecto de la procedencia de los pobladores hispánicos, africanos o asiáticos, por señalar los más numerosos.

En las nuevas generaciones nacidas tempranamente en Cuba se van formando rasgos de etnicidad que sintetizan aportes hispánicos y/o africanos u otros, según el lugar de asentamiento y el grupo social de pertenencia, que abarcan las más diversas esferas de la vida, pero al mismo tiempo se generan nuevos rasgos étnicos condicionados por el contexto espacio-temporal, aún no nacional, sino limitado, durante el período colonial o etapa formativa del etnos cubano, al área de residencia de los pobladores, pues aún las migraciones internas no desempeñan un papel tan importante en la dinámica demográfica como las migraciones externas y, sobre todo, el crecimiento natural de la población cuyo ritmo se hace creciente.

Factores como la noción de pertenencia territorial; el uso generalizado de la lengua española con sus matices locales y enriquecida con múltiples topónimos, hidrónimos y otros vocablos de origen aruaco, así como distintos términos de procedencia africana con un alcance más limitado; rasgos culturales y psicológicos condicionados por el tipo de actividad económico-productiva, la pertenencia socioclasista y estrechamente relacionados con el permanente proceso de información-transmisión a nivel so-

cial, familiar e interpersonal; desempeñaron un papel más significativo que las diferencias antropológicas de los individuos en la formación de un ser étnico independiente de sus progenitores históricos.

La formación de una autoconciencia étnica, que en su desarrollo se fusiona en el contexto cubano con la conciencia nacional, como noción y acción identificadora de este grupo humano y a la vez diferenciadora respecto de otros, tiene su eclosión en las luchas por la independencia anticolonial como resultante histórica de un movimiento global en el continente americano, pero con rasgos particulares, ya que, ante la pérdida del continente, la metrópoli española se aferra como nunca a la mayor de sus posesiones antillanas.

Desde el punto de vista racial, si bien la rama americana de la raza mongoloide representada por los aborígenes aruacos tendió a disminuir de manera acelerada en la medida de su desaparición física o de su mezcla y asimilación por otras razas humanas; el tipo mediterráneo de la raza europeoide y la raza negroide tendieron a crecer, no sólo respecto de cada una de ellas, sino a partir del relativo equilibrio en la composición sexual de la mezcla de éstas; es decir, en la población mulata, a pesar del racismo institucional y socio-familiar existente en las relaciones humanas con un carácter público, pues de manera privada las estadísticas y las actas parroquiales evidencian lo contrario.

Todos los grupos humanos de Cuba se han caracterizado por los matrimonios mixtos, tanto desde el punto de vista étnico como racial. En este sentido, el encuentro en un nuevo medio tendió a romper la endogamia étnica de procedencia y condicionó, al mismo tiempo, la creación de nuevos círculos endogámicos con carácter territorial como una regularidad esencial de cualquier etnos desde su fase formativa. Estos círculos endogámicos se hicieron más acentuados en las poblaciones alejadas de la costa y disminuyeron relativamente en ciudades costeras como La Habana y Santiago de Cuba por su carácter cosmopolita y su intensa actividad portuaria, generadora de un amplio tráfico mercantil y humano.

**TABLA I. Composición de la población cubana respecto de la población extranjera residente en Cuba**

Censos	Total	Cubanos	%	Extranj.	%
1861	1 396 470	601 160	43,05	795 310	56,95
1877*	1 509 291	941 948	62,41	567 343	37,59
1887*	1 609 075	1 198 922	74,51	410 153	25,49
1899	1 572 797	1 400 262	89,03	172 535	10,97
1907	2 048 980	1 820 239	88,84	228 741	11,16
1919	2 889 004	2 549 922	88,26	339 082	11,74
1931	3 962 344	3 525 447	88,97	436 897	11,03
1943	4 778 583	4 532 032	94,84	246 551	5,16
1953	5 829 029	5 598 598	96,05	230 431	3,95
1970	8 569 121	8 438 877	98,48	130 244	1,52
1981*	9 706 369	9 565 626	98,55	140 743	1,45

**Fuente:** Censos de Cuba correspondientes a los referidos años. Elaboración propia.

\* Estimado.

Si la constitución de una población racialmente mulata fue el resultado evidente de los matrimonios mixtos hispanoafricanos en el sentido más inmediato y superficial del mestizaje; esto también sucede con la mezcla intraeuropeide e intranegroide, pero desde el punto de vista étnico. En los estudios muestrales efectuados en una decena de archivos parroquiales de Cuba durante todo el período colonial,<sup>11</sup> se constata que los matrimonios mixtos entre extranjeros europoides (la mayoría inmigrantes hispánicos) y personas nacidas en Cuba, en más del 95 % participan mujeres oriundas de la Isla, como lógica compensación natural al histórico predominio masculino de los inmigrantes. Del mismo modo, en los matrimonios de africanos y descendientes estudiados predominan los inter-étnicos (8 de cada 10) y dentro de éstos sobresalen los que se efectúan entre africanos y negras o mulatas nacidas en Cuba.

La población perteneciente a la rama asiática de la raza mongoloide, representada por los culíes chinos y filipinos, así como por los comerciantes chino-californianos, fue casi exclusivamente masculina y ello influyó sobremanera en su acelerado mestizaje interracial e intercultural.

De manera que la multirracialidad inherente a la formación histórica del etnos nacional cuba-

no, lejos de crear componentes étnicos desconectados, tendió a la formación sistémica de un conjunto concatenado de procesos étnicos unificadores de diferentes alcances territoriales y de variada duración cronológica.<sup>12</sup>

Desde la asimilación étnica forzada hispano-aborigen que da lugar a la casi extinción física de los primeros pobladores y permite la incorporación de múltiples elementos lingüico-culturales al patrimonio contemporáneo, hasta la mixación o fusión hispano-africana que es el resultado y síntesis de diversos procesos de integración interhispanica e interafricana; generan al mismo tiempo una población nacida en la Isla que tiende a reproducirse biológica y culturalmente durante varias generaciones a un ritmo más acelerado que el de las migraciones externas hasta hacerse independiente de ellas.

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la población cubana, con sus rasgos peculiares de etnicidad cambiante, es mayoritaria (Tabla 1) respecto de los otros grupos étnicos y demás representantes minoritarios de otros pueblos procedentes de Europa, Asia, América Latina y el Caribe.

Durante los primeros 30 años del siglo XX, no obstante el acelerado incremento de la migración externa como principal fuerza de trabajo para la industria y el comercio —tal como puede observarse en los censos de 1907-1931—, cuyas dos terceras partes está compuesta por inmigrantes hispánicos y antillanos, el ritmo de crecimiento intercensal de la población cubana se incrementa.

Esto condiciona una tendencia a la consolidación étnica nacional que en índices demográ-

<sup>11</sup> El estudio muestral incluye 68 784 padres de niños bautizados y registrados en los libros de "blancos" o "españoles"; o sea, una población asentada y biológicamente reproducida.

<sup>12</sup> En otros trabajos explico con más detalles el carácter sistémico de la etnogénesis cubana a partir de sus componentes originarios; véanse en este sentido "Hacia un enfoque sistémico de la cultura cubana", en *Revolución y Cultura*, no. 90, La Habana, septiembre de 1980, pp. 35-40, y "Los procesos etnoculturales", en *Procesos etnoculturales de Cuba*, La Habana, 1983, pp. 342-351.

ficos se observa a nivel de la composición por sexo en cuanto a la potencial reproducción biológico-cultural del etnos y en la ubicación macrorregional de la población cubana, en relación con el relativo equilibrio de la situación geográfica a partir de un acelerado proceso de urbanización y de migraciones internas.<sup>13</sup>

El proceso de flujo y reflujo de información cultural y el intercambio de rasgos étnicos que llevan implícitas las migraciones internas, también constituyen un factor tendente a la diversificación regional y a una muy relativa "homogeneidad" nacional con sus variados matices locales y territoriales. Las *Principales corrientes cubanas*

de migración interna (Tabla 2) permite apreciar regularidades de carácter general que influyen en las distintas relaciones sociales. Este proceso también ha estado condicionado por el crecimiento natural de la población nacida en Cuba y

<sup>13</sup> Según el censo de 1981, el 50,16 % de la población cubana es masculina y si dividimos la Isla en dos macrorregiones este-oeste; el 54,58 % de la población cubana vive en el oeste, la región históricamente más poblada (71,80 % en 1899) y el 45,42 % restante se ubica al este. Véase J. Guanche: *El poblamiento de Cuba*, Sección 1 del *Atlas de los instrumentos de la música folclórico-popular de Cuba*, La Habana, 1990 (en proceso de publicación).

TABLA 2. Principales corrientes cubanas de migración interna

Siglos	Períodos	Dirección	Causas	Consecuencias
?-XV	Precolombino	Este-oeste ←	Penetración sucesiva del poblamiento original por el este	Mayores densidades humanas al oriente [agroalfarero]
XVI-XVIII			Traslado de la sede del gobierno colonial a La Habana y función puerto-escala de su puerto; esta región deviene en un gran centro de atracción humana exterior, sin poder, no obstante, precisarse corrientes internas de migración	[Poblamiento sudpeninsular hacia las áreas urbanas y canario hacia las zonas rurales principalmente]
XVIII-XIX	1792-1868	Oeste-este →	Primera expansión del azúcar hasta Las Villas. [Intenso poblamiento africano hacia centro-occidente]	Hegemonía decimonónica de todo occidente. Creación de la red urbana actual en el centro y occidente de la Isla
XIX	1868-1878	Este-oeste ←	Guerra de los Diez Años [migración de tropas y sus familiares]	Tierras libres de Oriente. Agudizamiento de la desigual distribución humana y económica
XIX	1880-1899	Oeste-este →	Abolición de la esclavitud y Guerra de Independencia [de 1895-1898, retirada de tropas españolas y primera ocupación norteamericana]	Cambios en la distribución espacial de la población [negramulata]. Despoblamiento relativo de Occidente
XX	1900-1930	Periferia-centro de la Isla (→ * ←)	Expansión territorial de la producción azucarera. [Incremento de la penetración norteamericana.] Construcción del sistema vial central. [Necesidad de incrementar la fuerza de trabajo barata con inmigrantes]	Acelerado crecimiento demográfico de las provincias orientales. [Brusco aumento de migración externa (Europa-Asia ⇒ Occidente, Caribe insular ⇒ oriente). Poblamiento lineal notable y urbanización acelerada hacia Oriente

xx	1930-1958	Provincia a provincia * ←→ *	Crisis económica agraria, latifundios y desalojos. Movimientos cíclicos por contacto e inestabilidad del poblamiento local	Hipertrofia del desarrollo urbano. Concentración de la población hacia las áreas urbanas. Surgimiento de los barrios marginales. Diversificación industrial de la capital. Desnivel de salarios y demandas estacionales de brazos
xx	1959-1964	Este-Oeste ←	Triunfo de la Revolución y arribo a la capital de becarios, tropas rebeldes y sus familiares	Crecimiento capitalino. [Pequeña explosión demográfica]
xx	1964-1970	Dispersión hacia las áreas rurales → * ←	Movilización de recursos naturales [y humanos] en regiones antaño subpobladas	Desaparición paulatina de vacíos humanos y construcción de pueblos rurales
	1970-1996	Este-oeste →	Migración intensa de la región oriental hacia Occidente. [Predominio de La Habana, Camagüey e Isla de la Juventud]	Desbalance de la fuerza de trabajo joven y más calificada respecto de su lugar de origen. [Paulatino repoblamiento de áreas montañosas]

**Fuente:** Blanca Morejón Seijas: "Distribución de la población y migraciones internas", en *La población de Cuba*, La Habana, 1976, pp. 140-141, y "Las migraciones", en *Atlas demográfico nacional*, La Habana, 1985, pp. 69-76.

por el papel sociocultural que desempeña la migración interna, compuesta en su mayoría por cubanos.

El estudio muestral realizado en diez archivos parroquiales de Cuba durante el período colonial, confirma que de 68 784 sujetos registrados como padres en los libros bautismales de "blancos" o "españoles", 50 696 (73,72 %) son nacidos en Cuba y que la proporción de éstos en la región centro-oriental de la Isla (8:10) resulta muy superior a la del área occidental (6:10), debido al peso absoluto de la migración externa global hacia el oeste de Cuba. El grueso de la población estudiada en esa zona es nacida en Cuba, lo que propicia la trasmisión estable de un conjunto de tradiciones culturales de gran arraigo en los diferentes asentamientos humanos.

Lo anterior se basa en un predominio de matrimonios homogéneos entre personas nacidas en Cuba (59,39 %) y en la decisiva participación de la mujer nacida en Cuba (+ del 95 %) en los matrimonios mixtos con residentes extranjeros.

Las antiguas inmigraciones que dan origen a la población actual de ciudades como Sancti Spíritus, Camagüey y Holguín (ubicadas lejos de la costa), poseen menos significación que las

relaciones endogámicas intraterritoriales que se efectúan en sendos núcleos urbanos, cuyo peso global de la población endógena entre los siglos XVIII-XIX —según la referida muestra— oscila entre el 87-90 % de toda la población estudiada, con una migración interna y externa muy poco significativa respecto de la región occidental de la Isla.

Todo lo anterior posibilita establecer, como regularidad histórica del poblamiento de Cuba, que el peso decisivo en las migraciones internas desde el siglo XVIII hasta el presente lo posee la población endógena (nacida en Cuba o cubana) y no la población exógena (extranjera).

El desarrollo alcanzado por la población de Cuba desde sus orígenes hasta el presente, permite hablar de una revolución demográfica cuyos antecedentes coinciden con el proceso de formación de la nación cubana a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

En el estudio monográfico realizado por Raúl Hernández Castellón, la revolución demográfica cubana ha sido dividida en dos etapas:

I. "Cuba mantuvo un crecimiento natural relativamente moderado y estable desde los primeros años del presente siglo y la quinta década [de éste], con los valores que han fluctuado en-

tre 13 y 19 [por mil]. La mortalidad refleja su valor más alto en 1907 y comienza a descender posteriormente, pero en realidad la tasa se vio afectada por el incremento de la proporción de menores de 5 años, y estas edades son las de mayor riesgo de muerte. En efecto, estas proporciones pasaron de 8,3 % en 1899 a 16,8 % en 1907. Por otra parte, las tasas brutas de natalidad indican que ésta comenzó su disminución desde el quinquenio 1905-1909. Se puede afirmar que la mortalidad comenzó su descenso desde 1900, primero a un ritmo lento y posteriormente acelerándolo. Por su parte la fecundidad se mantuvo elevada y constante hasta alrededor de 1920 (...) aunque es de notar que la natalidad comienza a descender ya desde el segundo quinquenio del presente siglo. Dados los elevados valores de que parten la fecundidad y la mortalidad, se puede afirmar que los umbrales del siglo actual constituyen también los umbrales de la revolución demográfica cubana. Ya alrededor de 1930 la mortalidad registra valores cercanos a 20 [por mil], en tanto que la natalidad experimenta una moderada reducción [al] 35 [por mil]”.

2. “[La] aceleración de la disminución de la mortalidad [se corresponde con] una relativa aceleración en la disminución de la fecundidad (...) En efecto, incluso un poco antes de 1930, la esperanza de vida al nacer inicia un pronunciado ascenso que se mantiene hasta los momentos actuales. La tendencia de la fecundidad sufrió un cambio que podría calificarse de temporal, en el marco de la revolución demográfica, ya que después de un descenso moderado, entre 1920 y 1940, según las tasas de natalidad comienza luego una ligera aceleración de este descenso, hasta el triunfo de la Revolución en 1959 [y comienza] posteriormente un ascenso, motivado por la confianza generada en las masas por la Revolución (...) Esto creó una pequeña explosión demográfica, y puede calificarse así, porque (...) ya alrededor del quinquenio 1970-1975 se alcanza un valor algo menor al del quinquenio 1955-1960 (...) La rápida disminución de la fecundidad cubana, a mediados de la década del setenta, conjuntamente con los elevados valores de la esperanza de vida, ambos similares ya al de los países desarrollados, permiten indicar que Cuba

por ese fecha estaba concluyendo ya [en 1975] su revolución demográfica”.<sup>14</sup>

Desde el decenio posterior a la revolución demográfica hasta el presente, se aprecia el desarrollo de la tendencia a la homogeneización de grupos sociales y por regiones del país, con el apoyo que significó la nueva división político-administrativa desde 1976. La fecundidad ha tendido a reducirse junto con los niveles de mortalidad, lo que influye de manera favorable en el aumento de la esperanza de vida al nacer para ambos sexos, como reflejo social del incremento del nivel de vida.

A diferencia del resto de las formas inmigratorias externas del poblamiento de Cuba, el proceso histórico del poblamiento por personas nacidas en Cuba (criollos y cubanos), tiene un conjunto de peculiaridades que le otorgan, tanto en el ámbito estrictamente demográfico como en el sociocultural, cualidades nuevas que demuestran, desde múltiples puntos de vista, la formación y existencia de un etnos-nación con características propias, que a su vez se relaciona directamente con los procesos neoetnogenéticos de los pueblos (naciones) del continente americano desde el siglo XIX y el posterior proceso de consolidación en las difíciles condiciones actuales para el desarrollo.

Si consideramos este proceso histórico a la luz de la teoría etnográfica contemporánea, la población nacida y residente por más de diez generaciones en Cuba ha constituido la base humana, desde el punto de vista genético y cultural, para la formación y consolidación del *etnos nacional cubano*. El etnos cubano, como organismo social estable y cambiante en el tiempo y el espacio, está conformado por un conjunto de rasgos comunes que lo caracterizan como tal. Con independencia de las modalidades locales y regionales, hay elementos afines y estables de *lengua* (materna principalmente en su contenido vernáculo), *cultura* (en el sentido amplio [antropológico] del término), *carácter* (en su contenido psicosocial e idiosincrásico) y *auto-*

<sup>14</sup> Raúl Hernández Castellón: *La revolución demográfica en Cuba*, La Habana, 1988, pp. 90-93.

*conciencia* (noción de pertenencia a este pueblo y de diferencia respecto de otros que se exterioriza en el etnónimo [*cubano*]), que perfilan la *nacionalidad*. Junto con lo anterior, existe el sentimiento de *pertenencia territorial*, muy ligado a la noción de patria; la *peculiaridad estatal*, con sus órganos de poder; así como la existencia de una *estructura económica y socioclasista* caracterizadora en nuestros días de la nación.

Cuando se profundiza en los orígenes históricos de la población de Cuba, con independencia de la diversidad de procedencias, sale a la luz de modo sobresaliente la tendencia general y determinante del *mestizaje biogenético* hasta formar diversos círculos endogámicos de lo particular a lo general; es decir, a nivel local, regional y nacional, los que no están condicionados precisamente sólo por factores biológicos, sino de tipo socioculturales.

De modo que el factor racial no constituye un rasgo esencial del etnos cubano, sino sólo su aspecto exterior (biológico). La exacerbación histórica de este factor ha representado una importante traba (en cuanto ideología y práctica racistas en una u otra dirección) para la integración plena de todos los componentes humanos de la población de la Isla. Contra esta traba han luchado los principales exponentes, desde el período colonial hasta hoy, de las ideas del progreso social y de la unidad nacional.

Mayor significación tiene la *cultura*, como uno de los rasgos esenciales de lo humano y al mis-

mo tiempo caracterizador de cualquier etnos; pero no la "cultura" entendida como totalidad abstracta de lo que "hace el hombre" y por ello se diferencia de la "natura", ni la estrecha concepción que la reduce a la "cultura artística y literaria", sino el *patrimonio representativo y significativo de los rasgos propios de un etnos; es decir, la actividad que hace específico a ese pueblo respecto de otros, en cuanto cualidad característica y a la vez diferencial, como sistema axiológico y de acción creadora y reguladora a nivel intrasocial, intersocial y ecológico-natural.*

En este sentido, la cultura cubana en su desarrollo histórico no sólo se ha nutrido de sus elementos originarios (componentes étnicos antecedentes) —o sea, de sus *raíces*—, sino sobre todo de su potencialidad creadora y reproductora propias que generaron a su vez una nueva fuente nutricia (el pueblo cubano); es decir, de sus *frutos*; de las decenas de generaciones nacidas en Cuba que han sido capaces —primero— de tomar conciencia de sí como pueblo a partir de una existencia previa y de una tradición de lucha por transformarse en pueblo para sí, dueño de su identidad y de su futuro. Esto permite señalar el carácter único (nacional) y a la vez diverso (regional y local) de la cultura cubana a partir del papel etnodemográfico determinante de sus principales portadores: *la población cubana.*

• • • • •



# Cultura, política e identidad nacional en Juan Marinello

**Rigoberto Pupo Pupo** El entorno histórico de la década del 30 tiene entre sus primeras personalidades a la de Juan Marinello, en su proceso de luchas y búsquedas nacionales. En las páginas de este artículo, su autor indaga en las ideas del poeta, ensayista y combatiente, trasmitiéndonos la renovación que de su pensamiento y acción trasciende en la profunda y creadora evolución cultural y política cubanas. ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

Los años comprendidos en la década del 30 del siglo xx cubano están impregnados de nuevas calidades definidoras y modos existenciales de hacer cultura, arte, política en función o no de la identidad nacional; su desarrollo y preservación. Son años complejos y difíciles, en los cuales los sectores intelectuales cubanos tienen que tomar conscientemente posiciones: o miran la realidad nacional de frente, con ojos militantes, o la evaden para regodearse en su producción abstracta, lo más "cómodo", o sencillamente glorifican el *status* existente, para alinearse así a

la reacción en contra del ideal nacional y en defensa de intereses de clases muy definidos.

Son años inciertos, ha fracasado la Revolución del 30, hay confusiones ideológicas, pero la herencia acumulada de la "década crítica" precedente, así como el despertar de la conciencia nacional, si bien inmerso todo en confusiones e indefiniciones, marcarán su huella indeleble a la posteridad. "Sus gérmenes formadores —refiere Marinello a su llamada década crítica (1920-1930)— poseen raíces muy profundas, de las que suben las grandes floraciones que hemos con-

templado después. No es casual que en esos diez años —ni antes ni después— hayan ocurrido hechos como estos: la llamada revolución universitaria, la fundación de la Universidad Popular José Martí, la Protesta de los Trece, el Manifiesto del Grupo Minorista, la publicación de la Revista de Avance, Venezuela Libre, América Libre y la radicalización de Social. Añádase la aparición, en ese lapso de tiempo, del Primer Manifiesto Antiimperialista. Y, ya con significación excepcional —continúa Marinello— la fundación de la Confederación Nacional Obrera de Cuba y el Partido Comunista, primer partido marxista-leninista de nuestra historia".<sup>1</sup>

La década del 30, como todo tiempo histórico, tiene sus premisas. Hay una cosecha, una

memoria, avalada por acontecimientos trascendentales que ella sucede, e incluso toda una tradición anterior sintetizada en Martí, la cual, aunque en parte desconocida o desvirtuada en la República neocolonial, existe. El antimperialismo de Mella y Villena ha trascendido e impulsado nuevas directrices socioculturales y políticas. La nueva conciencia nacional

protagonizada por la juventud, exige nuevos enfoques y discernimientos del pensamiento revolucionario del Apóstol y de la realidad nacional.

En todo este proceso de lucha y búsquedas nacionales está presente la figura de Juan Marinello; joven de fina inteligencia y dotes excepcionales, cuyas cualidades las pone en función de la cultura nacional y la realización plena de la liberación de su patria. Como poeta, como escritor lírico, se inicia con originalidad creadora, con un estilo nuevo e innovador. "Liberación" (1927), según Regino Botí, "unce definitivamente a Cuba a la nueva poesía (...) haciendo del canto algo cogita-

tivo, trémulo, espacial, sujeto al suelo por invencibles atavismos, pero con las alas potentes ansiosas de vuelo y eternidad (...) Sólo el hombre que se siente muy firme sobre sus talones puede elevar su canto hasta las más puras abstracciones".<sup>2</sup>

Sin embargo, su excelsa sensibilidad humana, sus convicciones ideopolíticas, forjadas en el combate en que se dirimía el destino de la nación cubana, lo alejan de su poesía intimista y las abstracciones; sin con ello, renunciar a su vocación poética que impregnó toda su producción intelectual.

El ensayo, género literario en que encuentran cauces expresivos por excelencia, los fundadores de la *Revista de Avance* y otros destacados intelectuales,<sup>3</sup> constituirá el arma de combate en el quehacer político-social, crítico-literario y, en fin, cultural-revolucionario de Juan Marinello. Su tesis, "que el ensayo pone y el tratado dispone", en un creador de su naturaleza, lo conduce a elegir el primero, como medio más propicio para el despliegue de sus energías e inquietudes político-sociales y culturales.<sup>4</sup>

Como toda obra humana, creadora, la ensayística de Marinello experimenta un proceso de

**RIGOBERTO PUPO PUPO**  
(La Habana, 1946), vicedecano de la Facultad de Filosofía e Historia en la Universidad de La Habana, es especialista en Historia de la Filosofía —incluido Pensamiento Cubano y Latinoamericano—; ha dedicado sus estudios a las investigaciones acerca de los problemas relacionados con el hombre y la actividad humana, así como su concreción en la obra martiana. Es autor de varios artículos en la temática que trabaja, en revistas y en libros referidos a su especialidad.

<sup>1</sup> Juan Marinello: "Entrevista realizada por un destacado grupo de investigadores del Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas", en *Recopilación de textos sobre Juan Marinello*, Ediciones Casa de las Américas, La Habana, 1979, p. 31.

<sup>2</sup> Regino E. Botí: "La nueva poesía en Cuba", en *Recopilación de textos sobre Juan Marinello*, ed. cit., p. 289.

<sup>3</sup> Destacados intelectuales cubanos definen una generación de ensayistas, cuya producción literaria transita por temas de los signos más disímiles de la época, la cultura nacional, la política, el arte, la historia, etcétera. Lugar especial en la ensayística cubana de las décadas de los 20 y 30 ocupan Jorge Mañach, Juan Marinello, Francisco Ichaso, Félix Lizaso, José M. Chacón y Calvo, José Antonio Fernández de Castro, Raimundo Lazo, Raúl Roa, Antonio Sánchez de Bustamante y Montoro, Elías Entralgo y otros.

<sup>4</sup> Sobre la especificidad y los valores de Marinello como ensayista ver el prólogo de Ángel Augier en *Órbita de Juan Marinello*, Colección Órbita, UNEAC, La Habana, 1968, pp. 23-31, y de Raimundo Lazo: "Juan Marinello, ensayista hispanoamericano", en *Páginas críticas*, Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983, pp. 496-507.

evolución, en cuanto a profundización y enriquecimiento se refiere, en la medida en que profundiza en la realidad, amplía su horizonte cultural y acumula experiencia. La década del 20 fue su prueba de fuego, y emerge junto a Mella, Villena y otros destacados jóvenes revolucionarios, como figura de alto calibre político revolucionario y hombre de cultura, con pleno reconocimiento en su medio intelectual y en los predios de la crítica literaria más exigente. Sus dotes como escritor, la originalidad de estilo, su espíritu innovador, que en muchos casos llevan el signo martiano y unido a su vasta cultura, que no soslaya lo popular y el dominio profundo de la lengua, ya a partir de los años 30, hacen de "los ensayos de Marinello (...) apotegmas que la lógica de su entusiasmo enlaza alrededor de hombres e ideas".<sup>5</sup>

En la ensayística marinelliana de la década del 30, ocupan su atención diversos temas en torno a la cultura, el arte y la política. No obstante, su núcleo central gira en torno a la figura de José Martí —y coincido con los críticos y exégetas del intelectual cubano— de que esta asunción del Maestro resultó determinante en su madurez como escritor y elemento catalizador en su creación fundadora como hombre de pensamiento y acción, que al igual que el Apóstol hizo de su oficio y misión, una unidad indisoluble. Misión y oficio, como dos momentos de un todo único —revelado y altamente valorado por Marinello en Martí—, presiden y pervaden, en toda su dimensión, su ensayística. Pero la influencia martiana y, también, marxista no se reducen a esta determinación, sino que junto con ello, le aportan un método de aprehensión de la realidad, que en Martí supera y sintetiza la rica tradición del pensamiento cubano y lo más valioso del legado universal: *el enfoque sociocultural antropológico, que vincula sentimiento y razón como parámetros cualificadores de humanidad, y hace del hombre y su devenir un proceso-resultado de la cultura, en tanto encarnación del ser esencial humano y medida de su desarrollo, ascensión y trascendencia.*

En esta dirección, y ya en un momento de su evolución intelectual que expresa los signos de madurez como escritor, y en posesión de un método que arranca del hombre en su realidad

dramática y en sus múltiples mediaciones, *los temas cultura, política e identidad nacional, traducen y trasuntan* una obra creadora puesta al servicio de la transformación de la realidad nacional y en función del pueblo.

En los ensayos publicados en la *Revista de Avance* emergen múltiples asuntos que compendian la unidad orgánica entre cultura y política, como expresión humana que debe realizar el bien del hombre. En "El poeta José Martí" (1929) se pregunta: "¿Se sobrepone el Apóstol al genio? ¿Hubiera sido genial Martí sin vaciar su fuerza inigualada en un empeño apostólico? —y responde—, lo que en último término maravilla en él no es su obra de escritor, de orador, de poeta, sino la capacidad egregia para adecuar esa obra a la obtención, a la realización práctica de un ideal".<sup>6</sup>

En el contexto de la relación cultura-política e identidad nacional, vista como un todo, dimanante del hombre y transida de humanidad, discurre en otros problemas capitales como la relación e interconexión entre lo universal y lo singular propio, lo autóctono y lo foráneo, los elementos integradores de la identidad nacional, el lugar de la cultura afrocubana, el mestizaje, la relación entre el ser americano y el deber-ser, en estrecho nexo con las inquietudes cubana y americana, la conciencia de nuestro ser y los sentimientos en la proyección social, el lugar y papel del artista y su vínculo con el pueblo. Por todas partes asoma en Marinello la preocupación del hombre humanista que hace de la cultura, la política, el arte, etc., un programa fundador de lo nacional con vocación universal, un servicio al sumo bien del pueblo y la humanidad.

El ensayo "Sobre la inquietud cubana" (1929) constituye una meditación americana en sí misma, en defensa de la identidad de nuestro ser existencial y una protesta a continuar siendo fieles copiadore de la cultura europea, presa fácil del imperialismo norteamericano. Mas, la protesta no se queda en sí misma, lleva un mensaje,

<sup>5</sup> Raimundo Lazo, ob. cit., p. 498.

<sup>6</sup> Juan Marinello: "El poeta José Martí", en *Revista de Avance*, Colección Órbita, 1972, p. 294.

un llamado a la acción. “La inquietud de hoy es esencialmente —trágicamente— política en su sentido más amplio y lejano. La tragedia no sólo está en la inquietud, sino en los caminos para realizarla”.<sup>7</sup> Hay una toma de conciencia de los problemas reales que afectan a nuestro pueblo: “la pugna entre las viejas construcciones y el nuevo sentido”, pues “están divorciados de modo radical (...) la personalidad —dignidad nacional— con el bienestar de sus pobladores”.<sup>8</sup> Al mismo tiempo existe “una realidad jurídica —la Enmienda Platt— y una realidad histórica —la absorción económica— constituyen al gobierno de Cuba en guardián de los intereses norteamericanos”.<sup>9</sup>

Como en “Juventud y vejez” (1928), en el cual defiende la libertad, el derecho al futuro, ante la opresión que invade a la nación, aquí el optimismo revolucionario se impone, pues “no vemos, sin embargo —enfatisa Marinello—, esta tragedia americana como seguro naufragio de los valores espirituales”.<sup>10</sup> Ese optimismo real, de raíz nacional martiana, se cimenta en su cosmovisión humanista, que ubica al hombre como centro del acontecer sociocultural y político y cree en las virtualidades que potencian y sirven de sustrato a su humanidad. Se pone de manifiesto además cuando asume la personalidad del pensador marxista peruano. “En Mariátegui —señala Marinello en el ensayo ‘El Amauta José Carlos Mariátegui’, publicado con motivo de su deceso, junio de 1930— la obra intelectual no puede ser cosa inseparable de su presencia, porque él estaba en su obra y su presencia empieza ahora. Por venir de su aliento de hombre su palabra nació con piernas incansables. Como toda palabra transida de humanidad y codiciosa de porvenir será la suya viva y reciente”.<sup>11</sup>

El hombre, concebido como presencia, proyecto y síntesis de la cultura que halla modos de realización en el arte, la política y en todo su quehacer social, permea el método marinelliano. De aquí dimana su intelección de la cultura como ser esencial humano, enraizada en el pasado y siempre mirando al porvenir. Por eso, en su criterio, la política resulta una determinación de la cultura. Un todo, consustancial a una superior unidad: el hombre, como hacedor de historia, comprometido con la realidad y las exigencias

de su época. Por eso jerarquiza en todo alto nivel, la divisa esencial de Mariátegui: “No soy un espectador indiferente del drama humano. Soy, por el contrario, un hombre con una filiación y una fe”.<sup>12</sup> Fe, que en la comprensión de Marinello, significa “ser parte encendida del drama del mundo”,<sup>13</sup> “ser hombre dramático en un coro de hombres trágicos, afirmar mientras todos dudaban... hundir las manos con dolor de creación en carne angustiosa”.<sup>14</sup> En sí, fe es hombre con ideales, cultura militante comprometida, política militante.

En la ensayística de Marinello, la cultura, en tanto producción humana, es tal, en la medida en que “traduzca adecuadamente la inquietud política”. Concibe a ésta, siguiendo al Amauta, como “la trama misma de la historia” y “el anhelo social”, que constituye en primera instancia el afianzamiento de la identidad nacional, con vocación de universalidad.

La política como “trama misma de la historia”, en Marinello implica, ante todo, vía de acción social y humana, y, por tanto, determinación y núcleo de la cultura. En esta lógica conceptual y consecuente con su concepción de lo político, como “forzoso servicio en las banderas del hombre”,<sup>15</sup> se pregunta: “cuando lo político es la corriente vital. ¿Puede algo quedar a sus márgenes?”<sup>16</sup> Problema este extraordinariamente controvertido y polémico, pero en el discurso de Marinello y el método con que piensa la realidad humana, aporta múltiples claves interpretativas que dan fe y cuenta de su razón, o al menos de los fundamentos lógicos que avalan su criterio.

<sup>7</sup> Juan Marinello: “Sobre la inquietud cubana”, en *Revista de Avance*, Colección Órbita, 1972, p.336.

<sup>8</sup> *Ibíd.*, p. 337.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 331.

<sup>10</sup> *Ibíd.*, p. 337.

<sup>11</sup> Juan Marinello: “El Amauta José Carlos Mariátegui”, en *Revista de Avance*, Colección Órbita, 1972, p. 351.

<sup>12</sup> *Ibíd.*, p. 353.

<sup>13</sup> *Ibíd.*

<sup>14</sup> *Ibíd.*, p. 355.

<sup>15</sup> *Ibíd.*

<sup>16</sup> *Ibíd.*, p. 356.

En primer lugar, no puede olvidarse su concepción de lo político, como hecho cultural, como fenómeno humano, inmanente e inserto en la cultura, como una de sus determinaciones esenciales. En segundo lugar, no resulta posible soslayar el sentido aureoreal, preludiante, proyectual que impregna la ensayística de Marinello. Ese constante transcurrir —aprehendido de Martí— del ser al deber-ser que penetra la obra de Marinello, constituye un impulso, para el cual “la afirmación menos cumplida es menos fértil que la leal sugerencia”.<sup>17</sup> Perder de vista esto, es condenarse a no entender el estilo ni el mensaje de la ensayística marinelliana. Es cerrar las vías de acceso a su “propia selva”, no seguir su ritmo y quedar fuera de su sintonía.

La asunción de los temas cultura, política e identidad nacional no sólo se reduce a los trabajos publicados en la *Revista de Avance*. Todo lo contrario. Si ciertamente son recurrentes y a veces reiterativos en los ensayos de los años 30 y de las sucesivas décadas, también es indudable que alcanzan un nivel superior de profundización.

El ensayista descubre nuevos vínculos y condicionamientos en correspondencia con nuevos tiempos históricos, experiencias acumuladas y una mayor profundización en el pensamiento martiano y el marxismo creador.

La obra ensayística de Marinello en la década del 30 es vasta, profusa y muy rica en cuanto a temáticas de crítica literaria se refiere.<sup>18</sup> Escrita en condiciones difíciles ante el acoso policiaco, la persecución, la cárcel y el destierro. Varios ensayos fueron escritos en la cárcel o en la clandestinidad. No obstante, “el pensamiento se desarrolla en libre y prolongada espiral alrededor de una idea matriz, y va amplificándose y transformándose con prodigalidad asombrosa”.<sup>19</sup>

En el contenido de los ensayos de este período, reflejando la realidad de la época, están presentes las angustias cubana y americana —ciertamente como señala Ángel Augier—, pero siempre abriendo brechas de discernimiento y planteando propuestas para superar el callejón sin salida que otros vaticinaban y consideraban cerrado y sin alguna vía de acceso.

A los problemas de la cultura contemporánea—incluidas, por supuesto, la de nuestra Amé-

rica y la cubana— dedica atención especial en su ensayística. La relación entre lo universal y lo particular constituye un tema recurrente, así como el imperativo de afianzar, preservar y desarrollar lo propio, para encontrar nuestro ser esencial e insertarnos en la cultura universal con derecho soberano y ser contemporáneo, en tanto hombre emancipado, libre, virtuoso y digno que sabe labrar el futuro como sujeto, asido a la tradición, con memoria histórica y personalidad colectiva.

En el ámbito de esta constante búsqueda del ser esencial que sirve de sustrato a la cubanidad, los temas cultura, política e identidad nacional y sus interconexiones y mediaciones, continúan desarrollándose. De una forma u otra y con disímiles expresiones, como su método se funda en el hombre y su despliegue procesal en la cultura, por exigencia lógica, su discurso transita tales determinaciones. Se trata, además, de un ensayista de vasta cultura, fina sensibilidad y comprometido con la realidad nacional. Por eso, en él, “una simple alusión —señala Ángel Augier— marca una vasta extensión cultural, y el concepto de cultura, en él no excluye jamás la veta inagotable de lo popular”.<sup>20</sup>

En “Hazaña y triunfo americanos” de Nicolás Guillén, y en “Negritud y mulatismo”, desarrolla un profundo trabajo relacionado con el componente negro de la cultura cubana, así como la identidad mestiza que caracteriza nuestra nación. En la poesía de Guillén descubre “la cultura de

<sup>17</sup> Juan Marinello: “Creación y revolución”, *Contemporáneos*, UNEAC, 1973, p. 12.

<sup>18</sup> *Literatura hispanoamericana. Hombres-Meditaciones*, editada por la Universidad Nacional de México, en 1937, sin agotar la ensayística de la década, recoge trabajos muy importantes del autor como: “Martí, artista”, “Gabriela Mistral y José Martí”, “Martí, escritor americano”, “El Amauta José Carlos Mariátegui”, “Significación de Varona”, “Comentario chaplinesco de Luis Felipe Rodríguez”, “Recodo de Pablo Neruda”, “Hazaña y triunfo americano de Nicolás Guillén”, “Americanismo y cubanismo literarios”, “25 años de poesía cubana”, “Tres novelas ejemplares”, “Una novela cubana”; “Discurso inaugural”.

<sup>19</sup> Raimundo Lazo, ob. cit., p. 499.

<sup>20</sup> Ángel Augier: “Prólogo” a *Órbita de Juan Marinello*, ed. cit., p. 28.

raíz”, y con ello, un hecho americano del más amplio significado, “porque ella —la poesía— es parte de nuestra carne porque encontramos... nuestro ayer, nuestro presente y nuestro mañana”.<sup>21</sup>

En dirección al tema martiano —predominante en la ensayística de esta etapa, y en las subsiguientes también—, los temas objeto de análisis adquieren un relieve inusitado, y no es casual, pues en Martí encuentra lo que busca en toda su integridad. Martí piensa la realidad a partir del hombre y su actividad que se encarna en la cultura. “Por esto —énfatiza Marinello—, el artista no es en él hombre distinto del político, del meditador, del apóstol. El arte no puede ser para Martí sino ejercicio de humanidad. Su prosa y su verso son los cauces de una energía bienhechora. Su pensamiento es siempre un intento de exaltar lo mejor del hombre”.<sup>22</sup>

Ejercicio de humanidad que en la obra martiana devino pivote central en la revelación del ser existencial de nuestra América, de su identidad en tanto tal, así como la develación de la esencia rapaz del coloso del norte en perenne acechanza y en relación de antítesis con los propósitos genuinos de nuestros pueblos. En esta obra fundadora de Martí, en la que cultura, política e identidad constituyen un todo único indisoluble, la ensayística marinelliana penetra y extrae sus fundamentos orientadores, tanto en la concepción general del problema, como en la aprehensión del método capaz de pensar el objeto y reproducirlo de manera creadora en su totalidad trascendente.

En esta dirección de reflexión y discernimiento del problema, el ensayo “Americanismo y cubanismo literarios” resulta conclusivo. Ante la pregunta: ¿muestra lo político el quilate irreducible de un grupo humano o sólo una esquina ocasional del criterio colectivo? Marinello responde apoyándose en la historia: “Los mejores observadores del 19 atisbaron el alma criolla a través de la conmoción que produjo el ansia de independencia política. La revolución contra España fue, innegablemente, oportunidad de sublimación de muy significantes aristas espirituales del criollo”.<sup>23</sup>

En la ensayística marinelliana de la década del 30, además de dar respuesta a una etapa con-

vulsa de nuestra historia, se manifiesta el talento excepcional del autor, así como la originalidad creadora y la belleza expresiva que caracterizan todo un método, todo un estilo para revelar en su esencia la unidad: cultura, política e identidad nacional en su síntesis. Además, ínsitamente, la ensayística del creador y político cubano está mediada por una idea central que imprime sustancialidad y coherencia al discurso: *no hay identidad nacional auténtica, más que enraizada en la cultura del pasado, en los combates del presente y en la tarea común de quienes construyen el porvenir*. Se trata ante todo de un programa cultural, diseminado en su rica y variada ensayística, cuyo ideal de racionalidad, fundado en el hombre, sus necesidades, intereses, fines y medios, hurga en la modernidad de Cuba y nuestra América, para hacer de la cultura y la política la autoconciencia auténtica de la liberación, y de la praxis, su instrumento de realización efectiva.

Si bien en la producción de Marinello el problema: cultura-política-identidad nacional, inmanente a su concepción del hombre, ya se constituye como cuerpo teórico coherente de su discurso en la década del 30 (1930-1940), cuya expresión la integran los ensayos recogidos en su libro *Literatura hispanoamericana. Hombres-meditaciones*, (México, 1937), en toda la obra posterior continúa su desarrollo y sistematización.

Mas, en “Martí, escritor americano”, 1958 (su obra capital); “Meditación americana”, 1959; “Sobre el modernismo: polémica y definición”, 1959; “Conversación con nuestros pintores abstractos”, 1960; “Lenin y la creación artística”, “Literatura y revolución” y “El escritor Aníbal Ponce”, entre otros, la intelección dialéctica en torno a la relación cultura-política-identidad, en tanto totalidad orgánica que dimana de una teoría y un método en su plena madurez, resulta más reveladora y profunda, pues se desentrañan nuevas aristas y se develan otros nexos y mediaciones esenciales.

• • • • •

<sup>21</sup> Juan Marinello: *Literatura hispanoamericana...*, ed. cit., p. 89.

<sup>22</sup> Juan Marinello: “Martí, artista”, en *Literatura hispanoamericana...*, ed. cit., p. 13.

<sup>23</sup> Juan Marinello: “Americanismo y cubanismo literarios”, en *Literatura hispanoamericana...*, ed. cit., p. 105.

# Historia y nación en Emilio Roig de Leuchsenring

**ALICIA Conde Rodríguez** En sus páginas, la autora del presente artículo va a la **exposición razonada** de la **profunda comprensión** que acerca de la **formación de la nación cubana** existe en **Emilio Roig de Leuchsenring**, imbricada a su **concepción de la historia** y su **modo de hacer historia**; a su vez, quedan plasmadas la **defensa** del inolvidable historiador de la **evolución del pueblo cubano**, esa **cubanía** de manifiesto **antimperialismo**. ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ● ●

**ALICIA CONDE RODRÍGUEZ**  
(La Habana, 1964), licenciada en Filosofía, es investigadora agregada en el Instituto de Filosofía y profesora por colaboración de Historia de la Filosofía en el departamento de esta especialidad en la Universidad de La Habana, lugar donde también trabaja como especialista en el proyecto científico de Historia de las Ideas. Es autora de diversos artículos en publicaciones cubanas y extranjeras.

complejidades de nuestro mundo propio requieren una consagración que pocos han alcanzado, y aún así, la generalización de huellas más profundas en los

► | Logros y frustraciones permanentes parecen ser el denominador común de todo aquel que se acerque a una explicación más honda de las razones de nuestra existencia como cubanos. Logros, porque siempre se descubren entre tantos —ya exhaustivamente precisados— otras sorprendentes singularidades que nos dan tan personalísima presencia en la universalidad de las culturas humanas. Frustraciones, porque las interrogantes que surgen de las

estudios socioculturales más logrados, todavía es exigencia, no resultado.

Cierto es que Emilio Roig de Leuchsenring no encamina su esfuerzo intelectual al estudio

de complejidades tan subyacentes, pero decisivamente explicativas. Sin embargo, su obra proyecta significativas señales en este tipo de incursión. A saber, sus amplios estudios costumbristas de la realidad colonial y neocolonial, demuestran una sutil sagacidad en el terreno psicosocial de la reflexión sociológica. Esos mecanismos movilizadores del inconsciente colectivo que permitan entender más a fondo nuestro proceso histórico, resultan una cobertura, que nuestro historiador, con autoconciencia o no, nos dejó en legado. Este modo de abordar los problemas sociales de Cuba constituye punto de partida en la reafirmación del poder real de la Isla a ser nación. Porque una interrogante clave de nuestra historia es ¿con qué factor ha contado el pueblo cubano para sostener la nacionalidad?, y la respuesta —sin temor a reducciones—, a juicio de nuestro historiador, es el espíritu de ser independientes, íntima permanencia que ha desbordado los límites del determinismo económico.

Si pensamos en nuestra historia, la independencia siempre fue deseada por los cubanos, desde que les asistió la razón de su identidad. El cubano ha deseado ser él y no otro. Muy diversas fueron las estrategias empleadas por aquellos que la pretendían, pero con sabiduría la ponían por coyunturas tan desfavorables que la condenaban *ipso facto*. Se precisaba la oportunidad. Entre desvelo y recelo batallaron los patriotas. La historia demostró el acontecimiento en su tiempo. La nación constituyó el resultado de una larga lucha por Cuba independiente; el concepto de patria nacido en los albores de la nacionalidad, impregnó a las luchas de independencia el sello de su identidad.

La trascendencia del problema de la nación estriba en el reconocimiento de nuestra identidad, de nuestra capacidad y disposición de ser. La comprensión del difícil y largo proceso evolutivo no sólo del pensamiento sociopolítico emancipador cubano cristalizado en la búsqueda constante de reformas y mejoramientos de la sociedad cubana colonial, sino de las guerras cubanas contra la Metrópoli imperial. Proceso de autoconciencia de los problemas de Cuba y su maduración para plasmarse como concien-

cia nacional y realizarse en la independencia “La nación cubana —declara Roig— no es la consecuencia como algunas naciones surgidas a la terminación de grandes conflictos bélicos mundiales, de las conveniencias o de las intrigas de grandes potencias, naciones trazadas sobre el mapa en la mesa de conferencias internacionales; ni es tampoco el producto de la aglutinación de regiones antagónicas por su heterogeneidad racial, religiosa o política, ni debe su existencia al favor interesado de otras naciones, con cuyo concurso de haber sido necesario, jamás hubiera entrado a formar parte de la comunidad jurídica internacional”.<sup>1</sup>

En su concepción de la nación cubana no se trata de extrapolar modelos ajenos, extraños, antinaturales a nuestra historia por su propia historia natural. La profunda comprensión sobre la formación de la nación está íntimamente ligada a su concepción de la historia, a su modo de hacer historia. Roig madura un método que puede sintetizarse así: sólo a partir de la realidad transmitida a través de las fuentes documentales primarias, así como de la literatura y de las manifestaciones sociales y de cultura material, puede lograrse la información básica sobre la cual sostener ideas o tesis. De esta forma, lo importante para él no es suscribirse a una etiqueta teórica, sino por el contrario asumir la realidad tal como nos es dada por la información histórica para entender sus procesos y proyecciones. En esta dirección no es a la realidad cubana a la que se le pueden imponer teorías, sino que éstas deben confirmar el material apreciado por la propia realidad. La defensa de la cubanía no es otra cosa que la defensa de un proceso propio de evolución del pueblo cubano. Éste es el elemento básico del quehacer de Emilio Roig de Leuchsenring y lo que da sentido a su antimperialismo.

Roig advierte la necesidad “de impedir a toda costa que se falsee la historia de nuestra patria especialmente el proceso evolutivo y forjador de la nación cubana que culminó en nuestra glorio-

<sup>1</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1995, p. 1.



sa y victoriosa revolución”.<sup>2</sup> El sentido político de sus escritos, el compromiso con su tiempo se proyectaban, además, y de modo sistemático, contra la tendenciosa negación de los valores y las virtudes de los cubanos.

La organicidad lógica de sus ideas y el sentido de totalidad que lo motiva, aunque no del todo lograda, en su empeño de aprehender la evolución social, cultural y política de Cuba, caracterizan su obra. No obstante, la ausencia del estudio económico en sus trabajos no le permite explicar las raíces de fenómenos complejos cuyas bases motivadoras están en las distorsiones de la economía cubana, creadoras de diferenciaciones, corruptoras de las costumbres y generadoras de vicios sociales.

Como historiador de oficio no se limitó a la historia como erudición ni como modelo, sino a la historia como demostración del devenir humano, por las improntas del presente y la necesidad visionaria del futuro de Cuba. De igual manera no se dejó atrapar por lo contingente, sino que trató permanentemente de abordar la interacción entre los elementos políticos, sociales y espirituales para apuntar así hacia una totalidad histórica, que no logra evidentemente, pero que sí lo separa de manera irremisible de la historia positivista.

En realidad, la atmósfera intelectual que se observa a partir de los años 20 es ruptura y continuidad, Continuidad, en tanto temáticamente y en el rumbo de las preocupaciones se enlazan con los grandes pensadores e historiadores del siglo XIX. No hay duda de que Fernando Ortiz se consideró con la misma misión en el siglo XX, que tuvo José A. Saco en el XIX, según expresó en el “Prólogo” y “Últílogo” de su obra *En contra de la anexión*. Por otra parte, Ramiro Guerra emprendió la tarea de superar la *Historia de Cuba* escrita en el XIX por Jacobo de la Pezuela, que además no era cubano.

Roig concibe toda su obra como continuación y defensa de las ideas martianas. En este aspecto hay un hecho trascendente para entender la posición de Roig. La obra de Martí comenzó a divulgarse en Cuba a partir de la década del 20. Su efecto en la intelectualidad y la juventud cubanas fue tal, que marcó los rumbos del pen-

samiento revolucionario. Julio Antonio Mella hace sus glosas al pensamiento martiano justo cuando Roig inicia los caminos trazados por Martí.

No puede obviarse que al lado del movimiento de renovación histórica se conformaban —como resultado de los grandes acontecimientos que transformaban al mundo— la Revolución de Octubre de 1917, la Revolución Mexicana en América Latina, el crac del 29 que afectó toda la economía mundial, la Revolución China y todas las consecuencias de la guerra fría, que trazaban límites e impulsaban, a la vez, las contradicciones del movimiento intelectual.

En el caso cubano, la época está signada por la frustración del movimiento independentista y la impronta imperialista. Esta nueva realidad vinculada a las propuestas innovadoras de los estudios históricos, constituyen los elementos de ruptura con el modo de asumir y pensar de las grandes figuras del siglo XIX.

Quizá, sea Roig el mejor ejemplo de esa continuidad y ruptura, pues uno de sus asideros fundamentales estaba en el pensamiento martiano que se proyectó más hacia los problemas de la futura Cuba que a la Cuba del pasado.

## ► II

Consciente Roig de Leuchsenring de que en el mundo y en Cuba los estudios sociales ampliaban sus horizontes y se encaminaban a problemas más trascendentales: hacia lo político, lo económico y lo social, no abandona nunca el propósito de desentrañar las costumbres de los cubanos, en la colonia y en la república, con el fin de revitalizar los rasgos positivos del cubano y descubrir todo lo negativo que durante siglos se había arraigado en la personalidad cubana. Era éste su modo de defender una nación que se hacía y dejaba de ser. Mas, no pocos en su época valoraron su labor de antipatriótica. Así, pues, el 11 de abril de 1924, en una conferencia leída en la Sociedad de Derecho Internacional, declara nuestro historiador: “no es de buenos ciudadanos, sino de histriones, el cubrirse con

<sup>2</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: *Males y vicios de Cuba republicana. Sus causas y sus remedios*, Oficina del Historiador, La Habana, 1959, p. 48.

la máscara del optimismo cuando en lo privado se confiesan nuestros males o cuando a lo mejor se es en parte causante de ellos y que la gravedad consiste en que los vicios y defectos de la nación existan, no en que se analicen y estudien con altezas de miras y de propósitos; y que el ciudadano verdaderamente patriota no puede cerrar los ojos ante las lacras (...) sino que (...) el amor a su patria y el deseo de su progreso y mejoramiento le obligan a enfrentarse con máculas y defectos, para estudiarlos y remediarlos".<sup>3</sup>

Puede afirmarse que, en la república, ningún otro intelectual cubano denunció tan sistemáticamente las negativas costumbres adquiridas por el pueblo cubano, desde los años de la colonia, como lo hizo Roig de Leuchsenring. Bastaría una revisión, apenas superficial, de la revista *Carteles* para constatar este hecho a través de cientos de trabajos publicados desde la fundación de la revista hasta el año 1954.

Los vicios y defectos de las costumbres públicas en la colonia se reproducían una vez constituida la república: el egoísmo, los odios enconados, el afán de lucros, la empleomanía, la burla al derecho, la apatía, la pasividad, la desunión y desorganización colectivas, el personalismo, el caudillismo, la ineficacia, la injusticia social y, como diría Roig, "el imperio de los mediocres". Esas funestas costumbres inmovilizaban la sociedad republicana, "haciéndonos pensar, con tristeza y dolor —afirmaba Roig—, que ésta en el fondo, cambiados la bandera y el himno, es colonia superviva".<sup>4</sup>

Cuba sufría una gran crisis de nacionalidad. Aquella sentencia de Martí de que "Cuba ha de ser libre de España y de los Estados Unidos", estaba por hacer. Sometida, entonces, a la dependencia neocolonial, vivía la dramática situación social que su condición le imponía.

Roig afirmaba que el peso mayor de la influencia del intervencionismo recayó sobre las costumbres públicas con una gravísima repercusión. Dos elementos se fomentaron: la desmoralización y la desorganización. "Toda vez —como decía Roig— que el nacimiento de la República, al no ocurrir sino a impulsos de los Estados Unidos en el momento que su gobierno lo creyó oportuno y en la forma y con las trabas que juzgó

necesario imponer para la mayor garantía de sus intereses en la Isla y seguridad de su territorio, ha llevado al ánimo popular la creencia de que aquel gobierno es la última palabra y la voluntad definitiva en nuestros asuntos políticos y económicos, con grave quebranto del espíritu de solidaridad y fe nacionalista".<sup>5</sup>

Por esta razón fundamental consideró de especial interés el reconocimiento de las formas en que se desarrollaron las relaciones de Cuba con Estados Unidos para hacer que nuestro pueblo fuera perdiendo la fe en la soberanía del país y la confianza en el gobierno y en el esfuerzo propio. Frutos de sus profundas reflexiones acerca de estas relaciones son sus obras maduras: *Historia de la Enmienda Platt. Una Interpretación de la realidad cubana*, 1935; *Los Estados Unidos contra Cuba Libre*, 1959, y *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*, 1950. Estos trabajos representan una excelente exposición, basada en una muy abundante documentación cubana, española y norteamericana de los principales archivos de los diferentes países, sobre los elementos que dieron lugar a la pérdida de confianza del pueblo cubano en su propio destino, en sus propias fuerzas, después de finalizada la guerra e instaurada la república.

A las lamentables costumbres del pueblo cubano adquiridas durante la república y la reafirmación de todo lo sustancialmente negativo de la colonia: al juego, la indolencia, la desunión, la desorganización, etc., se unió el culto al privilegio, la tragedia del guajiro, la discriminación racial y la aguda crisis de las instituciones oficiales de enseñanza, cuya expresión más elocuente lo constituyó el feroz analfabetismo que padecieron los cubanos.

Ésa era la realidad del cubano. Anticubana por naturaleza. El privilegio económico, social y

<sup>3</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: *Por su propio esfuerzo conquistó el pueblo cubano su independencia*, Oficina del Historiador, La Habana, 1957, p. 16.

<sup>4</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: "La Colonia superviva", en revista *Cuba Contemporánea*, La Habana, 1938, p. 120.

<sup>5</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: *Males y vicios...*, ed. cit., p. 10.

político lo disfrutaban aquellos que hipotecaban la soberanía del país. La historia colonial y neocolonial demuestran que "Cuba ha sido la tierra de los privilegios, donde vive una minoría que goza de ellos irresponsablemente, y explota, desenfrenadamente, a la mayoría".<sup>6</sup>

No se sostiene la nacionalidad sin igualdad social. Así lo entiende Roig de Leuchsenring y lo expone en sus ensayos martianos; *El internacionalismo antimperialista en la obra político-revolucionaria de José Martí*, 1935; *La República de Martí*, 1943, y el *Ideario cubano de Martí*, 1936. En estos estudios analiza el "caudal riquísimo con que Martí quiso regar su tierra cubana, para que en ella fructificase la semilla de la igualdad social, razón de existencia de la nacionalidad a cuya formación, consolidación y engrandecimiento él ofrendó su vida".<sup>7</sup>

La independencia significaba la igualdad de la inmensa mayoría trabajadora, no la igualdad mayoritaria propugnada por el liberalismo. Por ello, también la ausencia total de privilegios personales que bifurcaban la idea de justicia social, por la que durante tanto tiempo se había luchado, y que a la larga pusiera en peligro la existencia misma de la nación.

Pero la república neocolonial negó la república de Martí. La abundancia de privilegios para un grupo contrastaba con la desesperación y el desamparo de la mayoría de la población cubana. No obstante, al desconcierto de los primeros años sobrevino la inconformidad a la desesperanza. La palabra privilegio despertó siempre en el pueblo irreprimible actitud de protesta y rebeldía. Como decía Roig: "tan arraigada estuvo en la conciencia cubana la imperiosa necesidad de acabar, una vez lograda la independencia, con todo cuanto significara privilegio personal".<sup>8</sup>

Privilegio concedido para la industria azucarera cubana por Estados Unidos, significó hipotecar la independencia política de Cuba y fomentar su dependencia económica. El privilegio del gobernante y el político, del industrial, del comerciante, del terrateniente, el privilegio del blanco, alcanzaron en la república la preponderancia de institución nacional.

Discriminación social, por tanto, que abarcó a toda la gran masa humilde cubana: los obre-

ros, los campesinos y todas las esferas de la sociedad. En este sentido y por su vital relevancia en la formación y desarrollo del espíritu público, la educación constituyó esfera primordial de progresos y regresos. Sistematizó mentalidades, valores, en una dirección u otra, y anuló en el peor de los casos el desarrollo libre de una enseñanza cubana. Roig lo indicó así: "En países como el nuestro integrados por aportes humanos de diferentes razas, de sedimentos culturales distintos, lastre colonial deplorable, actuación republicana de débil endogenia y acción extranjerizadora poderosa y permanente, se hace imprescindible la acción informadora del Estado sobre el área de la educación (...)

"La creación de un carácter nacional es posible a través de las instituciones de enseñanza. El sentido de la democracia y el pensamiento patriótico es adquirido por una ciudadanía desde la infancia. La verdadera escuela cubana es igualitaria y, por tanto, contraria a toda discriminación; y como el fundamento de la patria está en la escuela, los verdaderos patriotas somos los que defendemos la verdadera escuela cubana, que es la escuela democrática, que es la escuela nacional".<sup>9</sup>

Sin embargo, la sociedad neocolonial, fuertemente discriminatoria y antidemocrática, reprodujo en la enseñanza, éstas, sus cualidades más representativas. Las condiciones de las grandes masas analfabetas se agudizaban con riesgo de perder su sentido de nacionalidad. La fuerte influencia que sobre las costumbres del pueblo ejercía la intervención, imposibilitaba la búsqueda de soluciones a los problemas del país, al tiempo que se afianzaba cada vez más la fuerte creencia al descreimiento. Para Roig, el sentido de la enseñanza debió ser entonces la preparación del pueblo para una real liberación. A su juicio, va-

<sup>6</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: *El intervencionismo, mal de males de Cuba Republicana*, La Habana, Municipio, 1937, p. 40.

<sup>7</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: *El internacionalismo antiimperialista en la obra político-revolucionaria de José Martí*, La Habana, Municipio, 1940, p. 35.

<sup>8</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: *Males y vicios...*, ed. cit., p. 99.

<sup>9</sup> *Ibíd.*, p. 130.

lioso por cierto, no sólo la ilustración de un pueblo, sino las condiciones favorables que logre obtener en la producción material, son elementos clave en la defensa real de su personalidad.

Recupera y le imprime nueva vitalidad al concepto de educación popular pensado por Martí, pero, sobre todo, reconoce profundamente el alcance práctico que le concibió el maestro: “el único medio de salvarse de la esclavitud (...) porque esclavo seguía siendo el cubano de su ignorancia, de los vicios, de la inmoralidad, de exacerbados privilegios y discriminación social y racial, de una economía hipertrofiada, de una política de desgobnantes”.<sup>10</sup> Era y es, también, el medio de salvarse un pueblo de sí mismo.

Así convoca Roig, en su tiempo, a uno de los movimientos más sorprendentes y avanzados de la época. Lo inspira la idea de salvar la nación a través de uno de sus factores medulares: la educación. Se trata del movimiento Por la Escuela Cubana en Cuba Libre. Su esencial sentido: la cubanización de toda la enseñanza pública, asumiendo la idea martiana de que “tiene el mundo quien tiene el poder de poner sobre los niños las primeras manos!” Hizo su declaración de principios en el edificio de la Gran Logia de la Isla de Cuba, el 31 de mayo de 1941. Entre otros diría: “2º. Sostenemos la urgencia de que se conviertan en realidades tangibles los principios democráticos y liberales que mantuvieron ininterrumpidamente, como ideales, los apóstoles, héroes y mártires de nuestras luchas emancipadoras, y constituyen por ello el fundamento y la razón de existencia de nuestra nacionalidad (...)”

“6º. Juzgamos de vital trascendencia para el permanente afianzamiento de la nacionalidad, que el estado ejerza, no por simple expediente burocrático, como hasta ahora, sino con miras a la plasmación de ese espíritu de cubanidad del precepto constitucional citado, la reglamentación e inspección de las escuelas privadas, sin que ello envuelva gratuito deseo de dañar intereses ni menoscabar derechos”.<sup>11</sup>

Fue éste un movimiento de la cubanidad y por la cubanidad. Integrado por los centros culturales, las organizaciones que anhelaban una enseñanza plena de cubanidad y todos los intelectuales que pensaban, como decía Roig, en

cubano: Elías Entralgo, Fernando Ortiz, Ciro Espinosa, José A. Portuondo, entre otros, constituyó una magnífica cruzada que levantaría “a todo el pueblo en defensa de su escuela”.

La escuela cubana, defensora de los más altos valores morales, se proponía rescatar el pasado que condicionaría la existencia de nuestra personalidad social y política en el presente y su subsistencia en el porvenir. El empeño creador de varias generaciones de cubanos estuvo dirigido hacia la aparición y desarrollo de la nacionalidad cubana. Esta herencia histórica no podía ser abandonada. Por eso, en estas circunstancias, como en otras de la historia de Cuba, la enseñanza ha tenido una trascendencia irrevocable.

Para crear y consolidar la conciencia cubana se elevaba la nueva escuela. Una escuela que nos defendiera desde dentro, no sólo de la penetración ideológica de Estados Unidos con toda la fascinación de sus falsos destellos, sino de cualquier ideología extranjera que predispusiera mentalmente a los cubanos contra su pensamiento propio, semilla original de su actitud independentista.

No escapaba al análisis del historiador que las reformas sociales que propugnaban la escuela cubana constituirían el resultado de un cambio mayor y más profundo en lo político, social y económico. Una vez realizada esta transformación, la difícil obra de depurar las costumbres de manera que la cultura y la civilización alcanzaran a las grandes mayorías, resultaba condición indispensable para construir una nación poderosa y engrandecida, con pleno reconocimiento internacional de su personalidad. Y esto, además, gracias a su propia historia, que Roig, como ningún otro, supo esclarecer y devolver a “los cubanos de hoy —como él decía— no muy enterados del proceso histórico de nuestra patria”,<sup>12</sup> la confianza en su propio esfuerzo para el logro de sus esperanzas a ser nación.

Reformar las costumbres representaba, entonces, socavar una de las manifestaciones más

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 141.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 124.

<sup>12</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: *Por su propio esfuerzo...*, ed. cit., p. 40.

poterosas de las mentalidades del cubano de la neocolonia. Su saneamiento, unido a los valores más altos de su humanidad, crearían la más eficaz fórmula contra la dependencia: cubanismo es antimperialismo.

Así lo avisó nuestro historiador, quien, además, afirmara más de una vez que “nadie puede creerse patriota o llamarse realmente cubano, sin ser antimperialista”.<sup>13</sup>

Factor histórico clave de su pensamiento fue, pues, la dependencia. Pero la dependencia no sólo en el sentido económico, político, sino, sobre todo, en el mental. Y para ello no sólo se apoyaba en la tradición del pensamiento cubano, sino en su acción revolucionaria en las guerras de independencia, en que lo más positivo del cubano se revelaba con una fuerza tal, que la desnaturalización sufrida durante siglos de su ser no pudo impedir. Y esto lo descubre Roig. Por eso, cuando, continuando la línea martiana de análisis, recupera su actitud fundamental: el antimperialismo, lo hace sobre la base del descubrimiento y la explicación de las raíces históricas del pueblo cubano, forjador de su nacionalidad.

Fue la Revolución de 1959 la concreción de la independencia ideada y forjada por tantas generaciones de cubanos. La esperanza en la realización plena de la cubanidad la depositó nuestro incansable historiador en esta Revolución. Desde la transformación profunda de las bases de la sociedad hasta la promoción mayor de una enseñanza que penetrara con toda su fuerza y poder en el espíritu, cultivado así, de todos los cubanos. Y pudieran éstos defender sus derechos y su dignidad de ser. Era ése su modo de percibir y concebir el antimperialismo. Un cubanismo auténtico con el cual la nación no habría jamás de morir.

La finalidad nacional requiere el ministerio cabal de la libertad de las inmensas mayorías. Éste constituye el único sustento de una verdadera unidad por la cual se defina una nación. Sin el respeto de los derechos individuales y el “manejo justo de los fondos públicos”, sólo será posible una sistemática división en el pueblo, expuesto de esa manera a la fuerza de la ambición de lo peor y más degradante de sus integrantes y de naciones externas.

Para Roig era esencial el entendimiento entre gobernantes y gobernados. Los primeros debían ser el resultado genuino de la voluntad popular, pero para que así fuera resultaría preciso, como sustentaba Martí, que la misión primera del gobernante fuera “servir a la patria y no servirse jamás de ella”<sup>14</sup> y que “no hay viles mayores que los que miran exclusivamente los intereses de la patria como medios de satisfacer su vanidad o de levantar fortuna”.<sup>15</sup> Razón más que suficiente para hacer de la necesidad de que todos los ciudadanos ejercieran la política, una realidad. Pero no puede ejercerse un verdadero poder sin cultura. Imposible será para un pueblo defender sus derechos a partir del desconocimiento. Puede hablarse de democracia infinitas veces y de infinitos modos; mas, la verdadera democracia es aquella en que un pueblo es capaz del ejercicio libre de todas sus potencialidades, sobre la base de un pensamiento elaborado que engendre de manera permanente justicia social.

Roig advierte sobre estas ideas, basándose en sus observaciones sobre la historia de Cuba y la historia de sus ideas político-revolucionarias. Para que exista una unidad nacional, la democracia constituye un elemento medular. Democracia concebida como diría Martí: “en un país de pensamiento”, donde “sólo por las sorpresas de la guerra puede subir un hombre inculto al poder”.<sup>16</sup>

Las propuestas de Martí, síntesis de lo más revolucionario del pensamiento cubano —de aquellos años en que las tendencias más radicales se expresaban a través del reformismo, pues las condiciones históricas de Cuba así lo exigían—, fueron excepcionalmente captadas por Roig. El ideal de independencia concretado en la Guerra de los Treinta Años, como la llamó él, se realizaría de manera definitiva en una nueva república. Su sostenimiento descansaría en tres elementos fundamentales: la unidad nacio-

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 51.

<sup>14</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: “La República de Martí”, en *Tres estudios martianos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, p. 116.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 117.

<sup>16</sup> *Ibidem*, pp. 118-119.

nal, la conciencia nacional y la voluntad nacional. Su concepción limitaba las expectativas de la nación a factores no económicos. Las realizaciones históricas de los cubanos habían demostrado una fuerza espiritual poco común, desafiando explicaciones económicas y estructurales. El historiador eligió las suyas, conociendo previsoramente que el análisis económico era privilegiado en las investigaciones históricas en el mundo. Pero "su mundo" resultaba especialmente complejo. La dinámica de las estructuras sociales, expresadas en las diferentes capas, sectores, estamentos, clases y grupos, era tal, que la producción ideológica y las propuestas de pensamiento pocas veces lograban una síntesis teórica de esa realidad. Adentrarse en la comprensión económica del proceso histórico constituyó un reto que aceptó y asumió el historiador cubano Ramiro Guerra.

### ► III

Pensar la historia y la nación cubanas —desde la perspectiva de Roig de Leuchsenring— permitió a estudiosos de la historia de Cuba y, en consecuencia, desvelados por los problemas de Cuba, examinar un vasto terreno; explorado sí, pero donde las interrogantes, apenas esbozadas, desafiaban su inteligencia y su capacidad de penetración en los hechos sociales. La historia como conocimiento —según clasificación actual para diferenciarla de la historia objeto— cobraba otra dimensión. No se trataba de la descripción exhaustiva de todos y cada uno de los acontecimientos, de toda índole, sino de acercarse a una comprensión humanizada del proceso histórico. Comprensión que se encaminaba a la explicación de una realidad confusa y frustrante y a una propuesta que posibilitara a la nación salvarse de otros y de sí misma. La historia de la nación y la historia para la nación, son dos vertientes que se hallan allí donde el estímulo esencial del pensamiento del intelectual resulta su compromiso político. Es el caso de Roig de Leuchsenring.

De esta herencia manifiesta se hizo vital el reconocimiento —y el peso que en la sociedad tenían— de los elementos internos que a través de una larga evolución, durante siglos, contribu-

yeron a la formación del pueblo cubano.<sup>17</sup> De lo esencial de este análisis, claro está, se deriva el conocimiento de la historia del pensamiento cubano. El asumir contextos también contiene el riesgo, si no se tiene en cuenta la historia real del proceso social —sus orígenes, evolución—, de desvirtuar el pensamiento. Con frecuencia, y sobre todo, sucede a aquellos que juzgan, para bien o para mal, hechos y personalidades históricas, exagerando contextos y acontecimientos, prodigándole a la historia lo que en realidad sólo constituye lo más primario de esta ciencia: la acumulación de datos. Es cierto que la propuesta de Marx en la investigación histórica, en el siglo pasado, aun en los finales de este siglo no ha alcanzado ni siquiera todo su conocimiento. Por tanto, sus grandes opciones quedan en pie. En el caso de Cuba se reconoció por la totalidad de aquellos historiadores (incluido Roig) que producían en la época de la renovación de los estudios históricos en el mundo, cuando la escuela francesa de los *Annales* pretendía romper con la historia positivista y el marxismo era un referente, ya en aquel entonces, estigmatizado por la práctica política de los años 30 y las interpretaciones simplistas que lo reducían a una miseria de la filosofía, tal y como —y no deja de ser una paradoja— Marx lo había concebido en sus contemporáneos. Filosofía que, dicho sea de paso, había sido enterrada para colocar el análisis social, de manera definitiva, sobre bases reales. Fue ésta la perspectiva que Roig de Leuchsenring recuperó y de la que se apoderó, quizá, con mayor fuerza.

Pero no bastaba con la conciencia científica de la totalidad histórica. Los caminos recorridos demuestran lo difícil que resulta lograrla, aun después para quienes siguieron ésta, la más significativa línea en la investigación social.

En verdad, las causas fundamentales de los fenómenos sociales no se revelan en las investigaciones históricas de Roig. Sin embargo, la infinita multiplicidad reflexiva a que nos convoca las hacen necesarias y permanentes puntos de par-

<sup>17</sup> Ver *Historia de Cuba. La Colonia*, Instituto de Historia de Cuba, Editora Política, La Habana, 1994, caps. VII, VIII y X.

tilda para abordar estos problemas. Su historicismo no es como la de algunos "teóricos", apresurados en su furia clasificatoria por aportar interpretaciones casi siempre históricas, que piensan con una actitud ingenua, demasiado prólija y densa para las urgencias "teóricas" de nuestros tiempos. Muy al contrario, la conquista del siglo XIX, no superada ni explotada, que es "la introducción del tiempo histórico en la ciencia",<sup>18</sup> resultó uno de los logros mayores en la comprensión y exposición de la historia de Cuba.

El hecho, recurrente en Roig, de respaldar cualquier afirmación con una vastísima información factual de fuentes primeras, manifiesta la fe que poseía en la veracidad del hecho histórico. Ajeno a la retórica deviene el expositor sencillo que hace de la historia no un discurso positivista de hechos amontonados, sino la comprensión orgánica del pasado para entender el presente y, sobre todo, avizorar el futuro. He aquí la presencia de Martí, quien afirmará que "la historia es un examen y un juicio, no una propaganda ni una excitación".<sup>19</sup>

Las bases históricas contra la dependencia que se infieren de sus estudios pueden sintetizarse así:

- a) La unidad nacional y la conciencia nacional son fórmulas que impiden la dependencia.
- b) La independencia constituye un resultado histórico que sólo pertenece a los cubanos.
- c) Cubanismo es ant imperialismo.

La comprensión de estas bases históricas nos permite el diseño de cuestiones que Roig dejó abiertas para concentrar su esfuerzo intelectual en otras direcciones. No hay dudas, por ejemplo, de que el problema de la cubanidad fue abordado por él con un alcance meritorio: la lucha por la conciencia nacional, la unidad nacional en el pensamiento revolucionario y en las guerras de liberación. O sea, el proceso de forjación de la nacionalidad cubana y la creación de la nueva nacionalidad, que era, en fin de cuentas, revitalizar la cubanía. Sin embargo, el estudio de estructuras más profundas en la vida cotidiana del cubano, del funcionamiento de su psicología social, cuyas manifestaciones más inmediatas

son los hábitos, las costumbres, quedó por realizar.

Diversas pueden ser las variantes de interpretación de la historia de Cuba, e incluso erigir el pensamiento "conservador" como el único capaz de una racionalidad competentemente empleada a favor de una economía que permitiría crecer en el terreno internacional. No obstante, si se es fiel a la historia, ésta nos revela de súbito y sin grandes lucubraciones que al lado del ideal emancipador, la inteligente, paciente y racional búsqueda de soluciones a los problemas de Cuba, constituyó una de las improntas personalísimas de su pensamiento creador.

¿El manejo de la historia? ¿El criterio de verdad? Son preguntas que responden a conceptos que reclaman una emergente revitalización. De ello depende, en todo, la diferencia entre lo cierto y lo falso, lo auténtico y lo manipulador, el poder descifrar los confusos paralelismos entre verdad y error que establecen la legitimidad del relativismo histórico.

Ya en su tiempo, Roig desenmascara la labor de desnaturalización que sufre el proceso histórico cubano, especialmente lo relacionado al logro de su independencia. "Una de las cuestiones más urgidas de esclarecer —dice— para nuestras generaciones republicanas de 1902 a la fecha y en el futuro, es la lucha por la independencia, ya que la interposición de los Estados Unidos en nuestra larga y cruenta contienda libertadora y su escuela, la intervención extranjera que se produjo al cesar la soberanía de España en Cuba, provocaron en el cubano la creencia mantenida por la falta de enseñanza histórica veraz, de que Cuba, sin la ayuda de los Estados Unidos, no hubiera podido conquistar su independencia, creando así, un fatal complejo de inferioridad en el desenvolvimiento de la república y la falta de fe para lograr su consolidación y su engrandecimiento del propio esfuerzo de sus ciudadanos".<sup>20</sup>

<sup>18</sup> Pierre Vilar: *Historia, economía y derecho*, Ariel, Barcelona, 1984, p. 134.

<sup>19</sup> José Martí: "Guatemala", México, 1878.

<sup>20</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: *Los Estados Unidos contra Cuba Libre*, Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 1982, p. 63.

En esta dirección y contra esta diabólica manipulación de la historia, hubo de trabajar de manera ardua Roig de Leuchsenring. Trascendental obra patriótica constituyó la refutación a significativas personalidades e instituciones dentro y fuera del país. Imputa al director de *El Imparcial*, de San Juan, Puerto Rico, Antonio Aryuso Valdiviesa, en enero de 1951, por haber expuesto públicamente que Estados Unidos “habían concedido a Cuba la independencia y la libertad”,<sup>21</sup> al doctor Luis Machado, embajador de Cuba en Estados Unidos, quien afirmara que “Las relaciones de Estados Unidos en el comportamiento internacional hacia mi nación hace cincuenta años, cuando se nos dio nuestra independencia, es el mejor cumplimento que puede hacerse a los estadistas norteamericanos”,<sup>22</sup> al periodista norteamericano Robert M. Hallet, en abril de 1955, por su artículo “Infiltration Noted in Many Fields Relatively Wild Policy Against Communists Observed in Cuba”, en el cual sostiene que los estudios históricos realizados por Roig de Leuchsenring son “ejemplos específicos de infiltración comunista en Cuba”. Además, en misiva al doctor Anselmo Alliegro, presidente del Senado; al doctor Gastón Godoy, presidente de la Cámara y al doctor Gonzalo Güell, ministro de Estado, denuncia las distorsiones que sobre el

proceso forjador de nuestra nacionalidad contiene el libro *The World Almanac and Book of Facts*, 1956, publicado por el *New York World-Telegraph* and *The Sun*. Se trataba, entonces, de la defensa de un pueblo descreído y desconfiado de sus capacidades, de sus virtudes y sus realizaciones.

Desde la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, la Oficina del Historiador de la Ciudad y las principales publicaciones de la época, la historia nacional cubana mostraba toda la experiencia acumulada para comprender las realidades neocoloniales y vaticinar, de algún modo, el desenvolvimiento futuro de la Isla. Sirvanos, pues, la perspectiva histórica de Roig de Leuchsenring y, con ella, su pasión histórica, para emprender caminos más sólidos y profundos.



---

<sup>21</sup> Emilio Roig de Leuchsenring: *Por su propio esfuerzo...*, ed. cit., p. 16.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 18.



# Cuba: exilio sin historia

**Ana Suárez Díaz** Las reflexiones de la autora en este artículo procuran un acercamiento **conceptual** en el contexto **académico** al tema del **exilio político cubano** —en particular entre 1928 y 1958— en territorio estadounidense, como centro principal en toda época para las **migraciones de la Isla**. Estas páginas fueron objeto de análisis en el **Taller Internacional** “La comunidad cubana en el exterior: perfiles y procesos en los 90”, auspiciado por el Centro de Estudios de Alternativas Políticas (CEAP), de la Universidad de La Habana, en junio de 1996. ● ● ● ●

El exilio político cubano en Estados Unidos es un fenómeno paradójico —si se piensa sólo en términos de diferendo político— que, además de cobrar cuerpo y existencia cíclica en aquel territorio, tiende a quedar diluido, al cruzar sus integrantes el mar Caribe, en el regreso a la patria.

Esta condición *sui generis* ha favorecido notablemente su análisis e interpretación como tal —y colocado en posición aparentemente ventajosa— a quienes estudian, *in situ*, estos asuntos, observándose además, en la actualidad, un significativo desbalance en favor del conocimiento de sus expresiones en el siglo XIX (ca. 1863-1899)

y dentro de la actual emigración posrevolucionaria. (1959-a la fecha); cuestión ésta, al parecer, determinante en la tendencia de establecer referentes y nexos entre el fenómeno patriótico-anticolonialista (s. XIX) y el autodenominado “exilio político cubano” que hoy día, y bajo esta definición genérica —o concepto “umbrella”—, integra una verdadera sumatoria de sistemáticas y sucesivas oleadas migratorias de diferente carácter, que le confiere ambigüedad e imprecisión.

Esta conexión tipo “puente” deja en el vacío, sin embargo, el propio reconocimiento del fenómeno (definición; existencia cíclica y desempe-

ño), y sus regularidades y particularidades a lo largo de la primera mitad del presente siglo.

Por ello, uno de los aspectos que quizá dificulte el intercambio académico en materia de aproximación histórica y teórica en torno al fenómeno de conformación y evolución de la comunidad cubana en el exterior, es sin duda el de las terminologías empleadas en los estudios respectivos.

Por nuestra parte, hace algo más de un año, en entrevista con el académico Gerald E. Poyo (EUA) abordamos, entre otras cuestiones, precisamente este asunto de las "conceptualizaciones", por entender que si bien esta comunidad es "cubana" por naturaleza, no es menos cierto que como fenómeno en sí adquiere cuerpo y existencia "sólo en condición de extraterritorialidad"; y de ahí la conveniencia perspectiva de un enfoque dual del problema.

En aquella ocasión, mi pregunta fue la siguiente: "En los trabajos dedicados a estudiar aspectos

de la comunidad cubana en Estados Unidos se observa en general un uso no claramente definido de términos tales como 'destierro, expatriación, emigración, inmigración, exilio, comunidad', entre otros, al referirse a personas, grupos, organizaciones, etc. Éste parece ser un problema de orden teórico —y metodológico también— que requiere definición precisa para el investigador de nuestra comunidad

extraterritorial. ¿Han llegado ustedes a algún acuerdo al respecto?"

Y su respuesta: "No estoy convencido de que sea preciso disponer de la aceptación universal de un conjunto de términos para poder debatir beneficiosamente asuntos de las comunidades cubanas en Estados Unidos; cada académico emplea términos diferentes, utilizando la lógica

de su propia metodología investigativa para definirlos; diferentes campos de estudio tienden también a utilizar términos diferentes. La diversidad de usos parece razonable, siempre que los términos queden bien definidos en el contexto de cada proyecto en particular.

"En mi propio trabajo —añadió el entrevistado—, distingo entre 'inmigrantes' y 'exiliados'; así como entre 'inmigrantes' y 'grupos étnicos'. Desde mi punto de vista, cada uno de estos términos implica un conjunto de condicionantes que afectan la identidad. Una identidad de exiliado (cubano) es diferente a una identidad de inmigrante (cubano). Ambas son diferentes de una 'identidad étnica' (cubanoamericana). Nos movemos en terreno seguro, siempre que los términos sean definidos dentro del contexto de su utilización".<sup>1</sup>

Cierto que para Cuba, en materia de "exilio político", casi todos los caminos conducen a Estados Unidos; destino por excelencia para las migraciones cubanas en todos los tiempos; por lo que también allí recibe mayor atención académica este fenómeno.

No obstante, hoy día, de manera general, incluidos medios de difusión masiva, se tiende a tratar problemáticas de esta comunidad residente en aquel territorio bajo la definición genérica de "la comunidad cubana", con la que se designa además, casi exclusivamente, aquella surgida con posterioridad a 1959, y que a su vez recibe, de manera indistinta, la también genérica definición de "el exilio cubano".

De igual modo, se observa la intención de establecer nexos, derivación y sentido en un antecedente remoto: la comunidad originaria del siglo XIX, de carácter patriótico-anticolonialista, previa a la existencia misma de la nación, como entidad jurídica formalmente organizada y establecida (1902), con lo que se obvia toda y cualquier relación con su antecedente más inmediato: "una otra comunidad cubana" con cuerpo y existencia propia, a lo largo de la primera mitad del presente siglo (1902-1958).

<sup>1</sup> Ana Suárez: "Diálogo en La Habana (Entrevista al académico Gerald E. Poyo)", en *Liberación*, Suecia, julio de 1995, p. 16.

**ANA SUÁREZ DÍAZ**

(La Habana, 1946), periodista y licenciada en Historia del Arte —especializada en Estudios Cubanos—, actualmente es investigadora del Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello. Autora de diversos artículos en revistas cubanas y extranjeras, ha participado en eventos científicos en Cuba y Estados Unidos; tiene en preparación el libro *Escape de Cuba. El exilio neoyorquino de Pablo de la Torre Brau, 1935-1936*.

De lo anterior inferimos la absoluta necesidad de fijar conceptos propios que definieran nuestro objeto de estudio: "El primer 'exilio político' cubano en Estados Unidos", en el siglo xx (1928-1958).

### ► Un deslinde necesario

Siguiendo la lógica de la "diversidad conceptual", que parece ser consenso, "siempre que los términos queden bien definidos en el contexto de cada proyecto en particular", nuestro trabajo reconoce la existencia diferenciada, en esencia, de dos tipos de sujetos participantes en el acto migratorio:

1. "Migrantes": sujetos que por razones o intereses múltiples, de carácter individual o colectivo, deciden fijar residencia legal, por tiempo indefinido o determinado, en un país diferente al propio de origen. En este caso, la condicionante quedará referida al país de destino, y, por tanto, en este segmento se observa la relación directa y determinante entre "migrante-país de destino".

2. "Exiliados": sujetos que por razones o intereses múltiples, de carácter individual o colectivo, fijan residencia temporal-eventual en un país diferente al propio de origen, en virtud de un alejamiento forzoso ante el peligro inminente para su integridad física, por razones de índole política, en cuyo caso optan por abandonar su país —en general de modo subrepticio—, y cuyo regreso quedará condicionado, por tanto, a cambios políticos operados en la nación que garantizan su integridad. Todo lo que favorece que en este segmento se observe la relación más directa y determinante entre "exilio y nación".

En ambos casos se trata de "condiciones adquiridas", y, por ende, también de carácter "reversible", al modificarse las condicionantes —subjetivas y/o objetivas— que le dieron origen.

Por ejemplo: Se es "migrante" hasta el momento en que el sujeto decide retornar, o es rechazado por el país de destino; en ello no interviene la nación. Y se deja de ser "exiliado" desde el momento en que existen condiciones favorables para el regreso al país de origen —aun cuando se opte por no regresar—. Pero en este caso, la posibilidad de hacerlo está en la nación.

Ambas categorías constituyen, además, condiciones que sólo tienen posibilidad de "realización" en un contexto extraterritorial; al tiempo que sólo quedan diluidas ante la posible o efectiva reincorporación de estos sujetos al país de origen.

En correspondencia con lo anterior, en nuestros presupuestos:

3. "Comunidad cubana" será la unión circunstancial; históricamente condicionada; acumulativa y dialéctica, de ambos tipos de sujetos; tendentes los primeros —EMIGRACIÓN— a la integración, estabilidad, consolidación y desarrollo en el país anfitrión; rasgos todos que propician el debilitamiento de sus nexos con la nación. Y los segundos —EXILIO—, caracterizados por la transitoriedad, existencia precaria e inestabilidad jurídica, económica y psicosocial, favoreciéndose, de este modo, fuertes vínculos con la nación; fundamento teórico este último del presente trabajo, "Cuba: exilio sin historia".

En esta oportunidad, y a partir de los presupuestos anteriores, nos limitamos a examinar aspectos de la presencia y comportamiento inicial del peculiar flujo migratorio que se establece en la sociedad cubana en sus primeras experiencias republicanas, y que dio lugar a la formación, en condición de extraterritorialidad, del segmento que antes definimos como "exilio político"; sus vínculos con el país de destino y de origen en términos de "exilio y nación", y en la medida de lo posible, su desempeño como segmento *sui generis* o periférico, dentro del conjunto que también antes definimos como "comunidad cubana".

Cabe señalar que el "exilio" como fenómeno en sí no ha sido objeto de atención en Cuba por ninguna de las disciplinas con que pudiera relacionarse (historia, política, sociología, etc.), y que en la bibliografía disponible, hasta fecha muy reciente, sólo aparecen referencias a organizaciones o hechos aislados, como la Liga Patriótica (1931), la Junta Revolucionaria Cubana (1933), el Pacto de México (1935), o el Pacto de Montreal (1953), que se relacionan mayormente con los grupos oligárquicos nacionales. No aparece información alguna, sin embargo, respecto de otras, como la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA), 1935, ni tampoco

co del proyecto de convenio para la constitución de un Frente Único de Liberación Nacional suscrito por la Asamblea de Miami, en julio de 1936, que reunió a representantes de organizaciones y partidos de izquierda en el exilio.

### ► El exilio en lucha contra Machado (1927-1933)

El primer exilio republicano surge asociado al gran movimiento de masas que entre 1922 y 1935 ocasionó, tanto la estructuración del movimiento obrero (comunista) como el fortalecimiento de sectores estudiantil universitario, profesional, intelectual y político, que resultó en la formación de múltiples organizaciones progresistas y de izquierda, con nuevos proyectos sociales e interpretaciones de la realidad republicana, como tendencias alternativas, opuestas al sector dominante.<sup>2</sup>

La razón, además de circunstancias internacionales y regionales generadas por la crisis general del capitalismo en la época, se relaciona, internamente, con los efectos negativos que para la sociedad cubana de entonces —con una población que casi tocaba los cuatro millones de habitantes por aquellos años— reportaba el sistema político neocolonial, que de manera creciente ponía en manos extranjeras (de Estados Unidos) las riquezas del país, desde la instauración de la República (1902).

Las primeras expresiones contestatarias en estos sectores se movieron en el terreno de la crítica social e inquietudes cívico-patrióticas. En política cobró auge, en un principio, el denominado “antinjerencismo” —corriente que se oponía a la permanente y arbitraria intromisión de Estados Unidos en la vida y gobierno del país—, y que con posterioridad evoluciona, en los más radicales, hacia el “antimperialismo”.

Dentro del conjunto de fuerzas opositoras asume un papel destacado en la vida pública nacional la Universidad de La Habana; único centro de altos estudios en Cuba, y, por tanto, reservorio natural y de concentración de inteligencias humanísticas. De este contexto surgieron interpretaciones decididamente revolucionarias de los procesos sociales que tenían lugar en el país; localizaron sus orígenes en las relaciones eco-

nómicas y el control extranjero de las riquezas nacionales y defendieron la teoría revolucionaria para la conquista del poder político —por vía de la concertación de esfuerzos y alianzas con sectores obreros, de clase media y populares—, desde el cual poner en marcha un sistema de justicia social, superación, dignificación ciudadana y honestidad administrativa, que le garantizara a Cuba la autodeterminación que por derecho le confería su proyecto político republicano.

La Universidad aportó ideólogos, políticos, líderes estudiantiles y políticos; profesionales, intelectuales, organizaciones, periódicos, presos y exiliados, por lo que devino sede de un movimiento opositor en constante proceso de radicalización, y, por ende, elemento desestabilizador para el gobernante Partido Liberal, en el poder desde 1925, con Gerardo Machado en la Presidencia, hasta 1933.

Le correspondió al más destacado de los líderes universitarios —y primer exiliado político entonces—, Julio A. Mella, develada ante sí la verdadera esencia de los conflictos nacionales, la vinculación de los programas de lucha del estudiantado cubano, desde muy temprano, con los reclamos político-sociales de la nación, convirtiéndose, en consecuencia, en el hombre más temido del régimen machadista. Unido a esto, su ingreso en la Agrupación Comunista de La Habana (1924), la publicación de “Cuba: un pueblo que jamás ha sido libre” (1925) y su condición de cofundador del primer Partido Comunista de Cuba (PCC, agosto de 1925), favorecieron los turbios “procesos disciplinarios” seguidos en su contra desde septiembre de 1925, que culminaron con su expulsión del alto centro docente.<sup>3</sup>

Convencido del peligro que se cernía sobre su vida, huyó de Cuba por mar, rumbo a Centroamérica, donde su ya conocida filiación antimperialista —miembro del Comité Antimperialista

<sup>2</sup> José A. Tabares del Real: *La revolución del 30. Sus dos últimos años*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, pp. 6-7.

<sup>3</sup> José A. Mella: *Documentos y artículos*, Compilación del Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, pp. 203-219.

Universitario (1924) y fundador, en La Habana, de la Sección Cubana de la Liga Antimperialista de las Américas, julio de 1925— le dificulta ser aceptado por los gobiernos locales. Sólo en México, con el apoyo del Partido Comunista, logra fijar su exilio —desde el cual desplegó una activa campaña antimachadista y antimperialista— hasta enero de 1929, cuando muere asesinado en las esquinas de las calles Abraham González y Morelos, en Ciudad de México, por orden de Gerardo Machado.

Éste fue el núcleo originario de este primer exilio, que entre 1927 y 1928 se enriqueció con la incorporación progresiva de nuevos exiliados, en lo fundamental provenientes de otros “procesos disciplinarios universitarios”. El Consejo Disciplinario Único de diciembre de 1927 expulsó a 19 estudiantes por periodos de entre uno y diez años, y el de abril de 1928 decretó otras 41 expulsiones con sanciones semejantes.<sup>4</sup>

Quienes tomaron el camino del exilio se nuclearon en México en torno a Julio A. Mella, y fundaron la primera organización de exiliados de nuestra época moderna (s. xx): la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC, mayo de 1928), y su órgano de prensa, *Cuba Libre. Para los trabajadores*.

Desde su propia denominación, la nueva agrupación se vinculaba con la tradición emancipadora: una anterior Asociación Nacional de

Emigrados Revolucionarios Cubanos, fundada en La Habana años antes, agrupó a antiguos miembros de la comunidad patriótica y anticolonialista asentada en Cayo Hueso y Tampa en el siglo XIX, entonces de regreso en Cuba.<sup>5</sup>

Esta nueva ANERC tuvo a Mella como secretario general, y el periódico tuvo por director a Manuel Cotoño, y como administrador a Rogelio Teurbe-Tolón, todos estudiantes expulsados de la Universidad.

La organización tuvo secciones en lugares de concentración de estudiantes cubanos en la época: Madrid, París, bajo la secretaría general de José Chelala Aguilera (PCC); Bogotá, dirigida por Jorge A. Vivó (PCC), y en Nueva York, a cargo de Gabriel Barceló (PCC), todos también encausados en los referidos “procesos disciplinarios”.

Desde la ANERC, que programáticamente se propuso trabajar para “unificar al pueblo cubano a una acción inmediata por la restauración de la democracia”, se intensificó la actividad política contra Machado desde México, en mítines, manifestos y denuncias del caso cubano en foros continentales e internacionales.<sup>6</sup>

El exilio favoreció tanto la libertad de acción, como la concertación de fuertes vínculos con otros partidos y asociaciones nacionales y regionales, entre éstos: el Partido Comunista Mexicano (PCM), la Liga Antimperialista de las Américas (LAI), el Buró del Caribe —entidad de la

<sup>4</sup> Entre los del 1º de diciembre estaban: José Chelala Aguilera, Gabriel Barceló Gomila, Aureliano Sánchez Arango, Reinaldo Jordán Martín y Rogelio Teurbe-Tolón Gómez. El 8 del mismo mes se incluyó a Eduardo Chibás, quien regresó de su viaje por Estados Unidos para apoyar el Manifiesto del DEU que había provocado el Consejo Disciplinario. (Ladislao González Carvajal: *El Ala Izquierda Estudiantil y su época*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, pp. 231-239, 280-281.) En el Consejo de abril se encontraban: Manuel Cotoño Valdés, Porfirio Pendás Garra, Manuel E. Guillot Benítez y Armando Agramonte. (Lionel Soto: *La revolución de 1933*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, t. I, pp. 419-455.) Todos estos estudiantes aparecen posteriormente vinculados con actividades en el exilio.

<sup>5</sup> El 12 de septiembre de 1899 apareció en La Habana un manifiesto firmado por una Asociación Nacional de Emigrados Revolucionarios Cubanos, para “con-

solidar la independencia, continuar los nobles propósitos de amar a la patria, mantener unidos en cuerpo a los emigrados que se sacrificaron por la independencia, y darse protección mutua”. Su primer presidente fue el doctor Isidro Creci, después de un breve receso, se reanudó el 11 de marzo de 1909, y resultó electo presidente José Dolores Poyo. (Gerardo Castellanos: *Motivos de Cayo Hueso*, Editorial Úcar García, La Habana, 1935, pp. 331-332.)

<sup>6</sup> De esta época (1927) data el primer estudio sectorial de la economía cubana (marxista), “Cuba: factoría yanqui”, del dirigente político comunista Rubén Martínez Villena, en Cuba, y presentado como denuncia de la Universidad Popular “José Martí” por Julio A. Mella, ante el Congreso Internacional contra el Imperialismo y la Oposición Colonial, celebrado en Bruselas, en ese mismo año.

Internacional Comunista para el trabajo con los Partidos Comunistas de América Latina y el Caribe— y con el Partido Comunista de Estados Unidos (PCEU); estos dos últimos con sede en Nueva York, e íntimamente relacionados. Estas dos entidades apoyaron el trabajo político de los exiliados cubanos en Nueva York desde entonces, ofreciéndoles sus ediciones como medio de propaganda, en el patrocinio de actividades públicas, y fueron facilitadores para el movimiento clandestino de dirigentes políticos por su territorio, en viajes desde o hacia Cuba, incluidos traslados a la entonces naciente Unión Soviética.<sup>7</sup>

La muerte de Mella en México, en 1929, demostró que aquél no era un lugar seguro para los exiliados cubanos, y aunque ésta no haya sido la única ni la causa directa, lo cierto es que después de este suceso, el centro de actividad fundamental del exilio se polariza en Estados Unidos.

La sección neoyorquina de la ANERC (f. 1928), por su parte, comenzó la edición de un órgano propio: *Liberación*, en cuyas páginas colaboraron Gabriel Barceló, Eduardo Chibás y Rubén Martínez Villena. Algún tiempo más tarde, los exiliados de esta ciudad fundan el Club Cubano "Julio Antonio Mella".

Hacia 1930, y en correspondencia con la diversificación del panorama político nacional, empiezan a aparecer nuevos sectores en el exilio. Como resultado de contradicciones internas en proceso —entre otras, referidas al fenómeno injerencista— se opera una escisión en el seno del partido gobernante (Liberal) y representantes de su segmento radical —devenido opositor—

también buscan refugio en Estados Unidos, con lo que se convierte en un nuevo grupo de exilio político. Allí crea organizaciones conforme a su tendencia ideopolítica —entre ellas, la Liga Patriótica Cubana (1931)—, cuyos miembros se mueven entre las ciudades de Miami y Tampa, Nueva York y Washington, generalmente asociados a esferas oficiales y académicas.<sup>8</sup>

Por otra parte, el conflicto originado por el choque entre estudiantes universitarios y la policía machadista el 30 de septiembre de 1930, provocó un proceso judicial que encarceló a buen número de estudiantes y profesores de reconocida oposición a los "procesos disciplinarios de 1927 y 1928", y de destacada ejecutoria posterior en el exilio, que también fue, inevitablemente, su destino inmediato: Ramón Grau San Martín (fundador, en 1934, del Partido Revolucionario Cubano-Auténtico, de tendencia reformista) y Juan Marinello Vidaurreta (presidente, desde 1939, del Partido Unión Revolucionaria Comunista). Los estudiantes excarcelados en 1932 también salen al exilio (en lo fundamental, Nueva York) hasta la caída de Machado (agosto de 1933), cuando regresan a Cuba.

Los divergentes criterios en torno a la estrategia de la lucha revolucionaria surgidos por esta época, fueron otro factor de escisión. En este caso, dentro del movimiento estudiantil universitario, además del Directorio Estudiantil Universitario (DEU) se constituyó, en 1931, la organización Ala Izquierda Estudiantil (AIE), en la cual quedaron agrupados otros futuros dirigentes del exilio.<sup>9</sup> Esta diversificación de las fuerzas políti-

<sup>7</sup> En abril de 1930, concluida la huelga general, Rubén Martínez Villena sale de Cuba vía Cayo Hueso-Tampa, hacia Nueva York, donde se instala de manera clandestina —Conrad Webster— hasta septiembre, cuando embarca con rumbo a Moscú; asiste al IV Congreso de la Internacional Sindical Roja, en representación de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOC), y luego sigue al Cáucaso, donde recibe tratamiento médico. En el regreso a Cuba —marzo de 1933—, en Nueva York ofrece conferencias, entre ellas, en el Salón de la Liga Antimperialista de Estados Unidos; dicta con el seudónimo de "Méndez Vallina" charlas, asiste a asambleas y colabora en varios diarios de la ciudad. En *Mundo Obrero* (Nueva York, 1933) publica, entre otros, su último y documentado trabajo de fondo, "Las

contradicciones internas del imperialismo yanqui en Cuba y el alza del movimiento obrero". En mayo de 1933, parte rumbo a Cuba con pasaporte falso, y desembarca en Oriente, también con pasaporte falso.

<sup>8</sup> La Liga estuvo integrada, entre otros, por el general Domingo Méndez Capote (presidente), Fernando Ortiz y Conrado Massaguer. En 1931, su Presidente (desde Nueva York) se dirige a Juan Marinello (LH) para solicitarle que promoviera entre el estudiantado universitario apoyo para la Liga. No se concede el apoyo.

<sup>9</sup> En el DEU permanecieron, entre otros, Justo Carrillo y Reinaldo Jordán (este último también encausado en el proceso disciplinario de 1927, quien posteriormen-

(continúa)

cas en Cuba determinó, y modeló, el panorama igualmente heterogéneo que evidencia su exilio en lo adelante, que en la práctica "trasladaba" los conflictos y estrategias nacionales al escenario extranjero.

Por esto, esta primera etapa, integrada por estudiantes, antiguos y descontentos generales de la Guerra de Independencia (1895-1898), ex funcionarios del gobierno machadista, profesionales, intelectuales, artistas, otros, quienes, en su mayoría, huyen de diversas modalidades de persecución política, si bien muestra un objetivo común e inmediato, compartido por todos los sectores: derrocar a Machado, reúne diferentes criterios en cuestión de estrategia: unos gestionan el apoyo "tutelar" del gobierno de Estados Unidos —divididos entre partidarios de un apoyo "mediacionista", y otros defensores de una política de autodeterminación "antinjerencista"—, y un tercer sector que, al considerar causa de la crisis nacional el sistema de subordinación económica y política del país respecto de Estados Unidos, se propone, además, subvertir el orden establecido de manera radical, y para ello busca apoyo entre sectores populares, liberales y de izquierda norteamericanos, así como de las minorías latinas asentadas en lo esencial en Nueva York.<sup>10</sup>

Todos utilizan formas políticas de acción, se vinculan a la prensa local, sectores y organizaciones ideológicamente afines y mantienen fuertes vínculos con sus grupos de procedencia en la Isla. Estos exiliados, y otros, irán nucleando a su alrededor, y en torno al programa e ideología de sus organizaciones respectivas, a simpatizantes nacionales de entre la colonia propia, y entre otros hispanos residentes en sus respectivas sedes. En el caso de Nueva York, también de otros revolucionarios latinoamericanos exiliados allí.

No tuvieron, según testimonios, y al menos en años anteriores a 1933, acogida en los medios nacionales de difusión masiva norteamericanos, y sólo fue relativa en los medios de la comunidad hispana de Nueva York.

Las formas de lucha política empleadas fueron eminentemente proclamas, manifiestos, denuncias públicas, trabajos periodísticos, etc., aunque también existen testimonios de actividades conspirativas.<sup>11</sup>

Miami y Nueva York —cualitativamente diferentes entre sí— se muestran como los dos centros de mayor actividad para este exilio, por el volumen de organizaciones que reportan actividades en estas ciudades. En Tampa: Liga Patriótica Cubana (1931); en Miami: Asociación de Exiliados Revolucionarios Cubanos "Rafael Trejo"

---

*(viene de la página anterior)*

te se afilia a Joven Cuba JC en 1934). En el Ala ingresaron, entre otros: Aureliano Sánchez Arango, Gabriel Barceló, José Chelala Aguilera, Porfirio Pendás, Manuel Guillot (encausados en el proceso disciplinario de 1928), Raúl Roa, Carlos Martínez, Leonardo Fernández Sánchez y Pablo de la Torre Brau (Hortensia Pichardo: *Documentos para la Historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, t. III, pp. 484-493), posteriormente fundadores unos, y vinculados otros, a la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA, 1935). El DEU prefería, para asegurar el apoyo masivo del estudiantado universitario a sus actividades revolucionarias —y también no dar lugar a la siempre amenazante intervención yanqui en Cuba—, centrar su objetivo de lucha en el derrocamiento de Machado en ese momento —que para ellos suponía implícitamente derrocar al imperialismo—, y el AIE consideró necesario proclamar públicamente su orientación antimperialista desde entonces. Ambas organizaciones, no obstante, se proponían la

revolución armada como vía para la toma del poder político. Miembros del DEU que pasaron al AIE fueron: Raúl Roa, Marcio Manduley y Alberto Beto Saumell.

<sup>10</sup> Raúl Roa: *Retorno a la alborada*, Editorial Universidad Central de Las Villas, Cuba, 1964, t. 2, pp. 100-101.

<sup>11</sup> En los epistolarios de Guiteras y Torriente aparecen referencias a este asunto. Además, en las *Memorias de Bernardo Vega*, este líder de la comunidad boricua neoyorquina se refiere a la existencia —hacia la primavera de 1931— de un grupo conspirativo clandestino denominado Legión de la Flor Roja, e integrado por siete personas —de Puerto Rico, República Dominicana, México y Cuba; entre quienes menciona a Olivín Zaldívar, viuda de Julio A. Mella— que se proponía derrocar a Machado. Los historiadores cubanos, por su parte, confirman el origen de varios levantamientos en Cuba, entre 1931-1933, en los cubanos asentados en Estados Unidos.

(1932), Junta Antimachadista (1932), Unión Libertadora Revolucionaria de Cuba (1933), Junta Cubana de Oposición (1933), Conjunto Revolucionario Cubano (1933) y Club "Floro Pérez" (1933), y en Nueva York: Sección Americana de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC, 1928), Unión Cívica de Exiliados Cubanos (1930), Club Cubano "Julio Antonio Mella" (ca. 1931), Comité Pro Presos Políticos (1932) y Junta Revolucionaria Cubana (1933).

Con la caída de Machado (1933), estos exiliados mayormente regresan, y se insertan en la dinámica de las nuevas transformaciones político-sociales del país. Pero la tregua será breve, apenas 19 meses después quedará formalizado un nuevo exilio sobre los restos de su anterior: aquellos que siguieron considerando incierto el futuro de Cuba, aun con la ausencia de Gerardo Machado.

### ► Exilio y revolución en Cuba (1933-1936)

Durante los 19 meses que median entre un exilio y otro (agosto de 1933-marzo de 1935), el país vive tan intensamente como podrá inferirse de la mínima información siguiente: pasan cuatro hombres por la Presidencia, hubo un gobierno colegiado de cinco miembros (Pentarquía) y tres golpes de Estado (12 de agosto, 4 de septiembre y 15 de enero).

Entre las fuerzas y sectores opositores en el exilio que regresan al país, la de mayor notoriedad en su reinserción en la vida nacional fue la del DEU, que pocos meses antes (junio de 1933, Miami) se había pronunciado enérgicamente contra la Mediación, retirándose por ello de la Junta Revolucionaria Cubana de Nueva York, a la que pertenecía, propiciando con esto su desintegración.<sup>12</sup>

En consecuencia, el DEU se convertía, por fuerza, en opositor también del gobierno "mediacionista" (Welles-Céspedes) que se instala en el poder tras la caída de Machado, el 12 de agosto de 1933, y en virtud de un primer golpe de Estado, concertado por grupos opositores de dentro y fuera de Cuba.

En tanto fuerza de oposición, el DEU pronto establece vínculos con otros sectores; entre ellos, con jóvenes militares de carrera descontentos

por su situación dentro de las Fuerzas Armadas. De la alianza de ambos, conocida como la Agrupación Revolucionaria de Cuba —presidida por Carlos Prío Socarrás, quien había liderado el "antimediacionismo" en el exilio— y en la que el DEU actúa como fuerza y programa "político", y los alistados, como garantía y salvaguarda de la nación, surge la coordinación de un segundo golpe de Estado, el 4 de septiembre de 1933. A partir de esto, que algunos definen como "revolución política", surge primero la efímera Pentarquía, y luego el denominado Gobierno de los 100 días que, reformista y eminentemente antinjerencista, logró poner en vigor —no sin dificultad, por la heterogeneidad ideológica de aquel gabinete presidido por Grau San Martín— leyes y decretos de beneficio popular.<sup>13</sup>

También este gobierno liberó la expresión y asociación de fuerzas políticas —prohibido esto último por la ley electoral aprobada durante el machadato—, favoreciendo, lo uno y lo otro, en parte, la ola de conflictos sociales y el reordenamiento político que experimentó el país durante su mandato.

Al exilio pasaron, en este momento, los puestos funcionarios del régimen machadista, y de otras fuerzas y partidos de tradicional aceptación a la política injerencista, quienes desde el extranjero desplegaron esfuerzos, concertaron pactos y alianzas y ejercieron influencias sobre sectores nacionales de igual tendencia, favoreciéndose, pocos meses después, la sustitución de este gobierno de Grau —nunca reconocido por Estados Unidos—, por el del coronel Carlos Mendieta, por vía de otro golpe de Estado, el 15 de enero de 1934.<sup>14</sup>

<sup>12</sup> Con fecha 17 de junio de 1933, los delegados del DEU ante la Junta Revolucionaria Cubana, Guillermo Barrientos y Luis Barreras, presentan una moción que "de acuerdo con el sentir unánime de sus cos. de Cuba y del exilio", pedía que la Junta rechazara la "mediación americana" por entender que con ella "se ofendía la dignidad nacional, se hace claudicación de los principios revolucionarios y se imprime legalidad al régimen tiránico de Machado". (Ver Hortensia Pichardo, ob. cit., t. III, p. 567.)

<sup>13</sup> Lionel Soto, ob. cit., t. III, p. 43.

<sup>14</sup> Cf. Pablo de la Torriente Brau: *Los iteres de Ferrara*, Editorial Izquierda Revolucionaria, LH, 1935.



Con la derrota del Gobierno de los 100 días, sus representantes más progresistas de entonces, Grau y Guiteras —ambos provenientes originalmente del DEU, el primero profesor, y el segundo del propio Directorio (1927)—, pasan Grau a un breve exilio en México, y Guiteras a la clandestinidad en Cuba.

A partir de entonces, las fuerzas progresistas y de izquierda desplazadas del poder inician un proceso de reordenamiento, intentos de concertación de alianzas, y planes de levantamientos populares destinados a propiciar la retoma del poder político perdido; acción que veían como posible, ahora, sólo por vía de una insurrección armada "popular".<sup>15</sup>

Grau y Guiteras, en el transcurso de este año, fundan sendas organizaciones de oposición: el primero, el Partido Revolucionario Cubano (A) y el segundo, la asociación Joven Cuba (JC).

El primero inicia contactos y conversaciones con otras organizaciones de izquierda: el Partido Agrario Nacional (PAN), el Partido Aprista de Cuba (PAC) y la propia Joven Cuba —programáticamente antimperialista y de línea insurreccional—. <sup>16</sup> La Joven Cuba, por su parte —en este caso Guiteras, con experiencia en levantamientos populares—, echa a andar un plan a ejecutar en el extranjero: organizar una expedición armada que al desembarcar en Cuba sirviera de detonante a una insurrección armada popular, que condujera a la toma del poder político para la revolución; es decir, sin contar con el ejército, desde el cual desarrollar su programa antimperialista.<sup>17</sup>

En medio de este proceso, la Universidad de La Habana, por vía de un Comité de Huelga Universitario integrado al efecto, convoca a la celebración de una huelga general de todos los sectores, para marzo de 1935 (días 6 al 13).

Esta huelga concluyó en un rotundo fracaso, y entre los factores determinantes que se le señalan están: su precipitada convocatoria, el no haber tomado en consideración los argumentos de la JC respecto de la necesidad de que estuviera en el país el armamento que venían gestionando en el extranjero con igual fin, así como la desunión y descoordinación entre las propias fuerzas de izquierda, entre otros. Según testigos, el fracaso era ya evidente desde el 12 de marzo,

y casi de inmediato comenzó la emigración progresiva, primero, de los participantes más comprometidos en los sucesos, y después, de otros miembros de las organizaciones y partidos políticos involucrados en los hechos, ante el terror represivo que se desató.

Los meses siguientes en Cuba fueron de intervención militar en la Universidad, cese de las actividades docentes (que se prolongó por un período de dos años), y centenares de estudiantes presos o en el exilio.

La historiografía cubana ha señalado el "progresivo debilitamiento" de actividades estudiantiles masivas como "característica fundamental de esta etapa 1935-37",<sup>18</sup> pero en el exilio, por el contrario, se observa la reaparición de nuevos grupos que empiezan a integrarse en tres centros fundamentales —y ya habituales—: Ciudad de México, Miami-Tampa y Nueva York.

Sólo que, a diferencia en mucha mayor medida de la etapa anterior —en que el asociacionismo era predominantemente de carácter espontáneo, sin tomar muy en cuenta los perfiles ideológicos, y con arreglo a un objetivo específico, de carácter inmediato (por ejemplo, derrocar a Machado, o tomar el poder)—, este exilio muestra semejante conformación a la del movimiento de izquierda en Cuba —ahora con proyectos programáticos propios y diversos—.

Aparece estructurado por "grupos y/o representantes en el exilio" de partidos y organizaciones con sede en la Isla: Partido Comunista de Cuba, Partido Aprista de Cuba, Partido Revolucionario Cubano (A), Partido Agrario Nacional, Joven Cuba e Izquierda Revolucionaria (IR), de lo que debe inferirse que hubo igual diversidad, tanto en ideología como en materia de estrategia revolucionaria.

También, y a diferencia de su anterior, el nuevo exilio —que en la práctica se extiende entre

<sup>15</sup> Olga Cabrera (comp.): *Antonio Guiteras. Su pensamiento revolucionario*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, pp. 211-237.

<sup>16</sup> Olga Cabrera, ob. cit., pp. 187-190.

<sup>17</sup> Olga Cabrera, ob. cit., pp. 225-226.

<sup>18</sup> Niurka Pérez: *El movimiento estudiantil de 1934 a 1940*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, p. 109.

marzo de 1935 a julio de 1936 (16 meses)— existió bajo el signo de la derrota de un levantamiento popular, y con el convencimiento de que el factor determinante en ello había sido la desorganización interna de las fuerzas dirigentes, por lo que su actividad prioritaria se orienta hacia la reorganización de estas fuerzas de izquierda en un organismo único, cohesionado, capaz de llevar a efecto la insurrección popular armada en Cuba en favor de la toma del poder político.

Este exilio también generó asociaciones propias. La primera, la Organización Revolucionaria Cubana Antimperialista (ORCA [Nueva York, julio de 1935]) —continuada de la ideología del Ala Izquierda Estudiantil, en Cuba— y que se extendió hasta julio de 1936, la Legión Revolucionaria de Cuba (Miami, ca. 1935) y, también, el efímero Comité Revolucionario Supremo (CRS [Miami, junio de 1936]), derivado del Pacto de México —acuerdo suscrito finalmente, y sobre una plataforma de “unión de las izquierdas cubanas” (Ciudad de México, abril de 1936), entre el Partido Revolucionario Cubano (A) y una Joven Cuba “reorganizada”, después de la muerte de Guiteras<sup>19</sup>— destinado a trabajar entre el exilio en Miami.

Existieron además, y se erigieron como órganos independientes, asambleas de exiliados, en México, Tampa, Miami y Nueva York. Estas asambleas representaban la voluntad de la masa emigrada que reunían —independiente de filiaciones políticas— y tenían capacidad y personalidad para convocar, tomar acuerdos, emitir documentos, etcétera.

Con excepción, por supuesto, de las huelgas, las fuerzas en el exilio desarrollaron las mismas actividades políticas que les caracterizaron en Cuba: mítines, manifestaciones, actos públicos, conmemoraciones de fechas estudiantiles —27 de noviembre, 30 de septiembre, muerte de Mella y Villena, caída de Machado, etc.— junto a conmemoraciones propias del exilio, como la muerte de Guiteras. También utilizaron los medios de difusión masiva que les dieron cabida (periódicos y revistas) —aún menos que en la etapa anterior— y crearon los suyos propios; en este caso, fundamentalmente destinados a circular en Cuba; entre ellos, *Frente Único* (ORCA).

La vida pública de este exilio, a diferencia del anterior —que también se movía en medios oficiales y académicos—, muestra una mayor inserción entre sectores liberales y populares de izquierda; sobre todo, en el núcleo neoyorquino. Entre otras actividades de carácter local, aquí se creó un nuevo club, José Martí, bajo los auspicios de la ORCA, y, por tanto, de tendencia antimperialista, destinado específicamente a movilizar al populoso barrio de Harlem, “donde vivían numerosos cubanos”, en favor de la revolución en Cuba.

Este exilio, programáticamente antimperialista, adoptó la estrategia insurreccional como vía de acceso al poder y se debatió entre dos tesis en materia de lograr el propósito de la unidad política: la tesis de un “partido único” de corte tradicional, defendida por las organizaciones signatarias del Pacto de México, y la predominante idea de los “frentes”. Hubo Frente Antimperialista, Frente Popular, Frente Unido, Frente Único y el finalmente suscrito como proyecto de acuerdo de la Asamblea de Miami —y virtual fin de este exilio político—, Frente de Liberación Nacional.

La proyectada amnistía política —no aprobada como ley hasta diciembre de 1937— del gobierno de Miguel Mariano Gómez (mayo-diciembre de 1936), que también amparó a los exiliados políticos, condujo al fin de este segundo exilio de la etapa republicana en Cuba. En esta oportunidad, los exiliados de regreso también se insertaron en la dinámica político-social de la nación; ahora, la reorganización de los partidos políticos nacionales como fase preparatoria de la Asamblea Constituyente de 1940.

<sup>19</sup> En carta fechada en La Habana, 29 de marzo de 1935, Antonio Guiteras dio instrucciones a los miembros de Joven Cuba en el extranjero, “de dar por terminada toda negociación con el PRC (A)”. En este momento suponía que el PRC (A) prepararía expediciones con destino a Cuba, y que en el último momento convocaría la participación de JC y otros grupos en ellas, reservándose así un papel hegemónico en la revolución, y quedando el resto subordinado a ella. Al margen de esta consideración táctica, hubo otros puntos discrepantes entre JC y el PRC (A). (Ver Olga Cabrera, *ob. cit.*, pp. 211-237.)

En materia de exilio habrá un receso; hasta que de nuevo, en la década del 50, reaparece el fenómeno. En este caso asociado a un nuevo golpe de Estado militar que, en 1952, intenta controlar la nueva crisis de la sociedad cubana, luego de dos gobiernos auténticos (PRC-A): Ramón Grau San Martín, 1944-1948, y Carlos Prío Socarrás, 1948-1952.

### ► Exilio, emigración y revolución social en Cuba (1952-1958)

Con el último golpe de Estado cubano del siglo xx, el 10 de marzo de 1952, los miembros del depuesto Partido Revolucionario Cubano (A) en el poder —veteranos en algunos casos hasta de ambos exilios anteriores—, abandonan de nuevo el país y reeditan, junto a otros sectores de oposición —entre ellos, el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos, f. 1947)—, las tácticas de pactos, alianzas, manifiestos y proyectos de quiméricas insurrecciones. Suscriben el denominado Pacto Insurreccional de Montreal (junio de 1953), pero en la práctica deponen sus armas con el regreso a Cuba de sus dirigentes (1954, 1955).

Exiliados, no obstante, aparece un nuevo grupo de cubanos que retorna Ciudad de México como sede: el Movimiento Revolucionario 26 de Julio (MR-26-7), y se estructura, fundamentalmente, a partir de la reunión progresiva de los excarcelados (1955) del asalto al cuartel Moncada (1953), con asaltantes que lograron huir de Cuba después de los sucesos, algunos revolucionarios latinoamericanos residentes en México, y un grupo de emigrados cubanos en aquella ciudad.

En el panorama nacional de Cuba, este Movimiento constituía entonces una fuerza nueva, sin vínculo alguno con la política tradicional, para quien el exilio sería la etapa de organización de la lucha insurreccional en la Isla, conforme a un novedoso proyecto revolucionario que combinaba con estrategias tradicionales empleadas por la oposición en Cuba desde el siglo xix, una nueva concepción de lo “popular”.

Este exilio —conforme a su proyecto, que preveía la acción sincronizada de tres frentes de lucha: el exterior, y en el interior (en Cuba): la lu-

cha clandestina en las ciudades y la guerrillera en las montañas— ejecutó, entre mediados de 1955 y noviembre de 1956, su fase inicial: la conscientización y organización de la emigración cubana en Estados Unidos —concebida como parte del pueblo cubano<sup>20</sup>— en favor de esta cruzada por la liberación de la patria, independiente de filiações políticas,<sup>21</sup> el adiestramiento personal guerrillero, y el avituallamiento y transportación del primer núcleo insurreccional a Cuba.

Entre octubre y diciembre de 1955, y al calor de encuentros de los emigrados en Estados Unidos con los máximos dirigentes del Movimiento, Fidel Castro y Juan Manuel Márquez (Palm Garden, Nueva York; Teatro Flagger, Miami; entre otros), se constituyeron los primeros Clubes Patrióticos del MR-26-7 en ciudades de fuerte concentración de cubanos: Nueva York, Filadelfia, Bridgeport, Union City, Miami, Tampa y Cayo Hueso.

El club de Nueva York, en particular, funcionó como “frente”, al afiliar a otras organizaciones de exiliados ya establecidas en esta ciudad: el Comité Ortodoxo, Acción Cívica Cubana y el Comité Obrero de Exiliados y Emigrados Cubanos. En Miami, por su parte, coexistió con Resistencia Cívica.

Esta primera articulación entre exilio y emigración concluye con la transformación de “exiliados” en “expedicionarios” del yate *Granma*, que zarpa de costas mexicanas el 2 de diciembre de 1956, con destino a la zona montañosa oriental de Cuba.

Durante 1957, y hasta mediados de 1958 —ya establecido el foco guerrillero en la Sierra, y creciente su consolidación y apoyo popular—, se crearon clubes patrióticos en otras ciudades: Chicago, Washington D.C., San Francisco, Los Ángeles, Boston, y también Puerto Rico.

<sup>20</sup> Cf. *Manifiesto No. 2 del Movimiento 26 de Julio al pueblo de Cuba*, Isla de Nassau, 10 de diciembre de 1955. Firmado por Fidel Castro, en nombre de la Dirección Nacional del MR-26-7. (*La Revolución Cubana. Selección de lecturas*, Editorial del MES, La Habana, 1983, pp. 327-338.)

<sup>21</sup> Guillermo Alonso y Enrique Vignier: *Juan Manuel Márquez. Documentos de combate*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1983, pp. 156-160.

Los pocos exiliados que arribaban a Estados Unidos fueron, generalmente, o bien portadores de encomiendas específicas del Movimiento, o aquellos que, puestas en evidencia sus actividades clandestinas en las ciudades, y por ello en peligro de muerte, habían salido de Cuba y, por lo común, hacían un breve tránsito de espera para trasladarse a la Sierra Maestra.<sup>22</sup>

Además de la recaudación de fondos —vía de autofinanciamiento de este Movimiento, entre afiliados y simpatizantes en Cuba y en el exterior—, la propaganda y captación de miembros, las manifestaciones de protesta y actividades de apoyo y socorro a las víctimas de la guerra en Cuba, en Estados Unidos se publicaron los periódicos: *Unidad Revolucionaria*, *Patria*, *Batalla*, *Cuba Libre*. Desde 1957, *Sierra Maestra*, órgano oficial del MR-26-7, y *Verdad*.

Con el propósito de mantener la sincronización entre los tres frentes de la lucha insurreccional, desde 1958 se reorganizó el denominado Comité del Exilio,<sup>23</sup> desde ahora con sede en Venezuela, y radicado su organizador en Nueva York, donde, entre otros, tenía por objetivo centralizar el trabajo de los ya numerosos y dispersos clubes en Estados Unidos —13 de un total de 23 que integraban entonces el frente exterior— y que acometían diversas modalidades de aseguramiento a la insurrección en Cuba.<sup>24</sup>

No obstante, aun cuando el Movimiento se convirtió en la fuerza opositora de mayor arraigo popular en la Isla —y lo era igualmente fuera de ella—, el exilio mostraba su habitual diversidad; sobre todo, en la Florida.<sup>25</sup>

Con el triunfo revolucionario de 1959, a diferencia de etapas anteriores, regresó a Cuba una masa heterogénea de cubanos, exiliados propiamente, y gran número de emigrantes, con la particularidad de que en su casi totalidad eran miembros o simpatizantes del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, que como fuerza dirigente de aquella contienda asumía entonces las riendas de la nación.

Esta condición favoreció que la reinserción de estos grupos en la dinámica social de entonces se produjera de manera fluida, en consecuencia con las transformaciones y reivindicaciones populares contenidas en el programa político que venían apoyando.

El ciclo, no obstante, no se cierra. Sobre los restos de aquella emigración que permanecía en Estados Unidos se superpondrán, desde el mismo 1959, otras oleadas —también heterogéneas y cíclicas entre sí— de exiliados y emigrados que compartirán las cada vez más diversas comunidades ya establecidas.

Sólo que en esta ocasión el rasgo distintivo de este nuevo flujo migratorio ha sido, en lo referente a exilio, junto a la tradicional ruptura política que supone el éxodo, otra ruptura —“social”—, sin precedentes en cualquier experiencia anterior.

La “desestimación” por lo social, que en la práctica cancela todo nexo con la nación, confiere al nuevo segmento un consecuente distanciamiento —y aislamiento—, al tiempo que una existencia paralela respecto de las transformaciones sociales que, ajenas a él, se operan en la Isla.

<sup>22</sup> Luis Buch, ob. cit., p. 161.

<sup>23</sup> Después de reorganizado (1958) quedó estructurado de la siguiente manera: Haydée Santamaría atiende la ciudad de Miami y los estados del sur de Estados Unidos; José Llanusa, México, Nueva York, Washington, Chicago y Canadá, y Luis Buch, Centro y Suramérica, el Caribe y Europa. (Luis Buch: *Más allá de los códigos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1995, pp. 101-102.)

<sup>24</sup> En la década del '50, de las siete expediciones efectivas en llegar a la Sierra Maestra, la segunda (mayo 29 de 1958) —consistente en el envío de armas y municiones— fue costada casi en su totalidad por la emi-

gración y los exiliados cubanos en Norteamérica, y la quinta (octubre 13, 1958) condujo el último cargamento de armas —recibido en el Primer Frente *José Martí*—, también procedente de Estados Unidos, y sufragado con el aporte conjunto de emigrados, exiliados, y además, el impuesto de guerra cobrado a la industria azucarera”. (Buch, ob. cit., pp. 154,162.)

<sup>25</sup> Guillermo Alonso y Enrique Vignier, ob. cit., pp. 162-165.

Esta peculiaridad del fenómeno en la segunda mitad del presente siglo, además de confirmar las generalidades y particularidades de su evolución histórica, ha influido, sin lugar a dudas, en la perspectiva imprecisa e inexacta con

que se vienen tratando estas problemáticas en la actualidad.

• • • • •

---

# Nuevas publicaciones de **Ediciones Imagen Contemporánea**

---

*En la Sala de Conferencias de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, en el Vedado habanero, se efectuó el 10 de enero del año en curso, la presentación del segundo número de esta revista **Debates Americanos** y del primer libro **La Historia y el oficio de historiador**, el cual Ediciones **Imagen Contemporánea**, en coedición con la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, ha puesto en manos de los lectores interesados en el estudio de la historia, la sociología, la filosofía y otras ramas del saber social.*

*Presidida por los doctores **Juan Vela Valdés**, rector de la Universidad de La Habana; **Rubén Zardoya Loureda**, decano de la Facultad de Filosofía e Historia de este recinto universitario, y*

La Habana, 8 de enero de 1997  
Año del 30 aniversario de la caída en combate del Guerrillero Heroico y sus compañeros

Cro. Eduardo Torres-Cuevas  
Profesor  
Universidad de la Habana

Torres-Cuevas:  
Por encontrarme fuera del país, no puedo asistir a la presentación del segundo número de la revista *Debates Americanos* y del libro *La Historia y el oficio de historiador* que tuviste la amabilidad de obsequiarme.

He leído, con mucho interés, los trabajos de este número de la revista y recibido una grata impresión de que muchas de sus formulaciones coinciden con los criterios que sobre estos temas me he venido haciendo. Aprecio en estos trabajos el asomo de un nuevo pensamiento que desde la Revolución, y a partir de la cosmovisión socialista de Marx, están haciendo diversos profesores no sólo en Cuba, sino en otras latitudes.

Por esta razón, permítame alentarlos en este empeño tan necesario en momentos en que la *fragmentación* del pensamiento y la cultura que, de hecho, plantean las corrientes conservadoras de la postmodernidad, hacen indispensable un esfuerzo de rigor e integración de los elementos componentes de la cultura cubana, latinoamericana y universal. Sólo de esta manera podremos orientar la acción humana, social y revolucionaria en favor del principio ético de que *la justicia es el sol del mundo moral*.

La conducta humana, aunque debe tener en cuenta las conclusiones científicas, no se rige por mandatos de este carácter, sino por un desarrollo superior de la cultura y de la educación. Es en este sentido en el que debemos ser más exigentes.

La búsqueda de la *nueva racionalidad*, concepto que me parece sumamente interesante, por cuanto revela apremiantes necesidades intelectuales y prácticas, debe orientarse sobre la base de las más altas escalas del pensamiento dialéctico y, a su vez a partir de una nueva moralidad que, para nosotros, tiene sus raíces en el postulado martiano *Ser cultos es el único modo de ser libres*.

**Eduardo Torres-Cuevas,**  
*presidente de la Casa de Altos Estudios, la reunión no sólo constituyó una simple presentación de estas publicaciones, sino también un sostenimiento del empeño iniciado por académicos, cientistas sociales y editores en las mencionadas disciplinas, para el desarrollo y promoción del conocimiento y el quehacer intelectuales que, en el contexto de la cultura cubana, hoy día se impulsan con nuevo aliento.*

*Por no hallarse en Cuba, el doctor Armando Hart Dávalos, Ministro de Cultura envió una carta que honró a los presentes, la cual, por los importantes valores y conceptos que trasmite, la Dirección de Debates Americanos ha tenido a bien compartir con sus lectores.*

Los materiales contenidos en este segundo número de la revista incitan a la reflexión y estoy seguro estimularán a nuestros jóvenes estudiosos a encontrar vías revolucionarias que tomen en cuenta la tradición espiritual cubana y el pensamiento pedagógico, forjado en nuestro país durante los dos últimos siglos. Nuestra cultura pasada y presente, debidamente articulada, tiene enormes posibilidades de proyectarse hacia el futuro con un saber que incentive cada vez más una práctica socialista en favor de todos los cubanos de hoy y de mañana. La defensa de estos derechos, el primero de todos, la dignidad plena del hombre, constituye un valor irrenunciable.

Piensen siempre en el legado martiano. Recuerden sus palabras en la crónica sobre la repercusión, en los Estados Unidos, de la muerte de Carlos Marx: *Como se puso del lado de los débiles, merece honor*. O el profundo significado de esos versos sencillos: *Con los pobres de la tierra / quiero yo mi suerte echar*.

Estos principios éticos deben animarnos siempre a seguir estudiando y desbrozando nuevos caminos por los que transitará la historia de las ideas.

Fraternalmente,

*Armando Hart Dávalos*

**1997** encierra para Cuba

en sus fechas nacionales una de  
significación imborrable para  
todos los cubanos: para quienes



en Nuestra América siguen los caminos de her-  
mandad con la causa revolucionaria, la de com-  
prometimiento permanente; para quienes en otras  
regiones del planeta manifiestan su solidaridad  
inquebrantable con el pueblo latinoamericano, tu  
constante presencia.

A la distancia de 30 años, en la memoria del ca-  
mino donde siempre tú estarás, se encontrará en  
cada hombre digno, con tu muerte heroica en



cada 8 de octubre el sostenimiento  
de tu renovada vida como símbo-  
lo ejemplar.



# El Che Guevara y la filosofía de la praxis



*"Un poco más avanzado que el caos, tal vez en el primer o segundo día de la creación, tengo un mundo de ideas que chocan, se entrecruzan y a veces, se organizan".*

**Ernesto Guevara**

*Carta a Charles Bettelheim 24/10/1964*

**A**niquilar e incorporar. Esas dos parecen haber sido las estrategias que las burguesías han desarrollado frente al Che. Una vez capturado, lo asesinaron, despedazaron su cadáver y como a tantos otros compañeros, lo "desaparecieron". Luego, se dedicaron pacientemente a incorporarlo. Ya van tres décadas y todavía no pudieron. Depende de nosotros que nunca lo logren.

Referirse al Che nos remite necesariamente a una lucha por su herencia, a un combate. En esa pelea, la apropiación burguesa del Che reposa sobre tres tipos de operaciones ideológicas:

En primer lugar, se lo intenta desvincular de la revolución cubana, de su dirección revolucio-

---

## Néstor Kohan

---

naria —que él contribuyó a crear y de donde emergió como cuadro y dirigente— y del innegable impulso que aquélla dio a la revolución continental. En segundo lugar, se pretende presentarlo como un empirista y un pragmático, absolutamente desprovisto de cualquier nexo con la teoría social y filosófica marxista. Y en tercer lugar, se lo convierte en un mito, al cual se reverencia "independientemente de sus ideas" o "a pesar de ellas".

Esta última operación es quizá la más fácilmente identificable. En las revistas, diarios, televisión y cine —privilegiados espacios de construcción hegemónica—, Guevara ha devenido el poster de un rockero pelillargo y con boina, un

héroe romántico, un aventurero mitológico, un Robin Hood, un Don Quijote, un Cristo laico o un simpático idealista. Inalcanzable, bello y bien lejos de la tierra; por tanto, inservible e inoperante en la cotidianeidad.

Recuperar al Che para el campo popular y revolucionario implica entonces comenzar —a penas comenzar, en esa precaria etapa estamos— a desmontar esa sistemática e inescrupulosa apropiación. Pero también obliga a polemizar con la neutralización y el congelamiento que le han impuesto más de una corriente de izquierda. Ya sea quienes lo reivindicaban folklóricamente como figura inofensiva y tranquilizadora o quienes lo cuestionan por su supuesto “foquismo ultraizquierdista” (pequeñoburgués desesperado, populista sin confianza en el proletariado puro, en el partido de vanguardia, etc, etcétera).

Tratando de ubicarnos en esa doble disputa, en estas brevísimas líneas intentaremos simplemente señalar ciertos núcleos conceptuales de su pensamiento teórico, cuyo estudio sistemático sigue aún pendiente para las nuevas camadas de marxistas con vocación revolucionaria.

### ► Humanismo y antihumanismo teórico

En su polémica y provocativa obra *Para leer El capital*, Louis Althusser se oponía a las interpretaciones izquierdistas del marxismo que, para criticar y oponerse al mecanicismo y al fatalismo, habían apelado a la voluntad revolucionaria y habían enfatizado el humanismo, el historicismo y una concepción igualitarista de la praxis. Adoptaba entonces una perspectiva filosófica autodefinida como “antihumanista teórica” y “antihistoricista”.

El sentido último que Althusser trataba de hallar en ese izquierdismo —en particular, en el de Gramsci— era que “remitía a una protesta contra el fariseísmo libresco de la II Internacional y un llamado directo a la ‘práctica’, a la acción política, a la ‘transformación’ del mundo sin lo cual el marxismo no sería más que el alimen-

## Che Guevara y la filosofía de la praxis

to de ratas de bibliotecas o de funcionarios políticos pasivos”.

A pesar de ese justificado reconocimiento, el humanismo y el historicismo praxiológico reposaban para Althusser sobre una misma problemática ideológica “no científica”, voluntarista e idealista. Ambos se habían apartado del materialismo, en el particular significado que él otorgaba al término “materialismo” —no directamente asimilable al de los soviéticos—: a) tesis epistemológica de la diferencia y preexistencia del objeto real por fuera tanto del proceso cognoscitivo como de su producto, el objeto de conocimiento construido (“materialismo dialéctico”), y b) teoría de la economía política y de la historia no centrada en los sujetos ni en los hombres sino en los procesos, relaciones y estructuras de los cuales los hombres son meros soportes o portadores (“materialismo histórico”).

Al hacer la enumeración de las corrientes y autores izquierdistas que habrían “recaído” en el humanismo y el historicismo, Althusser incluía a: a) Rosa Luxemburgo y Franz Mehring; b) Bogdanov y el *Proletkult* (cultura proletaria), c) Georg Lukács y Karl Korsch; d) “la oposición obrera”, e) Antonio Gramsci y, finalmente, e) “los pueblos del Tercer Mundo” que realizan “combates políticos verdaderamente revolucionarios para conquistar y defender su independencia política y comprometerse en la vía socialista”.<sup>1</sup>

Si bien Althusser no nombraba de manera explícita a aquellos teóricos y dirigentes revolucionarios que en “el tercer mundo” se sentían atraídos por el humanismo y el historicismo, no es difícil imaginar a quien estaba refiriéndose —si tomamos en cuenta que su libro se publicó en 1967—. Creemos que en esa alusión Althusser estaba pensando en la dirección política de la revolución cubana y, en especial, en Ernesto Che Guevara.

<sup>1</sup> Cfr. Louis Althusser: *Para leer El capital*, Siglo XXI, México, 1988. “El marxismo no es un historicismo”, pp. 130-156. La enumeración de los partidarios del izquierdismo historicista, praxiológico y humanista en p. 153.

Recordemos que en Europa, desde una perspectiva crítica y antidogmática, Lukács, Korsch y Gramsci habían enfrentado en los años 20 y 30 las visiones cañonizadas del marxismo, enfatizando su componente humanista y priorizando su historicismo. En ese impulso teórico, la categoría dialéctica de praxis había ocupado indudablemente un lugar central, tanto en *Historia y conciencia de clase* como en *Cuadernos de la cárcel*.

En América Latina, los primeros marxistas del continente —en lo fundamental José Carlos Mariátegui, colateralmente Julio Antonio Mella y Aníbal Ponce— asumieron, en la segunda mitad de los años 20 y principios de los 30, esta misma filosofía con un heroico espíritu de ofensiva, subrayando el papel de la acción revolucionaria y criticando el evolucionismo al estilo de Juan B. Justo (primer traductor de *El capital* al castellano) y el populismo de Haya de la Torre. Tras el predominio stalinista hegemónico desde los 30 hasta fines de los 50 por Lombardo Toledano en México y por Víctorio Codovilla en Buenos Aires, la revolución cubana inaugura en 1959 un nuevo período en el cual el humanismo y el historicismo vuelven a escena, impulsando una renovación no sólo en el marxismo del resto del continente, sino también en todas sus disciplinas y ciencias sociales. Desde la economía con la teoría de la dependencia hasta la religión con la teología de la liberación, desde el *boom* de la literatura latinoamericana hasta la pedagogía del oprimido.

En la cresta de ese renacimiento político-cultural, el Departamento de Filosofía de La Haba-

na y la revista *Pensamiento Crítico* cuestionaban de manera explícita al DIAMAT (materialismo dialéctico en versión soviética), publicaban a Lukács y Korsch en castellano e intentaban fundamentar en la revista y en sus planes de estudio una lectura historicista del marxismo, mientras el filósofo Adolfo Sánchez Vázquez publicaba en México su célebre *Filosofía de la praxis*. Era exactamente el mismo año, 1967, en que Althusser arremetía en París contra el “humanismo historicista de la praxis” y Marta Harnecker —su discípula latinoamericana— comenzaba a seguirlo puntualmente en nuestros países con sus célebres manuales de estudio, que guiaron el aprendizaje de miles de militantes latinoamericanos simpatizantes de la revolución cubana.<sup>2</sup>

Entonces, coincidiendo con el diagnóstico de la caracterización althusseriana, aunque desde una perspectiva diametralmente opuesta, nuestra hipótesis consiste en afirmar que el pensamiento teórico del Che Guevara se inscribe en esas corrientes historicistas y humanistas de la filosofía de la praxis, cuya larga tradición crítica y antidogmática tiene en Gramsci y en Mariátegui sus principales exponentes.<sup>3</sup>

### ► La formación filosófica

Guevara toma contacto con los textos clásicos de Marx, Engels y Lenin varios años antes de la proclamación socialista de la revolución que hace Fidel Castro en 1961. Su formación filosófica, política y económica anterior a la revolución cubana incluye, por lo menos, la lectura de *El manifiesto del Partido Comunista* y *El capital* de Marx; el *Anti-Dühring* de Engels; *El Estado* y

<sup>2</sup> Cfr. Marta Harnecker: *Los conceptos elementales del materialismo histórico*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971 (1ª edición, 1969). Presentación de Louis Althusser, y *El Capital: conceptos fundamentales*, Siglo XXI, Chile, 1971. Veinte años después, Marta Harnecker seguía esforzándose por conciliar su entusiasta adhesión a la estrategia política guevarista para el continente latinoamericano, con el “antihumanismo teórico” althusseriano, evidentemente contradictorio con la filosofía humanista e historicista del Che. Cfr. Marta Harnecker: “El Che: vigencia y convocatoria” y “El Che: La consecuencia de un pensamiento”, Buenos Aires, s/edit., 1989. Principalmente, “Sobre el humanismo en el Che y la crítica de Althusser a la consideración del

marxismo como un humanismo”, pp. 26-27. Más allá de la divergencia filosófica, en ese trabajo, Harnecker hacía una valiosísima crítica política a la teoría “foquista” que de manera falsa e intencionada se atribuyó al Che.

<sup>3</sup> Cfr. Fernando Martínez Heredia: *El Che y el socialismo*, Dialéctica, Buenos Aires, 1992, pp. 12, 60, 69 y 140, y Michael Lowy: *El pensamiento del Che Guevara*, Siglo XXI, México, 1987, p. 17. Estas dos investigaciones son seguramente las que mejor explicitan y desarrollan la pertenencia del pensamiento filosófico del Che a la filosofía de la praxis y su diferencia radical con todo materialismo (ya sea del DIAMAT u otros más elaborados).

la revolución y *El imperialismo, fase superior del capitalismo* de Lenin. Con los dos primeros tuvo contacto entre los 16 y los 17 años, cuando intenta redactar un diccionario filosófico, los últimos tres los analizó en sus años de estudios universitarios.<sup>4</sup>

En trabajos y en su correspondencia familiar desde 1954 en adelante —la época de sus grandes viajes por América Latina—, aparecen con regularidad categorías marxistas y frecuentes alusiones irónicas a sus apasionadas lecturas de los clásicos de esta corriente.

Por ejemplo, en un trabajo sugestivamente titulado “La clase obrera de los EE UU... ¿amiga o enemiga?”, de abril de 1954, el joven Guevara analiza a partir de la categoría de imperialismo los métodos de la burguesía norteamericana para compensar la plusvalía extraída a su proletariado.

También le dice a su padre, en abril de 1956: “Dentro de poco tiempo pasaré a ser una notabilidad en la ciencia médica, si no como científico o profesor por lo menos como divulgador de la doctrina de San Carlos [léase Carlos Marx] desde los altos escaños universitarios. Porque me he dado cuenta que la fisiología no es mi fuerte, pero lo otro sí”, y le comenta a su amiga Tita Infante, en octubre del mismo año: “Por supuesto, todos los trabajos científicos se fueron al cuerno y ahora soy sólo un asiduo lector de Carlitos [léase Carlos Marx] y Federiquito [léase Federico Engels] y otros itos”. Este tipo de referencia a sus lecturas marxistas se repite de manera invariable en la correspondencia de esos años. También les comenta: “Por otro lado te diré que tengo una cantidad de chiquilines de sexto año encandilados con mis aventuras e interesados en aprender algo sobre las doctrinas de San Carlos”, o “Estoy fuerte, optimista, subo frecuentemente a los volcanes, voy frecuentemente a visitar ruinas, leo frecuentemente a San Carlos y sus discípulos”, y además “El tiempo libre lo dedico al estudio en forma informal de San Carlos. La nueva etapa de mi vida exige también el cambio de ordenación; ahora San Carlos es primordial, es el eje, y será por los años que el esferoide me admita en su capa más externa”,<sup>5</sup> etc., etcétera.

Un gran aliciente para su acercamiento al marxismo teórico se da en Guatemala en 1954,

en la biblioteca de la que sería su mujer Hilda Gadea. Y con posterioridad, exiliado de Guatemala tras el golpe contrarrevolucionario contra Árbenz, recibe de manos de su amigo Arnaldo Orfila Reynal —por esa época director de Fondo de Cultura Económica— los tres tomos de *El capital*, en la traducción de Wenceslao Roces.<sup>6</sup> Su padre también señala la importancia que tuvo en su inicial interés por el marxismo la amistad —nacida en 1954 en Guatemala y continuada luego de la toma del poder en Cuba en los años 60— con el profesor norteamericano Harold White, quien en 1928 había impartido clases de marxismo en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Utah y había escrito una obra sobre el mismo tema publicada en Estados Unidos.<sup>7</sup>

En vísperas de la salida en el *Granma* (el barco de la expedición de Fidel Castro a Cuba), Guevara se escondió en casa del guatemalteco Alfonso Bauer. Según el posterior testimonio de este doctor (de 1977), los dueños de casa encontraron tras su partida varios libros suyos abiertos en su cama. Entre ellos *El capital* y *El Estado y la revolución*.<sup>8</sup>

Su interés por la lectura de los principales textos marxistas, como es obvio, no respondió únicamente a una curiosidad intelectual. En sus viajes juveniles por el continente había sido testigo de la ebullición revolucionaria de los mineros de Bolivia y de la intervención yanqui en Guatemala en 1954. La impronta de esa preocupación política, tan presente en sus cartas anteriores a su incorporación al Movimiento 26 de julio en México, fue sin dudas el telón de fondo de sus lecturas filosóficas y económicas.

<sup>4</sup> Cfr. Carlos Tablada: “La creatividad en el pensamiento económico del Che”, en *Cuba Socialista*, La Habana, no. 39, mayo-junio de 1989, pp. 66-70.

<sup>5</sup> Cfr. Ernesto Guevara Lynch: *...Aquí va un soldado de América*, Planeta, Buenos Aires, 1990. Este libro de su padre reúne la correspondencia del Che con su familia y amigos de Buenos Aires antes de la revolución cubana.

<sup>6</sup> Cfr. Michel Lowy: *El pensamiento del Che Guevara*, ed. cit., pp. 8-9.

<sup>7</sup> Cfr. *...Aquí va un soldado de América*, ed. cit., p. 34.

<sup>8</sup> Cfr. Carlos Tablada, ob. cit., p. 170.

De manera que cuando la dirección cubana emprende el rumbo de construir el socialismo en la Isla, ya Guevara contaba con todo un capital simbólico acumulado en la lectura de algunas de las principales obras marxianas y también de Engels y de Lenin. No fue entonces un simple “empirismo” o el “pragmatismo” de adaptarse a los nuevos rumbos que tomaban los acontecimientos en la Cuba de Fidel Castro, lo que lo llevaron al marxismo, como de manera tergiversada sostienen muchas biografías.<sup>9</sup>

Esta cultura marxista se enriquecerá cuando el revolucionario deja momentáneamente paso al constructor; es decir, cuando Guevara deja de ser guerrillero y pasa a desempeñar responsabilidades como jefe del Departamento de Industrialización del INRA, presidente del Banco Nacional de Cuba y luego como ministro de Industrias. Las lecturas individuales previas son teóricamente enriquecidas por la enorme experiencia colectiva de los años de lucha y por la inédita situación de un país donde todo, absolutamente todo, está por crearse.

Esos años febriles son los del trabajo voluntario y el debate económico, matizados por la investigación sistemática. Cuenta Miguel Figueras —director por ese entonces de Planificación Perspectiva del Ministerio de Industrias, a cargo del Che— que Guevara había armado dos grupos de estudios por semana. Los lunes a la noche se reunía a estudiar matemáticas y uso de las estadísticas, y los miércoles en el mismo horario, leía y estudiaba en colectivo *El capital*.<sup>10</sup> En esa época llega también a Cuba el profesor de economía política marxista Anastasio Mansilla.

En estos años descubre los *Manuscritos de 1844* de Marx y posiblemente también lee la obra de Aníbal Ponce: *Humanismo burgués y humanismo proletario* —publicada en La Habana en 1962—, en la cual el filósofo argentino defendía históricamente el concepto de “hombre integral y total”, como categoría central en el marxismo.

Sin proponérselo, el Che se instala de lleno entonces en la discusión mundial sobre la filosofía del marxismo y sobre la “cuestión de la alienación”, incentivada por las revelaciones del XX Congreso del

PCUS y las acaloradas polémicas acerca de los *Manuscritos*. No casualmente Jean Paul Sartre, uno de los principales protagonistas de ese debate que definió al marxismo como “el horizonte insuperable de nuestro tiempo”, sostuvo también que “el Che el hombre más completo de nuestra época”.

Guevara nunca escindió la filosofía y la economía de la política. En medio de esa encendida voluntad de pensar, estudiar y crear en el plano teórico, el Che seguía con atención la marcha de la revolución latinoamericana. Recibía periódicamente y sin descanso a numerosos revolucionarios, con quienes discutía las distintas estrategias de lucha.

Nosotros, los argentinos, no debemos olvidar que entre los muchos compatriotas que entonces viajaron a Cuba intentando radicarse, entrenarse o simplemente entrevistarse con él, figuraban Ricardo Masetti, Rodolfo Walsh, Mario Santucho, Gustavo Rearte, León Rozitchner, Silvio Frondizi, Osvaldo Bayer, José Aricó, Paco Urrondo, Ernesto Giudici, el vasco Bengoechea, Alicia Eguren y John William Cooke. De los que regresan a la Argentina y escriben defendiendo la experiencia cubana, no pueden dejar de mencionarse los artículos filosóficos publicados en la revista *Pasado y Presente* por José Aricó —en esa época revolucionario— y, sobre todo, el trabajo de John William Cooke “Bases para una política cultural revolucionaria”, de *La Rosa Blindada*. En este último, Cooke —con quien Guevara tuviera una estrecha relación personal— defendía rigurosamente una lectura historicista y humanista

<sup>9</sup> Para un estudio exhaustivo de las 26 biografías sobre el Che (escritas hasta 1989) y de los 70 artículos que se publicaron en la prensa latinoamericana sobre su vida (desde su muerte hasta 1968), cfr. Germán Sánchez: “Che: Su otra imagen”, en el volumen colectivo

*Pensar al Che*, Centro de Estudios sobre América (CEA), La Habana, 1989, t. I, pp. 29-110.

<sup>10</sup> Cfr. “Entrevista de Yvette Villaescusa a Miguel Figueras”, en *Granma Internacional*, La Habana, 11 de octubre de 1992, p. 3.

## Che Guevara y la filosofía de la praxis

de los *Manuscritos de 1844*, de confesada inspiración guevarista (aunque además del Che, cita textos del joven Lukács, Gramsci y Lefebvre).<sup>11</sup>

### ► La crítica al DIAMAT y al determinismo

Al explicitar su concepción del marxismo, Guevara retomaba las *Tesis sobre Feuerbach* (núcleo conceptual en el cual se apoyan todos los filósofos de la praxis —desde Lukács y Gramsci hasta Sánchez Vázquez—), cuando sostenía que la pasividad de las masas, analizada desde un punto de vista filosófico, tiene su origen en “la propaganda directa [realizada por] los encargados de explicar la ineluctabilidad de un régimen de clase, ya sea de origen divino o por imposición de la naturaleza como ente mecánico”.<sup>12</sup>

Es evidente que, como en la primera tesis del Marx de 1845, Guevara está criticando tanto al viejo idealismo y/o espiritualismo, cuyas explicaciones se asientan en lo divino; como al materialismo ontológico metafísico que enfatiza la prioridad de la materia, entendida como naturaleza sujeta a leyes necesarias e independientes de la praxis humana. Ahora bien, si Guevara dirige su ataque tanto al viejo materialismo como al idealismo... ¿no entra en contradicciones con el DIAMAT soviético que tantas simpatías expresa por el viejo materialismo —ilustrado y burgués— del siglo XVIII? En efecto, filosóficamente hablando, Guevara no es un ingenuo. Su distanciamiento crítico del DIAMAT lo expresa en reiteradas ocasiones; por ejemplo, cuando señaló “el escolasticismo que ha frenado el desarrollo de la filosofía marxista”.<sup>13</sup>

Guevara no explicita todos sus presupuestos filosóficos ni abandona el lenguaje y la terminología usualmente empleada en la literatura marxista de la época. No obstante, su nuevo encuadre teórico-filosófico resignifica muchos de los términos que durante tanto tiempo habían sido bastardeados por la filosofía oficial del DIAMAT. Frente a esta última interpretación del marxismo —ideología legitimadora que garantizaba la tranquilidad y llamaba a esperar que “se produjera” la revolución por el mandato ineluctable de “las leyes objetivas” que de manera inevitable lo determinaban todo en la historia—, Guevara opo-

ne su concepción filosófica de la praxis que le permite superar la vieja dicotomía entre “materialismo e idealismo”, al mismo tiempo que le permite recuperar la dimensión dialéctica que tan opacada se hallaba en el determinismo social. Desde esta perspectiva filosófica, Guevara revaloriza junto a los aportes de Marx, aquellos otros en que Lenin otorgaba en política al factor subjetivo un lugar privilegiado.

No sería exagerado encontrar un paralelo análogo entre la ruptura teórica iniciada por la revolución cubana y la ofensiva política continental que ésta provocó, con las críticas de Lenin al determinismo quietista de la II Internacional, en lo fundamental el de Kautsky y el de Plejanov (no así con Labriola, inasimilable a los dos últimos).

Por ejemplo, frente al interrogante: “¿Cómo puede producirse en un país colonizado por el imperialismo, sin ningún desarrollo de sus industrias básicas, en una situación de monoprodutor, dependiente de un solo mercado, el tránsito al socialismo?” En *La planificación socialista, su significado*, Guevara cuestionaba abiertamente la respuesta determinista y materialista, según la cual se podía: “como los teóricos de la II Internacional, manifestar que Cuba ha roto todas las leyes de la dialéctica, del materialismo histórico, del marxismo y que, por tanto, no es un país socialista o debe volver a su situación anterior”.

Según el Che, la revolución cubana rompía en efecto con “las leyes de la dialéctica”, tal como se entendían por el fatalismo del materialismo escolástico. Y también rompía definitivamente con el “el materialismo histórico”, tal como era recitado en los manuales de la vulgata.

<sup>11</sup> Cfr. John William Cooke: “Bases para una política cultural revolucionaria”, en *La Rosa Blindada*, Año I (6), septiembre-octubre de 1965, pp. 16-22. Sobre la relación personal del Che con las distintas vertientes revolucionarias argentinas, mucho queda aún por investigar. El trabajo más exhaustivo que conocemos hasta el momento es de Claudia Korol: *El Che y los argentinos*, Dialéctica, Buenos Aires, 1988.

<sup>12</sup> Cfr. Ernesto Guevara: *El socialismo y el hombre en Cuba, El socialismo y el hombre nuevo*. Compilación y notas de José Aricó, Siglo XXI, México, 1977, p. 8.

<sup>13</sup> Ob. cit., p. II.

## Che Guevara y la filosofía de la praxis

Por eso señalar el paralelo con la ruptura teórica producida por Lenin no resulta arbitrario. Recordemos que como el Che Guevara hizo con la cubana, el joven Gramsci había caracterizado en Italia la revolución bolchevique de 1917 como una "revolución contra *El capital*"; es decir, contra *El capital* tal como lo entendía el determinismo materialista "ortodoxo" de los dirigentes de la II Internacional.

En la misma línea de pensamiento, José Carlos Mariátegui había sostenido en el Perú que la nueva concepción activista de Lenin podía entenderse si se remplazaba la fórmula cartesiana "pienso, luego existo" por la de "combato, luego existo". Y agregaba: "El marxismo, donde se ha mostrado revolucionario —vale decir, donde ha sido marxismo— no ha obedecido nunca a un determinismo pasivo y rígido".<sup>14</sup>

Emparentándose con esa tradición activista, la *Segunda Declaración de La Habana* (4/2/1962) había reclamado: "El deber de todo revolucionario es hacer la Revolución. Se sabe que en América y en el mundo la revolución vencerá, pero no es de revolucionarios sentarse a la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del imperialismo. El papel de Job no cuadra con el de un revolucionario".

De ahí que en su *Diario del Che en Bolivia*, Guevara anotara como balance del 26 de julio, fecha que conmemora el asalto de Fidel Castro al cuartel Moncada: "Significado del 26 de julio: rebelión contra las oligarquías y contra los dogmas revolucionarios".

Desde el materialismo determinista, asociado a una filosofía de la historia universal que prescribía el paso necesario e ineluctable de todos los países del mundo por rígidas etapas cuya sucesión predeterminada seguía el canon de un modelo lógico *a priori*, extraído de la formación social inglesa —el correlato empírico utilizado por Marx en *El capital* por ser el país más adelantado de su tiempo—, la revolución cubana resultaba una herejía en toda la línea.

Confundiendo metodológicamente lógica e historia en el método de exposición de *El capital*, priorizando la primera por sobre la segunda, la obra principal de Carlos Marx se había conver-

tido en una receta, cuya cristalización impedía admitir que se "quemarán etapas" en el decurso histórico político. Lo que se consideraba teóricamente

como "modelo clásico" dictaminaba que Cuba no podía marchar al socialismo, pues "la historia no se puede forzar". El férreo determinismo ineluctable de las leyes de la sociedad, centrado en el imparable desarrollo de las fuerzas productivas, también había devenido en América Latina —como el de Kautsky y el de Plejanov— un "dogma revolucionario".

La revolución cubana, cuya máxima expresión teórica se encuentra en los escritos del Che, constituyó precisamente una rebelión contra esos "dogmas", contra esas "leyes de la dialéctica" y contra esa interpretación del "materialismo histórico". Ése es quizás el sentido de la reflexión madura que Guevara anota en la selva de Bolivia, aquel 26 de julio de 1967.

Precisamente esos dogmas materialistas y deterministas sirvieron para legitimar la cultura política de la espera quietista y defensiva, antes de tomar el poder, y permitieron oponerse a construir el socialismo anticapitalista no mercantil, después de tomar el poder.

De manera subrepticia, ese fatalismo continúa presente en quienes lo siguen acusando por su supuesto "foquismo", su "voluntarismo ultraizquierdista", su "aventurerismo pequeñoburgués" y otros núcleos ideológicos semejantes. Aún hoy no se le perdona su herejía irreverente frente a la receta científicista de la "materialidad objetiva".

La polémica que Guevara abre frente al determinismo, desde la filosofía de la praxis, presupone —de ambos bandos— una diferencia fundamental acerca de las concepciones del desarrollo social y del carácter de la revolución. No olvidemos que en su concepción teórico-política, sus conceptos filosóficos, su análisis sociológico, sus métodos de lucha y sus planteos económicos,

<sup>14</sup> Cfr. José Carlos Mariátegui: *En defensa del marxismo, Obras*, Casa de Las Américas, La Habana, 1982, t. I, pp. 157-159, y "Dos concepciones de la vida", en *Textos básicos*, FCE, Lima, 1991, p. 8.

forman un conjunto armónico que pretende — creemos que lo logra— ser coherente.

Cuando el Che y la revolución cubana ponen en duda la concepción etapista que separa en dos las tareas de liberación nacional y las socialistas, están polemizando no sólo con una postura política, sino también con una concepción filosófica. Esta última está presente tanto en las discusiones sobre el carácter de la revolución latinoamericana como en los debates acerca de la transición, la ley del valor y la gestión económica poscapitalista.

En torno al primero de estos dos problemas, el etapismo prescribía la necesidad de pasar por una etapa previa a la revolución socialista, la revolución democrático-burguesa que en América Latina asumía la forma agraria-antimperialista. Si la revolución pendiente es democrático-burguesa, la clase que la encabezaría sería la “burguesía nacional”. Fue ésa la perspectiva asumida por Victorio Codovilla en 1929 en la Primera Conferencia Latinoamericana, oportunidad en que enfrentó —derrotándolas— las tesis comunistas redactadas por Mariátegui. Este último, frente al etapismo, sostenía en una editorial de *AMAUTA*: “La revolución latino-americana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente la revolución socialista. A esta palabra agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: ‘antimperialista’, ‘agrarista’, ‘nacionalista-revolucionaria’. El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos”.<sup>15</sup>

En los 60, el Che retoma esa tradición olvidada de Mariátegui (y también de Mella) cuando sostiene que “Por otra parte las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo —si alguna vez la tuvieron— y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución”.<sup>16</sup>

La disputa de orden político era evidentemente un correlato de la discusión teórica con el fatalismo materialista del DIAMAT, desde el cual se rechazaba como una “locura” no sólo el planteo de hacer una revolución socialista de libe-

ración nacional (en un proceso único, sin separar ambas tareas), sino también el intento de crear un socialismo anticapitalista no mercantil en un país subdesarrollado. Las fuerzas productivas y su lógica implacable no lo permitían..., tal como argumentó Bettelheim en la polémica sobre el valor y la transición.

En esa célebre polémica, Bettelheim le reprochaba al Che no respetar teóricamente la correlación predeterminada de fuerzas productivas y relaciones de producción. Debe existir una correspondencia total entre las primeras y las segundas, según un orden histórico fatal e inmodificable. El Che le responde que si no se separan de manera mecánica la política de la economía, y si se parte de que en la transición poscapitalista los hombres pueden dirigir conscientemente los procesos económicos a través de la planificación socialista, interviniendo de manera activa y organizada en el decurso histórico “objetivo” —luchando contra el fetichismo de hechos y procesos entendidos como “naturales”—, resulta posible que en determinadas situaciones las relaciones de producción estén más avanzadas que las fuerzas productivas, aunque eso “viole” el determinismo de las leyes de la sociedad. La correspondencia entre fuerzas y relaciones no es mecánica ni lineal, digan lo que digan los manuales. Un país subdesarrollado como Cuba, con fuerzas productivas atrasadas, igual puede “forzar” la marcha y adelantar las relaciones de producción socialistas para incentivar el desarrollo de las fuerzas productivas.

<sup>15</sup> Cfr. José Carlos Mariátegui, “Editorial de *AMAUTA*, no. 17, año II, Lima, septiembre de 1928”, en *Textos básicos*, ed. cit., pp. 125-128.

<sup>16</sup> Cfr. Che Guevara: “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental”, en *Obras*, Casa de Las Américas, La Habana, 1970, t. II, p. 589. Idéntica postura estaba ya planteada en la “Segunda Declaración de La Habana”, en la cual la dirección política de la revolución cubana negaba toda posibilidad de lucha a la burguesía nacional, y será en agosto de 1967 puntualmente retomada por la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad), conferencia en que participaron revolucionarios de todo el continente, incluida una numerosa delegación argentina.

## Che Guevara y la filosofía de la praxis



Pero su postura no era “idealista o voluntarista”. Comentando en 1967 un discurso de Fidel Castro del 28/9/1966, en el cual este último retomaba el énfasis de los estímulos morales y cuestionaba a los partidarios del cálculo económico, Ernest Mandel —uno de los economistas que intervino en aquel debate— sostuvo que “A nuestro entender, esta posición del Che Guevara y de Fidel Castro está de acuerdo con la tradición y la teoría marxista. Los que plantean el postulado absoluto del desarrollo previo de las fuerzas productivas, antes de que pueda expandirse la conciencia socialista, pecan todos de un pensamiento mecanicista al igual que aquellos que creen poder suscitar, por medios puramente subjetivos (la educación, la propaganda, la agitación), idéntica conciencia de manera inmediata”.<sup>17</sup>

En la crítica al determinismo de las fuerzas productivas, el Che sostenía —con otro lenguaje— que en la sociedad y la historia hay unidad diferenciada de sujeto-objeto. Insistía por eso en que puede forzarse la marcha dentro de lo que objetivamente es posible. El sujeto es activo e interviene con su praxis política planificada y consciente en el seno de la objetividad social, pero no crea esa objetividad. Guevara lo tiene muy en claro. Asume que existe una legalidad objetiva, punto que no discute, lo que cuestiona es que su decurso esté rígidamente predeterminado sin intervención subjetiva, sin que la política revolucionaria pueda incidir en el proceso económico, como de manera implícita sostenía Bettelheim —no casualmente siguiendo a Stalin—. Para el Che, la legalidad objetiva no es independiente del accionar subjetivo y a su vez la planificación tampoco puede desconocer la situación objetiva de la economía y las relaciones sociales. Ni la revolución constituye un producto automático del choque mecánico entre fuerzas productivas y relaciones de producción ni el socialismo es el final feliz de una evolución lineal y ascendente.

### ► La crítica del europeísmo

Aquella filosofía universal de la historia fatal e implacable, sustentada en una ideología productivista, materialista y determinista —base ideológica del etapismo—, estaba construida desde una lectura muy particular de los escritos

de Marx. Junto con la lógica apriorística que se había extraído erróneamente de *El capital*, el eje teórico central giraba en torno al *Manifiesto Comunista*. En este último, Marx todavía estaba preso de una visión histórica demasiado deudora del iluminismo y del europeísmo. No podemos explayarnos aquí sobre el particular debido al poco espacio. Sólo apuntamos que en *El manifiesto* Marx analiza la historia mundial partiendo de la pareja categorial “civilización-barbarie”, incluyendo en el primer polo a Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos, mientras recluía en la “barbarie” y en el “idiotismo rural” a gran parte del resto del mundo. Esa visión, explícitamente laudatoria de la expansión capitalista mundial (porque por primera vez el mundo se unificaba en un mercado mundial) y de la modernidad burguesa (que barría con los “velos” religiosos y patriarcales de la Edad Media mediante la universalización del valor de cambio), se convirtió, en conexión con el culto religioso de la idea de progreso, en un verdadero paradigma para la vulgata stalinista, pero también para otras corrientes críticas del stalinismo.

Desde ese mismo paradigma, la vulgata acrítica y dogmática festejó y justificó los trabajos y artículos de Marx sobre Bolívar y sobre la colonización de la India (supuestamente reprobable en el orden moral pero absolutamente justificable en el orden del imparable progreso histórico) y de Engels acerca de los “pueblos sin historia” y de la conquista yanqui de México. El progreso ineluctable de las fuerzas productivas, lineal y ascendente, sólo podía condenarse éticamente, pero constituía —desde esta filosofía universal de la historia— una férrea necesidad objetiva y material, aunque costara matanzas de millones y otros sojuzgamientos varios.

Esa visión unilateral sobre el marxismo desconoció los trabajos maduros de Marx en que aquél reexamina esas primeras apreciaciones, cambiando de manera notable su mirada. Allí están sus voluminosos escritos sobre Irlanda, sus

<sup>17</sup> Cfr. Ernest Mandel: “El debate económico en Cuba durante el período 1963-1964”, en *Partisans*, París, no. 37, 1967; *El socialismo y el hombre nuevo*, ed. cit., p. 252.

---

## Che Guevara y la filosofía de la praxis

múltiples artículos en torno a China, Birmania e India, y en lo fundamental su correspondencia con los populistas rusos acerca de la comuna rural, que corona un verdadero cambio de paradigma en la cuestión.

En el fetichismo de la mercancía de *El capital* (veinte años posterior a *El manifiesto*), Marx revisa su anterior fe en el progreso de la burguesía que supuestamente “corría los velos ideológicos” de la Edad Media. Allí sostiene la tesis exactamente contraria: en la Edad Media, la explotación era diáfana y transparente, es el capitalismo moderno el que interpone un velo ideológico. La religión del dinero es aún más dañina que el patriarcalismo medieval. En el resto de aquellos trabajos, Marx pone en cuestión el supuesto “progreso” del avance imperial sobre la India, sostiene que para que se libere el proletariado metropolitano inglés, primero, debe liberarse el pueblo de la colonia (irlandesa, en ese caso); advierte para horror de los europeístas que, cuando en *El capital* sostenía que la comuna rural debía pasar por la etapa de la propiedad privada capitalista, sólo estaba hablando de Europa occidental... y que nunca se le había ocurrido trasplantar eso como una receta para todo el mundo, etc., etcétera.

De manera sugestiva, esos trabajos no aparecen en los manuales de marxismo y no figuran en los cursos de formación política para los jóvenes militantes (insistimos, ni en los del stalinismo ni tampoco en los de los antiestalinistas, que en gran medida comparten el paradigma moderno, ilustrado y progresista de *El manifiesto*...).

No es probable que el Che conociera en detalle esos trabajos de Marx, pues algunos de ellos ni siquiera estaban editados en español en la década del 60. Sin embargo, estaba bien lejos de festejar las recaídas europeístas de Marx o Engels, lo que indica de manera elocuente el tipo de lectura crítica que hacía de los clásicos. Por ejemplo, sostuvo que “A Marx como pensador, como investigador de las doctrinas sociales y del sistema capitalista que le tocó vivir, puede, evidentemente, objetársele ciertas incorrecciones. Nosotros, los latinoamericanos podemos, por

ejemplo, no estar de acuerdo con su interpretación de Bolívar, o con el análisis que hicieran Engels y él de los mexicanos, dando por sentadas incluso ciertas teorías de las razas o de las nacionalidades inadmisibles hoy”.<sup>18</sup> Luego de esta obser-

vación crítica, el Che pasa a argumentar la necesidad de estudiar a Marx como se estudia a Newton, Einstein o a los grandes científicos de la humanidad, terminando por explicar cuál era la particularidad que distinguía al autor de *El capital*. Su marxismo era mucho más matizado y reflexivo de lo que suponen admiradores y enemigos.

Insistimos: lo que interesa observar a un lector contemporáneo es el tipo de mirada crítica que caracteriza a este dirigente que se proclama marxista y que, sin embargo, asume el marxismo no sólo como teoría universal, sino también desde las condiciones específicas de una revolución anticapitalista del tercer mundo occidental. No obstante ser consecuentemente internacionalista, al ser un soldado de la revolución mundial, el Che no se confundía. No era habitante de Hamburgo o París, sino de América Latina.

La mirada latinoamericana desde la cual se acerca al marxismo y lo asume como su teoría, lo lleva a concluir, por ejemplo, en una conferencia a los miembros del Departamento de Seguridad del Estado cubano, con la siguiente recomendación (tan vigente para nosotros, marxistas argentinos): “Como moraleja, digamos de esta charla, queda el que ustedes deben estudiar más a Latinoamérica; yo he notado en general que hoy por hoy conocemos en Cuba más de cualquier lugar del mundo quizás que de Latinoamérica, y eso es falso. Estudiando a Latinoamérica aprendemos también un poquito a conocernos, a acercarnos más, y conocemos mejor nuestras relaciones y nuestra historia”.<sup>19</sup>

El latinoamericanismo y el tercermundismo del Che no constituyen entonces simplemente una muestra de folklore o liturgia populista. Tienen su

---

<sup>18</sup> Cfr. Che Guevara: “Notas para el estudio de la ideología de la revolución cubana”, en *Obras*, ed. cit., t. II, pp. 93-94

<sup>19</sup> Cfr. Che Guevara: “La influencia de la revolución cubana en la América Latina”, en *Obras*, ed. cit., t. II, p. 492.

raíz en una mirada crítica del marxismo —prolongada, incluso, hasta los mismos textos de Marx y Engels—, cuestionadora de la metafísica materialista del DIAMAT, etapista y productivista, y se expresa de manera consecuente en su pensamiento económico y en su práctica política. No sólo en su participación guerrillera en la Sierra Maestra, en las colonias africanas de Bélgica y en Bolivia, sino también en varias de sus intervenciones teóricas. Por ejemplo, en su discurso de Argel: “La lucha antimperialista no tiene fronteras”, denuncia públicamente —como miembro del Estado cubano— el intercambio desigual que las potencias del Este imponen a sus socios menores del tercer mundo (denuncia retomada abiertamente por Fidel Castro en su discurso del 23/8/1968). También en el último llamado, *Mensaje a la Tricontinental*, el Che expresa con claridad su estrategia mundial centrada en los pueblos de América, África y Asia, entendidos como “el campo fundamental de la explotación del imperialismo”, de ahí su llamado a “crear en América Latina el segundo o tercer Vietnam del mundo”. En este último escrito, luego de cuestionar a la URSS y a China “por la guerra de denuestos y zancadillas comenzada hace ya buen tiempo por los representantes de las dos más grandes potencias del campo socialista”, se preguntaba:

“¿Está o no aislado el Vietnam, haciendo equilibrios peligrosos entre las dos potencias en pugna?”<sup>20</sup>

No olvidemos que la vulgata sustentada en el paradigma unilateral de *El manifiesto* centraba siempre en el proletariado europeo (“la civilización”) el eje de la revolución mundial, desconociendo lo que desde Lenin hasta hoy se produjo en el resto del mundo (“la barbarie”). Desde ese paradigma (superado por el propio Marx, aunque pocos se hayan enterado) resulta imcomprensible su consigna estratégica: “Crear dos, tres, muchos Vietnam”. Esta última no es una mera invocación propagandista, sino una lógica consecuencia de su lectura crítica del marxismo desde el tercer mundo y desde América Latina.

Esa misma actitud irreverente frente a la caricatura dogmática del marxismo, también lo lleva a criticar regiones teóricas más alejadas de la práctica política, pero no menos fundamentales para el hombre nuevo, como la estética. Allí pone en discusión la doctrina artística oficial del “realismo socialista”, por constituir un “dogmatismo exagerado” y por reducir el presente socialista a un pasado muerto del siglo XIX, impidiendo cualquier investigación artística.<sup>21</sup>

La mirada crítica, tanto al DIAMAT como al realismo socialista, se extiende entonces a toda la vulgata litúrgica de los manuales económicos

<sup>20</sup> Como el de Mariátegui, el pensamiento creador y antidogmático del Che no puede comprenderse si se lo pretende encuadrar o clasificar en la inoperante disyunción stalinismo-trotskismo. Irreverente y disruptivo, Guevara fue polémico con todas las corrientes de la cristalizada y previsible izquierda tradicional.

Siempre criticó duramente al stalinismo soviético por su pasividad y dogmatismo en política, economía, arte y filosofía. También cuestionó al maoísmo chino por sus peleas con la URSS y su política poco clara hacia Viet Nam (además pueden consultarse diversas opiniones del Che sobre las vacilaciones y traiciones de las direcciones prosoviéticas y prochinas del PCB y del PCML de Bolivia, en Harry Villegas: *Pombo: Un hombre de la guerrilla del Che*, Colihue, Buenos Aires, 1996.

Con el trotskismo también fue tajante. En las conversaciones taquígrafadas del Ministerio de Industrias (5/12/1964) dijo que en un debate económico en la URSS muchos lo veían como trotskista. Expresó entonces que “no es posible destruir opiniones por la fuerza, porque esto bloquea cualquier desarrollo libre de

la inteligencia” y a continuación: “también de Trotski se pueden tomar una serie de cosas, aun cuando, en mi opinión, sus conceptos fundamentales estaban equivocados, su acción sucesiva fue errónea, y en el último período poco clara. Los trotskistas no han aportado nada al movimiento revolucionario, en ninguna parte; donde han hecho algo, como en Perú, ha sido un fracaso, porque sus sistemas no son buenos”. Cfr. “El Plan y el hombre”, ob. cit., p. 69. En el comunicado no. 5 del Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia, el Che polemizaba con esas corrientes tradicionales, a las que llamaba “falsos apóstoles de la lucha de masas”. Cfr. *Pombo...*, ed. cit., pp. 155-156.

Sin embargo, sin esconder sus polémicas con las izquierdas tradicionales, abogó al mismo tiempo por la unidad de las diversas corrientes revolucionarias. Seguramente, una de las lecciones más vigentes de su pensamiento.

<sup>21</sup> Cfr. *El socialismo y el hombre nuevo*, ed. cit., p. 13. Sánchez Vázquez ha intentado mostrar como este  
(continúa)

que han ocupado el lugar de la *Biblia*. Guevara ironiza sobre esta dogmatización del pensamiento teórico diciendo que “por desgracia la Biblia no es *El capital* sino el Manual”.<sup>22</sup>

Las “deformaciones” del socialismo —vislumbreadas en sus escritos y discursos décadas antes de la caída del Muro de Berlín— se producen, según su diagnóstico, “porque existe una crisis de teoría y la crisis teórica se produce por haber olvidado la existencia de Marx”.

### ► Moral comunista y hombre nuevo

Rompiendo de manera definitiva con la visión materialista vulgar —tan presente en pretendidos custodios de la ortodoxia, se titulen stalinistas, trotskistas o maoístas—, que interpreta el marxismo como una ideología modernizadora unilateralmente asentada en las fuerzas productivas y la producción material, Guevara considera que “Marx se preocupaba tanto de los factores económicos como de su repercusión en el espíritu. Llamaba a esto ‘hecho de conciencia’. Si el comunismo se desinteresa de los hechos de conciencia, podrá ser un método de distribución, pero no será jamás una moral revolucionaria”.<sup>23</sup>

En ningún momento, el Che aceptaba la habitual visión dicotómica que confundía la célebre metáfora edilicia (“estructura-superestructura”), utilizada por Marx en el prólogo de 1859 a la *Contribución a la crítica de la economía política*, con una explicación acabada de la totalidad social, recluyendo la conciencia y la moral al mero reflejo de la estructura productiva. Esa visión dicotómica e ingenuamente “productivista” conducía, en el período de la transición socialista —cuando se discutían las vías estratégicas para llegar al comunismo— a consecuencias trágicas para los revolucionarios anticapitalistas. El evidente desprecio con que los países poscapitalistas del Este trataron los problemas de la moral revolucionaria y los de la hegemonía, le da —creemos— de manera retrospectiva la razón a Guevara.

Precisamente Antonio Gramsci fue quien más se preocupó por el evidente retraso en el desarrollo de las llamadas “superestructuras” durante la transición socialista. Esta preocupación común entre Guevara y Gramsci —aun reconociendo el vocabulario menos rico y más simple que el ar-

gentino empleaba en comparación con el del italiano— puede hallarse en el énfasis que el primero puso en el desarrollo del comunismo como una nueva moral y una nueva manera, no sólo de distribuir la riqueza social, sino también de vivir, y en el tratamiento gramsciano de la revolución socialista como una gran reforma intelectual y moral que “eleve a las almas simples” y construya —junto a las transformaciones económicas y políticas— una nueva hegemonía y una nueva cultura.

Para Guevara, los problemas de la cultura (estrechamente ligados con los de la conciencia y los de las “superestructuras”) no son un mero reflejo pasivo y secundario de la producción material ni un mero apéndice de la “locomotora económica” de las fuerzas productivas. Por el contrario, los problemas de la nueva cultura, de los nuevos valores, de una nueva hegemonía y, en definitiva, de una nueva subjetividad histórica —eso y no otra cosa es su “hombre nuevo”— son esenciales para la construcción de una sociedad cualitativamente distinta a la mercantil capitalista.

Este apasionado rescate del Marx humanista que prioriza el tratamiento de los “hechos de conciencia” junto a la consideración de los procesos productivos, está basado en la lectura de los *Manuscritos de 1844*.

Si bien es cierto que la corriente historicista de la praxis rechazaba todo humanismo especulativo de corte existencialista, tomista o neokantiano, al mismo tiempo rescataba junto a la construcción científica de *El capital*, el análisis humanista del Marx juvenil.

---

#### (viene de la página anterior)

cuestionamiento explícito al realismo socialista estaba en perfecta coherencia con su concepción humanista y praxiológica del marxismo. Cfr. Sánchez Vázquez: “El Che y el arte”, en *Casa de Las Américas*, La Habana, año XXIX (169), julio-agosto de 1988, pp. 123-128, y también “El socialismo y el Che”, en *Casa de las Américas*, La Habana, No. 46, octubre de 1967.

<sup>22</sup> Cfr. Guevara: “El plan y el hombre”, en *El socialismo y el hombre nuevo*, ed. cit., p. 69.

<sup>23</sup> Cfr. Guevara: “El comunismo debe ser también una moral revolucionaria”. Entrevista concedida a *Express*, ob. cit., p. 243.

Al referirse a los *Manuscritos*, Guevara sostiene que “incluso en su lenguaje el peso de las ideas filosóficas que contribuyeron a su formación se notaba mucho, y sus ideas sobre la economía eran más imprecisas. No obstante Marx estaba en la plenitud de su vida, ya había abrazado la causa de los humildes y la explicaba filosóficamente, aunque sin el rigor científico de *El capital*”.<sup>24</sup> Es decir, la problemática filosófica del joven Marx carece del instrumental científico que aportará su investigación de *El capital*, pero delinea ya la dirección en la que se moverá su pensamiento maduro. Agregaba entonces que en los *Manuscritos* Marx “pensaba más como filósofo y, por tanto, se refería más concretamente al hombre como individuo humano y a los problemas de su liberación como ser social” —.

Si ésta es la visión global de Guevara sobre el joven Marx, no cambiará su óptica cuando se refiera a la madurez y a su faceta científica: “En *El capital* Marx se presenta como el economista científico que analiza minuciosamente el carácter transitorio de las épocas sociales y su identificación con las relaciones de producción”.<sup>25</sup> Una vez caracterizado el *corpus* teórico de la madurez como “científico”, Guevara insiste en diferenciarse de las lecturas neopositivistas del marxismo, afirmando que “el peso de este monumento de la inteligencia humana es tal que nos ha hecho olvidar frecuentemente el carácter humanista (en el mejor sentido de la palabra) de sus inquietudes. La mecánica de las relaciones de producción y su consecuencia; la lucha de clases oculta en cierta medida el hecho objetivo de que son los hombres los que se mueven en el ambiente histórico”.<sup>26</sup> Aquí está resumido el eje que explica la acusación elíptica que Louis Althusser le dirige en *Para leer El capital*.

### ► Los hombres, ¿portadores y soportes o sujetos de la historia?

Guevara inferirá entonces que “el hombre es el actor consciente de la historia. Sin esta conciencia, que engloba la de su ser social, no puede haber comunismo”. Y aquí debemos recalcar dos núcleos conceptuales regularmente presentes en los escritos

guevaristas: a) el énfasis puesto en la conciencia y b) la postulación de que los hombres hacen la historia.

Con respecto a la conciencia, Guevara insistirá de manera permanente en su importancia estratégica. De ahí su preocupación central por los incentivos morales y por el trabajo voluntario, los que apuntan a su desarrollo, y su rechazo a utilizar “las armas melladas del capitalismo” como las palancas del interés material —sobre todo individual—, el consumismo y la competencia, en el período específicamente histórico del tránsito del capitalismo al socialismo; pues a la larga terminarán por corroer desde dentro el sistema socialista (como ya les estaba sucediendo en su opinión a Yugoslavia y Polonia en los 60) y como posteriormente pudimos advertir con el bochornoso derrumbe de los años 90.

Con respecto a la segunda hipótesis, según la cual “los hombres hacen la historia”, está obviamente enfrentada a las tesis de Althusser, quien critica a Gramsci por sostener exactamente el mismo planteo.<sup>27</sup> Para Althusser, la teoría social no puede reposar en el concepto teórico de “los hombres” o del sujeto, pues eso equivaldría a idealismo. Las versiones menos refinadas de los antiguos manuales soviéticos y de recurrentes análisis economicistas y catastrofistas, se asientan en la misma matriz teórica: la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción operaría con independencia de la voluntad y conciencia de los hombres, quienes sólo serían un resultado de una mecánica “objetiva”, el verdadero “motor de la historia”, análogo a la astucia de la razón hegeliana. En el reconocimiento de esa “objetividad” —al margen de la praxis y de la lucha de clases— residiría justamente el materialismo.

Polemizando una vez más con esa visión tradicional y “oficial” del marxismo, Guevara le dará

<sup>24</sup> Cfr. Guevara: “Sobre el sistema presupuestario de financiamiento”, en *El socialismo y el hombre nuevo*, ed. cit., p. 270.

<sup>25</sup> Ob. cit., p. 271.

<sup>26</sup> *Ibidem*.

<sup>27</sup> Cfr. Althusser: *Para leer El capital*, ed. cit., p. 131.

## Che Guevara y la filosofía de la praxis

máxima importancia a la conciencia y a la política, tanto en sus teorizaciones sobre la construcción de una fuerza revolucionaria en el período de lucha previo a la revolución, como en sus teorías económicas y de gestión para el período posrevolucionario. El capitalismo nunca se derrumbará, hay que derrocarlo. Una vez derrocado, hay que seguir de manera ininterrumpida luchando contra su herencia.

### ► La teoría del valor, el mercado y el plan

La contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción no es mecánica. La objetividad de su correspondencia nunca opera de manera automática, sino que depende de la lucha de clases y de las relaciones de fuerzas. Las fuerzas productivas no tienen necesariamente que arrastrar como una locomotora a los vagones de las relaciones de producción. En el período de transición al socialismo, los revolucionarios pueden, desde la política y el poder, dirigir la economía de manera planificada acelerando o desacelerando e interviniendo activamente en el devenir, sin ocupar el papel de espectadores pasivos ante un proceso natural. Esa intervención se realizaría, según el Che, a través del plan cuya teorización está en estrecha conexión con su marxismo praxiológico y activista.

Su lectura precisa y minuciosa de los escritos marxianos le permitirá construir un sistema teórico "científico y no apologético", destinado a explicar los procesos históricos de transición, en el plano de la gestión económica. De esta manera, su concepción general acerca de la historia, la sociedad y el hombre, cobra cuerpo en la problemática precisa de la economía política.

El Che no se conforma únicamente con el tratamiento de las grandes cuestiones filosóficas, sin "ensuciarse" con el descenso a los problemas prácticos de la transición.

Al retomar una vieja tradición de los clásicos del marxismo, Guevara reubica los principales problemas de la filosofía (la libertad, el deter-

minismo, la conciencia, la alienación, el trabajo, el tiempo libre, inclusive hasta el arte y la estética) en una estrecha relación con la política, la economía y la historia. Su argumentación en la célebre polémica de los años 1963-1964 se apoya en esa articulación.

Surgida aparentemente por problemas de economía práctica (el papel de los costos de producción), la polémica puso en el tapete cuestiones más generales, como las de la política económica (en la cual está inserta la economía práctica), sustentadas a su vez en teorías de economía política (la fundamental en discusión fue la ley del valor y su papel en la transición al socialismo) que se inscriben en problemáticas más abarcativas, como las del materialismo histórico (focalizada en la relación de fuerzas productivas y relaciones sociales de producción en una revolución del subdesarrollo).

El Che expuso su propia concepción acerca del mejor sistema de dirección económica en la transición socialista de forma polémica. Reconociendo, en primer lugar, que Marx no previno un período de transición en un país subdesarrollado, y en segundo lugar, que no existe hasta el momento una teoría marxista sistemática de la transición (los aportes realizados por Marx, Engels y Lenin no alcanzan), Guevara propuso el Sistema Presupuestario de Financiamiento (SPF) centrado en la planificación racional y regulación *a priori* de la producción y distribución social, el antiburocratismo, la separación entre el partido y la administración económica, y la negación de la autonomía financiera de las empresas y del predominio del estímulo mercantil material.

Cuestionando a Alberto Mora (quien sostenía que "el valor es la relación entre los limitados recursos disponibles y las crecientes necesidades del hombre") y al profesor Charles Bettelheim, el Che defendió una concepción historicista del valor, pues para él esta categoría no remite a las necesidades humanas (el capitalista no produce para satisfacer necesidades, sino para valorizar el capital produciendo plusvalor) ni a las fuerzas productivas o a la naturaleza, sino al trabajo abstracto inserto en relaciones sociales de producción históricamente específicas del modo de pro-

## Che Guevara y la filosofía de la praxis

ducción capitalista, y, por tanto, no válido para la transición al socialismo.

Para él, "Marx identifica la idea de valor con la de trabajo abstracto" y, si en la transición rigiera esta ley, "tendríamos que empezar a estudiar minuciosamente los puntos flojos para tratar de tomar medidas prácticas, a posteriori nuevamente, y corregir la situación por tanteos sucesivos". El valor, entonces, implica regulación, control y equilibrio *a posteriori* y por tanteos, mientras que el plan implica regulación, control y equilibrio *a priori*; es decir, dirigidos consciente y racionalmente. Los términos "*a priori*" y "*a posteriori*" remiten en la teoría marxista del valor a la secuencia respectivamente anterior o posterior a la producción y el intercambio según la cual se distribuye el trabajo social global de una sociedad. Si la distribución es posterior, no puede controlarse —la economía marcha entonces en forma automática, como si tuviera vida propia ("de manera fetichista", dice Marx en *El capital*)— y se desperdicia trabajo social. De manera que, según Guevara, esa regulación *a posteriori* y por tanteos que es el mercado, conduce de nuevo al capitalismo. De ahí que postulara la relación entre mercado y plan como contradictoria y antagónica.

El plan es concebido por Guevara como la acción de la voluntad del hombre que elabora, realiza y controla de manera consciente la producción, la distribución del trabajo en las distintas ramas y la relación entre acumulación y consumo, con vistas al más eficaz resultado de reproducción social de las relaciones socialistas. Toda su artillería teórica la enfoca contra el llamado "socialismo de mercado" basado en la autogestión financiera y el estímulo material individual con las consecuentes pérdidas de conciencia social. Este tipo de "socialismo" se aplicaba de manera experimental en aquella época en Polonia, Yugoslavia y en las reformas económicas en la URSS. Las críticas que Guevara desarrolla públicamente —más de dos décadas antes de la caída del Muro de Berlín— a este tipo de "socialismo" y a las consecuencias a las que conducía (claramente identificables hoy en día para nosotros, habitantes de los años 90), son quizás una de las piezas clave que nos permite aprehender el pensamiento de este revolucionario

argentino como una auténtica alternativa teórico-política al sistema euro-oriental.

Como los partidarios del mercado se apoyaban en el Lenin de la NEP, Guevara sostuvo: "El Lenin de los años 20 es tan sólo una pequeña parte de Lenin, porque Lenin vivió mucho tiempo y estudió mucho. Una vez me atreví a decir que había tres Lenins, ahora hay quien dice que no serían tres sino dos. Es un hecho que entre el Lenin de *El Estado y la revolución* y de *El imperialismo etapa superior del capitalismo* y el Lenin de la NEP hay un abismo".<sup>28</sup> En su opinión, Lenin era un político y debía hacer concesiones. La NEP resultaba una de ellas, aunque los partidarios del "cálculo económico" la tomaran como una salida estratégica, abstrayéndola de la situación histórica en que se produjo. El actual proceso de apertura económica de Cuba debería quizás analizarse del mismo modo como el Che estudió la NEP.

El Sistema Presupuestario de Financiamiento expuesto por Guevara se oponía al sistema de la "autogestión financiera de las empresas" o "cálculo económico", tal como se practicaba en la época en Yugoslavia, Polonia y parcialmente en la URSS. Este último sistema era defendido teóricamente por Charles Bettelheim y postulaba, retomando la tradición de Stalin, la vigencia del mercado, del dinero y de la ley del valor, aun en el período de construcción del socialismo.

Los planteos económicos del Che estaban en consonancia con su humanismo teórico, pues la ley del valor implicaba en su óptica el sometimiento y la dirección de "un frío ordenamiento y un cordón umbilical invisible" que unía el mercado al hombre enajenado. Este último ve regida su vida por las leyes del capitalismo que son ciegas para el común de la gente y que constituyen una verdadera "jaula invisible",<sup>29</sup> donde en efecto los hombres dejan de ser sujetos activos para transformarse en simples efectos de procesos que se han vuelto autónomos y que no controlan.

<sup>28</sup> Cfr. "El Plan y el hombre" (5/12/1964), en *El socialismo y el hombre nuevo*, ed. cit., p. 71.

<sup>29</sup> Cfr. Guevara: "El socialismo y el hombre en Cuba", ed. cit., pp. 6 y 12.

Esta jaula invisible de las leyes mercantiles presupone altas cuotas de irracionalidad, fetichismo y alienación. Por eso, la importancia que él le otorga a la lucha por ir eliminándolas para poder someter el proceso de producción e intercambio al control racional y consciente de los seres humanos, quienes, al realizar el trabajo por resolución interna y no por “necesidad de venderse como mercancías”, crean la posibilidad de liberarse de la enajenación.

Cuatro años más tarde, en 1968, polemizando con Paul Sweezy en la *Monthly Review*, Charles Bettelheim volvía a insistir en las mismas tesis que le opuso al Che en el debate económico, desarrollando esta vez de manera explícita las elípticas alusiones que hacía Althusser en *Para leer El capital*. Decía entonces Bettelheim —ferrosamente partidario de la revolución cultural china desde los círculos althusserianos— que “los discursos de Fidel y los escritos del Che” expresaban “una fracción radicalizada de la pequeña burguesía”, que eran “utópicos y peligrosos”, que la lucha por la desaparición de las relaciones mercantiles y del dinero en el socialismo era “un mito” y que toda la operación teórica de oponer la planificación al mercado conducía

de manera inexorable a “efectos de oscurecimiento ideológico”.<sup>30</sup> Aún después de su muerte, la “ortodoxia” no podía terminar de digerir el humanismo historicista del Che. Seguía siendo una herejía “utópica”, peligrosa y radicalmente subversiva.

Reactualizarla hoy en día, rescatarlo del poster, estudiar de manera sistemática su pensamiento y recuperarlo para la lucha cotidiana, sigue siendo una tarea insoslayable. Una deuda pendiente que alguna vez tendremos que saldar.

**NÉSTOR KOHAN es profesor de Filosofía y docente e investigador de las facultades de Filosofía y Letras, y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.**

• • • • •

---

<sup>30</sup> Cfr. Charles Bettelheim: “Respuesta a Paul Sweezy” (15/12/1968), en Paul M. Sweezy y Charles Bettelheim: *Algunos problemas actuales del socialismo, Siglo XXI*, Madrid, 1973, pp. 28-35.





La Habana, Febrero 26 de 1964  
"Año de la Economía"

Sr. José Medero Mestre  
Juan Bruno Zayas No. 560,  
e/ Ave. de Acosta y O'Farril  
Víbora, Habana.

Compañero:

Le agradezco su interés y sus notas. Para convencerme puso el dedo en la llaga; cita a quienes impugno. Lamentablemente no puedo extender una polémica epistolar por las implicaciones que tiene sobre mi tiempo. En números sucesivos de *Nuestra Industria Económica* irán saliendo artículos que demuestran la preocupación de una selecta cantidad de técnicos soviéticos sobre problemas similares.

Sólo una afirmación para que piense: Anteponer la ineficiencia capitalista con la eficiencia socialista en el manejo de la fábrica es confundir deseo con realidad. Es en la distribución donde el socialismo alcanza ventajas indudables y en la planificación centralizada donde ha podido eliminar las desventajas de orden tecnológico y organizativo con el capitalismo. Tras la ruptura de la sociedad anterior se ha pretendido establecer la sociedad nueva con un híbrido; al hombre lobo, la sociedad de lobos, se lo reemplaza con otro género que no tiene su impulso desesperado de robar a los semejantes, ya que la explotación del hombre por el hombre ha desaparecido, pero sí impulsos de las mismas cualidades (aunque cuantitativamente inferiores), debido a que la palanca del interés material se constituye en el árbitro del bienestar individual y de la pequeña colectividad (fábricas por ejemplo), y en esta relación veo la raíz del mal. Vencer al capitalismo con sus propios fetiches a los que se les quitó su cualidad mágica más eficaz, el lucro, me luce una empresa difícil. Si esto es muy oscuro (ya pasa la media noche en mi reloj), tal vez le aclare mi idea este otro símil: La palanca del interés material en el socialismo es como la lotería de Pastorita; no alcanza a iluminar a los ojos de los más ambiciosos ni a movilizar la indiferencia de los más.

No pretendo haber terminado el tema ni mucho menos establecido el "amén" papal sobre estas y otras contradicciones. Desgraciadamente, a los ojos de la mayoría de nuestro pueblo, y a los míos propios, llega más la apologética de un sistema que el análisis científico de él. Esto no nos ayuda en el trabajo de esclarecimiento y todo nuestro esfuerzo está destinado a invitar a pensar, a abordar el marxismo con la seriedad que esta gigantesca doctrina merece.

Por ello, porque piensa, le agradezco su carta; lo de menos es que no estemos de acuerdo.

Si alguna vez tiene que decirme alguna otra cosa, recuerde que no soy maestro; uno más entre los hombres que hoy luchan por hacer una Cuba nueva, pero que tuvo la suerte de vivir al lado de Fidel en los momentos más difíciles de la Revolución cubana y algunos de los momentos más trágicos y gloriosos de la historia del mundo



*(Ernesto Che Guevara:  
Escritos y discursos, 9 ts.,  
Editorial de Ciencias So-  
ciales, La Habana, 1997,  
t. 9, pp. 383-385.)*

que lucha por su libertad. De ahí que usted me conozca y yo no recuerde su nombre; podría haber sido al revés, sólo que entonces yo tendría que escribirle de alguna remota región del mundo donde mis huesos andarines me llevaran, ya que no nací aquí.

Eso es todo.

Revolucionariamente,  
**PATRIA O MUERTE**  
**VENCEREMOS**  
Cmndte. Ernesto Che Guevara



## **Palabras del comandante**

### **Ernesto Che Guevara en la apertura del curso académico en mayo de 1959**

La verdad es que yo vine a este acto solamente a hacer de cla-que y ahora me encuentro con que tengo una cla-que propia. Gracias. Ustedes saben, o si no lo saben deben saberlo, que soy un poco guajiro y me asustan todos estos aparatos, delante de la boca.

No quiero sino decirles dos o tres palabras. Primero en esta iniciación de los estudios en esta casa, incitarlos a que hagan lo que yo nunca hice, es decir, estudiar. Y segundo, lo más importante, incitarlos a que hagan lo que yo alguna vez hice y creo que estoy tratando de hacer. Revolución. Y que se unan al impulso revolucionario de todo el pueblo de Cuba y que no limiten su acción a las aulas y hagan sentir el peso de la Universidad y el espíritu revolucionario de la Universidad sobre todos los sectores de la vida social de Cuba. En estos momentos en que los técnicos son más necesarios que nunca, en estos momentos de renovación, en que todo el viejo andamiaje se ha desplomado, el impulso de la sangre joven, de la nueva técnica es vital para Cuba, pero al mismo tiempo, con la sangre joven y la nueva técnica tienen que vivir nuevas ideas e impulsos revolucionarios. A eso los invito. Gracias.



*(Tomado de la revista  
Vida Universitaria, La Ha-  
bana, no. 104-105, abril-  
mayo de 1959, p. 4, en Ra-  
món de Armas, Eduardo  
Torres-Cuevas y Ana  
Cairo: Historia de la Uni-  
versidad de La Habana.  
1930-1978, Editorial de  
Ciencias Sociales, La Ha-  
bana, 1984, vol. 2, p. 809.)*



Habana  
"Año de la Agricultura"

Fidel:

Me recuerdo en esta hora de muchas cosas, de cuando te conocí en casa de María Antonia, de cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos. Un día pasaron preguntando a quién se debía avisar en caso de muerte y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Después supimos que era cierto, que en una revolución se triunfa o se muera (si es verdadera). Muchos compañeros quedaron a lo largo del camino hacia la victoria.

Hoy todo tiene un tono menos dramático porque somos más maduros, pero el hecho se repite. Siento que he cumplido la parte



*(Ernesto Che Guevara:  
Escritos y discursos, 9 ts.,  
Editorial de Ciencias Sociales,  
La Habana, 1997, t. 9,  
pp. 393-395.)*

de mi deber que me ataba a la revolución cubana en su territorio y me despido de ti, de los compañeros, de tu pueblo, que ya es mío.

Hago formal renuncia de mis cargos en la dirección del partido, de mi puesto de ministro, de mi grado de comandante, de mi condición de cubano. Nada legal me ata a Cuba, sólo lazos de otra clase que no se pueden romper como los nombramientos.

Haciendo un recuento de mi vida pasada creo haber trabajado con suficiente honradez y dedicación para consolidar el triunfo revolucionario. Mi única falta de alguna gravedad es no haber confiado más en ti desde los primeros tiempos de la Sierra Maestra y no haber comprendido con suficiente celeridad tus cualidades de conductor y de revolucionario. He vivido días magníficos y sentí a tu lado el orgullo de pertenecer a nuestro pueblo en los días luminosos y tristes de la crisis del Caribe. Pocas veces brilló más alto un estadista que en esos días, me enorgullezco también de haberte seguido sin vacilaciones, identificado con tu manera de pensar y de ver y apreciar los peligros y los principios. Otras tierras del mundo reclaman el concurso de mis modestos esfuerzos. Yo puedo hacer lo que te está negado por tu responsabilidad al frente de Cuba y llegó la hora de separarnos.

Sépase que lo hago con una mezcla de alegría y de dolor; aquí dejo lo más puro de mis esperanzas de constructor y lo más querido entre mis seres queridos... y dejo un pueblo que me admitió como su hijo; eso lacera una parte de mi espíritu. En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir con el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo dondequiera que esté; esto recomforta y cura con creces cualquier desgarradura.

Digo una vez más que libero a Cuba de cualquier responsabilidad, salvo la que emane de su ejemplo. Que si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo y especialmente para ti. Que te doy las gracias por tus enseñanzas y tu ejemplo y que trataré de ser fiel hasta las últimas consecuencias de mis actos. Que he estado identificado siempre con la política exterior de nuestra revolución y lo sigo estando. Que en dondequiera que me pare sentiré la responsabilidad de ser revolucionario cubano y como tal actuaré. Que no dejo a mis hijos y mi mujer nada material y no me apena; me alegro que así sea. Que no pido nada para ellos, pues el Estado les dará lo suficiente para vivir y educarse.

Tendría muchas cosas que decirte a ti y a nuestro pueblo pero siento que son innecesarias, las palabras no pueden expresar lo que yo quisiera, y no vale la pena emborronar cuartillas. Hasta la victoria siempre. ¡Patria o Muerte!

Te abraza con todo fervor revolucionario

CHE



## CANCIÓN ANTIGUA A CHE GUEVARA



—¿Dónde estás, caballero Bayardo,  
caballero sin miedo y sin tacha?

—En el viento señora, en la racha  
que aciclona la llama en que ardo.

—¿Dónde estás, caballero gallardo,  
caballero sin tacha y sin miedo?

—En la flor que a mi vida concedo:  
en el cardo, señora, en el cardo.

—¿Dónde estás, caballero seguro,  
caballero del cierto destino?

—Con la espada aclarando camino  
al futuro, señora, al futuro.

—¿Dónde estás, caballero el más puro,  
caballero el mejor caballero?

—Encendiendo el hachón guerrillero  
en lo oscuro, señora, en lo oscuro.

—¿Dónde estás, caballero el más fuerte,  
caballero del alba encendida?

—En la sangre, en el polvo, en la herida,  
en la muerte, señora, en la muerte.

—¿Dónde estás, caballero ya inerte,  
caballero ya inmóvil y andante?

—En aquel que haga suyos mi guante,  
y mi suerte, señora, mi suerte.

—¿Dónde estás, caballero de gloria,  
caballero entre tantos primero?

—Hecho saga en la muerte que muero:  
hecho historia, señora, hecho historia.

# ADHILAC

ASOCIACIÓN DE HISTORIADORES  
DE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

y Licenciatura en Pedagogía, especialidad Historia, de las universidades e institutos superiores pedagógicos de la República de Cuba.

**POR CUANTO:** Dicha Asamblea General acordó que la Directiva de la ADHILAC definiese y reglamentase todo lo referido a dicho Premio Bianual.

**POR TANTO:** La Directiva de la ADHILAC resuelve:

**PRIMERO:** Denominar dicho reconocimiento científico Premio Nacional Doctor Fernando Portuondo del Prado, en justa vinculación entre las nuevas generaciones de historiadores y quien fuera, durante toda su vida, un investigador y un profesor eminente, a sí como un revolucionario incansable, desde los días de Julio Antonio Mella hasta su muerte, medio siglo después.

**SEGUNDO:** Solicitar cada dos años a los graduados de Historia de las universidades e institutos superiores pedagógicos que propongan para este premio sus trabajos de diploma de ese año o el anterior, los cuales aborden temas sobre la historia de América Latina, el Caribe o Cuba. Las propuestas deben ser remitidas a la Directiva de la ADHILAC, antes del primero de octubre del año correspondiente,

enviando una copia de los trabajos de diploma mecanografiada a dos espacios.

**TERCERO:** Cada dos años, la Directiva de la ADHILAC creará una Comisión para evaluar los trabajos de

## P R E M I O B I A N U A L DOCTOR FERNANDO PORTUONDO DEL PRADO

AL MEJOR TRABAJO DE DIPLOMA DE  
LOS GRADUADOS DE HISTORIA DE  
LAS UNIVERSIDADES E INSTITUTOS  
SUPERIORES PEDAGÓGICOS DE CUBA

**POR CUANTO:** La Asamblea General de la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe (ADHILAC), efectuada el 28 de marzo de 1997, acordó instituir un Premio Bianual al mejor Trabajo de Diploma de los graduados, durante los dos años anteriores de las carreras de Licenciatura en Historia

diploma que opten por el premio y otorgar éste. Ésta será presidida por un miembro de la Directiva de la ADHILAC y tendrá en total tres integrantes. La Comisión emitirá su dictamen antes del 31 de diciembre del año correspondiente.

**CUARTO:** El dictamen de la Comisión a que se refiere el artículo anterior será definitivo e inapelable.

**QUINTO:** El ganador del Premio Nacional Doctor Fernando Portuondo del Prado recibirá como estímulos:

- a) La publicación total o parcial de su trabajo de diploma.
- b) Un certificado en que se hace constar que obtuvo este premio.
- c) La presentación del trabajo premiado en una Asamblea General de la ADHILAC.
- d) La posibilidad de ingresar, si lo desea, a la ADHILAC.
- e) Quinientos pesos en moneda nacional.

**SEXTO:** La Comisión a que se refiere el artículo tercero podrá otorgar tantas menciones como eslime conveniente en cada ocasión.

**SÉPTIMO:** Los concursantes que reciban mención serán estimulados mediante:

- a) La entrega de un certificado acreditativo en una Asamblea General de la ADHILAC.
- b) La solicitud, por parte de la ADHILAC, a una revista académica de que publique un comentario sobre tales trabajos de diploma. Corresponderá a estas revistas decidir si lo harán o no.

**OCTAVO:** La Directiva de la ADHILAC dará a conocer el ganador del Premio Nacional Doctor Fernando Portuondo del Prado y los merecedores de mención, en los 30 días posteriores al dictamen de la Comisión.

**NOVENO:** Comuníquese esta resolución al Ministerio de Educación Superior, al Ministerio de Educación, a las facultades correspondientes de las universidades e institutos superiores pedagógicos, a las organizaciones estudiantiles interesadas, a los medios masivos de comunicación y a las revistas especializadas que se publican en Cuba.

Aprobado por la Directiva de la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores de América Latina y el Caribe, el día 21 de abril de 1997, "Año del 30 aniversario de la caída en combate del Guerrillero Heroico y sus compañeros".

**Doctor Sergio Guerra Vilaboy**  
*Presidente de la Sección Cubana  
de la ADHILAC*

# Itinerario

## Michel Vovelle



### La aventura de una generación de historiadores

EDUARDO TORRES-CUEVAS

*Michel Vovelle impresionó agradablemente a primera vista. Fue en el atardecer de un día, que hoy no puedo precisar, cuando, a solicitud mía, acudió al Departamento de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Aix en Provence, donde me encontraba trabajando en el invierno de 1996. Su rostro agradable, su hablar pausado, su suave voz y el don de saber escuchar, ganan al interlocutor desde el inicio. Pero, sobre todo, lo que impresiona es su modestia que se percibe cuando se lee lo que escribe. Confieso que ya había sido cautivado por la lectura de su obra, de*

*estilo ameno y abundante y novedosa documentación, y de profundos y reveladores análisis. Estaba*

*decidido, desde hacía tiempo, a encontrarle y solicitar sus criterios sobre la evolución de los estudios históricos en Francia en los últimos años. Ya habíamos hecho lo mismo con Jacques Le Goff —hoy, sin dudas, el más significativo de los historiadores continuadores de la Escuela de Annales y cuya entrevista se publicó en el número uno de Debates Americanos—, con Pierre Vilar —considerado el más agudo y penetrante historiador marxista de la generación anterior—, y con Guy*

Bois —generacionalmente contemporáneo con Vovelle y, como éste, arraigadamente marxista, cuyas ideas se publicaron en el número dos de esta revista—. ¿Podíamos dejar escapar la oportunidad de dialogar con, para mí, el más sorprendente y a la vez consecuente historiador comunista de los últimos años en Francia? ¡Ni pensarlo!

Vovelle —sin dudas, uno de los más importantes historiadores de la Revolución Francesa y, a la vez, innovador en los estudios de historia social con la introducción de la historia de las mentalidades, como “la punta fina de la historia social”— accedió gentilmente a mi petición. Pocos días después tenía en sus manos el cuestionario. No tardó en invitarme a un almuerzo en su casa, donde debatimos acerca de los problemas que contenía el documento que le presentaba y, a la vez, sobre algo que le interesaba especialmente: mi país. Al final decidió realizar un viejo deseo para complacer la solicitud que le hacíamos como Director de Debates Americanos: escribir un artículo en torno al itinerario de su vida como historiador. A través de su experiencia personal describe la experiencia de una generación “que cada cual vivió a su manera”. Los últimos 40 años de la historiografía francesa, que en su conexión con las temáticas universales también resulta la vivencia activa de la historiografía universal, es vista aquí, en este extraordinario documento que nos honramos al publicarlo, como testimonio y, a la vez, reflexión que no termina como una clase magistral, sino dejando abiertas ventanas y puertas al pensamiento naciente que hereda, interroga y plantea qué ha hecho la historiografía hasta hoy, pero, sobre todo, qué retos tiene ante sí el futuro del trabajo del historiador.

**MICHEL VOVELLE (1933),**  
catedrático de Historia y profesor titular de la cátedra de Historia de la Revolución Francesa en la Sorbona (París I); hasta su retiro director del Instituto de la Historia de la Revolución, especialista en Historia Social e Historia de las Mentalidades; posee una extensa obra entre cuyos títulos se destacan *Combats pour la révolution française*, *Theodore desorgues ou la désorganisation*, *La Révolution française (1789-1799)*, *L'Homme des lumières*, *Idéologies & mentalités*, *La découverte de la politique*, *La caída de la monarquía*, *La mentalidad revolucionaria*.

“Eres un tipo extraño”, me dijo un día mi amigo Maurice Godelier, experto en la materia. Y creo que tenía razón. Si hiciera falta un peritaje de comprobación, podría citar la reseña llena de asombro que le había dedicado, hace ya mucho tiempo, en el periódico *Le Monde*, Emmanuel Le Roy Ladurie, otra referencia más, a mi obra sobre *Piedad barroca y des-cristianización, las actitudes ante la muerte en Provenza en el siglo xviii*. Perplejidad ante un investigador conocido como marxista, pero que no trata los temas que se esperan, no habla el correspondiente idioma que permitiría identificarlo sin ambigüedad, y sobre todo —y es un argumento, para él, irrefutable—: ¿qué cosa es un marxista que dice el “cómo” y no

el “porqué”? De parte de un maestro, quien renegó de manera ostensible de sus adhesiones y exorcizó su pasado, es un homenaje original definir al historiador marxista como el que está encargado (o se encarga a sí mismo) de decir el “porqué”. Esta introducción tiene como meta justificar, en lo posible —esto espero al menos—, el modo como pienso contestar muy libremente la solicitud que se me hace de presentar la situación de la investigación histórica actual, desde Francia, a la luz de una experiencia de unos 40 años. Como no me siento con la suficiente capacidad y autoridad como para hacer las veces de árbitro, me perdonarán si me atengo a un enfoque de “egohistoria” —¿será que me refugio en él?— sin vanidad alguna, porque, pese al crédito que se me otorga al llamarme “uno de los especialistas más notables de la Revolución Francesa”, creo que la época de los maestros —los Braudel, Duby y Labrousse— ya pasó, lo cual no deja de ser significativo. Nunca he tenido la ambición de ser un maestro. A través de una trayectoria atípica en algunos aspectos, lo que voy esbozando es la aventura de una generación que cada uno vivió a su manera, en un contexto historiográfico, epistemológico y también en el seno de un mundo que ha cambiado totalmente.



Al principio —es decir, en los años 50— fuimos muchos, entre los jóvenes historiadores atraídos por el marxismo, con un fondo de compromiso progresista, los que seguimos la escuela de Ernest Labrousse. Sería demasiado sencillo darle a esto, como explicación, que la universidad francesa no contaba entonces, entre sus maestros titulares de cátedra, a nadie de esta tendencia. Emile Tersen, Jean Brulat, Jean Dantry: apenas si existía un cuarteto de historiadores comunistas que, siguiendo la línea entonces dominante, habían sacrificado sus ambiciones de investigadores por una actividad militante meritoria y a menudo contrariada. Fue Tersen, mi profesor en la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud, quien me orientó hacia Ernest Labrousse, titular de la cátedra de Historia Económica y Social de la Sorbona. Labrousse, quien había entrado en la Universidad después de iniciar su carrera como periodista en *L'Humanité* y luego como abogado en los años 20, fue de los que la línea sectaria del Partido Comunista francés había eliminado pronto. Si bien había conservado un inalterable nexo progresista, a la izquierda del Partido Socialista, los comunistas más sectarios de aquellos años (entre ellos, François Furet y Annie Kriegel) lo veían como un socialdemócrata, cómplice de León Blum, “el lacayo sumiso de los americanos”. Pero más allá de esas coyunturas, muy de una época, nos sentíamos felices de tenerlo para hacer nuestro aprendizaje en historia social. La que nos enseñó el autor de la tesis sobre la *Crisis de la economía francesa a finales del Antiguo Régimen*, no dejaba de suscitar las críticas de los historiadores comunistas; por ser sospechosa, por una parte, de “economicismo” de corto alcance, dada la importancia que le atribuía a la coyuntura de los precios, larga o corta, y, por otra, sospechosa de complacencia por su estudio muy poco dinámico de las estructuras sociales; el atacado era el autor del ambicioso programa expuesto en 1955 en Roma, en el Primer Congreso Internacional de Ciencias Históricas, sobre el tema “Vías nuevas para una historia de las burguesías occidentales”. Al abogar por la utilización de las fuentes cuantificadas de la historia social —lo fiscal, lo notarial, el registro—, Labrousse nos llevaba, sin embargo, a una perspectiva de estudio de las

relaciones de clase, según un modelo que, sin ostentación, pretendía situarse en una perspectiva marxista. En todo caso —seamos modestos—, era la afirmación de que la vida social, la de las clases anónimas, está en el centro del proceso histórico; también implicaba, mediante la cuantificación, abogar por un enfoque que se quería científico y riguroso. Por esta razón, el grupo numeroso de alumnos de Labrousse no se confundía con la corriente de los investigadores que, bajo la égida de Fernand Braudel, seguían la línea de la Escuela de *Annales*. Ésta, al distanciarse al mismo tiempo del marxismo y denunciada como tal por el otro bando, se mantenía firmemente fiel al encadenamiento simbólico Economía-Sociedades-Civilizaciones que constituía su lema y sugería de forma implícita (o explícita a veces) una jerarquía, o un encaje de las causalidades. Y hasta el final de su carrera, Braudel conservó referencias (*Civilización material y capitalismo*) a una codificación en la cual los historiadores marxistas o de tendencia marxista podían no sentirse extraños.

Para evocar ese clima de los años 50, queda una tercera tendencia que se correspondía con otra herencia: la que llamaré, para ser breve, la tradición jacobina, encarnada por Georges Lefebvre hasta su muerte en 1959, sustituido después por Albert Soboul. Un vivero más delimitado pero en el cual el compromiso político respondía a una tradición que remitía a Jaures y a su *Historia socialista y la Revolución Francesa*, a principios de siglo. Este “jacobinismo” historiográfico encarnado por Malthus hasta su muerte en 1931, luego por Lefebvre y Soboul, requiere una definición ideológica. Malthus había estado muy cercano al Partido Comunista al principio de los años 20, cuando exaltaba la incipiente experiencia de la revolución soviética; se había alejado de él posteriormente, atento a las derivas del stalinismo. Georges Lefebvre siempre fue un compañero fiel, cuyas simpatías fueron reanimadas por la experiencia de la guerra. Sólo Soboul fue miembro del Partido sin abandonar su franqueza al hablar, lo cual lo expuso a ser denunciado por unos —los de la derecha— como el representante caricaturesco del dogmatismo, y por otros —uno no se atreve a decir los de la izquier-

da— como corrompido por tentaciones revisionista (entre sus detractores encontramos a los jóvenes líderes de la cédula Saint Just de la Sorbona en aquellos años: F. Furet, Annie Kriegel...). Situar esta dinastía de especialistas de la revolución en sus relaciones con el Partido Comunista no significa, por supuesto, aprobarlos o suspenderlos en un diploma de marxismo. No obstante, unos y otros, y cada uno a su manera, se mostraron reservados a la hora de definirse como tales. El más explícito fue quizás Albert Maltriez, cuyo biógrafo James Friguglietti nos recuerda que tenía una cultura marxista relativamente elemental, lo cual no es sin dudas, el caso de Georges Lefebvre, como lo atestiguan sus intervenciones en los años 50 en los debates sobre la transición y el final del feudalismo. Lo mismo puede decirse de Soboul, recordando también que compartía con su maestro Lefebvre la preocupación por evitar la mezcla de géneros y por definir las obligaciones del historiador, refiriéndose a una exigencia cuya formulación remitiría a la herencia de sus maestros positivistas.

Entre estas diferentes influencias, el historiador de terreno como yo —pero también fue el caso de otros más— no podía contentarse con una adhesión bastante lejana, que descansaba en una cultura marxista limitada a los grandes textos de referencia, a ejemplo de los maestros que reivindicaba. Los grandes debates teóricos de los años 50 suscitaron finalmente pocas aplicaciones prácticas, salvo algunas excepciones notables sobre el feudalismo (la tesis de Guy Bois y luego la de Guy Lemarchand acerca del fin del feudalismo en el país de Caux). La preocupación de Albert Soboul por orientar a que se emprendieran investigaciones sobre el peso del sistema feudal y del tributo señorial a finales del Antiguo Régimen, no produjo sino resultados puntuales. Resultaría injusto, sin dudas, al cabo de este balance algo rápido, pasar por alto las demostraciones ejemplares como la tesis de Pierre Vilar sobre Cataluña, que reveló a toda una generación de historiadores ibéricos un enfoque de tipo marxista, no sólo muy impregnada de labroussismo —me permitirán la expresión—, sino abierta, por sus mismas raíces, a las problemáticas de una toma de conciencia colectiva. Por otro lado, la mayor in-

justicia consistiría en omitir el papel de las tesis de Albert Soboul sobre los sans-culottes parisinos en el año II, cuya importancia viene de su misma ambigüedad. Era, desde un punto de vista simbólico, el primer ejemplo en Francia de una tesis que proclamaba su tendencia, el jacobinismo, a partir de un acercamiento a las masas populares urbanas revolucionarias. Pero este “estreno” era bastante iconoclasta: ahí donde la tradición de una lectura marxista ortodoxa acabada de proponer, bajo la pluma de Daniel Guérin, de inspiración trotskista, una lectura “clasista” de *Burgueses y Brasnus, la lucha de clases bajo la Revolución Francesa*, anticipando atrevidamente realidades futuras al suponer en la obra la presencia constituida de un proletariado de tipo moderno, Soboul, a partir de un enfoque documentado, cercano a las fuentes, definía el movimiento de los sans-culottes no en términos de clase, sino de estructura mixta, históricamente fechada, asociando alrededor del núcleo compacto de los productores independientes del puesto o de la tienda elementos procedentes, por una parte, de la burguesía y, por otra, de la élite del asalariado. De este modo, Soboul se abría su camino entre enunciados dogmáticos y reductores, de los cuales no siempre escapó, y una práctica viva y creadora. No obstante, desconfiaba de la historia “labroussiana” de las estructuras sociales: “no sociologices demasiado”, me decía él...

Sociologizar, pronto vamos a dejar de hacerlo: no tengo aquí el tiempo ni el espacio necesarios para reconstruir la historia del gran debate que, en los años 60, opuso en la historiografía social francesa las tesis “labroussianas” y las de Roland Mousnier y su escuela que emprendieron una lucha contra una lectura que se decía obsoleta ya. Mousnier, quien ya había librado una batalla contra el historiador soviético Boris Porschnev acerca del alcance social y del contenido de clase de las emociones populares de Francia en la primera mitad del siglo XIX, desarrolló entonces el tema del carácter anacrónico de la aplicación de criterios socioprofesionales, basados en las pertenencias a determinadas clases, a las sociedades del Antiguo Régimen, gobernadas para él por las reglas de una sociedad de órdenes, fundadas en la jerarquía de las

estimaciones, sancionadas por las uniones mixtas. Las sociedades de clases, tal y como Marx las analizó en el siglo XIX, “pegarían” con la revolución industrial, pero no serían adecuadas antes. Lo mismo que existen sociedades de castas, habría sociedades de órdenes y sociedades de clases... Esta ofensiva se producía en el mismo momento en que, bajo el impulso de Ernest Labrousse, un equipo compuesto por sus investigadores (M. Agulhou, A. Daumard, J. C. Perrot, F. Furet, M. Vovelle, M. Bouloiseau...) se esforzaba por establecer una red de codificación de las categorías socioprofesionales, adaptable en la larga duración de la época moderna y contemporánea, y, sobre todo, capaz de unificar y hacer comparables los acercamientos monográficos que se multiplicaban entonces. En el coloquio que se celebró en 1964 en la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud sobre historia social y niveles sociales, puede asistirse a una clase de rendición tácita de Ernest Labrousse ante Roland Mousnier. En lugar de M. Vovelle, Jacques Dupâquier fue encargado de presentar un informe que excluyera cualquier codificación en torno a un modelo global y que devolviera a los investigadores de terreno a su responsabilidad individual. Durante años, la influencia indiscutida de Roland Mousnier iba a pesar en la historia francesa de la época moderna, contribuyendo a esterilizarla.

No resulta conveniente, sin duda, teatralizar este episodio, pero sigue conservando el valor emblemático de un hito de referencia. No fue responsable personalmente Roland Mousnier de la dispersión del grupo de los historiadores de las estructuras sociales ni de la larga crisis que se instaló entonces. El hito ya venía perfilándose desde antes. Una cuantificación puramente descriptiva, sin perspectivas, había revelado sus límites. Luego, quizá sea legítimo evocar un contexto más amplio, un “ambiente de época”, asumiendo toda la vaguedad de esta expresión. Desde 1956, como mínimo, y desde la sublevación de Budapest, ¿quién podía seguir insensible a las primeras grietas del mundo del socialismo llamado real? El paso de la historia se afirmaba como menos lineal de lo que habíamos soñado y no podíamos dejar de elaborar nuevos instrumentos más sofisticados para percibir sus realidades.

La historia de las mentalidades no era realmente un descubrimiento. Sin remontarnos a Michelet (¿por qué no?), pueden evocarse sus primicias en el período entre las dos guerras mundiales, desde *El gran miedo* de Georges Lefebvre hasta los ensayos de Marc Bloch (*Los reyes taumaturgos*) o de Lucien Febvre. Pero es cierto que en los años 60 se impuso el término, y más todavía la práctica, convirtiendo lo que parecía al principio una moda o una coquetería a la francesa en un territorio aparte —pronto hegemónico— de la investigación histórica, rápidamente copiado en América y en el resto de Europa. La moda de la historia de las mentalidades traduce, para mí, el deseo experimentado por algunos historiadores sociales, formados para las disciplinas cuantitativas, de salir de los atolladeros de una sociología descriptiva para cuestionarse acerca de lo que mueve a la gente —si se me permite esta simplificación— o, al contrario, de lo que la coloca en una posición de negativa o de resistencia. Nuestros maestros habían vislumbrado esta problemática: Ernest Labrousse, al cerrar el encuentro del Coloquio de Saint-Cloud en 1964 invitando a lanzarse al territorio todavía por explorar de la historia de las mentalidades, definida como la de las resistencias, resultaba de acuerdo con Braudel, quien su vez había hablado de las “cárceles de larga duración”. No se arriesgó personalmente en este terreno y se contentó con esbozar un esquema de dinamización que no tocara la jerarquía de las causalidades: las mentalidades están atrasadas con respecto a lo social, que a su vez está atrasado con respecto a lo económico... Pero ¿por qué y según qué modalidades? Pioneros como Georges Duby y Robert Mandrou impusieron entonces, a duras penas, el concepto y el enfoque: a la derecha, el viejo conservadurismo (“Hágame el favor de no pronunciar esa palabra ante mi persona”, me decía mi director en Aix, Pierre Guiral); a la izquierda, el miedo a dar paso a todos los enfoques mistificadores. Albert Soboul, quien finalmente adoptó el término, se mantuvo a distancia (una actitud que antes traté de analizar en “A. Soboul, historiador de las mentalidades”, en *Actas del Congreso de las Sociedades Cultas* de Clermont-Ferrant, 1993) ante esta novedad. Y Pierre Vilar, que no puede

ser sospechoso de dogmatismo o de estrechez de espíritu, me preguntó, después de mi exposición sobre “Las representaciones colectivas ante la muerte”, que presenté en el Instituto de Investigaciones Marxistas: “En vez de temas de este tipo, ¿por qué no concentra su atención en los caminos de la ‘toma de conciencia’?” Volvía a surgir la tentación reduccionista, que se le reprocha al marxismo “vulgar”, de juzgar las “superestructuras ideológicas” como las que tiene que reaccionar, casi de manera automática, ante las incitaciones de las infraestructuras económicas, luego sociales. Se perfilaba así una finalización de la aventura humana en términos de progreso lineal, de forma que el historiador marxista se revelaba como el representante de otra herencia, más antigua, la del progreso de las Luces.

La diáspora de los investigadores de la historia social se hizo hacia varias direcciones: al lado de unos pocos que respetaron honrosamente el pliego de condiciones de la monografía emprendida, otros abandonaron la obra iniciada (F. Furet sobre la burguesía parisina) o la orientaron hacia una dirección precisa (la historia demográfica y económica de Caen en el siglo xvii de Jean-Claude Perrot...). La historia de las mentalidades atrajo a los demás: Maurice Agulhon llevó a cabo, a la vez, la conclusión de monumentos de historia social en el medio rural (la Provenza oriental a finales del siglo xviii) o urbano (Toulon) y la apertura de un nuevo campo de estudios sobre la sociabilidad meridional, volviendo a definir, a la par que lo hacía más de izquierda, un concepto elaborado por la sociología de finales del pasado siglo (*Penitentes y masones en la antigua Provenza*). Pierre Chaunu —puede parecer quizá paradójico encontrarlo entre este grupo— teorizó el hito epistemológico vivido así al hablar de “lo serial en el tercer nivel”. Para él, en un contexto mundial, socioeconómico y cultural en mutaciones sucesivas, era natural y necesario que, entre el período de la crisis y de sus consecuencias, situado entre las dos guerras mundiales, en que se había hegemonizado la historia económica, y la posguerra que centraba la atención en la historia social, se hubiera pasado entonces, ante problemas de una índole nueva, a las interrogaciones acerca del tercer nivel, el de las culturas y

las mentalidades. En cierta medida, daba de nuevo con el encaje tradicional, pero volvía a evaluar el sentido; ya que el tercer nivel aparecía ahora como la cúspide del edificio o el resultado de un enfoque. Conviene decir que Pierre Chaunu, en un libro reciente de entrevistas con François Dosse (*El instante fragmentado*, Editorial Aubier, 1994), presenta una palinodia significativa de su evolución ulterior, desdiciéndose de sus declaraciones de los años 60, que convierte en última prueba de fidelidad a su maestro Labrousse, con quien no tiene ya nada que ver.

Personalmente, al reflexionar acerca de la experiencia adquirida a lo largo de mis investigaciones sobre *Piedad barroca y descristianización, las actitudes ante la muerte en Provenza en el siglo xviii* (a través de la utilización de miles de testamentos, poniendo al servicio de la historia de las mentalidades las técnicas y las fuentes de la historia social “serial”, un acercamiento a las representaciones colectivas ante la muerte) o de las que pude realizar sobre otros temas (la fiesta: *Las metamorfosis de la fiesta en Provenza de 1750 a 1820*), me esforcé en aclarar el nuevo concepto de mentalidad, que invadía entonces el campo de la investigación, a partir de una definición muy borrosa: “historia de las visiones del mundo”, según la bella fórmula de Robert Mandrou. En los capítulos de introducción de mi ensayo *Ideologías y mentalidades* —con este título y también con el título de *¿Hay un inconsciente colectivo?*—, trataba de definir, en función de una génesis distinta que remitía a dos tradiciones históricas, lo que separaba y lo que podían tener en común las dos series explicativas, y de ver en qué medida la exploración en el terreno de las mentalidades podía proporcionar nuevas aperturas. Mientras, tuve que lidiar amistosamente con Philippe Ariès, mi compañero en el terreno de la muerte, defensor de la idea de una autonomía de lo mental con respecto a los determinismos económicos, sociales o demográficos. Esta autonomía de las mentalidades, que remite a un “inconsciente colectivo” más borroso todavía, me parecía destinado a abrirles paso, como efectivamente lo hizo en América, a las especulaciones de la psicohistoria. A esas alturas, era imposible estar de acuerdo: y propuse mi lectu-

ra, por otra parte muy sencilla, de la historia de las mentalidades como la punta fina de la historia social, rechazando cualquier determinismo mecánico o elemental e intentando, al contrario, entender el juego dialéctico entre las condiciones materiales que rigen la vida de los hombres y las representaciones que de ellas se hacen. Por muy imprecisa que era todavía, esta definición se acercaba a los objetivos afirmados entonces por G. Duby; por ejemplo, en el estudio de lo imaginario.

Hubo una edad de oro, podemos reconocerlo, de la historia de las mentalidades, cuando, al pasar de una primera etapa en que se mantenía todavía atenta —sobre todo, en el terreno del “pensamiento claro” (según la expresión de P. Ariès) y en los trabajos de R. Mandrou (*Magistrados y brujos, Acerca de la cultura popular en el siglo xviii, Humanistas y hombres de ciencia...*)— a la etapa del estudio de las actitudes ante la vida, el amor, la sexualidad y la muerte, provocó una asombrosa sinergia al reunir entre sus filas estudios convergentes de historiadores, historiadores del arte, demógrafos, historiadores de la literatura. Esos aires nuevos contribuyeron poderosamente a la ampliación de la noción de fuente, recurriendo, además de las fuentes escritas de cualquier procedencia, serial o no, a la interrogación de los documentos gráficos, o a la encuesta oral. Un objetivo: romper el silencio de quienes no pudieron permitirse el lujo de una confesión mínimamente individual, valorando todos los soportes de expresión a su alcance, así como las fuentes de la represión; o sea, de la visión que tienen los dominantes de los dominados. De este modo, no podían dejar de tambalearse varias ideas comúnmente admitidas y varios esquemas establecidos: así la dialéctica cultura de élite/cultura popular, en la que los investigadores procedentes de la experiencia marxista podían volver a hallar resabios de recuerdos poco agradables de la disputa sobre cultura proletaria/cultura burguesa, fue repensada en términos dinámicos por el interés suscitado por los intermediarios culturales, a los cuales se dedicó un coloquio en Aix en 1978, en el contexto de la serie de encuentros organizados entre 1978 y 1982, en que todos estos problemas se evocaron de manera sucesiva:

situada en la larga duración (ese “tiempo más largo” del cual hablaba Mandrou), la evolución de las mentalidades no se movía, sin embargo, “sobre un cojín de aire”, como le reprochaba amistosamente a Philippe Ariès que lo afirmara; remitía a toda una serie de correlaciones por establecer en el contexto de una verdadera antropología histórica con el fin de profundizar las modalidades de ese “entramado de los tiempos” de la historia económica, social, mental, que había evocado Althusser. Era abusivo definir las mentalidades en términos de resistencias, invocando una supuesta fuerza de inercia propia de ellas; y después de invocar la larga duración, redescubríamos el lugar y el papel del acontecimiento, o de la ruptura en este terreno también. A las rigideces del concepto marxista clásico de formación económica y social, tendía a sustituirle un modelo más flexible y más abierto.

¿Diremos que la historia de las mentalidades, triunfante y hegemónica hace 15 años, fue víctima de esa misma bulimia, que parecía que debía hacerle anexionar o fagocitar las disciplinas vecinas, incluso en detrimento de su coherencia? O bien, y esto es otra formulación, ¿después de devorar sus vecinas tendió a disolverse a sí misma en la antropología histórica? Tenemos que admitir que estos últimos 15 años han sido la época de toda una serie de cuestionamientos en que ese frágil equilibrio se ha tambaleado mucho.

Se impugnaron los métodos dentro de esta misma historiografía. La cuantificación, aun con el sello más flexible de historia serial, seguía siendo la herencia de una práctica de la historia social, trasladada al terreno cultural: fue impugnada con agudeza por Carlo Ginzburg, quien propuso como alternativa un enfoque muy distinto: el del regreso a la *microstoria*; o sea, a un ámbito de observación más pertinente que los tratamientos masivos de la historia serial, la de la valoración de la experiencia individual, reconstituida a partir de documentos cuya esencia se la podían dar las actas de la inquisición veneciana, sea en el caso del molinero Menocchio, sea en el de quienes participaron en las batallas nocturnas de los *Beneandante*: la utilización de la *eccezione normale*, sea de personajes atípicos que dicen más y más verdades que las pesadas series que

reflejan la "normalidad", sea de la convención de una época, inspiró la moda actual de los estudios de casos —o *case studies*, para hablar al estilo de los anglosajones que se han reapropiado esta novedad—. Por otra parte, dije en mi contribución a las *misceláneas* Mandrou, que retomo en la reedición de *Ideologías y mentalidades* en 1992, que la alternativa entre historia serial y *case studies* me parecía un falso dilema y que, al practicar dos tipos de enfoques —como hice al establecer el inventario mental de un héroe anónimo, el carpintero Joseph Sec—, no pensaba haber cedido a la facilidad del compromiso burgués, siempre odioso. Es más central la impugnación de la misma noción de historia de las mentalidades tal y como se desarrolla en los últimos años, retomando incluso el argumento de lo borroso de su objeto y de sus métodos, no tanto para precisarlos como para cuestionarla fundamentalmente.

Para algunos, ante la constatación de que la multiplicación de los objetos de la encuesta histórica —de lo cultural—, se ha pasado a las actitudes (ante la vida, el amor, la muerte) y luego a los afectos con respecto a los sonidos, los olores, las sensaciones, al interfaz de la historia de las mentalidades y de la civilización de las costumbres (N. Eliás), incluso de la civilización material: todo esto conduce a una "historia hecha añicos", como la definió François Dosse; una historia que se abstiene, ante el descrédito actual de los sistemas de referencia ideológicos, de buscar algún principio unificador o federador. Y conduce finalmente en Alain Corbin a la reivindicación, si puede decirse así, de una "historia sin nombre", que sale sin trabas a descubrir nuevos territorios desconocidos.

Este enfoque no se confunde con la historia de las representaciones, hacia la cual Corbin expresa cierta desconfianza y que aspira a sustituir la historia de las mentalidades. "Representaciones": tanto la palabra como el concepto no le eran desconocidos. La novedad radica en tomar la decisión, expresada por autores como Roger Chartier, de redefinir una nueva historia cultural, como acercamiento a las representaciones colectivas, en sus procesos constitutivos, su establecimiento como sistemas, los conflictos que las oponen: un medio, en cierto modo, de volver a

un acercamiento social a través de los fenómenos de hegemonía y apropiación social, que rechace la imagen recibida perezosamente de la difusión vertical, desde arriba hasta abajo, desde las élites hasta lo popular. El caso es que —y es grande la inquietud— puede llegarse a la evocación de un "universo como representación", juego de espejos, de imágenes refractadas o deformadas, en que las realidades concretas se esfuman ante lo imaginario todopoderoso. Una nueva oportunidad o el último golpe que se le asesta a la historia social: la historia de las representaciones está en una encrucijada.

La historia de las representaciones no se confunde —y los protagonistas delimitan con cuidado su territorio— con la corriente que vamos a abordar ahora; pero, en cierto modo, no podemos dejar de observar un punto común: el desquite de la historia política y la derrota de la historia social, se explican, aparentemente, por la misma negativa a encerrar los comportamientos de los actores en una red de determinismos, en última instancia, materiales.

Vamos a encontrar aquí, como campo de enfrentamientos —podríamos decir como campo de maniobras— ejemplar el caso de la figura de la Revolución Francesa. No sorprenderá a nadie que haya sido siempre un campo de debates polémicos. Pero este campo cerrado fue considerado durante cierto tiempo (en este siglo) como el terreno predilecto de una historiografía "jacobina" —esa misma que hemos evocado a través de las personalidades de Maltriez, Lefebvre, Soboul—, asociando a un arsenal ideológico heredado de la corriente democrática y republicana del pasado siglo, las referencias a un marxismo afirmado de forma más o menos abierta. La Revolución Francesa como revolución burguesa con apoyo popular: la definición concebida por Soboul, que resume la elaboración de sus predecesores y que él mismo precisa, remite a un análisis de las causas de la crisis del Antiguo Régimen, político, institucional y social, en el ámbito de la crisis del feudalismo. La Revolución Francesa va a acelerar la transición del feudalismo al capitalismo tal y como se efectuará en la primera mitad del siglo posterior, siguiendo una vía específica, la vía revolucionaria, que refleja el equilibrio de las fuer-

zas y de las alianzas en la sociedad francesa de entonces.

Resumido de forma demasiado sumaria, este modelo explicativo, calificado de vulgata o de catecismo por sus adversarios, impugnó toda la corriente ya citada con un término ambiguo por todas las confusiones que permite: revisionista. Digamos, para evitar cualquier malentendido, corriente crítica que encontró en Francia, al principio en F. Furet y D. Richet, y también en buena medida en las escuelas anglosajonas, a sus protagonistas —desde los años 50 en Alfred Cobban en Inglaterra, a partir de 1965 para un ataque por todos lados que culminó con el episodio del bicentenario de la Revolución Francesa—.

No voy dedicarme a contar todos los detalles que intenté analizar en toda una serie de artículos suscitados por los debates del bicentenario. La crítica formulada por F. Furet pasó por varias etapas sucesivas. En 1965, impugnando el modelo de referencia de la revolución burguesa al oponerle la posibilidad y la oportunidad perdida en 1789 de una transición reformista llevada a cabo por una élite que asociara la aristocracia liberal y la burguesía adelantada que compartían ambas la ideología de las Luces: la Revolución se habría extraviado a partir del 93. Ésta es la teoría del desliz, debido a la intrusión no deseada de las masas populares que traían reivindicaciones terroristas y agentes de la violencia en la que se va a hundir el período del Terror. La etapa siguiente, a la que desde entonces sólo ha dado matices, se materializó con la publicación del *Taller de Historia* (1978) y de los ensayos y artículos que se publicaron después. Renunciando al desliz, Furet reunifica el curso de la Revolución que se explica no por la presión de factores sociales sino como el desarrollo de una idea expuesta por Rousseau, la de la soberanía popular, difundida antes del 89 por las logías y sociedades de pensamiento, que halló en el jacobismo de los primeros ejércitos de la Revolución el terreno adecuado para sembrar una idea, pero una idea desgraciadamente equivocada de la democracia, con lo cual se convirtió en la matriz de todas las derivaciones totalitarias posteriores.

Esta historia, que tiene sus orígenes en el discurso de los protagonistas y de las asambleas,

así como en los tratados teóricos, se quiere a sí misma política y, mejor todavía, "conceptual", para oponerse con el prosaísmo de los campos de estudio de la historia social. Se llevó un verdadero éxito cuando los debates del bicentenario, tanto en el extranjero, —en especial en Estados Unidos—, como en Francia, en el contexto de una campaña muy mediatizada en la cual el slogan de Furet "Se acabó la Revolución" fue retomado y respondió a los votos colectivos de una parte de la opinión. Aquí, en efecto, no podemos pasar por alto un contexto histórico particularmente presente en esos años en que presenciamos la implosión de los sistemas socialistas en toda la Europa central y oriental, así como en Rusia. Aunque podía anticiparse esta crisis desde hacía varios años y aunque la experiencia soviética y una parte oficial y académica de la historiografía soviética habían perdido ya, desde hacía rato, su poder de atracción o su valor de ejemplo, esa sanción de una experiencia de 70 años no nos permite escapar de serias reflexiones. Si tratáramos de hacerlo, la obra más reciente de Furet *El fin de una ilusión* nos lo impediría. Al ajustar cuentas por última vez con la Revolución Francesa, con el origen de esa "ilusión", vuelve a examinar ahora las revoluciones del siglo xx, y en especial el fracaso de la revolución soviética y el de los Estados socialistas del este, anunciando el fin de un ciclo y aunque no lo reconozca, el fin de la historia. Esta obra contiene unas cuantas verdades poderosas, amargas e indiscutibles. Pero sólo recordaré para este estudio lo que, para mí, constituye un problema, nos "interroga", como se dice hoy. ¿Qué historia es la que escribe François Furet? Al rechazar, como lo había hecho con la Revolución Francesa, la problemática de las causas sociales y económicas, se olvida, sin detenerse en él, del imperialismo del que nos habían enseñado que era la última etapa del capitalismo, y vuelve al respecto a una explicación de historia diplomática clásica, insistiendo en el papel de las personalidades, de lo aleatorio (el coche blindado que transporta a Lenin recupera su lugar, así como la historia de las batallas).

La historia personalizada, organizada alrededor de la patología de los grandes protagonistas —Mussolini, Hitler y Stalin— se impone después,

al servicio de una demostración que tiende a insistir en las convergencias mayores entre los distintos sistemas totalitarios, al precio de una ocultación de la diferencia fundamental de las ideologías de referencia, fascistas o comunistas. Ahí, el autor le quita fácilmente a la burguesía alemana (y occidental, en un sentido más amplio) la responsabilidad de haber apoyado y sostenido el ascenso de las dictaduras fascistas, subvalora en cambio, con una obstinación pesada, el movimiento antifascista, tanto de los intelectuales como de los trabajadores, catalogándolos como unos títeres manipulados, que incluso se convierten en los primeros agentes conscientes quizá de la penetración comunista. En resumidas cuentas, este balance —que en muchos aspectos es abrumador y está justificado—, también nos llama la atención si tratamos de analizarlo como una asombrosa regresión desde un punto de vista metodológico.

¿Será que no tenemos nada que responder? Si bien resulta evidente que la historiografía marxista necesita hoy recobrar el aliento después de resistir el choque de la ofensiva del bicentenario, replegándose en las posiciones preparadas de antemano de un republicanismo jacobino, no puede dejar de responder frente a esas impugnaciones radicales que la rebajan a la categoría de utopía anticuada.

Una retirada ordenada: ésta es la impresión que puede dejarnos hoy el estado de una cuestión central, conocida como la del jacobinismo. Un tema ejemplar, porque al lado de la historia “clásica” de los jacobinos franceses y extranjeros, se ha desarrollado, desde el siglo XIX hasta la actualidad, un discurso jacobino o dedicado al jacobinismo “transhistórico”, como dicen. O sea, el jacobinismo como forma, estructura, estrategia y discurso idéntico en el transcurso del tiempo, soporte de una óptica revolucionaria “hasta el final” (Marx), con el pueblo (Lenin), basada en una “política de alianzas” (ciudad-campo) (Gramsci). Son otras tantas modelizaciones sucesivas que demuestran el prestigio duradero de esta experiencia histórica. Pero ¿qué queda hoy de estas creaciones de modelos?

En el terreno de la historiografía crítica (o revisionista), Mona Ozouf trata de acribillar ese

jacobinismo transhistórico, que ella presenta como una estructura inflable, desarrollada de manera artificial inmediatamente después de 1917, hoy lamentablemente desinflada, que sólo deja el recuerdo de una técnica de manipulación de la opinión, de una máquina para fabricar consensos, que es el origen de la ilusión democrática francesa.

Pero si, paralelamente, seguimos los trabajos de Claude Mazauric que retomó el tema, a 15 años de distancia, de los años 70 y 80, constatamos que, con una apreciación opuesta como tela de fondo, haciendo polos positivos de los temas que Mona Ozouf presenta con términos despectivos, Claude Mazauric tiene, sin embargo, un proyecto idéntico, pero que consiste en volver a un acercamiento siempre profundizado al jacobinismo histórico, despojado de sus extrapolaciones discutibles. Esto supone que hay que entrar en el terreno del adversario y, ya que se expresa la inversión actual, para simplificar, en un vuelco del todo social de ayer hacia el todo social de hoy; también nosotros tenemos que lanzarnos al campo político, pero a nuestra manera, que no descansa en modo alguno en una ocultación de lo social como hacen ellos.

Los estudios que se han realizado acerca de la nueva sociabilidad política que se expresa bajo la Revolución a través de la red de sociedades populares, y las prácticas como el discurso que generan (J. Boutier, P. Boutry), los que tratan del aprendizaje de la democracia por las nuevas prácticas electorales, inspirados o no en las aperturas presentadas por J. Habermas a partir del nacimiento de un espacio público de comunicación, nos invitan todos a una lectura que se niega, en la continuidad de nuestros maestros, a dividir lo político y lo social.

En *Geopolítica de la Revolución Francesa* intento hacer un análisis confrontando decenas de mapas de espacialización donde se integran, con toda su diversidad, los comportamientos, actitudes y creencias de los franceses, las modalidades y las vías por las que se operan lo que podría llamarse —para retomar la solicitud de Pierre Vilar— las formas de la “toma de conciencia” en pleno acontecimiento revolucionario. ¿Será esto ser un historiador marxista en la Francia de hoy?



Me doy cuenta que puede parecer muy modesto. Ya he advertido al lector de que no soy un teórico sino un historiador de terreno, provisto de algunas hipótesis de trabajo que me siguen pareciendo operativas, si no queremos ceder ante los caprichos de un historia-reflejo, de una historia-discurso... en espera del fin de la historia. Y espero que la evocación de mi itinerario, al mismo tiempo sinuoso y que presenta alguna rec-

titud, no les quitará a los jóvenes historiadores las ganas de emprender la carrera, en estos tiempos tormentosos.

**Traducción: SOPHIE ANDIOC**

• • • • •

# Causas esenciales y coyunturales del derrumbe del llamado socialismo real

**Román García Báez** En los últimos años hemos vivido un dramatismo sociopolítico que conmovió a Europa del Este y marcó con su derrumbe del sistema de “socialismo real” a una buena parte de la humanidad. Con este esclarecedor artículo, su autor expone **criterios** que en sus planteos penetra en los **elementos causales esenciales y coyunturales** del “estrepitoso desmoronamiento de la Unión Soviética y las autodenominadas democracias populares” de esa región europea, para **procurar respuestas** en la dirección de nuestro tiempo de **cimentar** la práctica viable de la **construcción socialista**.



La disección de lo acaecido en el ex campo socialista no ha sido una tarea grata. Con impotencia y dolor presenciamos perplejos la destrucción de un mundo que sentíamos nos pertenecía a todos. Recuperados del impacto, estamos obligados, por encima de todo, a rescatar el ideal socialista y el verdadero marxismo-leninismo, ante la percepción generalizada de que había fracasado el socialismo como sistema y el marxismo como su teoría e ideología. En esa desinformación influyeron tanto detractores como apologetas. De ahí la insistencia de que allí se derrum-

bó un modelo específico y no el socialismo en sí mismo.

El estrepitoso desmoronamiento de la Unión Soviética y las autodenominadas democracias populares de Europa Oriental, “globalizó” en millones de personas dos interrogantes que, hasta ese momento, se concentraban en un círculo más reducido y clasista de individuos: ¿es veraz el marxismo?, ¿es viable el socialismo? No eran preguntas nuevas. Desde su surgimiento, el binomio marxismo-socialismo ha sido blanco de ataques y confrontación. Sólo el triunfo de la Re-

volución Rusa refutó —temporalmente— a los detractores de esas ideas. Después, desviada de su cauce, a sus naturales enemigos de clase se sumaron otros sectores, y hoy, con el derrumbe de ese modelo, el cuestionamiento se ha extendido a todas las latitudes.

Es sólo temporal. Ya hoy resulta más claro que esas interrogantes conducían a conclusiones falsas. Contraponer a la pregunta ¿es veraz el marxismo? la contrapregunta ¿qué marxismo es veraz? y a la recurrente ¿es viable el socialismo? contraponer ¿qué socialismo es viable?, no es un juego de palabras, sino la guía para encontrar respuestas acertadas a estos problemas.

Acerca de la naturaleza socioeconómica de esas sociedades, lo más acertado es considerar que la incipiente transición al socialismo torció su rumbo en la URSS tras la muerte de Lenin y, en Europa del Este nació deformada en la mayoría de los países. En qué se transformó es lo difícil de delimitar. Hay muchas denominaciones, todas inexactas, y sólo sirven de guía de referen-

#### ROMÁN GARCÍA BÁEZ

(1951), licenciado en Historia y doctor en Ciencias Económicas; es asesor de marxismo-leninismo en el Ministerio de Enseñanza Superior. Especialista en estudios acerca del desarrollo científico y el desarrollo social en condiciones de subdesarrollo; también ha dirigido equipos de autores para la publicación de las obras *Lecciones de Economía Política de la construcción del socialismo y Derrumbe del modelo eurosoviético. Visión desde Cuba.*

cia, como: "socialismo real", "modelo eurosoviético", "socialismo de Estado", "socialismo autocrático", "burocrático", "socialismo clásico", etc. Sólo vale utilizarlas como referencia diferenciadora con respecto al ideal socialista.

Por supuesto, en esas sociedades existen rasgos decisivos, reales del socialismo y hoy estamos en condiciones de investigar y

rescatar, desbrozándolos de los factores distorsionadores. Esta tarea de extraer los elementos positivos, socialistas presentes en la Unión Soviética y otros países, es un reto inexcusable de los científicos sociales marxistas.

Dilucidar las raíces de estos problemas, adquiere en Cuba una dimensión superlativa por nuestra decisión ineludible de construir el socialismo. La mayoría de los científicos sociales

cubanos estábamos capacitados —eso pensábamos— para defender y, pretendidamente, demostrar la imposibilidad de que esa debacle sucediera. Nuestro enfoque en torno a esas sociedades era acrítico y apologético, lo cual obstaculizaba la visión científica de lo que sucedía en aquellos países. Algunos velos han caído, otros aún se mantienen. Pero no tenemos alternativas. No nos podemos conformar ni con el "fin de la historia", ni de las ideologías desplazadas por el milenarismo enfrentamiento de civilizaciones, propugnado por los ideólogos del capitalismo. Ni tampoco, como pueblo subdesarrollado, esperar que los países altamente industrializados alcancen de manera simultánea el socialismo y que como una nueva "dependencia" nos "saquen" del subdesarrollo.<sup>1</sup> Tenemos que lograrlo nosotros mismos, hoy; de ahí la importancia profiláctica de esclarecer los procesos acaecidos en esas sociedades.

Es necesario entonces diferenciar los elementos específicos directos, coyunturales que hicieron sucumbir el modelo de construcción del socialismo europeo, de aquellas contradicciones objetivas inherentes a las relaciones socialistas de producción que se manifiestan, de manera irremediable, como insuficiencias e imperfecciones en lo político, lo económico y lo social.

Estas últimas son, en general, objetivas y estarán presentes, en uno u otro grado, en todos los países que construyan el socialismo. Constituye el resultado del proceso natural de surgimiento y desarrollo de las nuevas relaciones, por lo cual, las soluciones a esas contracciones son endógenas y conducen a la consolidación del socialismo y nunca a su retroceso. Su clara delimitación es clave. De confundirse, puede llegarse a la conclusión de que fracasó el socialismo como sistema y no un modelo específico desarrollado bajo determinadas circunstancias históricas. Sobre esta problemática, la atención de la mayoría se ha concentrado en el primer grupo de factores o, en el mejor de los casos, se han confundi-

<sup>1</sup> Ver José Ramón Fabelo: "El marxismo en los umbrales del siglo XXI", en *El derrumbe del modelo eurosoviético: una visión desde Cuba*, Editorial Félix Varela, La Habana, 1993, p. 296.

do ambos. Por ello, resulta necesario, en primer lugar, aislar los factores extraños al socialismo que influyeron en ese derrumbe.

## ► 1. Causas directas del derrumbe del modelo de socialismo en Europa (coyunturas)

- Negación de la esencia democrática del socialismo.
- Estancamiento económico.
- Conciencia social favorable a los cambios antisocialistas.
- Presencia e influencia del capitalismo como sistema mundial.
- Acceso al poder de una capa dirigente que renegó del ideal socialista.

### • *Negación de la esencia democrática del socialismo*

La raíz del fracaso y derrumbe de esas sociedades radica en el modelo que se instauró como una forma y mecanismo específico de organización de la sociedad, afectado en su concepción misma, por la pérdida de la esencia marxista del partido. Ésta era la base del modelo que descansaba en tres pilares positivos clave que degeneraron en grotesca caricatura de lo que pretendidamente proclamaban: a) *dictadura del proletariado*, con posterioridad “Estado de todo el pueblo”, en realidad, dictadura de la burocracia; b) *economía centralizada*, “centralismo democrático”, en verdad, economía de ordeno y mando; c) *justicia social*, el trabajo como medida única del bienestar, en realidad afectada por el egoísmo y la pérdida de valores.

Este modelo, estructurado en la URSS y extrapolado mecánicamente a otros países, fue una distorsión de la concepción marxista del socialismo. En ello, es cierto, intervinieron factores externos, coyunturales, locales, conjuras internacionales; pero, en lo esencial, responde al alejamiento de los principios socialistas y al hecho, innegable, de que el secular autoritarismo ruso impregnó la conformación y desarrollo del modelo, al aparecer como “socialistas” y universales fórmulas que no se correspondían con el marxismo-leninismo, sino que estaban totalmen-

te lastradas por la influencia de las características históricas de Rusia.

El esquema adoptado y su aplicación concreta constituyen las causas de la negación de los principios democráticos, esenciales al socialismo verdadero. Por tanto, no es el monopartidismo o el pluripartidismo, en sí mismos, los que definen la viabilidad democrática del proyecto socialista, sino su permanente fusión con los intereses y objetivos de los trabajadores.

En muchos de los países, el papel hegemónico de ese partido —mal llamado marxista— en la sociedad, en lugar de representar realmente los intereses de las clases y capas fundamentales, se transformó en la utilización arbitraria de ese poder por parte de la burocracia gobernante. Se usurpó a la clase obrera su papel protagónico, siendo entonces imposible que germinaran relaciones socialistas, verdaderamente democráticas, al monopolizarse el poder sin la real participación de las masas.

Sobre todo, y éste fue el crimen principal, se destruyó en la clase obrera la “conciencia de clase para sí”. Resulta casi increíble cómo el sistema de relaciones impuestas en esos países fue borrando en la clase obrera sus contornos reales como clase. Se usurpó su conciencia de clase para sí, bajo la falacia del “Estado de todo el pueblo”. De esta manera fue desarmada la clase obrera. Lo que no logró el capitalismo, lo alcanzó ese modelo burocrático.

### • *Estancamiento económico*

El modelo económico, basado en la vía esencialmente extensiva de desarrollo, con un déficit crónico de mercancías, había agotado ya sus posibilidades de desarrollo a mediados de los años 60. Sin pretender descubrir todos los factores que motivaron este estancamiento, es menester diferenciar los elementos vinculados a la esencia de las leyes económicas, de aquellos asociados al mecanismo propio de utilización de esas leyes.

Estas sociedades —incluida la URSS— que se hallaban en verdad en la construcción del socialismo, presentaban dos problemas decisivos en la esfera de las relaciones económicas: primero, se distorsionó el carácter real de las relaciones socialistas; segundo, se eliminó arbitra-

riamente, en muchos países, el resto de los tipos socioeconómicos que podían converger al desarrollo económico socialista.

El primer elemento es el más importante. Las irregularidades que comenzaron a presentar las nuevas relaciones, no tenían su causa en la inmadurez, sino, sobre todo, en el alejamiento de su naturaleza potencialmente socialista. El obrero continuaba disociado de los medios de producción, no se convirtió en su dueño real. Enajenado de ellos, no podía materializarse el carácter socialista presente en la propiedad estatal.

Como consecuencia de lo anterior, llegado determinado momento, se originó un estancamiento de las fuerzas productivas, congelándose la posibilidad de la amplia utilización de los adelantos científicos y técnicos, en la medida en que las relaciones iniciales se fueron desviando de su potencial socialista. Por el contrario, empezaron a dominar los elementos burocráticos, administrativos —no económicos— sectoriales, que negaban la esencia de las nuevas relaciones de producción, lo que impedía la autorreproducción ampliada sostenida, al violarse la necesaria especialización que exigía la revolución científico-técnica mundial y, por tanto, la división social a lo interno de cada país.

• ***Conciencia social favorable a los cambios antisocialistas***

La situación descrita antes se refleja en la conciencia social, germinando una actitud de rechazo, en general silenciosa, que degeneró después a posiciones abiertamente antisocialistas y procapitalistas.

Esos pueblos, esas sociedades, no arremetieron contra el socialismo en sí mismo, sino contra los mecanismos antidemocráticos que se autoproclamaban socialistas. Lo insostenible era la falta de democracia socialista, no el socialismo, pero al manifestarse en algunos de esos países, aparentemente unidos, la lucha contra las formas dictatoriales devino cruzada antisocialista, con el aliento y la dirección de las fuerzas realmente procapitalistas, íntimamente entrelazadas en muchos países y regiones con la problemática de las nacionalidades; todo ello alentado por el imperialismo y sus agentes internos.

Podría parecer que estos “matices” carecen de importancia, pero resultan vitales para preservar el futuro del ideal socialista. No puede existir mecanismo o concepto que movilice a las masas trabajadoras contra el socialismo verdadero, ya que todos sus elementos son congruentes con los intereses de la clase obrera e incongruentes con los factores dictatoriales.

Así, entonces, el derrumbe del modelo autocrático europeo hizo abortar, por una parte, la profunda degeneración que venía sufriendo el marxismo identificado por la mayoría como ese socialismo; pero, a su vez, la crisis ideológica y de credibilidad provocada por el derrumbe, marca el inicio de un renacimiento del verdadero marxismo, abierto, polémico y constantemente enriquecido a la luz de los cambios en la vida y en el pensamiento.

• ***Presencia e influencia del capitalismo como sistema mundial***

Es inobjetable que el enfrentamiento al poder militar, económico e ideológico del imperialismo mundial, erosionó las bases del sistema socialista en la URSS y en los países de Europa del Este. Sin embargo, este factor desestabilizador por sí solo no tendría validez como una de las causas del derrumbe. Los factores enunciados con anterioridad propiciaron que la presión del imperialismo deviniera un elemento significativo, sin que ello niegue el papel decisivo desempeñado por el imperialismo en los últimos años de ese proceso.

Si las estructuras socioeconómicas existentes en estos países no hubieran estado mortalmente dañadas en sus células vitales, la acción del imperialismo no hubiese prosperado. El imperialismo se enfrentó a un gigante con pies de barro. Cuba reafirma esta idea. Las presiones sobre nosotros han sido mayores y mantenemos inalterable nuestra lucha por el socialismo.

• ***Acceso al poder de una capa dirigente que renegó del ideal socialista***

Resulta innegable que la existencia de condiciones “objetivas” y “subjetivas” para que se generaran estos cambios, no puede ocultar que el fracaso se incubó e inició desde “arriba” hacia

“abajo”, por lo cual las características de los dirigentes de la URSS marcaron el destino, celeridad y formas en que se produjo el desmontaje del modelo de “socialismo” existente.

No hay duda de que ese modelo tenía necesariamente que producir esos dirigentes. A la vez son consecuencia y causa catalizadora, que ya en los años finales, esta traición devino factor decisivo al dismantelar la historia y destruir los pilares ideológicos aún defendibles. Su propia degeneración histórica los condujo a esta flagrante traición.

Hoy se hace mucho más evidente que se manipuló con otros fines el propósito, inobjetable y compartido, de que esas sociedades demandaban cambios. Pero bajo la justa bandera de transformar el “socialismo” estancado y burocrático hacia un socialismo verdadero se torció el rumbo, premeditadamente por algunos y condescientemente por otros, hacia el capitalismo. Es válida también la tesis de que el “socialismo” fue apuñaleado por la espalda. Es un factor más.

## ► 2. Insuficiencias económicas objetivas de las relaciones socialistas de producción (esencias)

El otro grupo de factores que incide sobre el socialismo en construcción es de orden interno, y tiene que ver, en lo fundamental, con la posibilidad del logro de una alta eficiencia económica.

Como es sabido, en la teoría marxista del progreso social, la acumulación de cambios radicales en las fuerzas productivas deviene piedra angular de todos los tránsitos epocales. Esta idea ha sido la guía rectora de la teoría económica “marxista” oficial. No obstante, las conmociones contemporáneas obligan a una reflexión más abierta y pausada. Lo cierto e innegable es que ninguno de los países que emprendieron el camino socialista se acercaron a los niveles de eficiencia del capitalismo desarrollado.

*Hoy se ve con más claridad que es infundado el axioma de la potenciación mecánica de las fuerzas productivas a partir del trueque de las relaciones de producción. Las nuevas relaciones presentan, junto con su superioridad, contradicciones y limitaciones, precisamente en aquellos as-*

*pectos que constituyen sus pilares básicos, acrecentándose además el papel del factor subjetivo.*

A su vez, los elementos de ruptura en cada nuevo modo de producción arrastran, en su proceso de consolidación, su contrapartida negativa. Cada aspecto básico, positivo, esencial del socialismo, también conlleva su arista negativa en el plano de la eficiencia económica pura. No depende de errores del modelo aplicado, de grados de madurez, sino que son inherentes al estadio de desarrollo de estas relaciones. Sin pretender hacer un inventario, pueden destacarse las más notorias de estas “debilidades” económicas:

- La propiedad socialista en formación no potencia la operatividad económica de las empresas.
- Se multiplican las consecuencias negativas por la posible utilización inadecuada de las leyes económicas.
- Los ritmos de desarrollo económico se ven afectados por la necesaria priorización del desarrollo social.

Estos tres elementos, vistos en su faceta esencial positiva, constituyen los pilares económicos del socialismo. La propiedad socialista crea las bases para la unión real, directa del productor con los medios de producción, lo que provoca el surgimiento de nuevas relaciones de producción, que favorecen el desarrollo de las fuerzas productivas sociales. Es, a su vez, garantía de una eficiencia económica superior dada la posibilidad real de conocer y emplear consciente y planificadamente las leyes económicas en aras de los objetivos supremos de justicia social.

El socialismo tiene que potenciar la regulación económica y social, la centralización en aras del interés social. Ésta resulta su gran ventaja; pero, sin dudas, en las primeras etapas, la gestión a nivel micro debe subordinarse necesariamente a los objetivos sociales más amplios. No depende de modelo alguno. Por otra parte, la enorme posibilidad y superioridad de conocer y utilizar de manera consciente las leyes económicas puede trastocarse en su contrario, si éstas se perciben y emplean mal. A su vez, hay que priorizar, desde un primer momento, la esfera social por encima de las posibilidades económi-

cas. No existe alternativa. No puede esperarse un alto desarrollo económico para priorizar lo social. Mas, a corto plazo, atenta contra la eficiencia económica pura.

En la conjunción de estos rasgos radica la superioridad económica del socialismo sobre el capitalismo. Sin embargo, como todo fenómeno, el despliegue y consolidación de su esencia resultan un proceso contradictorio. Junto con su faceta positiva presenta necesariamente limitaciones que, en su devenir, se eliminarán de manera gradual y que en el caso de la experiencia europea potenciaron sus debilidades por los problemas mismos del modelo aplicado.

### 3. Conclusiones

*Las relaciones socialistas en formación presentan imperfecciones objetivas internas lógicas que se agudizan cuando sobre ellas inciden factores coyunturales extraños a la naturaleza de las relaciones socialistas. La conjunción de ambos grupos de factores, los objetivos y los coyunturales, pueden dar al traste, como ha sucedido, con la propia construcción del socialismo.*

La importancia de delimitar estos factores —hasta donde es posible— trasciende, con mucho, el discurso teórico y abarca, sobre todo, la práctica misma de la construcción socialista.

Las imperfecciones y debilidades objetivas deben reconocerse y tratarse como tales para poder superarlas. Ésta es una idea, la otra —aún más importante— es que estas imperfecciones y contradicciones se superan necesariamente en los propios ámbitos del nuevo sistema en construcción, siempre y cuando los factores extraños al socialismo no tengan un peso decisivo. Su objetividad radica, precisamente, en la capacidad endógena de superación dialéctica de estas limitaciones.

Estas insuficiencias económicas objetivas por sí solas no destruyen el socialismo. El peligro real, dramáticamente corroborado en la práctica, estriba en el surgimiento y proliferación de factores ajenos al socialismo (que hemos denominado coyunturales) y que actúan de forma negativa en un doble sentido. Por una parte, de manera directa, inmediata desviando el proceso de sus cauces socialistas, minando la credibilidad de los

valores socialistas y, por la otra —y es en lo que queremos insistir—, inciden sobre las contradicciones y limitaciones reales, objetivas de las nuevas relaciones en formación, impidiendo que se superen de manera gradual.

Por supuesto, este proceso se da como una unidad, entrelazándose y fundiéndose ambos grupos de factores; razón demás para insistir en su estricta delimitación. En condiciones de errores, nepotismo, corrupción, doble moral, oportunismo, en ese caldo de cultivo, resulta imposible que germinen y, sobre todo, maduren las nuevas relaciones socialistas, débiles en sí mismas y con un objetivo radicalmente opuesto a todo ese medio, consistente en la desajenación del hombre, convirtiéndolo en sujeto y objeto de las nuevas relaciones.

Por ello, ese modelo específico era necesario removerlo en sus cimientos; al resultar, a su vez, posible y totalmente válido en algunos de esos países —en particular, en la Unión Soviética—, rescatar el proyecto socialista, desbrozándolo de todos los factores que enturbiaban el verdadero socialismo. De ahí nuestra insistencia en estudiar con profundidad las características reales de aquellas sociedades, con el fin de extraer conclusiones científicas válidas acerca de las relaciones verdaderamente socialistas no contaminadas por el modelo.

De esta dolorosa, pero aleccionadora experiencia, debemos extraer la conclusión de que la objetividad de las nuevas relaciones no le impregna un carácter automático a su desarrollo, sino que al contrario, se acrecienta el papel del sujeto y a la par el peligro real de que pueda transformarse el objetivo supremo de esta sociedad por la acción de factores coyunturales, ajenos a la esencia del socialismo y nunca por sus contradicciones y limitantes objetivas. Separar ambos momentos significa entonces alinearse con la necesidad y viabilidad del socialismo realmente democrático, libre de factores perturbadores desde su nacimiento o extirpados de manera profiláctica en los momentos necesarios, como hemos hecho en Cuba.

# Historia social: ¿Camino o encrucijada?

**María del Carmen Barcia Zequeira** Ante las respuestas de Raphael Samuel, John Breully, J. C. D. Clark, Keith Hopkins y David Carradine acerca de la pregunta: **¿qué es la historia social?**, la autora de este importante artículo estructura una **valoración** que va **al centro** de los **elementos analíticos** ofrecidos por esos autores y que, como bien señala ella, se ha interpretado por los encuestados, según sus criterios, “sobre **el concepto de la historia social** que tiene una histórica respuesta (...) una cuestión en torno a la cual se polemiza durante 40 años, se pone sobre el tapete y permite —discusión por medio— **retomar su análisis**”. ● ● ● ● ●

94 **A**l leer las respuestas que Samuel, Breully, Clark, Hopkins y Carradine dan a la pregunta ¿qué es la historia social?, recordé de pronto el cuento de los cuatro ciegos de nacimiento que querían saber cómo era el elefante y pidieron tocar al animal para tener una idea al respecto. Uno lo abrazó por una pata, otro se le prendió a la trompa, el tercero le agarró la cola y el cuarto sólo alcanzó a asir el asa de la fuente donde estaba la comida del animal. El elefante es alto y redondo como una torre que se mueve, dijo el primero; no es cierto, es largo y acaba en pico, concluyó

el segundo; en realidad es como un badajo de campana, sentenció el tercero; más bien es de figura de anillo y no se mueve, expuso el cuarto. La moraleja del relato resulta simple, muchos hombres, como los cuatro ciegos, consideran que sólo lo que ellos piensan o ven es la verdad.

Los encuestados han respondido, cada cual desde su punto de vista —pata, cola, trompa o asa—, a una pregunta sobre el concepto de la historia social que tiene una histórica respuesta, y de esa forma hartó simple, una cuestión en torno a la cual se polemiza durante 40 años, se pone



sobre el tapete y permite —discusión por medio— retomar su análisis.

La perspectiva que sobre la historia social suministra Raphael Samuel pudiera definirse como una visión general de la variante anglosajona, divergente y contestataria a la vez de las teorías liberales del progreso. De cierta manera, este historiador invierte los términos del problema, al considerar que la historia social debe su prosperidad actual a la revolución cultural de los años 60, y soslaya los cambios sociales revolucionarios que se produjeron en aquella etapa y que atrajeron la atención, no sólo de aquellos que a nivel mundial sintieron peligrar sus intereses, o de los desposeídos que veían aflorar, con esperanza, una nueva época, sino también la de los científicos sociales que se interesaron por estudiar las causas, las consecuencias y el desenvolvimiento de los fenómenos que se estaban originando.

Aunque es cierto, como expresa Samuel, que la historia social refleja el interés público, no lo es tanto que ayude a crearlo; más bien lo que ocurre es que evidencia y expone las situaciones. Que los valores victorianos hayan precedido a la presencia de Margaret Thatcher al frente del gobierno inglés, sólo significa que los intereses de las derechas se habían sobrepuesto a las posiciones liberales desde hacía algún tiempo y que éstas estaban interesadas en rescatar esos valores.

En el recuento que este historiador realiza acerca de las cuestiones abordadas por la historia social inglesa: familias y parentesco, cultura popular y parias y oprimidos, arquitectura vernácula, arqueología industrial y autobiografía, se evidencia el predominio de la antropología —de antigua tradición en las universidades británicas— sobre otras ciencias sociales, como la sociología, por ejemplo, así como su tendencia hacia el empirismo y la investigación documental que soslayan las cuestiones teóricas.

Esta inclinación no contradice el alto nivel especulativo de un destacado grupo de historiadores ingleses, quienes como Dobb, Hill, Hilton, Hobsbawm y Thompson, se formaron como marxistas.

**MARÍA DEL C. BARCIA ZEQUEIRA (La Habana, 1939), doctora en Ciencias Históricas, profesora titular en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. En sus trabajos como historiadora se destacan *Burguesía esclavista y abolición (1987)* y *The Cuban Slave Market. 1790-1880*, en colaboración con Laird Bergad y Fe Iglesias, publicado por Cambridge University (1994).**

Raphael Samuel, quien también es deudor del marxismo, se caracteriza, sin embargo, por preferir las reconstrucciones pormenorizadas alejadas de toda conceptualización. La perturbación, por tanto, que él solicita para la historia social está imbricada con la conciencia colectiva: miedos, dolor, amor, injurias, orgullo, etc., los cuales deben encontrarse, según él expresa, en los documentos.

John Breully aborda la cuestión a partir de lo que él llama diferentes puntos de vista sobre la naturaleza de la historia social. El más antiguo sería la historia "residual", destinada al estudio del modo de vida, aunque no aclara que ésta se circunscribió, en una primera etapa, a relatar el devenir cotidiano de la clase dominante; en la actualidad, esta visión, a la vez que dirige su interés fundamental hacia las clases populares, reduce su campo de acción por el desprendimiento, como historias particulares, de los estudios en torno a la mujer, la familia, los trabajadores, etcétera.

Otra dirección es, según Breully, la de una historia de la sociedad en la cual el historiador, en lugar de describir y analizar los fenómenos, se inclina a categorizarlos. En ésta ubica tanto a la historia marxista como la weberiana.

Por otra parte estima como una tercera forma de abordaje lo que él llama "historia de la experiencia social". No obstante, es difícil desglosar esta vía de la "residual", a no ser que se establezca una parcelación de sus referentes, capas populares o clase dominante, como campos de trabajo específicos a cada una de ellas.

Finalmente, al expresar que la historia social no debe considerarse como un tipo o forma de hacer, sino como una dimensión cuya presencia debiera resultar indispensable en todas las ramas de la historia, Breully, de cierta manera, ubica de nuevo el asunto en su punto de partida. No se trata de métodos, tampoco de teorías, sino de una explicación del fenómeno que puede ser estructural —al margen de cuáles sean los elemen-

tos que se tomen en cuenta—, ya que lo esencial será la manera en que puedan relacionarse las dimensiones política, económica o ideológica. Este historiador no define si la esfera social se excluye o si se limita a ser una relación, residual o accional, entre la política, la economía y la ideología.

En la respuesta de Breully, la definición sobre la historia social es imprecisa y se diluye de manera especulativa.

Totalmente opuesta es la respuesta que brinda J. C. D. Clark, para quien toda la historia es social en tanto la acción social constituye un concepto demasiado amplio y general para permitir, a partir de él, la definición de un género académico.

Este historiador simplifica, y en cierta medida caricaturiza, el problema, al estimar que el debate en torno a la definición de la historia social es sólo semántico, ya que no hay divisiones reales en la ciencia sino entre aquellos que la abordan. Esta consideración, que pudiera ser válida para la mayor parte de las divisiones adoptadas por las ciencias en general, permite a Clark referirse a los diversos modos de hacer historia social sin definirla: para unos es historia económica en “pequeña escala”, para otros aborda el análisis de la estructura social, mientras algunos tratan temáticas referidas al “control social”.

J. C. D. Clark resulta, en cierta forma, evasivo: la historia social es todo, pero a la vez, nada. Mas, el lector avezado puede atisbar, en el fondo, el meollo de la cuestión que él elude: el problema no es de métodos, ni de hegemonías culturales, ni mucho menos semántico, es nada más y nada menos que epistemológico. La visión del mundo pasa, desde luego, por la concepción que de éste se tenga, y eso, específicamente, no queda claro en la respuesta de este historiador. No obstante, podríamos concluir que Clark se inclina a definir la historia social como historia total.

Keith Hopkins marcha en dirección contraria. La historia social es historia ideada a partir de fuentes fragmentarias, pone en el centro de atención lo cotidiano, que antes era trivial y refleja la conciencia colectiva. Deudor, evidentemente, de la antropología, estima que otro nivel de análisis, es decir, el estudio de cuestiones

aparentemente comunes, pero vistas a partir de cambios o transformaciones sustanciales, ya sean estos económicos o políticos, —el poder del Estado—, por ejemplo, corresponden a la sociología histórica, que él considera “harina de otro costal”. Según su criterio, la historia social queda reducida a la reconstrucción de relatos presentados de manera sugerente y atractiva.

David Carradine hurga en las raíces y retoma a Trevelyan con el fin de rescatar y a la vez enfrentar el concepto de historia social que éste elaboró de aquellos que lo han juzgado poco profesional y escasamente riguroso. Destaca este historiador que Trevelyan anticipó, en su relación de intereses investigativos, la mayor parte de las cuestiones y de los campos planteados, en sus diversas variantes, por los adalides de la historia social.

Carradine se inclina a la variante que considera la historia social como historia total y estima, al igual que Clark, que ésta no tiene un centro —¿objeto?— consistente. Este autor está influido, al parecer, por la llamada crisis de la historia social que, como todo cambio, no es otra cosa que una fase en desarrollo de esta especialidad. Esto no le impide, sin embargo, sustituir la respuesta que se la ha pedido por un práctico consejo: lo más aconsejable es seguir el ejemplo de los historiadores y continuar avanzando.

Como puede observarse, las respuestas resultan, en cierta medida, inteligentes evasiones al planteo del problema. Nadie se cuestiona la existencia de una historia política, de una historia económica o de una historia militar, porque las especificidades de las esferas de acción de estas disciplinas —independientemente de cuáles sean las interpretaciones que se utilicen en el análisis de los temas que ellas abordan— están muy definidas.

En el caso de la historia social, su objeto es el estudio, parcial o total, de la sociedad. Que sus investigaciones se dirijan al tratamiento de las élites o de las mayorías es una cuestión, y que en esta dirección se haya visto influida por numerosos factores, entre los cuales tienen una importancia indiscutible la época histórica en que se vive, y el desarrollo de las ciencias sociales y de sus nuevos métodos y técnicas, otra. Precisa-

mente por eso, las primeras aproximaciones al estudio de la cotidianeidad estuvieron dirigidas a individuos, grupos, capas o sectores de la clase dominante, en tanto que el tratamiento de la llamada conciencia colectiva no cobro relevancia hasta los años 60 del presente siglo.

Paralelamente, en esa etapa y sobre todo en los países de más desarrollo, la llamada historia política, que para una mayor precisión temática debiera denominarse historia del poder político o historia oficial, comenzó a considerarse poco atractiva, limitada y caduca. Una excepción, sin embargo, fue Alemania, cuna de la corriente historiográfica rankeana, donde este tipo de historia ha mantenido su vigencia y ha sido abordada desde diferentes ángulos.

Por otra parte, el grado de especialización alcanzado por la historia económica la ha ido alejando, estadísticas y ecuaciones por medio, de la historia social. Ésta, a su vez, portadora de un objeto de estudio tan complejo y comprometido como el de las interrelaciones humanas en su diversa escala y amplitud, en la cual —como ha señalado Hobsbawm—, los individuos son catalogados o se clasifican a sí mismos, no debe ni puede prescindir del análisis político ni del económico como elementos explicativos. Tampoco puede privarse de los indiscutibles aportes que otras ciencias sociales, como la antropología, la sociología e, incluso, la psicología, han logrado.

No se trata, desde luego, de que los historiadores sociales deban abordar, individualmente, la irrealizable tarea de estudiar la sociedad como un todo, pero sí de que sus estudios aporten los elementos necesarios para obtener su mejor y más cabal comprensión.

Las grandes teorías sociológicas surgidas en el siglo XIX, el marxismo entre ellas, estuvieron precedidas —y, por tanto, se basaron— en los conocimientos aportados por el desarrollo científico de esos años; pero los paradigmas que ellas establecieron quedaron vacíos o fueron convertidos en esquemas caricaturescos, cuando algunos historiadores trataron de explicar realidades de nuevas épocas, sin actualizar sus conocimientos metodológicos y sin utilizar las nuevas técnicas y métodos, que el desarrollo alcanzado por

la ciencia ponía a su servicio, para ampliar su base informativa.

En estos momentos estamos, precisamente, frente a un crecimiento acelerado de las ciencias y de la introducción de métodos y técnicas sofisticados capaces de permitir la explotación de fuentes masivas y el abordaje de investigaciones que no pudieron ni siquiera soñarse por los historiadores que nos precedieron. El esfuerzo individual queda minimizado ante ellas y el volumen informativo reclama el trabajo de equipos de profesionales capaces y entrenados. El resultado posibilitará modernizar los paradigmas o proponer otros nuevos.

La historia social en sus múltiples y diferentes variantes: estudio de las clases o grupos sociales; de los conflictos, movimientos y protestas; de la demografía y el parentesco; de las ciudades; de la transformación social; de las mentalidades o conciencia colectiva, y de la denominada sociología histórica o historia-teoría, está llamada a seguir realizando aportes.

Desde nuestro punto de vista no resulta trascendente la posición de aquellos historiadores para quienes la historia social, por los temas tratados, es trivial; ni la de aquellos para quienes, por la indiscutible incidencia que ha tenido el marxismo en ella, constituye una preocupación. Si lo es, sin embargo, la de quienes estiman que, junto a la historia estructural, resulta posible admitir otra forma más descriptiva capaz de abordar lo específico y lo particular sin que ello signifique el fin de la historia social, sino sólo otra manera de hacerla, debido al incremento tanto de sus intereses como de su campo de acción.

Por otra parte se manifiesta, cada vez con más fuerza, la necesidad de tener en cuenta los factores políticos para el análisis social. No se trata, por supuesto, de revivir una historia política relativa a las grandes acciones o a las figuras destacadas, pero sí de tomar en cuenta lo que Le Goff y Julliard llaman la nueva historia política o historia del poder tanto para las investigaciones sociales como para la historia social, propiamente dicha. No resulta factible, por ejemplo, hacer un estudio sobre las clases sociales que prescinda de todo tipo de relación entre los individuos, grupos, capas o sectores que se abor-

dan y la posición económica y el poder político de sus integrantes.

La historia social fue, en su etapa inicial, cruce de caminos, pues se acercó a otras ciencias sociales que, como la antropología o la sociología, habían avanzado en otras direcciones. En la actualidad debe seguir su propia vía, pero ésta no puede concebirse sin la colaboración interdisciplinaria, no para usar de manera indiscriminada métodos, técnicas o teorías que en algunos casos podrían resultarle ajenos e improductivos, sino para asimilar lo necesario y darle su propia y particular impronta.

En Cuba, la historia social tuvo un digno precedente en Fernando Ortiz y una fuerte influencia de la escuela de *Annales* a partir de Juan Pérez de la Riva. A ello se ha sumado la formación de varias generaciones de historiadores

marxistas. Las nuevas técnicas y métodos se han difundido; la demografía, por ejemplo, ha alcanzado un desarrollo apreciable, pero —modas y modos aparte— aún queda mucho por andar en ese camino, el cual debe ser asumido a partir de una clara definición teórica que pueda permitir, a la vez, la adecuada utilización de los avances tecnológicos y la asimilación de los aportes más recientes y útiles de las ciencias sociales.



# El fetichismo de la reflexión filosófica vulgar

**Rubén Zardoya Loureda** El resumir ideas en un contexto abigarrado de expresión filosófica, no constituye objetivo del autor de estas páginas, quien **desmonta** las intenciones de **idolatría** de aquellos que en toda época o lugar ponen en práctica la **reflexión filosófica vulgar**, la manera que los **teóricos vulgares** tienen para “razonar” la filosofía “como una forma irracional, como una forma que no puede deducirse de manera racional de otras formas o procesos”. ● ● ● ● ● ● ● ●

99 **E**l estigma de apologista escandaliza e irrita a los filósofos vulgares y a los señores profesores de filosofía. Para la representación idealista cotidiana, la filosofía existe, ante todo, como un acto personal de “interrogación del ser”, como una “preocupación cosmovisiva” que se expresa en el lenguaje oral o escrito, pues en esta forma salta a la vista como un hecho sólido que no ofrece dudas, incluso, a los sentidos. Precisamente en esta forma —despojada de sus eslabones mediadores— de la creación inmediata de una doctrina u obra, la filosofía vive en la superficie

de la sociedad antagónica y en la imaginación de sus cultores. Se hechizan así los productos filosóficos acabados, empaquetados y etiquetados, que se antojan la única forma de ser de la filosofía. El pensamiento se considera obra y prerrogativa del pensamiento. Por esta razón, al explicar la esencia, el origen y las causas de la “renovación ininterrumpida” de la actividad filosófica, los filósofos vulgares y los profesores de filosofía no encuentran nada mejor que invocar su propia noción, sumamente indeterminada, acerca de cierta necesidad espiritual de

poseer una visión cósmica, un conocimiento "totalizador" que permita ubicar al hombre en el orden universal, o bien otra noción, más definida pero, asimismo, sobradamente abstracta, referente al asombro (la inquietud, la curiosidad, la turbación) ante lo que hasta entonces se tenía por cotidiano y, de repente, por alguna razón peregrina, se hace enigmático.

Estas ideas vulgares no sólo y no meramente se hurtan de las formas primarias de reflexión filosófica de la Antigüedad, sino dimanar del proceso real que se observa en la fachada de la cultura espiritual antagónica; esto es, del perfecto simulacro de la "divergencia progresiva" de las doctrinas, que contribuye a hechizar la sustantividad de la filosofía y cultiva el prejuicio de que ésta tiene su raíz en la perturbación del espíritu ante lo Absoluto o alguna entidad afín (la Totalidad, el Ser, el Mundo). No obstante haber sido superada históricamente, la filosofía levanta la cabeza y cuantos más hidalgos pensantes y filosóficamente ilustrados hacen aparición en la corte del saber, tantos más son los

puntos de vista filosóficos. Por cuanto, aunque de forma mediada, todos los individuos son "participes" del proceso de producción, circulación y consumo de las ideas—incluidas las filosóficas—, surge la posibilidad de considerar a cada hombre un filósofo en su género. Así como un teólogo pone a Dios por testigo de que la religión descansa en "las profundidades

del alma humana", los artífices de la filosofía especulativa apelan al Hombre Como Tal, a "lo más humano de su humanidad", en sus desvelos por demostrar que la filosofía constituye un atributo del espíritu. Al fin y al cabo, ¿quién se atreve a asegurar que no somos zapateros todos los que

usamos zapatos o somos capaces de remendar una suela desgastada?

No se trata aquí de una simple fantasía, sino de una apariencia objetiva. De forma inmediata, la facultad de elevar el espíritu a las moradas de lo Universal Absoluto emana de hecho de las ideas filosóficas precedentes, capaces de apoderarse de las manos y los nervios de los pensadores y usurpar el altar de las más poderosas divinidades. En efecto, en cada momento dado del proceso de producción filosófica, la tradición histórica, oral y escrita, se presenta como una premisa necesaria de la reproducción de este proceso, de su continuo "rejuvenecimiento" y, mediante una metamorfosis real, se convierte en nuevas doctrinas filosóficas. En esta forma simple, desvinculada del proceso, la filosofía se reproduce como un momento de la cultura espiritual. Como toda reproducción, la reproducción de la filosofía sólo es posible a través de su regreso al punto de partida; es decir, al propio resultado de la producción filosófica, a las doctrinas filosóficas en su realidad inmediata y tangible de obras. En cada volumen o teoría que se ostenta como una nueva variante de la *philosophia perennis*, este regreso al punto de partida cristaliza en su forma externa. Y, en general, la filosofía vive constantemente en esta forma de obra y doctrina, en la cual quedan veladas las condiciones sociales del trabajo espiritual del filósofo, el movimiento de la mediación social, su manantial y su desembocadura. Sin embargo, precisamente esta mediación constituye el contenido real del proceso, en tanto que la forma de obra filosófica, a pesar de su "tangibilidad", no es más que "un momento que se desvanece". Por ello, la filosofía aparece y se afirma como una forma sin contenido, como un resultado desprovisto del proceso de formación de su contenido. De esta fuente brota la mistificación de la filosofía, su transformación en una actividad eterna (atemporal) y en un producto eterno del espíritu civilizado. El proceso social que la constituye permanece a la sombra y la filosofía adquiere el *status* de una potencia espiritual independiente de la producción material. La reflexión externa identifica el huevo con la mariposa, la doctrina filosófica como producto o premisa con la propia filo-

**RUBÉN ZARDOYA LOUREDA**  
(La Habana, 1960), doctor en Ciencias Filosóficas, es decano de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana; especialista y profesor de Filosofía y Teoría de la Producción Espiritual, recientemente le fue publicado su libro *Yemayá a través de sus mitos* en coautoría con la licenciada Rosa María de Lahaye; también ha publicado en revistas cubanas y extranjeras acerca de su especialidad, teoría del pensamiento y mito, magia y religión.

sosfía como proceso, una forma con la totalidad. Por consiguiente, la determinación de forma histórica, gracias a la cual un resultado de la creación espiritual es o se hace filosofía, no logra ser esclarecida. La reflexión vulgar aísla a los filósofos de un sistema concreto de relaciones sociales, los eleva a un “tiempo suprahistórico” en el que tienen por vecinos o se contraponen exclusivamente a otros filósofos y en modo alguno a los portadores históricos concretos de las determinaciones de la producción material y espiritual.

En la forma en que los teóricos vulgares consideran la filosofía (la forma de su surgimiento inmediato—o externamente mediado—del “espíritu creador”); ésta se presenta como una realidad *de facto* que apenas exige explicación y, por ello, como una forma irracional, como una forma que no puede deducirse de manera racional de otras formas o procesos. El término “filosofía” se sustituye tranquilamente por los de “discurso filosófico”, “reflexión filosófica” u “obra filosófica”, y el movimiento va de discurso en discurso, de reflexión en reflexión, de obra en obra. “Espíritu que produce espíritu”: he aquí el paralogismo, la animación hechicista de procesos materiales que constituyen la primera y la última palabra, casi nunca dicha expresamente, muchas veces imputada verbalmente, de la reflexión filosófica vulgar (pues el filósofo vulgar apenas se da por enterado de que a él se refiere la crítica que saca a la luz su proceder). Si se confiere una forma realmente lógica a estas representaciones difusas, la filosofía se nos presenta como una función que se renueva a sí misma y no tiene portador material alguno, como una función “pura”, sin órgano. El sujeto de esta renovación es la filosofía, el propio espíritu filosófico, o bien el espíritu dotado de una tendencia innata a filosofar. Por un lado, nos las habemos con la filosofía y, por otro, con la filosofía con un signo de más, con una filosofía que se ha incrementado por sí misma.

Tal es la característica distintiva de los organismos: la autoproducción y autorreproducción “a escala ampliada”. La filosofía se reviste de semejantes poderes. En esta maniobra de ilusionista que ejecuta la propia realidad antagonica

tiene su raíz el hechizo que pone de rodillas a todos los pensadores vulgares ante el sagrario donde se guarda la filosofía sacramentada. No es otro el hábito que visten los adoradores del Dinero. “La producción de dinero —escribe C. Marx al deshacer el hechizo de la producción capitalista— se presenta, bajo esta forma, como una función propia del capital, algo así como el crecimiento con respecto al árbol. Aquella forma disparatada que nos encontrábamos en la superficie de las cosas y de la que, por tanto, partíamos en nuestro análisis, se nos vuelve a presentar ahora como resultado de un proceso en que la forma del capital se va divorciando cada vez más de su verdadera naturaleza”.<sup>1</sup>

Este mismo proceso de surgimiento objetivo de la apariencia tiene lugar en la esfera de la producción espiritual y, en particular, de la producción filosófica. Si el investigador se contenta con el análisis de una doctrina filosófica singular e, incluso, de toda una corriente filosófica, éstas se presentan exclusivamente como el producto de la creación individual de pensadores o de grupos de pensadores que, en calidad de materia prima, se sirven de ideas, categorías, conceptos y representaciones halladas en la historia del pensamiento o en su propia conciencia. No obstante, con la constatación de esta situación trivial (irracional, si nos detenemos en ella) sólo comienza la investigación teórica, que ha de orientarse, en lo fundamental, a explicar esta apariencia, desenterrar sus raíces, reproducir en conceptos la esencia de la cual ella es apenas expresión externa. Entretanto, la reflexión filosófica vulgar constata simplemente como un hecho esta facultad mágica del espíritu filosófico de autoincrementarse y la tarea se reduce a la descripción fenomenológica, el refrito, el comentario y la “interpretación” de los textos, a una suerte de prosopografía de este proceso de autoincrementamiento (qué tomó y qué rechazó cada filósofo de sus predecesores, qué agregó y en qué no reparó, qué relación guarda una u otra tesis con su biografía, el auge del comercio, las artes plás-

<sup>1</sup> Carlos Marx: *Historia crítica de la teoría de la plusvalía*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1956, t. V, pp. 375-376.

ticas, etc., etc.), deteniéndose cada vez en los resultados de la producción filosófica, los cuales, por cuanto en ellos apenas queda un recuerdo vaporoso del proceso material que los engendró, se fosilizan en la forma más enajenada de su esencia interior, se convierten, por así decirlo, de una relación social en una "cosa espiritual" que, a pesar de alguna referencia casual a la realidad prosaica, lleva una vida independiente.

No se trata, claro está, de echar por la borda el análisis textológico, sino de asignarle a sus resultados el lugar preciso que le corresponde en el sistema de la ciencia materialista. Es imposible la reconstrucción de una forma social dada de producción filosófica al margen del estudio de los textos en los que se objetiva de modo inmediato la idea del autor; es decir, al margen del estudio de la finalidad que persigue la enunciación de una u otra tesis, de las concepciones de los oponentes con quienes se polemiza de manera explícita o implícita, las particularidades que confiere a las obras el hecho de estar dirigidas concientemente al consumo de ciertos grupos sociales, la comparación con textos de diferentes épocas con el objetivo de determinar las tradiciones espirituales de las que los filósofos son receptores e iniciadores, y establecer con precisión el significado de la terminología utilizada y de cada término en su contexto semántico, la diferenciación de los significados literales, políticos, morales o místicos, las causas de las diferentes interpretaciones históricas de una misma doctrina. Pero el investigador dialéctico no puede imaginarse a sí mismo una suerte de Hermes cuya tarea consiste en acercar al entendimiento de los mortales comunes la voluntad incomprensible de los dioses y, sobre tal supuesto, reducir toda la "tecnología de la investigación" a las sutilezas hemeréuticas. El análisis textológico científico es siempre un momento del estudio integral de la producción espiritual y en modo alguno constituye un fin en sí mismo, en función del cual pueda ponerse, incluso, el análisis de la "situación sociohistórica" en la cual las obras ven la luz. Un texto de filosofía es, sin dudas, el "objeto físicamente metafísico" (Marx) por excelencia. Pero la metafísica encarnada en los retorcimientos del silogismo filosófico constituye, apenas, los

prolegómenos de la metafísica de las múltiples y retorcidas vidas que tienen en él su única realidad física.

Así, pues, los teóricos vulgares se topan con la filosofía como premisa y resultado del proceso de producción filosófica. Pero premisa y resultado se conciben de modo abstracto, como formaciones autosuficientes entre las cuales no existe mediación e interacción orgánica alguna, como momentos del organismo social que es posible indicar con el dedo y aislar. El organismo, en cambio, permanece como un trasfondo o, según la expresión habitual en la reflexión externa, como un "contexto" (económico, político, cultural, etc.) en el que despuntan las proezas del espíritu. Por consiguiente, los teóricos vulgares no operan con premisas y resultados reales, sino con entes metafísicos: ni unos ni otros se deducen del proceso real de morfopoyesis o constitución de las formas sociales, sino se consideran meras existencias. El movimiento se reduce, también desde este ángulo, a su "resumen absurdo" (Marx): D-D', "dinero que crea una mayor cantidad de dinero", o bien E-E', "espíritu que crea una mayor cantidad de espíritu", ánima que genera de sí nuevas ánimas como consecuencia de cierto requerimiento natural fatídico, de la necesidad de poseer una visión del "mundo como un todo" y hallar el lugar del hombre en él. En resumen, la determinación social de las ideas filosóficas se afirma como autodeterminación espiritual. Esto, en buen castizo, se llama hechicismo o, según el lusitanismo generalizado, fetichismo.

En realidad, el espíritu no genera simplemente la filosofía a causa de las perturbaciones que en él provocan los enigmas de carácter y sentido cosmovisivo que ponen a prueba cotidianamente su entereza y sus capacidades. Miradas así las cosas, apenas asoma —tras el intenso resplandor de los conceptos y las categorías áureas, las disquisiciones y disputas refinadas y, en general, el ímpetu desbordado del "espíritu volitivo, emotivo y cognoscente"— la especificidad de la filosofía como una forma específica de producción espiritual; se ofrece, todo lo más, una caracterización psicológica abstracta, independiente de toda determinación histórica, de las llamadas "situa-



ciones problemáticas” que surgen cotidianamente ante el hombre. Es natural que el desigmo de esta “filosofía en general” sea autofecundarse y reproducirse en “progresión geométrica”. Una forma histórica de conciencia que diversifica y realiza las relaciones sociales antagónicas inherentes a un modo específico de producción material, se convierte en una relación del pensamiento hacia sí mismo. Por cuanto el funcionamiento de una formación social antagónica, representada de modo abstracto en las obras filosóficas, hace posible y, en buena medida, exige la continuidad de la especulación “totalizadora” con el socorro de nuevos “hechos de la conciencia”, “situaciones cosmovisivas”, “problemas existenciales” o propios de los “fundamentos filosóficos de la ciencia” y de una meticulosa reelaboración y reedición de aquellas obras, se consolida y petrifica como un prejuicio la ilusión de que existe una pujanza espiritual suprema, avasalladora, encerrada en sí misma, autodeterminada y digna de extasiadas alabanzas, que descubre la esencia de “lo existente” y crea un cuadro general del “mundo”. En esta forma periférica, la filosofía sustituye el engranaje de las relaciones sociales, la vida práctica real de los hombres, y este propio engranaje tiende a aparecer como un producto del espíritu, trátese de un espíritu universal, del espíritu que acude al llamado de Aladino o del espíritu de un hombre singular, de sus ideas, sus “datos sensoriales”, “corazón” o “actividad con signos”, valedero —¡cuánto más!— si este hombre dice ser un filósofo y tiene a bien verter su subjetividad sobre el papel.

La ciencia de la historia revierte estos términos, en los que la producción de ideas filosóficas y su consumo social quedan aislados por una muralla, o su relación se reduce cándidamente a cierto intercambio entre filósofos (o “culturas”) “dialogantes” y “polemizantes” a través de los siglos. Una vía férrea por la cual no se viaja sólo es una vía férrea posible, y no real;<sup>2</sup> del mismo modo, una filosofía ya “hecha”, traspuesta al papel y encuadrada, sólo es potencialmente filosofía y puede engendrar de sí nuevas formas de filosofar. La filosofía demuestra su facultad de autodeterminación únicamente al entrelazarse

con otras formas de la vida social, al insertarse en el proceso de producción material y espiritual, y realizarse como trabajo: de hombres determinados históricamente que expresan a través de ella su posición en un modo de producción social dado, al irrumpir y ocupar un lugar en el proceso de circulación de las ideas que de una u otra forma fundamentan y hacen posible el antagonismo entre los hombres.<sup>3</sup>

Imagina un filósofo que con su idea se erigirá un templo, pero la historia se encarga de corregir sus apreciaciones y la idea se consume en forma de monopolio financiero, peregrinación, amor patrio, vida ascética o alocución a un batallón de soldados nazis. El pensador privado, atomizado por la división social del trabajo y apenas dueño de sus propios actos, suele lamentarse de que el devenir no lo consulte para encarrilar sus ideas, modificar o reajustar las necesidades de la época, la demanda social de móviles o paralizantes ideales. ¡Como si producir o lanzar un producto “por esos mares de Dios” no implicara una renuncia a él —lo mismo que renuncia al sacacorchos el productor de sacacorchos—, un enajenarlos definitivamente y un otorgarles otra vida, su “verdadera vida”! Suelen los tomates llegar golpeados o podridos al mercado y al consumidor; otro tanto ocurre con las ideas. Quisiera el autor guardarlas en una campana de cristal, enfundarlas en un estuche de terciopelo que les conserve su estado prístino; puede ansiar apartarlas de quien las transformaría en bomba, prostitución o droga, pero, muy para su desdicha, el inextricable proceso de “transubstanciación” o “metabolismo del trabajo social” (Marx), transcurre a sus espaldas, ajeno a su voluntad y buenas intenciones, preñado de contradicciones y metamorfosis antagónicas.

En fuente real de su propia reproducción y renovación, la filosofía sólo se convierte al embarrarse con la suciedad del mundo, al realizarse (consumirse) en la lucha de intereses de unos

<sup>2</sup> Carlos Marx: *Contribución a la crítica de la economía política*, Instituto del Libro, La Habana, 1970, pp. 245-246.

<sup>3</sup> Cfr. Carlos Marx: *Contribución a la crítica de la economía política*, ed. cit., pp. 244-250.

u otros grupos de hombres que ocupan un lugar diferente u opuesto en el decursar de la producción social; en una palabra, al revelarse “como lo que es”: una función de un proceso de producción, distribución, cambio y consumo social limitado y condicionado históricamente. Precisamente en el proceso de producción y reproducción *de una forma dada de sociedad* han de considerarse todas las formas de conciencia, incluida la filosofía.

En un mundo donde la *Biblia* se trueca en lienzo y en aguardiente, el intelectual es un asalariado y las ideas, en relación con él, no son sino valores de cambio; resulta, lo menos, ingenuo, limitar la investigación a la obra filosófica tal y como sale del crisol de la creación, destinada en apariencia al consumo exclusivo y casi estético de unos pocos privilegiados del espíritu y que simplemente no existe para las masas, no ejerce, en su realidad inmediata, ninguna influencia sobre ellas, no mueve ningún resorte práctico, no echa a andar ningún molino ni levanta una barricada. Convertir el pensamiento filosófico en objeto de estudio significa, para el materialista consecuente, investigarlo en sus sucesivas transmutaciones; avanzar, en pos de la génesis, a través de sus formas metamorfoseadas y ocultas tras espesa neblina: del tratado forrado en piel al taller del historiógrafo, de éste a las aulas universitarias, a las digresiones de los comentaristas profesionales o los folletos comerciales, y, luego, a las cazuelas colectivas e individuales en que los filosofemas se cuecen junto a representaciones mitológicas, normas morales y jurídicas, cultos sincréticos, valores estéticos, hipótesis y teorías científicas, recetas para la actividad doméstica, tradiciones atávicas, modelos de héroes y antihéroes de novelas, filmes y canciones que llenan estadios, profecías de dioses y brujos, dicharachos populares, consejos de padres a hijos, discursos de directores de escuela, sermones dominicales en la iglesia, conversaciones de sobremesa, páginas del redactor jefe de la revista o lamentaciones del enamorado bajo la luna; hasta configurar ese guisado que llaman “conciencia de las masas”, con su carácter imperativo sobre la actividad, y su capacidad, al cristalizar como impulso ideal, de dar comienzo a un

proceso inverso de metamorfosis y ocultamientos. La idea que interesa, desde este punto de vista, no es simplemente la que corre por la pluma del filósofo al papel, sino, y sobre todo, la que regresa de una larga cadena de transmigraciones desde el mundo de la *doxa* al mundo de los *eidos*, cuyo punto de partida resulta siempre un desprendimiento de la forma anterior, y cuya realidad es pasar por múltiples filtros, desgastarse o enriquecerse al circular de mano en mano, al deslizarse por atajos imprecisos del lenguaje y transfigurarse como resultado de una recepción (intelección, comprensión) imprevisible; la idea que coyunturas o circunstancias fortuitas convierten en dogma, lema o consigna; la idea cuyo autor no tiene rostro y que, en labios de portavoces y trompetistas, puede devenir su contrario; la idea oculta en forros de maletas de contrabando, aprendida de memoria para ser repetida, quemada en una hoguera o catapultada al cielo; la idea roída por el préstamo múltiple: el préstamo del silogismo traspapelado, transcontextualizado, expresado en forma de poesía, imperativo moral o arenga política; el préstamo cubierto con el velo de las traducciones idiomáticas, epocales y culturales; el préstamo fecundo del maestro a su discípulo; el préstamo entre correligionarios e, incluso, entre adversarios; el préstamo en forma de fraude corrupto o de ese plagio cotidiano que constituye una condición necesaria de la herencia espiritual, una expresión obligada de la naturaleza supraindividual del conocimiento y que, al decir de Heine, hace ridícula toda pretensión de propiedad privada sobre las ideas. Se trata, en fin, de la idea que es autoconciencia, pero, más que autoconciencia, anticipación, proyecto, esquema, convicción, valor, móvil, vehículo y dictador de la actividad social en cuyas entretelas surge como *potencia*.

Si, por el contrario, el investigador se abstrae de este proceso y considera el resultado del “acto creador” inmediato como una realidad válida en sí misma, se hace inevitable la mitificación de la filosofía (lo mismo que el intento de subyugar un poder superior convierte en fetiches los árboles huecos, las pezuñas de tigre, las plumas de águila o la sombra humana). En tal caso, no sólo se echa un velo sobre la identidad dialéctica de

la filosofía, como lo fundamentado, con un proceso determinado de producción material, como fundamento, sino se santifica la apariencia de que existe una contraposición directa (abstracta) entre ellos, lo cual obliga a presentarlos como formaciones independientes, como mundos diferentes, como dos sustancias interconectadas de una u otra forma, una subjetiva y la otra objetiva. En esta abstracción del proceso real de la producción espiritual tiene su raíz la concepción idealista de la historia, el dualismo del espíritu y la materia.

Si la exigencia fundamental del estudio científico de la conciencia consiste en *deducirla* del proceso real de la actividad vital de los hombres, de las determinaciones orgánicas e históricas concretas de la producción material y espiritual, la crítica científica de la filosofía especulativa sólo es posible como crítica de los organismos sociales que exigen esta forma mistificadora de conciencia para su funcionamiento. Por el contrario, la crítica de los teóricos vulgares, así como su propia obra, no avanza más allá del ser epidérmico de la filosofía, el texto filosófico. La crítica vulgar arremete contra unas u otras formas del filosofar, contra determinados conceptos, categorías o enfoques, sin tocar la propia esencia de la filosofía como construcción especulativa, como ideología, sin alcanzar el proceso real de la producción de ideas filosóficas ni las condiciones reales "tergiversadas" que hacen necesaria su fundamentación y justificación especulativa. Tal lucha contra la "difunta filosofía"

(Engels) desde las propias posiciones de la filosofía difunta con el objetivo de fundamentar nuevos intereses en gestación, no conduce a otra cosa que a la resurrección de un cadáver. Esta crítica constituye una realización furtiva de la exigencia de subordinar los viejos intereses a los intereses nuevos, sus formas caducas de expresión en la esfera de la conciencia a formas viriles. La crítica superficial de los agentes de la producción espiritual contribuye, precisamente, a poner la difunta filosofía en función de las nuevas formas de filosofía que traen a la vida las nuevas condiciones materiales y la nueva correlación de fuerzas sociales. De semejante "lucha crítica" se ocupan todos los reaccionarios vulgares contemporáneos que hablan desde las tribunas en nombre del Ser y el Valor. Si la crítica que se orienta contra unas u otras tesis de la especulación filosófica e, incluso, contra sistemas enteros, no se desarrolla hasta convertirse en crítica de la filosofía especulativa como una forma de fundamentación del modo antagónico de producción social, permanece cautiva de la ideología burguesa, de la intención de adaptar esta modalidad de la conciencia a las necesidades de la sociedad capitalista.

• • • • •

# Influencia de los *Annales* en la enseñanza de la historia en Cuba en la década del 60

**Leonor Amaro Cano** Acontecimientos significativos como la **Campaña de Alfabetización** en 1961 y la **Reforma Universitaria** de 1962 influyeron decisivamente en la enseñanza superior en Cuba. La **historia** tomó nuevos cauces como **ciencia** en las aulas universitarias. En las páginas de este artículo, la **autora reflexiona** con profundidad acerca de la influencia de *Annales* para los **estudiantes de Historia** como referencia historiográfica durante los **años 60**, en el contexto de **nuevas realidades y necesidades sociales** a las cuales responderían los nuevos **criterios académicos**. ● ● ● ● ● ● ● ●

A partir de 1989, los planes de estudio de las carreras que se imparten en los centros de enseñanza universitaria de Cuba se han remodelado, y ello ha implicado un reanálisis de la bibliografía hasta entonces recomendada por los especialistas de las distintas materias. En el llamado plan "C", no sólo se ha pretendido cambiar el contenido y la estrategia metodológica de las disciplinas acorde a los nuevos tiempos, sino también se ha incluido la elaboración de obras o la búsqueda de una nueva literatura que satisfaga el nuevo estilo de trabajo universitario basado en

el principio de la indisolubilidad de la docencia, la investigación y la acción social.<sup>1</sup>

Lamentablemente, el recuento de estas discusiones no se ha plasmado en ningún docu-

<sup>1</sup> A partir de la creación del Ministerio de Educación Superior se trató de homologar la enseñanza a través de planes y programas de estudios comunes a todas las universidades. En 1976 se inició el nuevo plan que se denominó "A", luego a partir del curso 1982-1983 se pusieron en vigor los planes "B" y desde 1989 están vigentes los planes "C", que contemplan mayor independencia de los centros universitarios en su aplicación.

mento, por lo que corremos el peligro de que estas experiencias, en específico la crítica realizada a las fuentes del conocimiento hasta hoy utilizadas en las universidades, se pierdan en la memoria de los participantes de este momento de cambio.

En lo concerniente a la carrera de Historia<sup>2</sup> en particular, el resultado es mucho más penoso, pues esta pérdida nos obligará en un futuro a vernos limitados a una sola fuente, en este caso la fuente oral, con toda la carga de subjetividad que ella tiene. Además, en nuestra carrera, la definición de la bibliografía correspondiente a un plan de estudios no sólo constituye el resultado de la actualización de los conocimientos históricos en cuanto al uso de métodos y técnicas más modernos o la incorporación de análisis de procesos y acontecimientos más recientes, sino algo mucho más importante que tiene relación directa con la conceptualización de la historia y el sentido de ésta. La revisión bibliográfica o la elaboración de un plan editorial para nuestras disciplinas no sólo pasa por el juicio crítico de los contenidos de cada asignatura, sino de las obras históricas consideradas por los profesores como las idóneas para comprender la realidad histórica que nos corresponde esclarecer o hacer entender a nuestros estudiantes. En otras palabras, este trabajo de tipo pedagógico representa a la vez la historia del qué y del cómo hemos enseñado la historia; de los aciertos y los errores del paradigma teórico que ha servido de sostén a nuestro trabajo; de los valladares que desde el punto de vista cultural, nosotros mismos hemos impuesto a los alumnos, y de hasta dónde hemos logrado enrumbar el quehacer individual del estudiante, en su auto-preparación y en el trabajo de investigación.

En esta especie de inventario de autores salta a la vista qué tendencia ha primado en cada plan de estudios. Historiadores positivistas, especialistas formados en la Escuela de los *Annales*, marxistas con distintas formaciones, hasta los partidarios de la llamada Nueva Historia, pueden ser reconocidos en dependencia de cómo hayamos definido o nos hayamos relacionado con la historia, en este caso como ciencia o como ideología.

En su excelente trabajo "La soledad del marxista de fondo",<sup>3</sup> Pierre Vilar ha reconocido "un gra-

ve problema en el campo de la enseñanza", en tanto que al analizar el pasado se tenga que hacer a partir de la ideología que impera en ese momento. Siguiendo algunas reglas elementales del espíritu histórico que también enumera Vilar en otro trabajo,<sup>4</sup> y en particular la regla que se refiere a "no olvidar, no deformar y no aceptar sin verificación lo que afirma la historia oficial o la opinión mayoritaria", tendríamos que reconocer, bien ya como maestros, o ya como historiadores, que no siempre ha primado un criterio científico para enjuiciar la bibliografía, y muchas veces ha bastado la posición política del autor para dar fe de profundidad y científicidad de su obra. No pretendo aquí reproducir el balance historiográfico que con tanta precisión hiciera el claustro profesoral de la Licenciatura en Historia. Esa tarea, por ahora, no es posible. El interés tiene ámbitos más limitados, tanto en el tiempo como en el espacio. Una reflexión sobre la influencia de *Annales* en la información de los estudiantes de Historia constituye exactamente el objeto de atención en esta ocasión.

La Escuela de los *Annales*<sup>5</sup> como el juicio crítico a la historia del acontecer y defensora de la total pluralidad en los sistemas de explicación, fue uno de los contextos de referencia historiográfica más importantes para el estudio de las disciplinas históricas en la Universidad de La Habana durante la década del 60.<sup>6</sup>

<sup>2</sup> El nuevo plan de estudios de la carrera de Historia coincidió con el proceso de rectificación llevado a cabo por la Revolución y también con la crisis del socialismo en la Europa del Este, todo lo cual afectó aún más la bibliografía hasta ese momento utilizada, fundamentalmente en la historia general. En la asignatura Historia Contemporánea, la mayor parte de la bibliografía ha sido descalificada por los propios hechos históricos. Si bien esto no ha significado el rechazo total a los textos, sí ha requerido de una crítica actualizada y del uso de otros textos complementarios.

<sup>3</sup> P. Vilar: *Pensar la historia*, Instituto Mora, México, 1992, pp. 119-120.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pp. 93-94.

<sup>5</sup> Para muchos autores, *Annales* no constituye una escuela como tal. Incluso, algunos de sus colaboradores ponen en duda la utilización del término.

<sup>6</sup> La Revolución Cubana triunfó en enero de 1959, por

(continúa)

En estas breves páginas trataremos de exponer cómo se expresaron los aportes académicos de esta corriente historiográfica en la elaboración de numerosos programas de las asignaturas impartidas por aquellos años, para comprender el alcance de la contribución al desarrollo de la historia como ciencia, en un momento privilegiado en Cuba, donde la historia comenzó un acercamiento a las preocupaciones del hombre común.

De antemano sabemos que rescatar los juicios acerca del empleo de autores de la talla de Lucien Febvre, Marc Bloch, Fernand Braudel, entre otros, y precisar su utilidad en la formación de un historiador en el contexto de la Cuba revolucionaria, no resulta tarea fácil. No obstante, vale la pena el intento, pues determinar hasta dónde el proyecto de la "historia total" y de la "historia problema" permeó nuestra forma de enseñar la historia, también es conocer más de la percepción de la historia de una época en la cual se proclamaba la historia como "arma".<sup>7</sup>

Por otra parte, si recordamos que la escuela de los *Annales* trató de distanciarse de cualquier identificación con una corriente, tanto del conocimiento como de la política, y que lo esencial de su estrategia fue estar abierta a todos, podemos entonces estimar interesante, además, llegar a saber cómo se evidenció la oposición del marxismo ortodoxo hacia este grupo de historiadores y las consecuencias negativas sobre todo para la explicación de la historia universal, precisamente el punto de referencia que utilizaremos para ejemplificar los cambios bibliográficos en los programas de estas asignaturas.

Pero no podemos hablar de la influencia de *Annales* en la enseñanza de la historia en Cuba sin tener en cuenta la propia evolución de los historiadores que integraban este grupo, las etapas y cambios que sufrió esta escuela, ni tampoco dejar de apreciar las consideraciones metodológicas de los propios especialistas cubanos. Lo uno y lo otro tendrán que relacionarse. En primer lugar, porque validamos el criterio de que "la producción histórica debe ser analizada y comprendida en su tiempo, es decir, el historiador o la escuela que sea objeto de análisis debe ser estudiada en correspondencia directa con los problemas sociales que se viven, con las in-

terrogantes que surgen, con las presiones sociales, políticas, ideológicas y estratégicas que se hacen sentir sobre la visión que se tenga del mundo",<sup>8</sup> y, en segundo lugar, porque los cambios producidos en la enseñanza en Cuba, a partir de 1959, no respondieron únicamente a nuevos criterios académicos sino también a nuevas realidades y, por tanto, a nuevas necesidades sociales. Bajo estas consideraciones se llevaría a cabo la reforma universitaria, para hacer las universidades "más capaces para desempeñar a plenitud la función que las circunstancias demandaban".<sup>9</sup>

La universidad dentro de la concepción tradicional preparaba al estudiante profesionalmente como especialista en su campo. La reforma del 62 se propuso preparar al joven con un sentido social y de servicio, y por eso no sólo se contemplaron cambios académicos, sino de toda la actividad estudiantil. La revolución en marcha requería del conocimiento para emprender los grandes cambios en la economía y en la sociedad. Ejemplo de ello serían la integración a las tareas productivas movilizadas por la Federación Estudiantil Universitaria, la incorporación a la difusión de la enseñanza y, posteriormente desde el curso 1967-1968, la organización, como parte del curso escolar, de actividades de carácter social en diferentes regiones del país, cuyos resul-

---

*(viene de la página anterior)*

lo que recién comenzaban los cambios en Cuba. En lo referente a la enseñanza, se inscriben dos grandes acontecimientos: la Campaña de Alfabetización en 1961 y la Reforma Universitaria en 1962.

<sup>7</sup> Citado por Pierre Vilar, ob. cit.

<sup>8</sup> Hugo Fasio: "La nueva historia francesa: radiografía de una historia", en *Historia Crítica*, no. 5, enero-julio de 1991 p. 39.

<sup>9</sup> Tomado de "La Reforma de la Enseñanza Superior en Cuba", en *Colección de documentos*, La Habana, enero de 1962. Este documento lo firmó la Comisión Ejecutiva del Consejo Superior de Universidades, consejo que incluía representantes de los consejos de las universidades de Las Villas, Oriente y La Habana. Estuvo presidido por el doctor Armando Hart Dávalos, ministro de Educación (Ley no. 916 de 31 de diciembre de 1960). Esta reforma había sido solicitada el 20 de abril de 1960 en una Declaración de Principios de los Estudiantes Universitarios Cubanos.

tados sirvieron de base para decisiones políticas a nivel de gobierno.

De esta manera se iniciaba una nueva relación entre la docencia y la investigación, tal y como había planteado el documento de la reforma.<sup>10</sup> Sin embargo, en la práctica, el cambio se iba produciendo lentamente, no exento de polémicas. Aún primaban criterios como que la universidad debería limitarse a enseñar la aplicación de técnicas en la forma menos problematizadora. Aunque se proscibía el verbalismo y se reclamaba una enseñanza activa, muchas de las actividades docentes se concretaban básicamente en las clases magistrales. Pero poco a poco se fue abriendo paso una manera diferente de enfrentarse con el serio compromiso universitario. En el éxito de esta empresa tendrían mucho peso los reclamos estudiantiles, pero también el ingreso a la universidad de profesores provenientes de los antiguos institutos de segunda enseñanza y que iban cubriendo las plazas que dejaban relevantes figuras de la ciencias y de las artes que no comulgaban con el proyecto revolucionario, definido desde abril de 1961 como socialista.<sup>11</sup>

Desde el punto de vista institucional, la reforma cambiaba la organización del estudio de las ciencias sociales,<sup>12</sup> y en particular el de la historia. Luego de 1962, la antigua Escuela de Filosofía y Letras se dividía en varias escuelas: Letras, Periodismo, Psicología, Geografía e Historia.<sup>13</sup> Se iniciaba así la formación de un historiador con perfil definido desde los primeros años de la carrera. A partir de las nuevas concepciones de la enseñanza se aprobó el primer plan de estudios que ponía el acento en la parte docente, aunque tenía como propósito graduar a un historiador que pudiera ejercer tanto en la docencia como en la investigación.

Entre 1962 y 1976, el plan de estudios varió poco en cuanto a las asignaturas impartidas. Sólo se suprimieron los contenidos de Historia de las Doctrinas Sociales que aparecían en el plan I.<sup>14</sup> En general los programas se organizaron respetando las divisiones tradicionales de la historia universal: Prehistoria e Historia de la Antigüedad, de la Edad Media, de los Tiempos Modernos e Historia Contemporánea, los cuales se explica-

ban desde el primero hasta el cuarto año de la carrera. Las asignaturas que abordaban la historia regional comenzaban en el segundo año de la carrera y contemplaban estudios sobre la Historia de España, América y Cuba. Este conocimiento troncal se apoyaba en otras asignaturas de formación general, como Filosofía, Economía Política, Historia de la Cultura y los idiomas extranjeros. En los últimos años se incorporaban los problemas y conflictos regionales vistos de manera horizontal. Así apareció la asignatura Colonialismo y Subdesarrollo, en que se analizaban las problemáticas económicas de Asia, África y América Latina. En ellas se abordaba la contemporaneidad, pues la historia universal, siguiendo la tradición bibliográfica, se cerraba tras los sucesos de la Segunda Guerra Mundial.

Lo más novedoso del primer plan de estudios fue la concepción del aprendizaje ligado a la investigación. Por esta razón aparecen ya de manera definida asignaturas encaminadas a preparar al alumnado desde la simple exploración bibliográfica hasta el complicado sistema de recolección de datos para su procesamiento y elaboración. Técnicas de la Investigación Histórica, explicada en dos semestres, e Historia de la Historiografía General y de Cuba, pusieron en marcha un nuevo estilo de trabajo. Planear con los estudiantes memorias, informes y tareas que suponían la exploración y sistematización de informaciones que estaban diseminadas en diversas

---

<sup>10</sup> Para promover la investigación se creaba la Comisión de Investigaciones. Ver "La Reforma...", en *Colección de documentos*, ed. cit.

<sup>11</sup> El carácter socialista de la Revolución fue proclamado el 16 de abril de 1961 en víspera del ataque a Playa Girón.

<sup>12</sup> Se creaba la Facultad de Humanidades integrada por las escuelas de Historia, Educación, Ciencias Jurídicas, Ciencias Políticas, Economía, Letras y Periodismo. Filosofía también apareció como escuela, pero no comenzó a funcionar. Posteriormente se reconoció como departamento docente.

<sup>13</sup> La carrera de Historia sólo se impartiría en las universidades de La Habana y de Oriente.

<sup>14</sup> En el plan original, Archivología y Museografía también aparecían en el cuarto año de la carrera y se explicarían a través de seminarios.

fuentes, así como establecer vínculos con los archivos, museos y bibliotecas fueron muestras de los cambios operados en el sistema de aprendizaje. Luego, el comportamiento pedagógico de estas asignaturas mediría las nuevas tendencias en los estudios históricos. En realidad, el resto de las asignaturas siguieron las vías tradicionales, por lo menos hasta el curso 1967-1968. Esta apreciación se deduce en lo esencial del sistema evaluativo imperante, en el cual los exámenes finales tenían características propias del aprendizaje repetitivo. Al ser Historia una carrera de reciente creación, las asignaturas carecían de textos elaborados por los profesores,<sup>15</sup> aunque algunas de ellas como Colonialismo y Subdesarrollo descansaban en materiales escritos por los profesores que la impartían. Por esta razón se fueron incorporando como bibliografía fundamental o básica las obras utilizadas por estos años en las universidades europeas, donde la historia contaba con sólidas cátedras. Así la gran colección de *Evolución de la humanidad*, dirigida por Henri Berr —quien se había opuesto antes que Simiand a la historia historizante—, se registraba como bibliografía para distintas etapas históricas. Autores de tendencias bien diferentes eran consultados por el alumnado: desde reconocidos positivistas como Halphen y Mantoux, pasando por Pierre Gaxotte, Henri Hauser, Marc Bloch, hasta Ernest Labrousse y Pierre Vilar, quienes se clasificaban dentro de la línea marxista. Siguiendo las pautas de las universidades francesas, la obra dirigida por Maurice Crouzet<sup>16</sup> *Historia general de las civilizaciones* cubría bibliográficamente numerosos temas de toda la historia universal. Así la colección referida a la Historia de las Relaciones Internacionales, a cargo del profesor Pierre Renovin, permitía ofrecer al estudiante un amplio horizonte en cuanto a los debates académicos. Podríamos decir que en esa década se trataba de alcanzar el estudio de la globalidad tomando de las historias plurales.

Antes de continuar debemos recordar que a partir de la Revolución Cubana la ciencia histórica fortalece su posición en el campo de las ciencias sociales. Si hacemos un parangón con la situación que atravesaba el país con anterioridad, podemos constatar que la preocupación por el

pasado se hace mucho mayor. Los principales medios impresos —periódicos y revistas— y, en menor medida, la radio y la televisión, abrieron sus espacios para informar acerca de nuestro pasado. Así la historia comienza a reconocerse como una vía para interpretar mejor el mundo, para cambiar la vida, para reconocer raíces y procesos, para defender algunas verdades, para denunciar mecanismos de opresión y para fortalecer luchas libertarias, como la que se iniciaba en esta década no sólo en Cuba sino en otras partes del tercer mundo.

Por otra parte sería injusto indicar que sólo las circunstancias habían modificado el interés por la historia. Como en otros lugares, en Cuba el saber histórico no ocupaba en la vida social un espacio sólo por consideraciones abstractas. Las contradicciones sociales y nacionales también habían sido razón de ser de “lo histórico”. Los historiadores cubanos no fueron sujetos pasivos de la amplia difusión de este conocimiento. Muchos de los esfuerzos individuales por dar a conocer la historia se reunieron en la universidad, obedeciendo a las necesidades de tipo político e ideológico del momento revolucionario. Y en cada uno de ellos puede observarse una marcada influencia de las corrientes más modernas para su época; entre ellas, la de la Escuela de los *Annales*.

Una reflexión sobre un tipo de producción historiográfica también nos obliga a establecer relación con el espíritu de su tiempo; sobre todo, si comulgamos con el criterio de Michel de Certeau de que “toda práctica histórica es relativa a la estructura de la sociedad”.<sup>17</sup> Y la Escuela de los *Annales* respondió, sin dudas, a una época determinada del desarrollo de la ciencia histórica: los estudios de historia económica y de historia

<sup>15</sup> En cuanto a la docencia, la reforma universitaria consignaba la prohibición del texto único, aunque aceptaba el libro texto-guía en los casos de reconocida conveniencia.

<sup>16</sup> Con la entrada de Maurice Crouzet en 1951 a la *Revue Historique* se abrió en ésta un espacio para la historia social y económica.

<sup>17</sup> Michel de Certeau: “L’opération historique”, en *Faire de l’histoire*, de J. Le Goff y Pierre Nora, Gallimard, 1975.



social empezaban con el siglo, y otros nuevos conocimientos, como la economía, las estadísticas y la psicología presentaban resultados capaces de auxiliar a la indagación histórica: “la Primera Guerra Mundial, la Revolución soviética, la crisis económica de 1929-1930, la Revolución socialista de China y el enorme desarrollo posterior de la ciencia básica y la tecnología, progresivamente empujaron a las ciencias sociales a ocuparse de la realidad y a pensarla como un proceso dinámico y cambiante”.<sup>18</sup>

Desde 1930, la disciplina histórica inició un combate contra la arraigada escuela positivista, y abogó por abarcar la totalidad de lo histórico y por una relación orgánica entre la historia y las demás ciencias que estudiaban al hombre.<sup>19</sup> La complejidad en lo sociopolítico y cultural también generó cambios en las formas de lucha a nivel teórico e intelectual. Y este caudal contará con dos vertientes que fueron separándose al calor de los imperativos sociales y las tendencias políticas: el marxismo y *Annales*.

Volvamos a retomar la evolución de esta última escuela. Hasta su aparición, la concepción de la historia era una clara herencia del positivismo, el cual entendería a ésta como relato de acontecimientos, como batallas, episodios brillantes de la vida política o diplomática, y en el plano filosófico, el irracionalismo. Contra el reduccionismo político de la corriente historizante se alza entonces el proyecto de *Annales*, siendo la etapa de Marc Bloch, “un momento privilegiado de la práctica histórica”.<sup>20</sup>

El mismo nombre de la revista *Annales de Historia Económica y Social* partía del presupuesto de que la historia debía ser total; es decir, enfrentar los estudios históricos desde otro punto de vista, de forma que el hecho se analizara en conexiones con todos los ámbitos de la realidad social; visión ésta que no difería de la propuesta por el materialismo histórico. Otro aspecto que significó un viraje en la apreciación de la historia resultó la relación pasado-presente, cuando, al decir del propio Bloch, “la incompreensión del presente nace fatalmente de la incompreensión del pasado”, en tanto “el conocimiento del presente es directamente más importante todavía para la comprensión del pasado”.<sup>21</sup>

Asimismo, esta escuela subvertía el criterio de la historia-narración. En oposición a éste planteaba la historia-problema o la historia conceptualizada, la cual también atacaba el material tradicional del historiador, el acontecimiento único.<sup>22</sup> Según L. Febvre, plantear un problema es, precisamente, el comienzo y el final de toda la historia. Sin problemas no hay historia.<sup>23</sup>

En el plano académico, el resultado más importante fue que esta forma de hacer la historia en *Annales* suplantó la historia política como tema dominante. Apareció entonces el hombre común en la historia. Y aquí se entrelazan de nuevo los criterios de estos autores con el marxismo. No por casualidad Elizabeth Fox y Eugene Genovese, a pesar de su crítica, reconocen a *Annales* entre los primeros de la historia social.<sup>24</sup> Toda su obra evidenció que “la dinámica histórica dejó de ser una trayectoria lineal ocasionalmente removida por los cambios políticos, para mostrarse como un devenir desigual, constantemente perturbado y modificado por las fuerzas dispares y contradictorias de la economía y la estructura social”.<sup>25</sup>

Para completar esta idea acerca de lo que significaron los cambios en el quehacer de los historiadores a nivel mundial y, por tanto, entender en qué medida eso se reflejó en Cuba, no podemos pasar por alto la coincidencia en el siglo xx de la Escuela de *Annales* con el marxismo, que

<sup>18</sup> Enrique Florescano: “De la memoria del poder a la historia como explicación”, en *Historia para qué?*, Editorial Siglo XXI, México, 1980, p. 111.

<sup>19</sup> *Annales* se organizó con la colaboración de geógrafos como Demenon, economistas como Simiand y sociólogos como Mauss.

<sup>20</sup> E. Fox y E. Genovese: “La crisis política de la historia social. La lucha de clases como objeto y sujeto”, en revista *Historia Social*, no. 1, Valencia, 1988, p. 84.

<sup>21</sup> M. Bloch: *Apología de la historia o el oficio de historiador*, Fondo Editorial Buría, Venezuela, 1986, pp. 78-79.

<sup>22</sup> A. Burgiére: “L'Histoire d' une histoire: la naissance des Annales”, en revista *Annales*, no.6, 1979.

<sup>23</sup> L. Febvre: *L'Combats por la historien*, Ariel, Barcelona, 1970.

<sup>24</sup> E. Fox y Genovese, ob. cit.

<sup>25</sup> Florescano, ob. cit., p. 114.

combatía de igual manera por alcanzar la totalidad de la historia.

La concepción marxista presentaba una imagen unitaria y dialéctica del universo,<sup>26</sup> donde todo lo existente está regido por leyes y muestra la evolución humana a través de etapas de progreso definidas por la naturaleza de esas relaciones sociales. Mas, el mal entendido determinismo económico marcó la visión de esta teoría, sobre todo en el siglo xx. Tampoco podemos olvidar que el análisis de "lo social" por el marxismo acarreó un compromiso socialista político. De ahí que *Annales* compartiese gran parte de la perspectiva intelectual marxista, pero muy poco de la política. De ahí su constante argumentación de una ciencia experimental liberada de las ideologías. Tal y como declaraba L. Febvre: "El rechazo de la historia como un mero afán de curiosidades no autoriza, sin embargo, a diluir su función cognoscitiva en vorágine de las luchas sociales".<sup>27</sup>

Esta oposición a una visión marxista aumentaría en la década del 50, en tanto la propia práctica revolucionaria incrementaría las controversias en torno a la teoría. Sin olvidar tampoco el ambiente poco propicio no sólo para el estudio del marxismo, sino para aceptar su validez en el plano de la ciencia. Pierre Vilar advierte los elementos causales al decir: "Una sociología abiertamente materialista, y que señalaba la lucha de clases como motor decisivo de la dinámica social no podía encontrar, en la sociedad de su tiempo, a la que declaraba la guerra, más que una acogida espontáneamente negativa".<sup>28</sup>

Por todo lo antes expuesto se comprenderá que esta influencia determinó que el estudio científico de la realidad histórica se fuera imponiendo en nuestras aulas universitarias. Ya no bastaría con conocer los hechos y describirlos: también era necesario entender el sentido del desarrollo humano, así como analizar los cambios. Y esta reconstrucción del pasado se fue organizando en medio de los cambios estructurales que no sólo sacudían el andamiaje económico del capitalismo en Cuba, sino también las mentalidades.

El primer encuentro de los estudiantes con la historiografía de *Annales* se propició a través

de la asignatura Técnicas de la Investigación Histórica, aunque en su impartición aún tenía una fuerte impronta positivista. Bastaría recordar el gran uso de la obra *Introducción a los estudios históricos* de Langlois y Seignobos, la cual ponía el acento en un procedimiento que garantizase la fidelidad y exactitud de los acontecimientos registrados. Por aquel entonces servía de presentación a estos textos una evaluación del propio Marc Bloch, quien reconocía: "Mi primera educación les debió mucho a sus enseñanzas y a su obra. Pero ambas no solamente nos enseñaron que la historia tiene como primera obligación el ser sincera; ellos no disimulaban tampoco que el progreso mismo de nuestros estudios se nutre de la contradicción necesaria entre las generaciones de trabajadores".<sup>29</sup>

Para estos dos historiadores, narrar los hechos "tal como fueron" se convertía en el ideal del oficio de historiador, y por ello, éste estaba obligado a "someter los documentos y tradiciones heredadas a un severo escrutinio para discernir su origen, develar los fines expresos y ocultos de sus creadores y descubrir las alteraciones que habían operado en ellas sus sucesivos lectores".<sup>30</sup> Por este procedimiento se pensaba que el juicio histórico se separaría de todo concepto filosófico, y podría lograrse la objetividad y la imparcialidad.

El texto de Langlois y Seignobos ocasionó grandes debates en los primeros años de la licenciatura, pues si bien se reconocía lo que él había significado frente a la concepción teológica de la historia, era seguir los criterios positivistas del historiador como simple reproductor de los archivos.

Sin embargo, el planteamiento del uso de la crítica interna y externa de la documentación

<sup>26</sup> J. Brom: *Para comprender la historia*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1989.

<sup>27</sup> L. Febvre, ob. cit.

<sup>28</sup> P. Vilar: *Economía, derecho, historia*, Ariel, Barcelona, 1983.

<sup>29</sup> "Algunas notas manuscritas de Marc Bloch", en *Apología de la historia*, Editorial Venezolana, Caracas, 1986 (Apéndice).

<sup>30</sup> E. Florescano, ob. cit., p. 107.

hecho por estos autores, serviría de mucho para el trabajo cotidiano que se abría a los estudiantes de Historia. Al vincularse el trabajo docente de carácter tradicional con las prácticas en el Archivo Nacional, el Museo de la Revolución (que recién se había creado) y las bibliotecas más importantes, como la Biblioteca Nacional y la de la Sociedad de Amigos del País, se hacía imprescindible alcanzar esas habilidades, propias del oficio de historiador.

Hay que reconocer que, junto a esta bibliografía de carácter eminentemente positivista, se recomendaban ya en ese programa las obras más representativas de la Escuela de los *Annales*, así como los trabajos de Marx y Engels en los cuales definían su concepto de la historia. Para mayor precisión habría que indicar que, aunque se ofrecían al alumnado las distintas concepciones acerca de la historia, se advertía claramente una afiliación a las ideas defendidas por Marc Bloch.

La tendencia positivista preconizaba una historia desinteresada, mientras la de *Annales* concedía a la historia una función en la sociedad, y sus partidarios creían en su utilidad social. Esta última primó en la impartición de la historia en la Universidad de La Habana. En la asignatura Técnicas de la Investigación Histórica, que explicaba la doctora Hortensia Pichardo, esta tendencia se expresaba de manera directa en la defensa del papel de la historia en la formación de convicciones patrióticas. En el quehacer en las aulas universitarias se cumplían objetivos morales y culturales, al hacer comprender las herencias legadas por las generaciones anteriores.

*Introducción a la historia*, título que dio la Editorial Siglo XXI al libro *Apología de la historia o el oficio de historiador*, fue reconocido por los alumnos del primer año de la licenciatura como el texto básico para iniciarse en el debate académico. A través de su lectura, aprendieron a valorar la historia como “una ciencia de los hombres en el tiempo, concebido éste también como cambio perpetuo”, y a conocer que “un fenómeno histórico nunca puede ser explicado en su totalidad fuera del estudio de su momento”. Esto último no siempre bien entendido por los jóvenes que se incorporaban al oficio en pleno fragor revolucionario, con el riesgo de que cierto

radicalismo extremo conduzca a juicios ligeros y hasta injustos acerca de nuestro propio pasado revolucionario.

Paralelamente al estudio de las tesis defendidas por *Annales*, se inició el análisis de las principales obras de los clásicos del marxismo. Partiendo del *Manifiesto*, en el cual se afirmaba que “la historia de todas las sociedades existentes hasta el presente era la historia de luchas de clases”, pasando por la *Contribución a la crítica de la economía política*, que se empleaba como canon doctrinal del marxismo, hasta la lectura casi siempre incompleta y desgajada, en muchas ocasiones, de la gran obra *El capital*; al final se lograba la definición marxista de la historia a partir de la visión que tenían Marx y Engels del mundo y de su programa para transformarlo.

Resultado de todo esto, la crítica a la Escuela de los *Annales* y a Marc Bloch, en particular, no tardó mucho tiempo en aparecer, al estimarse esta tendencia como contraria al marxismo. Las primeras argumentaciones confrontarían las ansias de saber y de enjuiciar en el plano histórico de un estudiantado que tenía ante sí un proyecto social que se reducía en la práctica a un ataque al capitalismo. Por tanto, se hacía imposible un trabajo intelectual que tomara distancia del quehacer político y permitiese incorporar lo mejor de cada pensamiento o escuela.

De Bloch se dirá que su obra no constituía un tratado teórico y que el momento en Cuba reclamaba un interés especial en la teorización de la historia. Al juicio de Bloch de comprender<sup>31</sup> más que de enjuiciar, se antepone la necesidad de valorar el hecho; pues ello no se trataba de un simple ejercicio intelectual, sino de una necesidad práctica, se pedía a la historia que guiara la acción.

El reclamo de un “pensar históricamente”, de una valoración en correspondencia con las condiciones sociales, y la apreciación de la relación entre el momento histórico del acontecimiento y “el inconsciente colectivo”, resultarían consideraciones muy posteriores a esta época. El

---

<sup>31</sup> Comprender, según Bloch, era una palabra cargada de dificultades, pero también de esperanzas.

momento no permitía convergencia en el lenguaje, sino que más bien avivaba el enfrentamiento.

No obstante, la lectura de las obras y las discusiones en torno a las concepciones de la historia de Marc Bloch y de Lucien Febvre no sólo representaron una repuesta al porqué de la historia, sino el conocimiento de las diferentes técnicas en que se apoyaría la ciencia histórica y de nuevas temáticas como coyunturas, crisis, transiciones y ciclos, las cuales aparecían como otros tantos puntos de referencia para el análisis histórico.

Pero volvamos otra vez al medio en que se desarrollaron los debates a favor o en contra de los conceptos de los representantes de *Annales*. No hay ningún riesgo en afirmar que finalizando la década del 60 se operó un amplio cambio en el panorama de la enseñanza universitaria. Mucho tuvo que ver en el campo de las ciencias sociales, el surgimiento del Departamento de Filosofía,<sup>32</sup> en el cual proliferaron las discusiones y las publicaciones en torno a problemas de la teoría marxista en función de una práctica revolucionaria. La lectura directa de las obras de Marx, Engels, Lenin, más los debates en torno a los aportes de pensadores como Georg Lukács, Karl Korsch y Antonio Gramsci, constituirían una manera de enfrentarse a la fosilización de la teoría que, en la versión de los manuales, había invadido la enseñanza del marxismo.

De esa forma, el marxismo-leninismo se organizaba en la enseñanza superior como sistema teórico específico, compuesto por una teoría filosófica, una teoría política y una teoría económica. La Economía Política funcionaría como asignatura independiente, por lo cual, en esos años, programas de esta asignatura se organizaron siguiendo los índices de los manuales publicados por la universidad soviética Lomonosov, y luego se incorporaron como bibliografía otros materiales divulgados por las Esquelas de Instrucción Revolucionaria aparecidas como una vía para la educación política de la población, sin atención a su nivel académico. La teoría política no se organizaría pedagógicamente en los programas hasta 1982.<sup>33</sup>

Bajo la dirección metodológica del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, se explicó la teoría filosófica marxista si-

guiendo la división de materialismo dialéctico y materialismo histórico. Este último aspiraba metodológicamente a alcanzar su definición a través de la lectura de las obras de los clásicos. Así la *Ideología alemana*, el *Manifiesto comunista*, la *Contribución a la crítica de la economía política*, servían de hilo conductor para entender la génesis y el desarrollo de la formulación del materialismo histórico y la concepción de la historia. Por este medio se abrían nuevos horizontes para la interpretación de la historia.

En el mundo académico es reconocido por todos que la aparición del marxismo constituyó un acontecimiento singular en el desarrollo del pensamiento social. Pero en Cuba tuvo mayor alcance, pues los efectos de la llamada guerra fría que siguió a la Segunda Guerra Mundial, se habían reflejado en la enseñanza, oponiendo la "ciencia burguesa" a la "ideología marxista", y silenciando o minimizando la teoría marxista en los programas de Filosofía. De ahí que el estudio del marxismo representó, por una parte, una gran novedad —sobre todo, para quienes arribaron a la universidad en esos años, muchos de ellos procedentes del interior, a través del sistema de becas—,<sup>34</sup> y, por otra, propició desde el principio el hábito de polemizar en las aulas, al darse a conocer también las grandes tendencias que se disputaban el legado de Carlos Marx.

No era de extrañar entonces que temas como la definición marxista de la historia, el papel de las clases sociales y la relación entre teoría y praxis; no sólo ocuparan el horario de una materia en particular, sino que surgiesen discusiones en el resto de las asignaturas.

Postulados como que el hombre está condicionado socialmente y su conocimiento y actividad se concretan en una práctica determinada,

<sup>32</sup> En 1976 apareció la carrera de Filosofía dentro de la Facultad de Filosofía e Historia.

<sup>33</sup> La asignatura Comunismo Científico se impartió, por primera vez, en el plan "B", en el octavo y noveno semestres.

<sup>34</sup> A partir del sistema de becas, todos los estudiantes provenientes del interior del país se matricularían en las universidades de Oriente y de La Habana. Los alumnos procedentes del interior poseían menos nivel académico que los de la capital del país.

hubieran cónvergido de forma natural de la lectura de *Annales* y la de los escritos de los clásicos del marxismo. Igualmente, el análisis de las categorías de conciencia social defendidas por Carlos Marx y de las de la mentalidad colectiva de Marc Bloch, como expresiones conceptuales de tradiciones diferentes, hubiera aportado mayor riqueza en el campo de las ciencias históricas. Sin embargo, la concurrencia de varios factores impedirían todo ello. El carácter excluyente de la teoría marxista en el análisis histórico estaría presente. Una historia marxista sin incertidumbres se iría estableciendo, y en consecuencia se consideraba absurda cualquier valoración de "procedencia burguesa". De ahí que la historia-problema que subrayó Marc Bloch no tuviera posibilidades de integrarse en esta nueva manera de ver la historia.

Otro aspecto a tomar en cuenta es el de la composición del claustro, el cual, durante esa década, se nutrió de jóvenes recién egresados de la antigua carrera de Filosofía y Letras, quienes empezaban a incursionar en la investigación histórica. No se contaba con un trabajo sistemático en el plano metodológico, y muchos de ellos recurrieron al marxismo como una filosofía de la historia que daba todas las respuestas, sin necesidad de verificarlas en la práctica. Al referirse a Marx como historiador, Pierre Vilar ha dicho que éste había descubierto su método practicándolo.<sup>35</sup> Pero en nuestro caso, muchos profesores lo dieron por terminado, y con ello ponían punto final a la discusión.

Por último, hay que analizar la respuesta dada por los estudiantes. El radicalismo extremo que impregnaba la práctica revolucionaria se extendió a la reflexión intelectual: no había por qué dudar. El análisis crítico se reservaba para el estudio de la sociedad capitalista. No quedaría en pie ningún argumento que no partiese del postulado marxista. Así, poco a poco, se marchaba hacia el empobrecimiento teórico.

Resultado de todo lo anterior fue el inicio de la reducción de los ámbitos bibliográficos, la posibilidad de indagación fue topando con límites y fronteras que se expresaban en la frase "a la luz del marxismo-leninismo". Finalmente, discusiones que habían podido tener un contexto de

solidaridad profesional, como diría Pierre Vilar,<sup>36</sup> terminaron en conflicto, que a su vez generaron decisiones burocráticas en el campo académico, las cuales aún esperan por una evaluación sobria y equilibrada.

La historia demostraría, más tarde, que se hizo poco caso a una sabia advertencia de Marc Bloch, precisamente en referencia al análisis histórico: "Quien difiere de nosotros, sea extranjero o adversario político, pasa casi necesariamente por un ser de malos antecedentes. Aun para conducir luchas inevitables, sería necesario un poco más de inteligencia en las almas; con más razón para evitarlas, si se está a tiempo. A condición de renunciar a sus falsos aires de arcángel, la historia debe ayudarnos a salir de este mal paso. Es una vasta experiencia de las variedades humanas, un largo encuentro entre los hombres. Tanto la vida como la ciencia tiene el mayor interés en que este encuentro sea fraternal".<sup>37</sup>

La mayor parte de las discusiones se registró en la asignatura Técnicas de la Investigación Histórica, fundamentalmente porque ésta aproximaba al alumno a problemas como el sentido y la función de la historia, su conceptualización, sus vínculos con otras ciencias sociales y la crítica histórica, por todo lo cual no podían obviarse juicios de valor sobre las distintas corrientes historiográficas. Por ello, esa asignatura acapararía los momentos más apasionados del debate académico.

De manera más tranquila, otras muchas asignaturas dentro de la disciplina de la historia general contaron bibliográficamente por mucho tiempo con obras que se inscribían dentro de la línea de *Annales* o, por lo menos, muy influidas por Bloch, Febvre y Braudel.

En Historia de España, por ejemplo, junto a autores de corte positivista como Rafael Altamira, se veía el uso de obras en las cuales la influencia de *Annales* se evidencia en la importancia del estudio de la relación del hombre con la naturaleza, de la arqueología y de la antropología. En este registro ocupa un lugar especial la figura de

<sup>35</sup> P. Vilar: *Economía, derecho, historia*, ed. cit., p. 176.

<sup>36</sup> P. Vilar: *Pensar en la historia*, ed. cit.

<sup>37</sup> B. M. Bloch, ob. cit., p. 151.

Fernando Braudel, con su imponente obra *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*, quien marcaría gran parte de la historiografía española y sobre el cual se hace necesario un comentario particular.

La mayoría de los autores tiende a estimar la etapa de Braudel como el primer momento de transición de *Annales*,<sup>38</sup> y a éste como “el heredero y sucesor del proyecto analista”.<sup>39</sup>

Con él, la historia, como estudio del cambio social, se sustituye por una historia que destaca lo que permanece, lo que perdura. Mucho se ha hablado de que fue “el primado que le concedió a la historia casi inmóvil facilitando la identificación y fusión de la historia como la antropología”,<sup>40</sup> aunque esto también facilitó “el advenimiento de un positivismo más ilustrado”.<sup>41</sup> El reconocimiento de las estructuras (el tráfico, las rutas, etc.) sería el aspecto más novedoso de su obra, aunque en ella no se le conceda un contexto conceptual y, por tanto, se le considere como una nueva manera de escribir la historia tradicional. Esto se desprende de su propia definición del término estructura: “Para nosotros, historiadores, una estructura es sin duda, ensamblaje, arquitectura, pero más aún una realidad que el mal tiempo usa mal y vehiculiza muy largamente”.<sup>42</sup>

Su obra se utilizó más por profesores que por alumnos, aunque siempre se recomendaría por el acento que ponía en la geografía y en la economía, aunque no alcanzara una explicación global. De igual forma, la parte referida a los acontecimientos, la política y los hombres—presentada de manera bien tradicional—, completaba el conocimiento de toda una época.

Este libro, lleno de sugerencias, recibió muchas objeciones, en lo esencial a lo referente a la explicación del capitalismo, la cual no rebasaba el análisis de la especulación. La definición de capital como un conjunto de cosas y no como conjunto específico de relaciones sociales de producción, lo distanciaba totalmente de lo propuesto por los programas, los cuales partían de la validez del postulado marxista; de ahí que sólo fuera objeto de consulta.

Reconocida por la importancia que dio a la vida material en el proceso histórico y su preocupación por la naturaleza, la obra de Braudel tam-

bién es notable por sus efectos positivos en la historiografía española,<sup>43</sup> los cuales pueden apreciarse en autores como Vicens Vives, Sánchez Albornoz, U. Ubieta y A. Reglá, cuyos textos resultan los más empleados por nosotros en la asignatura Historia de España.

En los estudios de la Edad Media, lógicamente no podía faltar la obra de Marc Bloch *La sociedad feudal*. Ella es el mejor ejemplo de como se expresó Bloch en el campo del conocimiento, y constituye un enfrentamiento a la historia únicamente referida a las cortes, a las instituciones y a otros aspectos del mundo oficial.

En las referencias que se hacían en las aulas de este relevante texto, se señalaba la maestría del autor para estudiar las relaciones de autoridad dentro de las más amplias y complejas relaciones sociales. La conexión que el autor estableció entre relaciones de producción y ordenamiento jurídico, sin plantearse un análisis de clases preciso, se aproxima a la evaluación marxista de los conflictos sociales. Al decir de Hobsbawm, Bloch trabajó “hacia afuera y hacia arriba a partir del proceso de producción social y su ámbito completo”.<sup>44</sup>

Así también, Henri Pirenne, con su obra *Historia económica y social de la Edad Media*, sirvió de sostén bibliográfico a gran parte de la historia medieval, en lo fundamental a la época del resurgimiento de la vida urbana, aunque su definición de capitalismo como el resultado de comercio a larga distancia fue objeto de grandes discusiones, lo que luego se intensificaría con el aparecer de los debates en torno al período de transición del feudalismo al capitalismo.

---

<sup>38</sup> Lucien Febvre había indicado que *Annales* cambiaba porque a su alrededor todo cambiaba, los hombres, las cosas. *L'Combats por la historien*, ed. cit.

<sup>39</sup> H. Fazio, ob. cit., p. 46.

<sup>40</sup> M. Vovelle: “L'Histoire et la longue durée”, en Le Goff: *Le Nouvelle Histoire*, Éditions Complexe, París, 1988.

<sup>41</sup> H. Fazio, ob. cit., p. 48.

<sup>42</sup> F. Braudel: *Ecrits sur l'histoire*, Flammarion, París, 1969.

<sup>43</sup> P. Vilar: “La figura de Fernand Braudel”, en *Pensar la historia*, ed. cit., p. 91.

<sup>44</sup> E. Hobsbawm: “De la historia social a la historia de la sociedad”, en *Historia Social*, no. 10, 1991.

La asignatura Historia Moderna, más que con la influencia de *Annales*, contó con la de la otra corriente historiográfica francesa, la del socialismo francés, que pasaba por Jean Jaures y por los grandes autores de la *Historia de la Revolución*: Mathiez, Lefebvre y Soboul. También la llamada historia social, desde la definida por Trevelyan como “la historia del pueblo dejando fuera la política”, hasta la identificada con el concepto de historia económica, como las de Christopher Hill y R. W. Malcolmson, constituyeron las otras tendencias que sobresalieron.

Por último, hay que destacar que los estudios del siglo XIX y XX, casi desde sus inicios, se realizaron a través de los primeros textos provenientes del campo socialista, y caracterizados éstos, en gran medida, por potenciar los acontecimientos que reflejaran los enfrentamientos entre capital y trabajo ocurridos a lo largo de estos dos siglos. No sería hasta la década del 70, cuando aparecerían los grandes debates de los marxistas ingleses, que estos conflictos dejarían de analizarse con cierto sentimentalismo.

Para concluir, tenemos que referirnos a los cambios que se produjeron en la enseñanza de la Historia de Cuba en la década del 70. Por estos años,<sup>45</sup> un nuevo discurso se impuso en el plano de la política y la ideología, y, por supuesto, ligado a esto último, de la educación. Variaron entonces las apreciaciones acerca de la orientación de las lecturas históricas. Bajo la influencia del marxismo ortodoxo no sólo se privilegió a la historiografía procedente de Europa Oriental y, básicamente, de la Unión Soviética, sino que se despreciaron muchos de los aportes de otras corrientes historiográficas, evaluadas todas simplemente como “burguesas”.

Por otra parte, hay que reconocer que la historia social iniciada por *Annales* también fue modificándose por estos años. Bajo el criterio de la necesidad de romper con el aislamiento disciplinario, se abrió la historia a todos los campos posibles. En vez de arribarse a una unidad de enfoque, se estableció un abismo en el quehacer

**LEONOR AMARO CANO (Matanzas, 1943), doctorada en Ciencias Históricas en la antigua R.D.A., es profesora titular de Historia Moderna en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana —en la actualidad presta servicios en el Ministerio de Relaciones Exteriores cubano—, autora de diversos artículos y ensayos acerca de las revoluciones burguesas y la Revolución Francesa, publicados en Cuba y en el extranjero, así como temas referidos a la pedagogía.**

teórico, dando lugar a la proliferación de “unidades parciales de análisis”, sin la pretensión de alcanzar la totalidad tan defendida por los iniciadores de esta corriente.

Un buen comentario a esta situación a que se enfrenta la historia luego de sus grandes avances en las décadas del 60 y 70, lo hace Roger Chartier al referirse a las nuevas estrategias. Para él, ésta ha fracasado por “el declive radical de las teorías y de los conocimientos sobre los cuales la historia había apoyado sus avances”.<sup>46</sup>

La historiografía de *Annales*, con todos los cambios, volvería a utilizarse en Cuba en los nuevos planes (en la década del 80), pero, por supuesto, a partir de consideraciones muy diferentes; no sólo por lo que representa esta escuela hoy, sino por lo que ha ganado la interpretación de la historia luego de la crisis del socialismo en Europa Oriental.

Por todo esto, podemos afirmar que en el análisis de la formación del historiador cubano, la época de Marc Bloch seguirá teniendo un lugar privilegiado donde lo espacial y lo temporal, lo sustantivo y lo teórico, lo estructural y lo cambiante, se combinaron para iniciar a muchos de los que hoy han dado muestras de poseer un buen oficio en el campo de la historia; sobre todo, en el reanálisis de nuestra historia nacional.

• • • • •

<sup>45</sup> En la década del 70 se adoptaron normas y formas de organización propias del socialismo soviético. Esto trascendió al sistema educativo.

<sup>46</sup> Roger Chartier: “El mundo como representación”, en *Historia Social*, no. 10, 1991, p. 163.

# El arte y la ciencia ante el pensamiento divergente

Jorge Carlos Potrony García

En la búsqueda creciente del saber humano, la pedagogía ha posibilitado el desarrollo de **principios generales** para educar el **pensamiento divergente** como instrumento que requiere la **creatividad**, llamado también lateral, imaginativo, intuitivo o derecho —al localizarse en ese hemisferio cerebral—. En significativas **reflexiones**, el autor nos conduce en este trabajo por caminos de la **psicología**, en los cuales la **ciencia** y el **arte** resultan campos efectivos en el proceso creador del hombre. ● ● ● ●

Quando hablamos de una solución original a algún problema artístico, científico o técnico es porque esa solución se sale de los caminos trillados del pensamiento, rompe con los habituales esquemas de hacer las cosas o constituye una vía no convencional hacia nuevos conocimientos. En pocas palabras, una solución original es un resultado creador.

El tema de la creatividad es objeto de interés en distintos perfiles de la actividad humana. Hoy día, en los procesos de enseñanza, en las actividades científico-técnicas y en el arte se plantea,

cada vez con más fuerzas, la existencia de principios generales que estimulan la creatividad, así como la influencia colateral de esta estimulación en actividades diferentes a la estimulada.

En el campo de la pedagogía, distintos especialistas han enfatizado la importancia de la educación artística en el desarrollo integral del hombre y como vía para estimular la creatividad en otras esferas de la actividad humana. Esto último evoca enseguida la familiar imagen de Sherlock Holmes descubriendo la pista que habrá de conducirlo hasta el criminal, mientras toca



el violín, o inmediatamente después de hacerlo.

Algunas investigaciones de corte experimental realizadas en distintos países, han revelado una relación de causa y efecto entre la enseñanza de las artes plásticas y el desarrollo intelectual del alumnado en escuelas del sistema general de enseñanza. En consecuencia, G. Sefchovich y G. Waisburd recomendaron crear talleres de artes plásticas para elevar el rendimiento escolar en matemáticas y español; en tanto, L. A. Piryssalu demostró experimentalmente que la enseñanza de las artes plásticas en las mencionadas escuelas desarrolla el intelecto general y las capacidades matemáticas, en particular, aun a costa de reducir el tiempo dedicado a las demás asignaturas en favor de las artes plásticas.<sup>1</sup>

El desarrollo de la creatividad dentro de las artes plásticas sólo puede influir sobre el desarrollo intelectual de alumnos del sistema general de enseñanza, si existen ciertamente principios generales que estimulen a la vez la creatividad artística y la intelectual del alumno en las asignaturas de su plan de estudio. La existencia de estos principios generales nos ofrece un buen fundamento para pensar que también podría darse una influencia creativa de dirección inversa: de la ciencia al arte.

Sin embargo, esta dirección investigativa en el campo de la pedagogía es todavía tierra virgen. Los principios de la enseñanza problémica, las dinámicas de grupo, los modelos de simulación y la técnica del *brainstorming*, por citar sólo algunos instrumentos del pensamiento divergente aplicados para estimular la creatividad científico-técnica, también podrían desarrollar la creatividad artística. Por consiguiente, la educación de la creatividad en alumnos de arte, sobre la base de principios ya probados en el campo científico-técnico, además de prepararlos para ser creativos en cualquier esfera de su vida, amplía el horizonte de desarrollo de su creatividad artística.

#### JORGE C. POTRONY GARCÍA

(Stgo. de Cuba, 1940), licenciado en Sociología, profesor en el Instituto Superior de Arte, ha trabajado en los campos de la Sociología, Psicología, Etnología, Geofísica e Informática, en centros como el Instituto de Ciencias Sociales, en el Instituto de Geofísica y el Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas de la Academia de Ciencias de Cuba; de activa participación científica en diversos eventos nacionales e internacionales que incluyen sus trabajos en el Centro Cultural Juan Marinello, también se ha destacado por sus escritos en la prensa especializada y en diversos libros.

La relación entre el arte y la ciencia se hace cada día más estrecha, ejemplos muy evidentes de esto los tenemos en la música electroacústica o en la publicidad comercial, pero dicha relación hasta el momento no se ha comprendido en su justa medida. No sólo se trata de poner la ciencia al servicio del arte, de lograr mejores efectos artísticos y más variados con la menor cantidad de ejecutantes, o de hacer una simbio-

sis de arte y ciencia para poner a ambos en función del mercado; se trata, esencialmente, de enriquecer una de estas dos esferas de la actividad humana *actuando desde la otra*.

En la vida moderna, la creatividad constituye un concepto central relacionado con esferas de la actividad humana tan disímiles como el comercio, el arte, la política, la mercadotecnia, la guerra, la ciencia, la técnica y el juego.

Tanto en el lenguaje llano como en el científico, la creatividad se concibe como el proceso que conduce a lo nuevo. Pero ocurre que el acceso a lo nuevo no resulta posible si sólo nos valemos de los aparatos conceptuales, modelos, procedimientos y caminos plenamente avalados por la experiencia social e individual, pues la vía hacia lo nuevo no está instrumentada en el singular dispositivo ordenador de información que es nuestro pensamiento habitual, indistintamente denominado convergente, lógico-racional, directo, vertical o izquierdo, en correspondencia con los procesos psíquicos propios del hemisferio cerebral izquierdo, en el cual se asienta este tipo de pensamiento.

<sup>1</sup> L. A. Piryssalu: "Influencia de la enseñanza artística ampliada sobre el desarrollo intelectual de los alumnos". Tesis de doctorado, Moscú, 1976 (en ruso); G. Sefchovich y G. Waisburd: *Hacia una pedagogía de la creatividad*, Editorial Trillas, México, 1985.

Los métodos de enseñanza utilizados tradicionalmente en el mundo se basan en la trasmisión de conocimientos que se van concatenando y ordenando en un sistema de modelos, el cual se gesta en el proceso de socialización del sujeto. En el momento de entrada de una nueva información, esos modelos constituyen la experiencia pasada del sujeto cognoscente. El orden de entrada de la información determina la estructura del sistema de modelos y la clasificación de las nuevas informaciones en las categorías ya establecidas; de este modo, lo ya concientizado *condiciona la atención, percepción y comprensión* de la nueva información, la cual debe probar su validez mediante comprobaciones que confirman su correspondencia con el sistema de modelos mencionado.

La experiencia pasada del alumno le hace ubicar toda nueva información en el contexto de lo ya conocido, sistematizado y comprobado; es decir, de lo plenamente comprendido. Si esta nueva información no fuera compatible con dicho contexto o modelo, éste debe reestructurarse para poder asimilarla, lo cual constituye una tarea difícil. Por esta razón, el alumno tiende a hacer converger la nueva información hacia algún modelo mental previamente formado en él, sobre la base del principio de incorporar lo nuevo a lo ya conocido antes. Esto consolida la experiencia pasada, pero hace cada vez más rígido el pensamiento y, sobre todo dirige la atención futura hacia áreas de interés compatibles con esa experiencia.

El hábito completa después esta labor de sistematización y consolidación. Las circunstancias que originan la creación de determinado modelo condicionan, a la vez, una subdivisión interna en él, que por responder a estas circunstancias eventuales resulta arbitraria, lo cual no es óbice para que el modelo se perpetúe mucho más allá de ellas. Todo esto conduce a un modo de pensar basado en juicios de valor, procedimientos comprobatorios, criterios de legitimidad y veracidad, principios de ordenamiento y categorización, jerarquizaciones, relaciones y coordinaciones, apoyados todos en la experiencia pasada del sujeto.

Por estas razones, considero pertinente denominar convergente este tipo de conocimien-

to, debido a su tendencia a hacer converger toda nueva información con lo ya almacenado en la experiencia pasada. El pensamiento convergente es el fundamento de la pedagogía tradicional y de la sistematización de la ciencia. Llamar lógico-racional este pensamiento, como en ocasiones se hace, limita la fuerza del pensamiento divergente, al cual por exclusión le correspondería ser ilógico e irracional.

El pensamiento convergente tiene su talón de Aquiles: no es creativo, sino selectivo. En primer lugar, este pensamiento persigue la consecución del objetivo deseado, seleccionando entre las vías conocidas aquella que optimice esa consecución, y en segundo lugar, esa selección supone asimilar la nueva información a uno de los modelos conocidos, lo cual implica a la vez excluir los demás modelos existentes que la experiencia pasada ha establecido en nuestra mente. Obviamente, esta selección resulta muy individual, pues las circunstancias que originan y consolidan los modelos primarios de pensamiento en el proceso de socialización del hombre *son diferentes* en los distintos individuos.

Por todo lo anterior, la creatividad requiere como instrumento otro modo de pensar, que paso seguidamente a explicar: el pensamiento divergente, también denominado indistintamente lateral, imaginativo, intuitivo o derecho, por su localización en el hemisferio cerebral derecho.

El pensamiento divergente busca nuevos conocimientos o soluciones nuevas a problemas viejos, resueltos de manera no satisfactoria o insuficiente. Este pensamiento interactúa con el pensamiento convergente, relacionándose con las problemáticas de la lateralidad hemisférica cerebral, los estilos cognitivos, la teoría de juegos, los modelos de simulación y la realidad virtual, estrechamente vinculadas con servomecanismos cibernéticos y la inteligencia artificial. En el intelecto humano, el pensamiento divergente se apoya en la imaginación, la intuición, la fantasía y otros procesos psíquicos superiores que se dan en el hemisferio cerebral derecho, muy relacionados con el pensamiento artístico.

El pensamiento divergente desjerarquiza en la mente del sujeto los modelos establecidos a partir de su experiencia pasada, prescindiendo

para ello de toda forma de enjuiciamiento o valoración de la información que contienen. Esto hace que la nueva información no sea forzada a encasillarse en categorías preestablecidas. La suspensión de los juicios veritativos y valorativos, permite asimilar afirmaciones de veracidad dudosa o hasta falsas, pero que se enlazan, sin embargo, con informaciones conducentes a soluciones verdaderas; la información dudosa o falsa obra aquí sólo como un estímulo para llegar a la información verdadera y, a la postre, será descartada en el curso del razonamiento.

De este modo, el pensamiento divergente busca solución a los problemas y situaciones reestructurando los modelos existentes en la mente del sujeto, por lo cual es creativo y no selectivo, heurístico y no determinista, abierto y no cerrado. Este pensamiento opera, precisamente, en la región en que el pensamiento convergente resulta inefectivo: en el plano de la creatividad científica y artística. Es improcedente, entonces, suponer implícitamente irracional un modo de pensar que conduce a resultados efectivos en términos operatorios y verdaderos en términos prácticos, para el cual existen fundamentos lógicos, reglas a seguir y resultados científicos ya alcanzados; tampoco puede llamársele ilógico porque no se ajuste a la lógica formal con la cual opera el pensamiento convergente. Es, en esencia, un pensamiento que se basa en otra lógica y en otra racionalidad.

Las investigaciones neurofisiológicas han demostrado que los dos hemisferios en que se divide el cerebro humano realizan funciones diferentes. El hemisferio izquierdo, el más estudiado, es la región en que se asienta nuestro modo de pensar habitual, basado en la lógica formal y que comúnmente se conoce como lógico-racional; el derecho es la región en que se producen las emociones, los sentimientos, la imaginación, la intuición, la fantasía y la creatividad. El enlace entre los dos hemisferios se hace a través de procesos psíquicos complementarios, como la concentración y la meditación o la lógica dialéctica de opuestos que se presuponen mutuamente, como lo nuevo y lo viejo.

Otro punto de enlace hemisférico lo constituye el principio psicológico de la unidad de lo

cognitivo y lo afectivo. Este principio postula que, en el acto del conocer, el sujeto experimenta una relación afectiva respecto de lo que conoce. Debido a esto, el conocimiento adquirido mediante el pensamiento convergente, localizado en el hemisferio izquierdo, está permeado de una afectividad generada en el hemisferio derecho. Por consiguiente, razón y sentimiento van de la mano en la conducta y el pensamiento humanos; así, cuando la razón decide lo que es pertinente hacer, corresponde al sentimiento querer hacerlo o no. Esta unión resulta aún más evidente a nivel del pensamiento divergente, localizado en el mismo hemisferio que los sentimientos y emociones.

El pensamiento convergente, comúnmente denominado lógico-racional por antonomasia, se basa en el principio de la unidad entre el pensamiento y el lenguaje; entendido éste en sentido estrecho, como pensamiento por palabras. Junto al hecho comprobado de que existen formas no verbales del lenguaje, también se ha probado que hay un pensamiento visual por imágenes, muy efectivo para la comprensión de instrucciones, en las cuales la verbalización es obviamente insuficiente y hasta puede llegar a ser contraproducente e innecesaria.

Este hecho puede constatarse al intentar explicar verbalmente algún ejercicio físico o de artes marciales sin apoyo visual alguno, esto resulta prácticamente imposible. Mas, enseñar a nadar a una persona o adiestrarla en el lanzamiento de la jabalina, puede hacerse sin mediar palabras. Todo parece indicar que existen otras formas de pensamiento sin palabras, a juzgar por este planteamiento de Albert Einstein: "Las palabras o el lenguaje, tal como se dicen o escriben, no parecen desempeñar ningún papel en mi modo de pensar. Las entidades síquicas que parecen funcionar como elementos en el pensamiento son ciertos signos o imágenes más o menos claros que pueden reproducirse y combinarse voluntariamente".<sup>2</sup>

<sup>2</sup> J. Hadamart: "The letter of Albert Einstein to Jacques Hadamart", en *The Creative Process*. Editado por Brewster Ghiselin, University of California Press y Nueva York, 1961, pp. 43-44.

La pedagogía ha desarrollado principios generales para educar el pensamiento divergente que han probado ser efectivos en el plano de la creatividad científico-técnica y que de manera espontánea o dirigida también pueden aplicarse al arte. De hecho, ya se han aplicado, como veremos seguidamente, al analizar algunos de ellos.

En el proceso científico de formulación de hipótesis se aplica un principio del pensamiento divergente: hacer familiar lo extraño y extrañar lo familiar.<sup>3</sup> El planteamiento de una hipótesis supone cierta ruptura con el conocimiento anterior y cierta incertidumbre, dada por la probabilidad de que la hipótesis resulte falsa, pues no se hipotetiza lo obvio sino aquello que puede no ser cierto. Por eso, en su formulación, la hipótesis siempre entraña una buena dosis de imaginación e intuición científicas, la cual conduce al pensamiento divergente. No obstante, una vez formulada la hipótesis, el procedimiento para su comprobación se basa en todos los conocimientos y métodos propios del contexto teórico-metodológico asumido; o sea, en el pensamiento convergente.

El modo de descubrimiento del planeta Neptuno es un buen ejemplo de la aplicación del pensamiento divergente en la formulación de una hipótesis científica. Los siete planetas anteriores se descubrieron mirando al cielo; primero a simple vista y después de Galileo, a través del telescopio. El pensamiento convergente sugería seguir mirando al cielo para descubrir más cuerpos celestes; esta práctica constituía *lo familiar* para el pensamiento científico de la época.

Por muchos años, Urano se consideró el más distante de los planetas de nuestro sistema solar, pero algunas pequeñas desviaciones en su traslación alrededor del sol llevaron independientemente al estudiante inglés John C. Adams y al astrónomo francés Urbano J. J. Leverrier, a la convicción intuitiva de que estas desviaciones se debían a la fuerza de gravedad de otro planeta, no descubierto todavía, que atraía a Urano cuando pasaba cerca de él. La práctica habitual de mirar al cielo, para descubrir planetas nuevos, se sustituyó por la estimación matemática de la ubicación del planeta en cuestión —lo extraño—, para luego buscarlo a través del telescopio. Este procedimiento extraño devino familiar

después para el descubrimiento de Plutón, cuya ubicación se predijo por estimación matemática, así como el extraño comportamiento de Urano se hizo familiar al hallarle una explicación comprobada.

Este principio de hacer familiar lo extraño y extrañar lo familiar también se aplica en el arte, para ilustrarlo basta con dos ejemplos: en la música y las artes plásticas.

En la música, la armonía tradicional establece que la tónica sea el centro de gravedad tonal, hacia el cual convergen todas las cadencias; por otra parte, el tercer grado de la escala de notas sobre la cual se construye la música tonal, determina el modo mayor o menor de la tonalidad, y la conducción obligada de la melodía del séptimo grado o nota sensible a la tónica, establece una fijación auditiva en la apreciación de la música tonal.

Estas reglas básicas y toda la complejidad armónica que de ellas se deriva, llegaron a hacerse tan familiar para compositores, intérpretes y público habitual sensibilizado, que se produjo la saturación estética de las soluciones armónicas tradicionales y la creatividad comenzó a transitar el camino del *extrañamiento de lo familiar*.

Para lograr este extrañamiento fue necesario asimilar una ambigüedad creciente que implicó, primero, la neutralización de la tonalidad mayor o menor, mediante la utilización de escalas modales, pentáfonas y por tonos enteros, para después llegar hasta la desaparición del punto de atracción que representaba la tónica en el serialismo, el dodecafonismo y otras variantes de la música atonal, las cuales coronaron el proceso de "hacer familiar lo extraño", representado aquí por la no existencia de un centro de atracción tonal en la obra musical.

La tolerancia a la ambigüedad también constituye otro principio del pensamiento divergente, muy afín al arte y difícil de admitir para la ciencia. Pasemos ahora a las artes plásticas.

En las postrimerías del siglo XIX, la pintura figurativa llegó al *summun* de "lo bello" y lo "subli-

<sup>3</sup> John Adair: *El arte del pensamiento creativo*, Fondo Editorial LEGIS, Colombia, 1992.

me", con paisajes hermosos, personajes dignos, armonía, orden, perfección en las formas, escenas *de genre*, santos crucificados, olivos y hojas de parra.

Este academicismo que derrochaba viejas formas y lugares comunes, necesitaba una renovación que lo despojara de hipocresías y tradiciones anquilosadas. Así el impresionismo, para revelarse contra toda esa falsificación, comenzó a extrañar esos lugares comunes y viejas formas —entonces familiares—, magnificando la percepción sensorial de luces y colores en función de revelar lo cotidiano, lo existencial, lo popular; en fin, todo aquello que el clasicismo figurativo soslayaba y que le era extraño.

En los años 80 del presente siglo, en pleno postmodernismo, este mismo principio divergente origina un retorno al arte figurativo, esta vez como rechazo a la abstracción minimalista y conceptualista de las pasadas décadas, devenida ya academicismo.

Como principio metodológico, el extrañamiento de lo familiar para familiarizarse con lo extraño, implica la ruptura de esquemas y convenciones, con el fin de acceder a lo inusual o a lo desconocido por un camino nuevo. El dadaísmo y el surrealismo también hicieron de este principio su piedra angular.

En el plano científico y filosófico, éste es uno de los principios a seguir para alcanzar nuevos conocimientos, pero particularmente para el estructuralismo constituye su fundamento primero; pues, para otorgarle a la estructura del objeto todo el poder explicativo de las relaciones entre sus partes, rompe con cualquier principio explicativo externo, anterior a la estructura analizada y postula la idea de que esa estructura contiene un orden que la explica a partir de ella misma. Apelando a principios del pensamiento divergente, el estructuralismo interpreta lo nuevo a partir de ese orden.

La aplicación consecuente del principio de hacer familiar lo extraño y extrañar lo familiar nos impone, junto a la tolerancia a la ambigüedad, la desjerarquización de nuestros modelos mentales y patrones de razonamiento fijados por la experiencia, para que las vías de acceso al nuevo conocimiento no estén pautadas de antemano.

Esta desjerarquización aplicada al arte y a la cultura entraña la desconstrucción, el montaje del eurocentrismo —o de cualquier otra posición centrista— en la estética y del elitismo socioclasista en la cultura, criterios que se han utilizado con frecuencia para juzgar el arte y la cultura desde contraposiciones del tipo: arte culto-arte popular.

El impresionismo también deviene un contexto oportuno para exponer otro principio divergente: el establecimiento de analogías entre esferas de actividad diferentes.<sup>4</sup> El principio de la analogía no supone, de ningún modo, buscar una identidad funcional, orgánica o estructural; se trata de una analogía no isomorfa, de una analogía creativa. Analicemos primero este principio en la ciencia.

Para la construcción del submarino resultó efectivo crear un dispositivo mecánico que operara bajo el principio de la vejiga natatoria de los peces, pero a diferencia de ésta, que acumula y expulsa aire, el dispositivo mecánico absorbe agua para bajar y la expulsa para subir dentro del agua. El modelo de funcionamiento del oído humano fue igualmente efectivo para la invención del teléfono.

Sin embargo, las primeras máquinas voladoras que se diseñaron según el principio de las alas batientes de las aves fueron infructuosas. La analogía con el vuelo de las aves condujo, primero, al fallido intento de llevar este principio a su versión mecánica y después a las naves aéreas autopropulsadas o no, hasta llegar al moderno deporte del vuelo en deltaplano, que constituye la analogía más cercana al vuelo de las aves *cuando no baten sus alas*. Tampoco resultó científicamente validado el biologismo en las ciencias sociales, que establecía un parangón directo entre el funcionamiento biológico del organismo humano y la evolución de la sociedad y la cultura.

En el arte, el principio de magnificar las percepciones sensoriales de fragmentos de la vida cotidiana, en detrimento de la pretensión solemne,

<sup>4</sup> E. De Bono: *El pensamiento lateral*, Editorial Paidós, Barcelona, 1986; A. González: *Cómo propiciar la creatividad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

unitaria y universal del arte académico de la época, fue el punto de enlace para la búsqueda de una analogía musical al impresionismo en la pintura. Así, junto a Cézanne y Courbet, el impresionismo agrupa a músicos como Ravel y Debussy; esta analogía sí resultó creativa.

También la analogía dramática fue creativa para enlazar la literatura indistintamente con el cine, la televisión y el teatro, además de servir de base al sociólogo Talcott Parsons y sus discípulos para concebir sus sistemas de acción en su teoría estructural-funcionalista. Asimismo, la analogía rítmica constituye el punto de enlace entre la música y la danza, y la analogía tecnológica, entre el cine y la televisión.

El pensamiento convergente es ordenador, lo cual significa que se sustenta en una estructura de juicios comprobatorios veritativos, valorativos y críticos, avalados por la práctica sociohistórica, encauzada a través de la socialización individual. Cada nueva información, para entrar al recinto sagrado de nuestra experiencia personal, debe someterse a estos juicios o es rechazada como persona no grata. El pensamiento divergente es heurístico y su afán exploratorio le ofrece un voto de confianza a la nueva información, para lo cual aplica otro principio divergente: el principio del juicio diferido.<sup>5</sup> En la ciencia, este principio se emplea en el *brainstorming* o método de generación colectiva de ideas creado por A. Osborn.

El método se aplica en dos fases, de una o dos sesiones cada una. En la primera fase, denominada productiva, se estimula el pensamiento divergente entre las personas reunidas al efecto, a través de una atmósfera lúdica de concordia, enlace y desinhibición, en la cual todo planteamiento es admisible. Esto implica, naturalmente, la tolerancia a la ambigüedad. En la segunda fase, denominada crítica, se comprueba la legitimidad de los planteamientos formulados en la primera mediante los instrumentos del pensamiento convergente.

Para la conformación del grupo de personas, Osborn propuso dividirlo equitativamente en dos categorías de personas: generadores o personas de rica imaginación creativa y fantasía, y expertos o personas caracterizadas por ser especialistas calificados, en quienes predomina el pensa-

miento analítico-sintético; es decir, personas divergentes y convergentes. Por su interés para la temática que nos ocupa enunciaré ahora algunas reglas de aplicación del *brainstorming*.

Para lograr la tolerancia a la ambigüedad debe diferirse todo juicio valorativo o crítico sobre las ideas ajenas que se expongan y asumir la posición de un perceptor desprejuiciado. Por eso, la primera regla consiste en no intervenir para rebatir ideas ajenas. La segunda es buscar siempre las aristas positivas de las ideas ajenas e intervenir para desarrollarlas, por absurdas que pudieran parecernos. La tercera radica en exponer las ideas propias de manera rápida y lacónica. Rápida para que las ideas fluyan sin ser bloqueadas por nuestros patrones mentales habituales y así, decir lo primero que nos venga a la mente, y lacónica para obligarnos a ir a lo esencial.

Posteriormente, W. Gordon logró flexibilizar más el método del *brainstorming*, al hacer el grupo más heterogéneo, limitando su tamaño y extendiendo el tiempo total invertido. El método de Gordon se conoce con el nombre de método sinéctico.

En el arte, el principio del juicio diferido es más difícil de cumplir que en la ciencia y, por lo general, no se aplica, por la vehemencia con que los artistas y el público se abrazan a sus convicciones estéticas. En su ensayo "El arte contemporáneo y la confusión de su público", Leo Steinberg ilustra claramente este fenómeno. La enseñanza que debemos extraer de este ensayo para oponernos a la intransigencia de los patrones estéticos convencionales, podemos resumirla en este precepto: no precipitarse al juzgar la vanguardia artística;<sup>6</sup> o sea, diferir el juicio estético para más adelante.

Podríamos extender aún más este inventario de principios a seguir para estimular el pensamiento divergente —vale decir, la creatividad—, pero me limitaré a analizar un último principio, más directamente relacionado con la problemá-

<sup>5</sup> E. De Bono, ob. cit.

<sup>6</sup> L. Steinberg: "El arte contemporáneo y la confusión de su público", en Gerardo Mosquera (selección y prólogo): *Del pop al post*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1993, pp. 94-95.

tica de la realidad virtual que los anteriores: el estímulo al azar<sup>7</sup> o anacrónico. Este principio se basa en la coherencia interna de la mente humana como procesador de información, para relacionar entre sí todas las informaciones que entren al sistema.

En consecuencia con esto, el estímulo anacrónico no puede permanecer aislado en la mente por mucho tiempo; por tanto, lo que entró por azar a la mente sin conexión alguna con lo que se estaba pensando, poco después resulta conectado a lo pensado, y confiere a las ideas una nueva dirección. El estímulo al azar actúa de dos formas: abre nuevos caminos al pensamiento divergente y reanima la mente ante la fatiga intelectual. Como estímulos al azar pueden utilizarse palabras, imágenes visuales, auditivas o audiovisuales, símbolos, gestos o actos de conducta.

En las artes plásticas contemporáneas, los movimientos basados en la llamada visualidad pura que incluyen el cinetismo, el arte programado y otras manifestaciones que pueden generalizarse bajo el rubro de *op art*, se apoyan en investigaciones gestálticas que han demostrado la cualidad conectiva en la mente humana, a la cual ya hicimos referencia. Algunos efectos ópticos como el efecto muaré o el efecto Rubin, originan constructos cognitivo-perceptuales que desvirtúan la naturaleza de lo real. Esta inestabilidad de lo real es un presupuesto asumido de manera compartida por el *op art* y su tendencia opuesta, la nueva figuración.<sup>8</sup>

Los requisitos de organicidad, logicidad, racionalidad, veracidad y comprobatoriedad comúnmente exigidos a lo real, el arte los cuestiona desde la lógica subjetiva del artista y de los perceptores de su obra. Así, parafraseando a Carpentier, lo real se torna maravilloso, mágico, virtual.

El hecho de que un estímulo anacrónico, completamente desconectado de un propósito científico o artístico, se incorpore a ese propósito, active el pensamiento divergente y dirija su acción heurística hacia una solución científica o artística efectiva para ese propósito, prueba que para llegar a lo nuevo todos los caminos son válidos. En este sentido, la actuación sin guión propia de los inicios del cine mudo, determinaba

que la conducta de un actor en el set cinematográfico activara la actuación de los demás actores como un estímulo al azar; asimismo, distintos sonidos del contexto cotidiano pueden sugerir una idea musical, o una mancha accidental sobre el lienzo puede estimular ideas pictóricas.

En la expansión ilimitada de las vías de acceso a lo nuevo reside la fuerza del pensamiento divergente para el desarrollo de la creatividad. El pensamiento convergente sólo transita por caminos de probada confiabilidad, en tanto que el pensamiento divergente opera en el mundo de la realidad virtual, cuyos puntos de contacto con la realidad le permiten llegar a conocimientos verdaderos, imposibles de alcanzar dentro de la realidad comprobable en la cual opera el pensamiento convergente.

La relación entre estos dos modos de pensamiento tiene mucho que ver con el viejo problema pedagógico del establecimiento de la vía idónea del aprendizaje: de lo concreto a lo abstracto o viceversa. Lo concreto, lleno de determinaciones precisas y contextualizadas, podemos equipararlo al pensamiento convergente; lo abstracto como síntesis de muchas determinaciones no explicitadas y sustraído de la actualidad del contexto objetivo, se identifica con el pensamiento divergente.

En el campo del arte, lo concreto se enmarca en la parte ejecutadora de la actividad y lo abstracto, es su parte conceptual. Evidentemente, como la ciencia, el arte necesita conjugar ambas formas de pensamiento. El pensamiento convergente en el dominio técnico de los medios e instrumentos para consumir la obra, y el divergente en la concepción general de la obra como acto creativo.

Esto conduce a dos enfoques distintos de la creatividad. Por una parte, ésta es reestructuración de lo ya existente en busca de un nuevo resultado concreto y, por otra, la producción de algo nuevo respecto de lo ya existente, en el plano de las conceptualizaciones. El primer enfo-

<sup>7</sup> E. De Bono, ob. cit.

<sup>8</sup> S. Parnes: "Educación y creatividad", en A. Beaudot: *La creatividad*, Ediciones Narcea, Madrid, 1980, p. 20.

que concierne al ámbito de la creatividad de un bailarín o de un instrumentista —o sea, a la del ejecutante—; el segundo atañe la creatividad del coreógrafo o del compositor —o sea, a la del conceptualizador—.

El tema de la creatividad resulta central en la enseñanza artística y su problemática supone resolver una importante contradicción dialéctica en la estrategia del proceso de la enseñanza-aprendizaje del arte. Para la pedagogía, este proceso entrena la asimilación por el alumno de los contenidos impartidos, con etapas normadas para su dominio, y a la vez entrenarlo en la búsqueda de contenidos nuevos, para la cual no existen etapas normadas. Por consiguiente, la contradicción que se presenta entre el ideal pedagógico normativo y el desarrollo de la creatividad, está dada por el propio carácter de la creatividad, como proceso de solución de tareas en una situación no normada.

En el contexto de esta contradicción debe decidirse, además, cuál es la dirección fundamental para el desarrollo de la creatividad en el proceso docente-educativo de la enseñanza artística: ¿propender a un virtuosismo ejecutivo que

despliegue la creatividad general del alumno?, ¿dotarlo de un acervo cada vez mayor de conocimientos teóricos sobre su especialidad artística?, ¿fomentar en él capacidades heurísticas generales para el pensamiento divergente?

En este último caso, las vías para desarrollar esas capacidades son tres: a través de las asignaturas generales que conforman el mundo sociocultural del artista; a través de las asignaturas propias de su especialidad artística, o crear un espacio curricular para desarrollar el pensamiento divergente. En su libro *El pensamiento lateral*, E. De Bono se pronuncia por esta última variante: “Reservar un período de tiempo definido para la enseñanza del pensamiento lateral es mucho más eficaz que intentar introducir sus principios en el transcurso de clases que versan acerca de otros temas”.<sup>9</sup> Yo también me inclino a favor de esta variante.

• • • • •

---

<sup>9</sup> E. De Bono, ob. cit., p. 21.



# La filosofía en la encrucijada

Mesa redonda  
de miembros del Collège  
International de  
Philosophie de Paris  
y profesores de la  
Facultad de Filosofía  
e Historia de la  
Universidad de  
La Habana



*Al calor del primer encuentro bilateral de filósofos franceses y cubanos —celebrado en la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz de la Universidad de La Habana, del 22 al 27 de septiembre de 1996—, se desarrolló la iniciativa de efectuar una mesa redonda para discutir acerca de los problemas que hoy están en el centro de la polémica filosófica. La temática debatida, El estatuto de la utopía y de la experiencia en la idea política americana, unió en fraternales y agradables discusiones a un notable grupo de filósofos franceses, quienes venían por primera vez a Cuba, y cubanos.*

*Los visitantes eran Alain David, con el tema "Sodoma y Jerusalem. Nuevas consideraciones sobre las ciudades-refugios"; Michel Deguy, presidente de la Casa de los Escritores y antiguo presidente del Collège International de Philosophie de Paris; Marcel Henaff, profesor de la Universidad de California y autor de un riguroso libro sobre Claude Levy Strauss, su trabajo fue "Utopía latina, American dream, dos versiones antitéticas de las relaciones entre territorio, poder, movimiento"; Roger Lesgards, presidente del Collège International de Philosophie de Paris y vicepresidente de la Ligue Française de l'Enseignement, quien nos*

presentó el estudio "La utopía técnica"; Didier Vaudène, profesor de la Universidad de Paris VI y vicepresidente del Collège International de Philosophie de Paris, quien atrajo la atención de todos los presentes con su penetrante ponencia "La utopía científica", y Patrice Vermeren, profesor de la Universidad de Paris I (Sorbone) y autor de libros de necesario estudio para procesos filosóficos como el cubano, por la influencia que algunos de estos temas tuvieron en el desarrollo de la filosofía en Cuba —nos referimos a El sueño democrático de la filosofía, Victor Cousin, El juego de la filosofía y el Estado y Filosofía, Francia en el siglo XIX—, quien disertó sobre el apasionante tema "La filosofía de la igualdad, la libertad y la cuestión de la emancipación".

La presencia de tan selecto grupo de autores franceses creaba una situación privilegiada para que tuviese lugar un agradable coloquio acerca de las experiencias e ideas que en torno a la filosofía actual tenían los visitantes. A su vez, éstos insistieron de manera reiterada en que también estaban interesados en aprender de la experiencia de sus colegas cubanos.

Así, en la mañana del día 28, en la mesa de conferencias y reuniones de la Casa de Altos Estudios se inició el intercambio de criterios y experiencias por parte de franceses y cubanos. La animada charla pasó los límites de la meridiana hora para adueñarse de las primeras de la tarde. La reunión no tuvo presidencia, ni moderadores; de un modo informal cada cual fue expresando ideas y criterios, penetrando en aquellos terrenos más cercanos a su trabajo. Los cubanos habían puesto un tema en manos de los franceses: ¿cuál era el estado de la discusión sobre los temas filosóficos en Francia? y ¿si existía una filosofía francesa como tal? Los franceses habían devuelto el deseo a los cubanos en términos inversos: ¿qué podían decir éstos de su experiencia en el campo filosófico?, ¿cuáles eran los temas privilegiados individual y colectivamente por ellos?

La parte cubana estuvo formada por un grupo de profesores de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. Eran ellos Jorge Luis Acanda, Paul Ravelo, María del Pilar Díaz, Alexis Jardines, Rita Bush, Joaquín Santana y Eduardo Torres-Cuevas.

Si notables fueron las intervenciones no menos las traducciones simultáneas efectuadas por Yordanka Ruiz, siempre ágil y en busca de la precisión; Sophie Andioc, cuyo rigor fue admirado por todos, y nuestra aguda y querida colega María del Pilar Díaz, siempre al tanto del detalle y de la corrección. El texto que hoy se publica debe a Yordanka Ruiz y a María del Pilar Díaz la versión definitiva.

En manos de Debates Americanos quedó el texto de la mesa redonda. Hoy nos complacemos en darlo a conocer y, además, anunciar la próxima publicación por Ediciones Imagen Contemporánea de un libro con las actas del encuentro bilateral.

**ROGER LESGARDS:** La filosofía francesa, y espero que todos los filósofos franceses que están aquí sean de la misma opinión, no existe. Lo mejor sería que cada uno de los aquí presentes hable del sector de la filosofía que conoce más, pienso que como nadie tiene realmente una exposición preparada, lo mejor sería responder a las preguntas que ustedes nos puedan hacer. El más joven —y el más sacrificado— va a comenzar a hablar sobre la fenomenología.

**ALAIN DAVID:** Excúsenme, por favor, porque estoy improvisando. A veces me pregunto si la filosofía francesa no es otra cosa que la filosofía hecha por los franceses. Me gustaría responder que sí. Pienso que sí, pero también que de todos modos esta mañana no voy a poder llegar a una conclusión objetiva o concreta. Diría que es un problema que ha estado con nosotros tanto explícita como implícitamente en los días precedentes, por lo menos en lo referente a la cuestión de la cubanidad; para mí, uno de los problemas más importantes ha sido evitar que la cubanidad se convierta en un exotismo, y me gustó muchísimo lo que dijo Eduardo ayer cuando hablaba de la cubanidad como pasión, y en ese mismo sentido quisiera decir algo de la filosofía francesa, especialmente en lo referente a la fenomenología. Hace algunos años apareció un libro que en realidad no era más que un panfleto, de alguien que se llama Dominic

Géricaut, titulado *La vuelta teológica de la fenomenología francesa*. Ya he dicho que este libro no es más que un panfleto, y, por tanto, un libro violento e injusto; es la ley de este género, el género del panfleto. En este libro se ponen en la picota a Emmanuel Levinas, Michel Henri, Jean-Luc Marion, y en algún que otro momento a Jean-Luc Chrétien. El tema de la acusación es el siguiente: todos estos pensadores se han vinculado a una expresión de Heidegger, la que se refiere a la "fenomenología de lo no-aparente". Según Géricaut, ellos han interpretado la fenomenología a partir de esta expresión de lo no-aparente, y a partir de ahí se dedicaron a la teología. No intentaré poner en duda o en tela de juicio esta definición, pero me gustaría retomarla en lo que tiene de injusto para mostrar, como ustedes pueden imaginar, que no se trata de una vuelta teológica, sino de una vuelta francesa a la fenomenología alemana, poniendo como horizonte de esta presentación la necesidad de constituir fenomenológicamente el término francés. Para ser muy breve, porque no quisiera monopolizar el discurso, partiré de una observación que una vez me hizo Levinas a propósito de Derrida. En esa conversación, me preguntó: ¿qué quiere Derrida en realidad? Y él mismo respondió a su pregunta: Derrida lo que quiere es la reducción. ¿Qué quiere decir con el término de reducción, al retomar esta pregunta? Que el problema sobre el cual se centra, a mi juicio, la fenomenología a la francesa es la determinación de lo trascendental. ¿Qué quiere decir trascendental? A partir de Kant, y traté de explicarlo en mi conferencia, trascendental es un adjetivo calificativo extraordinario, desde el momento en que no califica un objeto sino lo que de él dice el sujeto; simplemente él dice que lo dice, y la dificultad es ver si en realidad se comprende que él lo dice. Por tanto, el problema está expuesto en este horizonte como el problema de la reducción. Y prácticamente no se deja de exponer: en decenas de miles de páginas lo único que se hace es hablar de la reducción y en verdad no llega a tener éxito con él. Una frase conocida de Husserl que aporta estos signos: la fenomenología como ciencia rigurosa es un sueño que no se sueña ya, lo que expresa este sentimiento de fracaso; ya el sueño ha sido llevado hasta sus

máximas consecuencias. En esta perspectiva que se inscriben personalidades como Levinas, como Derrida, como Michel Henri e, incluso, alguien que no es especialmente filósofo, pero que marcó profundamente el entorno de la fenomenología francesa: Maurice Blanchot. No quisiera ser demasiado preciso, porque resultaría caricaturesco. Digamos algunas frases como indicio: en el caso de Levinas, el problema de lo trascendental es entendido como la relación con el otro; en Michel Henri, la misma cuestión de lo trascendental se ve como la apertura, que no lo es hacia el mundo sino la presencia en-sí, que Michel Henri denomina vida; en el caso de Blanchot y en el de Derrida, lo que está en juego es la escritura. Quisiera detenerme aquí, aunque desde luego podrían citarse otros casos también, pero quisiera que la discusión se dedicara a algo que fuera menos caricaturesco, para evitar correr el riesgo de discutir sobre intervenciones que por su brevedad serían a la vez falsas y mal entendidas.

**MICHEL DEGUY:** Yo realmente soy profesor de literatura, y no de filosofía. Al contrario de lo que dijo Roger Lesgards al inicio, pienso que hay un estilo francés de filosofar o de la filosofía, probablemente porque la pregunta que me interesa más es lo que algunos filósofos franceses dicen de la literatura. Me parece necesario decir nombres. Aprovecho para dar algunos ejemplos: la deconstrucción de Jacques Derrida tiene una importancia capital en la literatura, como el caso de Mallarmé con la disseminación. También menciono como ejemplo a Jean-Luc Nancy, una de las personas de quien me resulta muy placentero hablar, ha publicado recientemente un estudio sobre Flaubert; otro filósofo muy importante es Jacques Rancière, quien ha publicado hace poco un libro sobre Mallarmé. Podía continuar multiplicando los ejemplos. Este asunto de la versión francesa de la filosofía, de la ontología es realmente muy discutible, pero para hacerme comprender diré que si hay una versión alemana de la metafísica, en lo fundamental kantiana, en el caso francés hay una versión cartesiana de la filosofía. Digamos someramente que para Descartes y los cartesianos la imaginación tiene un papel negativo, mientras por el contrario para los alemanes, y eso proviene de Kant, la imagina-

ción desempeña un papel central y positivo. Les doy este ejemplo para mostrarles por qué creo que hay una versión francesa, y también una alemana, de la filosofía, aunque no son las únicas. De modo tal que si se quisiera hacer un cuadro más o menos completo, habría que separar las corrientes de los filósofos. Doy y cito ejemplos: hay una influencia de Heidegger que a veces se califica de continental se ha hecho —o se dice a veces que se ha hecho— continental, y hay otra corriente anglosajona analítica, de la cual voy a citar algunos nombres: por ejemplo, “el” filósofo del Collège de France se llama en la actualidad Jacques Bouverès, y ha introducido masivamente en Francia el pensamiento y la obra de Wittgenstein. Vemos un ejemplo de lo que yo llamaba hace un instante las corrientes. Si se fueran a citar los artículos críticos habría que mencionar a Jean-Luc Nancy, quien es derrideano, mientras por otra parte está Jean Descombes, quien es analítico y pertenece a la otra tendencia. Habría que citar otros nombres, y pienso que mis amigos van a hacerlo. Creo que alguien como Alain Badiou, un filósofo del Colegio Internacional de Filosofía, es una personalidad filosófica de primer plano. Voy a detenerme aquí: podría continuar, pero habría que citar nombres y obras que quizá vistas desde el exterior tendrían en común un estilo francés de hacer la filosofía, sea cual fuere la diferencia entre filósofos tan importantes como Badiou, Rancière y otros que he mencionado. Habría que citar muchos otros nombres, hay tres o cuatro nombres muy importantes como, por ejemplo, el de Paul Ricoeur, uno de los grandes filósofos franceses desde el punto de vista de la notoriedad, y también podría considerarse que está vinculado al problema de la fenomenología francesa. Me detengo aquí y digo que lo que haría falta es un gran mapa con las corrientes y los nombres.

**MARCEL HENAFF:** Lo que acaba de decir Michel me interesa muchísimo, porque desde hace ocho años estoy en Estados Unidos y en el extranjero aprendí a qué se le llama “filosofía francesa”. Con esta experiencia y esta certeza podría decir que cuando las filosofías de un país se aclimatan en otros, hay dos filtros de traducción: el primero es muy general, es el filtro cultural —o sea, las tradi-

ciones de pensamiento de un país—, pero el segundo filtro, más bien el académico universitario, tiene una función táctica y condiciona las carreras. Uno descubre en Estados Unidos que la filosofía que llaman francesa se resume esencialmente en tres o cuatro nombres: Derrida, el más divulgado; Lyotard, Foucault, Ricoeur, conocido pero por otras razones; Gilles Deleuze se empieza a traducir en estos momentos, y Michel Serres está en el mismo caso. El segundo problema es que estos filósofos no han sido leídos en absoluto en los departamentos de filosofía, sino sólo en los departamentos de literatura y en lo que se llama en Estados Unidos Humanities, Humanidades, y lo que se hace con Derrida, Foucault y Lyotard —al menos lo que se hace en Estados Unidos— es una filosofía de la sospecha. Ésta es una fórmula empleada por Ricoeur a propósito de los maestros de la sospecha: Marx, Nietzsche y Freud. Esta forma de traducir en conjunto a Derrida, Foucault y los otros se llama en general deconstrucción (lo que habría horrorizado a Foucault). Esta especie de amalgama a mí también me pone muy nervioso, porque evidentemente lo que hace falta en este modo de hacer filosofía es lo que nuestro amigo Alain llama el plano trascendental, y creo —ésta es mi impresión, y pienso que los colegas aquí presentes, quiero decir los colegas franceses, tienen la misma opinión— que en esta filosofía, que los anglosajones llaman continental, lo que falta es este plano trascendental; es decir, comprender que los enunciados filosóficos no pueden reducirse a enunciados ideológicos. Creo que la llegada de Deleuze al “mercado americano” es algo difícil de situar en esta deconstrucción a la americana, porque Deleuze, de manera constante en toda su obra, niega el pensamiento de la sospecha, y lo que Deleuze llama el plano trascendental o de la idea —no en el plano hegeliano, sino más bien en el plano kantiano o nietzschiano—, responde a su intención de hacer análisis afirmativos. He aquí de forma muy rápida la situación y creo que ver y comprender cómo el conjunto de la filosofía francesa ha pasado a otro continente, permite ver mejor, por una especie de efecto caricaturesco, algo que podría ser invisible y debería quedar implícito en estas filosofías. Es el problema de toda traducción cultural, y me parece

muy interesante ver con nuestros amigos cubanos, si como espero este diálogo continúa, cuál sería la traducción cubana de la filosofía francesa.

**ALAIN DAVID:** Todos los filósofos citados, posiblemente menos Ricoeur, no tienen una escritura, no sólo literaria, sino una escritura de ellos mismos, propia, y entre todas estas personas que tienen una escritura está Michel Deguy, como ustedes pudieron constatar ayer.

**MARCEL HENAFF:** Solamente una frase, en la filosofía analítica se piensa que mientras más mal se escribe más cerca se está de la verdad.

**ALEXIS JARDINES:** Yo quería decir dos palabras acerca de la recepción del pensamiento francés aquí. Creo que nosotros no estábamos muy alejados de lo que ellos han planteado aquí; es decir, Francia es una ambigüedad para nosotros, por lo menos en mi caso personal, porque se percibe como uno de los centros fundamentales de producción de filosofía. La filosofía francesa es la más fuerte junto con la alemana y al mismo tiempo es una diversidad de corrientes, algo indescriptible detrás de lo cual uno no percibe la filosofía sino un caos de ideas y tendencias. Quiere decir que las opiniones dadas reafirman lo que nosotros habíamos percibido. Es una cosa muy ambigua que tiene una fuerza increíble y que encuentra eco tanto en Estados Unidos como en América Latina y al mismo tiempo es muy difícil establecer una línea de pensamiento, porque allí todo está mezclado con otras influencias. También nos llegó la idea que Marcel decía de Estados Unidos, de la filosofía de la sospecha, es decir, también teníamos esa visión de que se enfocaba así el asunto allí gracias a profesores que vinieron de otros países. A mí tampoco me convence la idea de la filosofía de la sospecha; no me convence del todo porque está muy ligada al problema ideológico; muy cercano de eso y, por otra parte, también uno no queda satisfecho con, digamos, el culto que se le ha hecho al lenguaje en la filosofía francesa, es prácticamente inventar su discurso propio como decía Marcel, y mientras más inentendible resulte más efectivo es. Eso es una manera de mirarlo; pero creo que hay otra también porque es un he-

cho la metaforización del lenguaje, y me parece que, por lo menos, estoy tratando de iniciar una línea interpretativa positiva de este fenómeno que de alguna manera le llamamos metaforización del lenguaje.

**EDUARDO TORRES-CUEVAS:** Creo que ha sido muy importante la visión de Marcel porque no sólo es un fenómeno norteamericano, sino que desde otro prisma también es un fenómeno latinoamericano. Se trata de que la lectura de la filosofía se hace a través de una cultura propia, no es sólo lo que nos llega de ella sino lo que queremos de ella. Los académicos le exigen a partir de sus supuestos teóricos vinculados a la evolución académica; fuera de la academia se le exigen respuestas para una realidad inmediata, aun cuando se trate de la trascendencia. Hay un condicionamiento cultural, material y espiritual; hay una sensibilidad diferente, que permite revalorar los mismos tópicos, pero haciendo una lectura diferente. Ahí he tratado de instaurar el concepto de filosofía electiva para las primeras etapas de la filosofía latinoamericana, y digo electiva y no ecléctica, porque se trata de la libertad de tomar y remodelar lo que es necesario, casi siempre para cubrir los espacios vacíos. Y creo que de eso hable sin escudos, de nuestros pensamientos, pero sobre todo de sus canales de producción y reproducción, de creación y asimilación de lo que tiene de universal y de singular.

**DIDIER VAUDÈNE:** Hace un instante, Marcel habló de la filosofía francesa vista desde Estados Unidos, y yo quisiera hablar de un sector de la filosofía visto desde Francia, como si fuera un extranjero en Francia estudiando la filosofía. Voy a ser provocador. Particularmente, conozco una forma transversal de considerar las cosas, en la cual la filosofía no tiene el lugar más importante. Desde este punto de vista también están las ciencias que no son parte de la filosofía, y en ese caso se encuentra el psicoanálisis. El psicoanálisis desempeña un papel importante, no por razones estrictamente clínicas, sino por ser, desde mi punto de vista, el único campo que ha sido presupuesto desde sus inicios a la suposición de un saber que implica lo desconocido, y esta posición es al mismo tiempo contraria a la ciencia y a la filosofía, que siempre

ha tratado de llevar una voluntad hacia la luz. Esto marca otra línea de corrientes, como decía Michel Deguy, en la cual los acuerdos van a ser totalmente diferentes. La filosofía desempeña un papel importante, pero la filosofía es aquí cuestionable; posiblemente sea una forma de reinterrogar a la filosofía desde la filosofía como tal. Pero permite hacer una especie de palanca, que es ante todo salir de la filosofía para de manera eventual volver a ella. Esto designa una línea general de problemáticas que también encontramos en los aspectos jurídicos al igual que en los aspectos científicos, referida a los problemas del fundamento de la legitimidad. De hecho, contiene un discurso, y no se trata específicamente de un problema filosófico, histórico, científico o de otro tipo. En la tradición de codificación de los países latinos se plantea, por ejemplo, el problema de lo universal, pero en esta perspectiva lo universal no resulta contrario a lo singular. Lo universal determina un vínculo, si existe, y lo singular es intención respecto de lo universal, pero no lo contrario. Hemos seguido un buen número de discusiones que al menos en un círculo restringido reinterrogan a la filosofía para eventualmente sacudir sus puntos de partida. Es todo.

**EDUARDO TORRES-CUEVAS:** Quisiera hacerle una pregunta a Didier Vaudène, que es en realidad pedirle una aclaración, aprovechando que estamos grabando. Desearíamos volver a oír los argumentos presentados en su intervención respecto de dos conceptos muy empleados: el de paradigma y el de modelo.

**DIDIER VAUDÈNE:** En esta perspectiva, no tenemos un punto de vista fragmentado del discurso, pero seguimos la idea de que mientras más se generaliza menos cosas pueden decirse. De hecho, un discurso absolutamente general no dice estrictamente nada. Sobre la pregunta del modelo niego el interés de que las ciencias tengan un modelo, pero es una forma de borrar todas las conjeturas, las hipótesis, las creencias, las ideologías necesarias para que una ciencia pueda ser aplicable. El olvido de las conjeturas puede hacer pensar que la ciencia marcha por sí misma, y a la inversa: si queremos reconstituir las conjeturas, hay

que tener a mano conceptos específicamente hechos para eso, capaces de poner en evidencia los puntos frágiles de las teorías, y resulta que son los mismos que no tiene la filosofía. Si quisiéramos volver a pensar la ciencia hoy habría que pensar la filosofía también, porque no puede moverse un extremo sin que se mueva el otro. Respecto del paradigma, no discuto el interés de esta noción, simplemente ha sido tan utilizada, tanto desde el punto de vista general como particular, que ya la palabra no tiene sentido, y termina por indicar una noción que no tiene mucha importancia, y, por tanto, no podría emplearla técnicamente. Además, la palabra paradigma pertenece al vocabulario platónico, lo que da la medida de la dificultad, al aplicar un término tan antiguo tomado fuera de su historia en el caso de las disciplinas científicas, lo que excluye todo tipo de consideración metafísica. Si no me equivoco, el paradigma en el sentido de Platón designa las ideas a partir de las cuales han sido hechos los modelos que permiten hacer las cosas.

**PATRICE VERMEREN:** Si quisiéramos caracterizar la filosofía francesa de forma general, y no la filosofía "a la francesa", diría ante todo que es una filosofía *enseñada* desde hace 200 años, pues la filosofía en Francia se hace por profesores de filosofía. Una característica francesa es que todos los estudiantes pasan por una clase terminal del liceo, y esto lleva, por supuesto, una enseñanza filosófica. Por tanto, existe una forma de *enseñar* esta disciplina, como asignatura a enseñar. El segundo caso, me parece, es el de la relación con la ciencia; o sea, nunca la ciencia se reduce a la ciencia como tal, y la tercera idea es con respecto a la política. Al menos desde mi punto de vista, la filosofía en Francia se abroga el derecho de hablar en el momento de la política. No es el caso de la filosofía en Alemania. Segundo punto, para ser más contemporáneo, si hago una caricatura de los debates de la década anterior con una visión casi norteamericana, tendríamos que hablar de lo que llamamos la corriente moderna y posmoderna. El modernismo va hacia las categorías universales de la razón y de unidad del consenso; por el contrario, el posmodernismo pone en juego categorías como la diferencia, juego, vida, la

vida del deseo y la fuente del conocimiento. Si vamos a la concepción de la historia, lo moderno conserva un telos, un fin; por el contrario, en los posmodernos, está la idea de una separación sin final, sin objetivo. Para los modernos, lo importante es la ética, el problema de los derechos del hombre, y en el caso de los posmodernos lo importante es la estética. En cuanto a la concepción del hombre, lo moderno pone como fundamento el humanismo no metafísico, y en el caso posmoderno desarrolla el fin del sujeto, la diseminación. En cuanto a la concepción del saber, lo moderno conserva la idea del conocimiento como emancipación, y para los posmodernos no hay emancipación. Los modernos acusan a sus adversarios de irracionalismo e individualismo, y los posmodernos acusan a los modernos de defender una razón totalitaria. En el caso de la concepción de la modernidad, para los modernos hay que reconstruir un paradigma explicativo y para los posmodernos, los paradigmas explicativos están agotados.

Lo que para mí resulta importante a la hora de caracterizar la situación actual es el problema de cómo se desplazan las interrogantes. Las personas como Nancy, de quien hablaba hace poco Michel Deguy, dicen que lo imposible del mundo actualmente es la comunidad. Se trata de la idea según la cual no es posible hoy plantear un paradigma político en nombre de la verdad y, por tanto, trata de organizar la migración de la filosofía en el poema. Por otra parte, los filósofos que voy a mencionar niegan la aceptación de un orden necesario político que se mantuviese en los límites de lo posible, es el caso del modelo neoliberal, que se ha confiado finalmente a expertos sin ninguna referencia a un ideal de emancipación posible. La pregunta queda planteada de este modo: ¿en qué condiciones podríamos volver hoy a plantear la cuestión de la emancipación? Me parece que, en lo esencial, la reflexión se sitúa en lo que yo llamaría una desconexión de la filosofía y lo político. Nancy nos proponía un retiro de la política, lo que no quiere para nada decir que no sean capaces de comprometerse políticamente. Badiou dice que el modelo tradicional es la producción de una imagen en nombre de la verdad, en nombre de la filosofía, de un modelo que debe aplicarse en lo

real, y que aplicándose en lo real sólo podría producir la supresión del otro, porque si hacemos la política en nombre de la verdad de modo forzoso, lo que se adhiere a este modelo político está en el error y debe eliminarse. Es lo que escribe sobre la figura de Stalin. Se propone un modelo que tendría como objetivo realizarse en lo real, de modo que pudiera ordenar, mandar a la política real; es decir, se trata de una figura en la que la igualdad no estaría ya en el fin sino presupuesto desde el inicio. Eso explica esa igualdad que puede manifestarse con la práctica real. Como decía hace unos instantes Michel Deguy, el otro filósofo que reflexiona respecto de esto es Jacques Rancière.

Rancière reflexiona sobre el concepto de democracia e intenta mostrar cómo, de algún modo, la democracia ha sido conductora de una forma de exclusión y desigualdad. Ya entre los griegos, la palabra *demos* resulta ambigua, porque junto al *demos* está el *oikós*, *i.e.*, quienes no son capaces de participar en la vida de la ciudad, lo que se aleja del ágora. Rancière elabora una teoría de lo impar y examina la lógica de la democracia a la luz de números y cuentas impares, sin par. Luego, sobre el problema de la igualdad hay tres posiciones posibles: hacer de la igualdad un fin en sí misma, expulsándola más allá del campo político, porque el campo político está constituido por la desigualdad constituida; esto se describe en una obra reciente que evoca la figura de un pedagogo muy poco pedagógico de principios del siglo XIX que quería provocar la emancipación universal sobre la base de la igualdad de todos, la única diferencia sería la capacidad de atención. La idea es que nunca se enseña nada a alguien y que cada quien tiene que aprender por sí mismo. Es la supresión del maestro que explica, la posición del saber como productora de una desigualdad: si todos los seres tienen la misma inteligencia no habría más necesidad de un maestro. La explicación es el nombre dado a la ficción "desigualdad". Explico a alguien algo porque de lo contrario no lo entendería. Por tanto, soy más inteligente que él y merece un lugar diferente al mío. Ésta es la posición que critica Rancière. Luego, la comunidad de los iguales puede ser actual, pero con dos condiciones: no tiene objetivo a alcanzar, sino es una posición implícita en la premisa y debe cues-

tionarse sin cesar. La segunda condición sería que la comunidad no podría tomar consistencia bajo la forma de constitución social, y está siempre esperando el acto de su verificación. Por tanto, podríamos emancipar a todos los individuos que quisiéramos pero no a la sociedad. Si la igualdad es la ley de una comunidad, y la sociedad pertenece a la desigualdad, la comunidad de los iguales se convertiría en la comunidad de los desiguales, pero tampoco podría existir una sin la otra. Por tanto, hay que escoger entre ser hombres iguales en una sociedad desigual o hombres desiguales en una sociedad "igual"; *i.e.*, una sociedad que transforma la igualdad en su contrario.

La tercera persona de quien quisiera hablar es Geneviève Fraisse. Trabaja sobre la desigualdad de los sexos e intenta demostrar en qué medida cierta forma de acceder a lo universal —en particular, durante la Revolución Francesa— produjo, precisamente por esta relación genérica con el hombre, una forma de desigualdad en la relación entre los dos sexos.

La cuarta persona de quien quisiera hablar es Miguel Abansour. Miguel Abansour intenta pensar la utopía y ha trabajado muchísimo sobre el problema de las ideas utópicas, con el propósito de disociar todas estas formas de utopía y distinguir un nuevo espíritu utópico. Él también separaba la filosofía de la política, y tampoco podría concebir el fantasma de la ejecución de la utopía como algo real. En suma, quisiera decir que en Francia se cuestiona actualmente el problema de la emancipación y de la igualdad, que no es más que una especie de autocritica o reevaluación de la posición de la filosofía y del ejercicio mismo de la filosofía. Es todo.

**ROGER LESGARDS:** Quisiera decir que cuando hablábamos de Miguel Abansour, en el caso de la utopía, lo hicimos tanto más porque fue presidente de la asamblea del Colegio Internacional de Filosofía, pero su estado de salud actual no le permite hacer largos viajes. Por tanto, es una pena que no haya podido estar aquí. Diré simplemente, a título personal, que si hubiéramos presentado ante ustedes la filosofía en Francia en los últimos 20 o 25 años, lo que no es mucho tiempo, la relación con el pensamiento marxista habría estado muy

presente, al menos eso me parece; mientras hoy, al citar a Badiou y Rancière creo que está presente, pero al menos en nuestras exposiciones no hemos mencionado el pensamiento marxista.

**EDUARDO TORRES-CUEVAS:** Es una ausencia, pero creo que por su magnitud debe ser objeto de una mesa redonda en nuestro próximo encuentro.

**MARCEL HENAFF:** No se mencionó tampoco el nombre del ilustre Lacan cuando se habló del psicoanálisis, por tanto, aún tenemos el espectro de Marx.

**MARÍA DEL PILAR DÍAZ:** Mi visión quizá no esté muy de acuerdo con la de mis compañeros, lo cual es absolutamente normal en filosofía. Creo que si algo caracteriza la reflexión que se hace en Cuba desde la filosofía es la vieja idea de que la filosofía sirve para todo. Si algo nos ha dejado, si algo nos ha dejado, decía, 20 años de enseñanza de la filosofía marxista en los niveles de enseñanza media y universitaria es la increíble creencia de que la filosofía sirve para resolver cualquier problema. Por eso me gustaría distinguir entre la recepción que tienen las corrientes filosóficas contemporáneas en el medio académico y en el medio no académico. En el medio académico incluso puede encontrarse una división, y me siento muy feliz de haberlos escuchado a todos esta mañana, porque hay gente que todavía cree que la filosofía francesa es sólo una, y todavía toman a un autor por su último libro, sin interrogarse acerca de qué hizo antes y cuál es su trayectoria cultural. Del otro lado existe la tendencia que se interroga acerca de la posición intelectual de ese hacedor de filosofía, pero si algo hay común en las dos corrientes es la *aplicación*. Como aquí en Cuba las cosas pasan muy rápido, y se reciben muy rápido —es raro teniendo en cuenta el bloqueo, pero es verdad; se reciben muy rápido—, si algo es común a estas dos corrientes es el intento de aplicación. Y es que el problema real aquí, tal como yo lo veo, desde luego, es que cada una de estas corrientes busca legitimar su posición o su tema de investigación de acuerdo con la última corriente filosófica que ha surgido. Voy a poner un ejemplo con Derrida. Derrida se ha investigado muchísimo menos —y aquí en este país se ha



investigado mucho— en el campo de la literatura que en el campo de la filosofía, y, sin embargo, la gente de literatura usa a Derrida como un canon de interpretación hermenéutica, cosa que no sé como es posible. Derrida ha sido algo así como el gran gurú de la posmodernidad, y todo el mundo se interroga acerca de lo último que dijo tratando de aplicarlo —y aquí viene la cubanidad— a la interpretación general o personal acerca de la realidad y la posición de esa persona o corriente en la realidad, lo cual, teniendo en cuenta lo que hace Derrida, es un poco difícil. Veamos el caso de Lacan. Lacan es una de las lecturas más difíciles que uno pueda hacer, y, sin embargo, no sólo existe este respetable círculo de jóvenes lacanianos, sino que, por ejemplo, alguien me envió el otro día a una muchacha que se dedica a la publicidad y que quería justificar con Lacan un video que tenía que hacer. Es decir, tenía por encargo hacer un video sobre un tema comercial y alguien le dijo que en Lacan encontraría la idea para hacerlo. Para resumir lo que intento transmitir: uno, en Cuba las cosas se reciben muy rápido, como en todas partes a veces constituyen una moda, pero a diferencia de algunos lugares —pienso, por ejemplo, en Estados Unidos, a lo que Marcel se refería— el resultado no es sólo una investigación académica ni la transmisión académica de ese conocimiento, sino en lo que concierne a la academia un replanteamiento de temas de investigación. Esto, por supuesto, tiene un peligro, y el peligro es que se quiere hacer decir al filósofo lo que nunca dijo, pero por otra parte obliga a la comunidad intelectual a estar continuamente repensando sus propias premisas de partida. Para terminar mi idea, que ya es demasiado larga, yo creo que lo que caracteriza a la reflexión filosófica o desde la filosofía en Cuba es el intento de interpretación, el intento de apropiarse de cualquier corriente para reinterpretar la realidad o la visión especial de la realidad que un cierto grupo de personas que reflexiona tiene de la realidad. Podría poner el ejemplo de Bordieus, pero ya he hablado demasiado. Ésa es mi visión.

**JORGE LUIS ACANDA:** Bueno, tanto los colegas cubanos como los franceses hablamos a título individual. Si vamos a hablar de qué ocurre con la filo-

sófia en Cuba, tenemos que partir de un conjunto de elementos fundamentales. Primero, la academia cubana es muy lenta y muy conservadora. Segundo, la academia no es homogénea, porque si vamos a hablar de la filosofía en Cuba no es sólo lo que se hace en La Habana, y sobre eso voy a volver después. Lo tercero es algo a lo que Pilar se refirió, el efecto del bloqueo que hace que muchas cosas lleguen muy rápido, pero el problema está en la difusión de lo que llega, cómo se difunde; a lo mejor se conoce en un sector muy específico, donde además lo que se conoce es a lo mejor el libro de ese autor que llegó y no los otros libros, lo que lleva a que se difunda una visión de un autor fragmentada y limitada. Cuarta cuestión: la tradición cultural de cómo se reciben las producciones teóricas europeas, la posición muchas veces de diletantismo, pero además de colonialismo cultural con respecto a lo que se recibe, y sobre todo de Francia, que siempre ha sido una metrópoli cultural muy fuerte para Cuba, antes o después del bloqueo. Porque aquí hemos tenido muchas modas: la moda Sartre, la moda Althusser, después hemos tenido las modas del posmodernismo, de la posmodernidad, y por eso, muchas veces la academia tiene la ventaja de su mayor peso en las discusiones, porque muchas veces la recepción de estas corrientes que no han encontrado un nicho en la academia se pierden en la discusión con la academia por el diletantismo de sus portadores, y eso explica en buena medida lo complejo de la recepción de todas estas filosofía posmodernistas. Es muy difícil encontrar una recepción realmente balanceada y desapasionada de los autores posmodernistas franceses, porque también en la academia hay diletantes. Un ejemplo de lo complejo que es cómo se reciben las teorías es el mismo ejemplo del psicoanálisis y de Lacan, y lo que no puede obviarse es el papel que los argentinos han desempeñado en Cuba en la recepción del psicoanálisis y de Lacan. Aquí se conocía bien el psicoanálisis antes del año 59, cierta tendencia marxista dogmática casi lo aplastó en Cuba en la década del 70, renace el interés por el psicoanálisis y encuentra un espacio en la academia a fines de la década del 80. Se empiezan a hacer toda una serie de talleres y congresos internacionales en Cuba sobre psicoanálisis, em-

piezan a llegar muchos argentinos psicoanalistas; un grupo de argentinos que eran de la línea de un psicoanálisis que había llevado a la Argentina Marie Lange, y que tiene una línea de pensamiento más cercana a la escuela alemana, y que viven casi todos en el exilio, y los argentinos, muchos de ellos residentes en Argentina, son quienes traen a Lacan. Si la línea de Lacan tiene cierta influencia hoy en día en Cuba se debe, en buena medida, a la lentitud de la academia y a que el grupo más joven que se vinculó con el pensamiento de Lacan encontró otros canales alternativos de apoyo. Luego es una historia compleja. Que la academia no es homogénea lo demuestra que no es la misma la filosofía que se hace en un lugar de Cuba que la que se hace en otro, lo cual es además una característica de muchos países, no sólo de Cuba, y que tiene que ver con otro elemento que hay que tener en cuenta: la diversidad de formación de quienes trabajan la filosofía en Cuba. Hay muchos colegas que se formaron en la Unión Soviética, y que tampoco coinciden en sus puntos de vista, pero que explica, por ejemplo, la influencia que tiene en Cuba alguien de quien no hemos hablado aquí, que es un gran ausente: Ilienkov, que tiene fuerza en determinados círculos. Hay una minoría que se formó en la República Democrática Alemana, y que, por supuesto, tiene la posibilidad de leer alemán que no tienen los otros y, por tanto, tiene acceso a una cierta información. Un último elemento que quiero señalar: toda corriente filosófica que llega a Cuba se recepciona a partir de la necesidad que se siente de llenar un espacio vacío. Eso explica la gran importancia que tuvo y que aún tiene la filosofía de la posmodernidad. Muchos extranjeros vienen y se sorprenden de que todavía aquí se estén discutiendo las propuestas de Lyotard del año 79, y hay que entender qué se está buscando con esas propuestas. Ahora, si vamos a hablar también de la filosofía tampoco puede olvidarse la visión que de la filosofía en Cuba se tiene *desde fuera* de la filosofía, porque ella es la que determina el campo social, el espacio social que se le deja a la filosofía, el encargo social que se le da a la filosofía, qué visión tienen otros científicos sociales que no son filósofos de la filosofía; por ejemplo, los historiadores. Creo que hay varias generaciones de historiadores que

no tienen una visión clara de qué pueden recibir de la filosofía y qué pueden aportar a la filosofía, que no tienen una visión clara de lo que significa la filosofía en la formación del historiador, y eso es importante, porque crea un espacio en el que los filósofos se mueven. Todos esos elementos deben tenerse en cuenta a la hora de analizar lo que está ocurriendo en Cuba.

**JOAQUÍN SANTANA:** Muy breve, solamente para aclarar algunas cosas, y me alegro que esté Torres-Cuevas aquí y que haya salido el tema de la relación historia-filosofía. Lo que quiero decir es que Torres es un historiador que está en un campo intermedio; o sea, muchas veces creo que los historiadores a veces piensan que lo que él hace no es propiamente historia y que se acerca mucho más a los filósofos. Pienso que en Cuba predomina una visión muy positivista de la filosofía y también de la historia, y eso nos lleva a que cuando hablamos de filosofía, y creo que hay que ponerle un apellido, la filosofía que se enseña es la filosofía marxista, hay una visión demasiado pragmática de ella, y esto ha llevado al mismo descrédito o deterioro que otros sectores tienen de la filosofía, y que, por tanto, se lanzan muchas veces a la búsqueda de otras filosofías para tratar de hacer lo mismo, sustituir al marxismo por otra, pero con las mismas funciones; es decir, algo que le sirva para la práctica. Desde luego, el marxismo en Cuba no es una corriente, creo que hay lecturas muy diferentes, por suerte. Por lo menos pueden determinarse de tres a cuatro posiciones dentro de ella. Por último, quería referirme a la recepción del pensamiento francés y al problema del colonialismo cultural. Muchas veces, esta recepción no se hace de manera directa, llega a través de segundos o terceros. Muchas veces, la visión de la filosofía francesa no es sino la visión que tienen los norteamericanos o los argentinos de la filosofía francesa, también de los alemanes. Es todo.

**EDUARDO TORRES-CUEVAS:** Una breve idea. También creo que no pueden taparse los problemas de la inquietud actual en Cuba, el punto en el cual llegamos a un conjunto de problemas que son universales, que son sensibilidades comunes con pro-

blemáticas planteadas en otra parte. Por tanto, creo que uno de los problemas más fértiles de esta etapa, al margen de corrientes, puntos de vista y de posiciones, es una apertura en busca de estos puntos también comunes que son universales, quizá, dicho en otros términos, dejar la idea e irnos a buscar otras amplitudes. Es la constatación de los espacios vacíos, como decía Acanda, pero éstos hoy son el resultado de un largo proceso de certidumbres y de búsquedas. Hace 40 años no se debatía tan ampliamente ni tan profundamente los espacios que necesitamos llenar.

**ROGER LESGARDS:** Es el último momento en que vamos a estar todos juntos y, por tanto, quisiera de-

cirlo de una forma libre pero también muy solemne, que nos hemos sentido muy felices de estar en su compañía y a su vez nos hemos llevado muchísimo conocimiento. Quisiéramos darles algunos libros, revistas, pero quisiéramos que no tuvieran la visión de un solo autor por un solo libro. El segundo punto y una de las cosas más inmediatas es la publicación de las actas en una edición que sea bilingüe.

• • • • •

# DEBATES AMERICANOS

## DEBATES AMERICANOS

comunica a sus lectores que para suscribirse a esta publicación, debe remitir sus datos personales o institu-

cionales, a: **Casa de Altos Estudios  
Don Fernando Ortiz**

L y 27, Vedado,  
Ciudad de La Habana, Cuba

Suscripción anual, para

Cuba ..... \$16,00 M.N.

América Latina

y el Caribe ..... \$20,00 USD

América del Norte,

Europa y otras regiones ... \$24,00 USD

debates  
AMERICANOS

...

y recuerda a sus colaboradores que deben entregar sus trabajos inéditos o no publicados en español —con datos biobibliográficos—, con no menos de 20 cuartillas y no más de 25, redactadas en 30 líneas por 60 pulsaciones; para los comentarios bibliográficos, con una extensión entre 5 y 10 cuartillas, preferentemente con *disquette* en MS Word 6.0. Toda colaboración será devuelta si así es solicitada.

**En el XL Aniversario del asalto al Palacio Presidencial y la toma de Radio Reloj, la memoria histórica del pueblo hace vivir en el tiempo la acción que cumplía con el compromiso fijado por aquella generación de cubanos.**

Desde la colina universitaria, la tarde del 13 de marzo de 1957, los jóvenes del Directorio Revolucionario resquebrajaron los muros palaciegos y con su sangre llamaron "adelantar en la senda del triunfo".

# La Universidad: fragua del 13 de Marzo

Heriberto Hernández



Cuando el 13 de marzo de 1957 la arenga de José Antonio Echeverría al pueblo de Cuba quedaba inconclusa, no sólo quedaba interrumpida una de las piezas oratorias más vibrantes y dramáticas del devenir histórico universitario, sino una de las más arriesgadas y perfectas proclamas, que como ninguna otra puede identificar el dramatismo de la acción que se estaba llevando a cabo paralelamente. Se desarrollaba así una de las más audaces acciones de guerrilla urbana que registraría la lucha armada por nuestra liberación.

*"¡Pueblo de Cuba!*

*"En estos momentos acaba de ser ajusticiado revolucionariamente el dictador Fulgencio Batista. En su propia madriguera del Palacio Presidencial, el pueblo de Cuba ha ido a ajustarle cuentas.*

*"Y somos nosotros, el Directorio Revolucionario, los que en nombre de la Revolución Cubana hemos dado el tiro de gracia a este régimen de oprobio.*

*"Cubanos que me escuchan: Acaba de ser eliminado...".*

A pesar del fracaso y el derramamiento de sangre, la confusión y el pres-

tigio de que gozaban las huestes estudiantiles, hicieron posible que durante varias horas se creyera que, efectivamente, el dictador hubiese muerto; noticia esta que era festejada oculta y a veces desenfrenadamente por las capas más

humildes de la población, mientras algunos de los cómplices más allegados a Batista corrían, a refugiarse en las embajadas, ciertamente temerosos de la justicia popular.

Lo acaecido aquella tarde no se mediría en la perspectiva histórica por el fatal desenlace del revés militar de las fuerzas revolucionarias, en plena capital de la república donde se concentraban los más fuertes y numerosos efectivos militares y los principales cuerpos represivos y policíacos del régimen, sino que, a partir del 13 de marzo, se consolida en efecto la estrategia de la guerra en las zonas rurales montañosas, donde ya Fidel llevaba 100 días de enfrentamiento armado contra la tiranía.

Muchas páginas se han escrito sobre los sucesos de aquel día y, en ocasiones, la acción ha centrado toda la atención, como si no fuera el cierre histórico de la curva unitaria que había tenido un tronco común desde los primeros tiempos que sucedieron al golpe del 10 de marzo del 52, en la Universidad de La Habana. Determinar la génesis de la acción del Directorio Revolucionario equivale a precisar la trayectoria que desencadenó la lucha armada directa contra la tiranía, pues ha de entenderse que las motivaciones de lucha de cada etapa no se cancelan todas con su paso a la siguiente y que algunas mantendrán vigencia constante. Se tuvo que librar el enfrentamiento a lo interno de la Universidad, contra los grupos gansteriles y las maniobras infiltracionistas y divisionistas en las filas estudiantiles, se tuvo que desplazar y descaracterizar a los dirigentes tramitados<sup>1</sup> con el régimen, quienes tenían el control de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU). Mientras tanto, se mantenía una lucha permanente en lo externo contra los seudorevolucionarios y contra los diversos planes y componendas de la oposición burguesa pacifista, al mismo tiempo que continuaron las ininterrumpidas denuncias a la tiranía, la agitación pública, los actos multitudinarios y las apasionadas manifestaciones en las calles llenas de energía.

Sí, la Universidad de la Habana, la que nunca recibió las armas prometidas por Carlos Prío aquel 10 de marzo de 1952. La que frente a la ineffectividad de los partidos burgueses de oposición ante el repentino madrugonazo, se erigió

en espectacular portavoz de la rebeldía. Donde se juró y desde donde salió el entierro simbólico de la Constitución, donde la escalinata fue testigo de los actos por el cincuentenario de la llamada "república mediatizada", de los sangrientos choques del 15 de enero por la profanación al busto de Mella, en la manifestación de las antorchas el 28 de enero<sup>2</sup> y en la gigantesca concentración que acompañó el féretro del estudiante asesinado Rubén Batista hacia el cementerio.

Aunque toda la Isla fue un enorme escenario en la última fase del proceso revolucionario, a la Universidad cabe el privilegio impar de haber servido de ámbito mayor al surgimiento de la vanguardia armada. Allí se conocieron Abel y Fidel, allí se conocieron José Antonio y Fructuoso, y allí se forjó el Directorio, que aglutinó a una parte de la juventud que interpretó, reaccionó y actuó acorde con la necesidad de su momento, que fue aproximando voluntades hasta su integración en una vertiente de creciente revolucionaria, hasta liderar las movilizaciones de las masas estudiantiles, las cuales trascendieron e imantaron en su acción a otras fuerzas sociales.

La historia a que nos referimos en particular en estas páginas nace en esencia el mismo 10 de marzo de 1952, cuando había quedado atrás la época en que la presencia de una izquierda revolucionaria de mucho talento en la Universidad, caracterizada por la conjunción de un grupo de jóvenes figuras como: Fidel Castro, Alfredo Guevara, Lionel Soto, entre otros, matizaron un período de grandes luchas estudiantiles contra la corrupción, el marcarthismo y el entreguismo que tipificaron los gobiernos Auténticos. Esos

---

1 Se les denominaba a los dirigentes estudiantiles que exteriorizaban su oposición al gobierno mediante declaraciones, en tanto establecían trámites con la policía para evitar la represión a cambio de restar agresividad a las manifestaciones estudiantiles y circunscribirlas lo más cercanamente posible al recinto universitario.

2 Manifestación realizada a iniciativa de la FEU de la Universidad de La Habana en conmemoración del centenario del natalicio de José Martí, en ella se unen otros grupos revolucionarios, como quienes después realizarían la acción del Moncada (moncadistas), entre ellos, Fidel Castro.

mismos estudiantes que representaron verdaderamente la tradición de lucha de la Federación Estudiantil Universitaria, que una vez egresados, cuando se produce el golpe, a pesar de la confusión de los primeros momentos, no vacilaron en acudir a su Universidad. Aunque la historia ha recogido que la dirección de la FEU acudió al Palacio Presidencial en reclamo de armas para la lucha, podríamos subrayar que en esa oportunidad representaron en realidad esa posición los estudiantes que componían aquella comisión en segunda y tercera filas y que sí van decididos al combate. Ése fue el desafío que tuvieron ante sí los estudiantes revolucionarios a partir del 10 de marzo, desplazar de la dirección de la organización universitaria aquellos líderes que transaban ante el menor peligro.

No puede hablarse de esta etapa en la Universidad, sin mencionar a un joven estudiante de arquitectura de 22 años de edad: José Antonio Echeverría, que desde la presidencia de su escuela a la secretaría general de la FEU, a la vicepresidencia y a la presidencia de la Federación Estudiantil Universitaria, trazó un año y medio después, el 30 de septiembre de 1954, la línea ascendente del estudiantado universitario hacia la dirección del movimiento revolucionario cubano.

El arribo de José Antonio a la presidencia de la FEU es una manifestación de la influencia que, entre los universitarios, ya ha llegado a lograr la vertiente revolucionaria que él encabeza. Alrededor del líder se nucleó un grupo de jóvenes que asumen posiciones diáfanas ante las diversas coyunturas revolucionarias o politiqueras que caracterizan el período. Serían los primeros en las acciones de masas, los primeros en ser apaleados y detenidos, serán los que van armados, decididos a pasar el martirologio. Estos estudiantes formaron un grupo radical conocido como "La Claque". Con José Antonio, Fructuoso Rodríguez, Juan Pedro Carbó Serviá, Álvaro Barba, René Anillo y Osmel Francis, no había cabida para los tramitados, que siempre posaban en primera plana para las fotos de la prensa y por la espalda pactaban con el gobierno, en legítimo acto de cobardía.

El pueblo se acostumbró a ver bajar los estudiantes por la escalinata de la Universidad con gritos de "Abajo Batista", "Revolución... Revolu-

ción", y después enfrascarse en desigual encuentro con las fuerzas de la policía. Estos enfrentamientos de calle servían de acicate al pueblo, que poco a poco dejó de ser simple espectador para transformarse en parte activa de aquellos combates.

Los continuos encuentros con las fuerzas represivas coadyuvaban de manera determinante a mantener un estado de conmoción en el país. La forma inicial de enfrentamiento en su expresión más simple y con los únicos medios disponibles: los puños, podía parecer ingenua —pero en la práctica actuaba como fuerza energizadora de la conciencia de las masas, porque las razones enarboladas coincidían con sus sentimientos—, era un contundente llamado a la acción, expresado al oponer los estudiantes sus cuerpos descubiertos a las balas y palos de los genizaros batistianos. La concepción de la lucha de masas, esgrimida por José Antonio Echeverría, era interpretada con la prédica del ejemplo por parte del movimiento estudiantil para despertar la conciencia nacional.

Desde luego, tanto José Antonio como sus compañeros estaban conscientes de que, al radicalizarse la lucha, la represión se incrementaría en todas direcciones; tal es así, que dentro de la Universidad se luchó contra los sujetos como Díaz Balart, quienes bajo el amparo del gobierno propiciaban la desunión estudiantil; la lucha se tornó en la oscuridad, donde la actitud de vergüenza era un desafío, y andar solo es estar de pronto rodeado por los pistoleros universitarios. Tiempos difíciles aquellos, que debían acostumbrarse a caminar por la Plaza Cadenas y el Patio de los Laureles, con los ojos abiertos y el puño firme ante la presencia de alguna que otra pistola.

Tiempos de probar el fracaso del intento de debilitar la dirección del movimiento estudiantil cuando es reelegido José Antonio el 19 de abril. Inmersos con total intensidad en la campaña por la amnistía política se sacude de un extremo al otro el país, se saca el tiempo imprescindible para trabajar sobre un programa de reivindicaciones estudiantiles y sociales en el cual se va a la recuperación de las banderas mellistas y se propugnan otros objetivos acordes con el momento. Así



se aboga por expandir la cultura dentro y fuera de la Universidad, por la creación de la Universidad Popular para los trabajadores "Rafael Trejo", por el desarrollo de la campaña de alfabetización "Rubén Batista", por la construcción de una moderna Ciudad Universitaria y por la organización de un congreso internacional de estudiantes, con especial interés en la participación de representantes de los países de América Latina.

Mayo de 1955 resultó de vital importancia para los destinos de las fuerzas revolucionarias, cuando José Antonio, con el brazo en cabestrillo, el día 8 anuncia a la prensa que el estudiantado convoca al pueblo a un gran acto en la escalinata universitaria para el 20 de ese mes. Fue un reto a la tiranía y una cabal interpretación de los intereses populares, en que se recalca el nombre de la persona invitada para clausurar el acto: Fidel Castro.

Cuando el 15 de mayo de 1955 Fidel sale de presidio y centenares de presos políticos más, se abre un vertiginoso período de batalla política, que descaracteriza el fariseísmo del régimen en la proclamación de un supuesto clima de paz, garantías y de apertura democrática. El estudiantado revolucionario constituirá un firme aliado durante estos conmocionantes 53 días en que será baleada la Universidad, cercada por la policía, emplazados altos personeros del gobierno por Fidel; retados por José Antonio desde lo alto de la escalinata.

El año de 1955 será el comienzo de la radicalización de la FEU, donde se adquirirán mayores dimensiones. A finales de ese año nacía en la Universidad de La Habana una nueva organización: el Directorio Revolucionario. Surgía porque José Antonio se había percatado que la FEU, por su carácter de organización masiva, no podía ser el instrumento político-militar del estudiantado de vanguardia. Se acordó llamarlo Revolucionario, y no Estudiantil Revolucionario, porque ya en esta etapa debía estar integrado no sólo por estudiantes sino darles cabida a trabajadores, empleados, profesionales y a todos aquellos revolucionarios que se vinculaban en la lucha a la Universidad.

En los últimos meses de 1955, empezaron a desarrollarse las reuniones del "Diálogo Cívico",

en las cuales trataba de evitarse el enfrentamiento armado con la dictadura. José Antonio, con una clara definición política, comprendió que era necesario que la FEU tomara parte en aquellas conversaciones para demostrar la inutilidad de abogar por soluciones políticas. Al participar con el "Diálogo Cívico", la Federación podía debilitar las posiciones de los políticos y señalar que el único camino que conducía a soluciones verdaderas, era el insurreccional. Los acontecimientos posteriores lo corroborarían.

Las noticias que llegaban de Santiago de Cuba de la represión de los "guardianes del orden" en la manifestación del domingo 27 de noviembre de 1955 —en recordación a los estudiantes de Medicina, fusilados en 1871—, con el balance final de decenas de estudiantes heridos y un considerable número de detenidos, levantaron, de inmediato, una oleada de creciente indignación en todo el país. En La Habana, José Antonio convocaba a una huelga de 72 horas en solidaridad con los estudiantes orientales. En el Salón de la FEU, José Antonio anunciaba que había llegado el momento de romper todo nexo con el "Diálogo Cívico". Expresa que el pueblo nada podía esperar de aquellas reuniones, por lo que la única solución de Cuba era la lucha insurreccional. La tesis de José Antonio traspasaba el ámbito universitario.

En los días siguientes continuó la agitación universitaria dentro del recinto. El líder de la máxima organización estudiantil provoca así el enfrentamiento directo con el régimen; es decir, lleva a la práctica su concepción de la lucha de masas, pero respaldada por la acción militar, pues los estudiantes habían tomado por las armas las aulas universitarias; sería la primera acción armada de gran envergadura de cuantas hasta entonces se habían llevado a cabo. José Antonio estaba convencido de que la policía trataría de impedir la manifestación, pero quería hacer valer su tesis y para ello estaba dispuesto a suscribirla con su propia sangre, si fuera necesario.

El 2 de diciembre se efectuaba la manifestación anunciada. Con la bandera desplegada y entonando el himno nacional, los estudiantes comenzaron a abandonar el recinto universitario. Otra manifestación saldría hacia 23 y L; de la Escuela de Medicina salía otro grupo pequeño, has-

ta dispersar la atención de la policía. Pero un grupo se había quedado en la Universidad para ripostar con armas, cuando las fuerzas represivas atacaran la manifestación principal, encabezada por José Antonio Echeverría.

Al llegar el desfile a Infanta y San Lázaro se produce el encuentro con los policías. Desde la Universidad, el comando armado responde a la agresión causando varias bajas entre los agentes uniformados. Después de estos sucesos, la máquina de la revolución no podía dar marcha atrás, de ello se percata Echeverría, por las noticias que le llegan al Castillo del Príncipe, donde está detenido. Al mismo tiempo suceden algunos acontecimientos como: los movimientos de oposición al régimen dentro de las filas de las fuerzas armadas, la agudización de las luchas obreras en el sector azucarero que reclamaba el pago del diferencial azucarero. Ellos traban contacto con el líder estudiantil y acuerdan derivar las demandas obreras en un movimiento revolucionario en el cual participan obreros y estudiantes. José Antonio eslabona las luchas proletarias con las estudiantiles, a las cuales une el movimiento que se gesta en las fuerzas armadas. Se convierte así en la figura de mayor popularidad en la oposición entre las que actúan en Cuba.

Para 1956, cada acción era reprimida con más violencia por los agentes represivos, pero al mismo

tiempo respondida con más violencia por los estudiantes. Ante la feroz persecución desatada contra los dirigentes estudiantiles fue necesario que éstos pasaran a la clandestinidad.

En este año, José Antonio viaja a México. Allí se reúne con Fidel y suscribe, en nombre del Directorio Revolucionario, un documento de extraordinario contenido unitario, en el cual se plantea la lucha armada como única vía para derrotar la tiranía. De regreso a Cuba, lleva a la práctica los acuerdos contenidos en la Carta de México. Abanderado de las luchas de masas, creyó necesario promover una acción que despertara la conciencia nacional. Así, en la etapa que transcurre entre 1956 hasta los primeros meses de 1957, emerge como cabeza principal del movimiento revolucionario, que impulsa y se convierte en estandarte de la lucha armada contra la dictadura. Principio sellado con sangre en el asalto al Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957. Eran tiempos de hacer Revolución, y la muerte es una posibilidad, que bien puede presagiarse después de hacer un Testamento Político, pero es difícil suponer donde lo puede sorprender la muerte. Parece ser que José Antonio esta-

ba predestinado a venir a morir en su Universidad.

**HERIBERTO HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, licenciado en Historia, es profesor de esa especialidad en la Facultad de Filosofía e Historia en la Universidad de La Habana, historiador de esta casa de estudios y de su Archivo Histórico; vicepresidente de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortíz.**

• • • • •

# El 13 de marzo de 1957 y la crisis estructural de la neocolonia

José A. Tabares del Real



► 1

El 13 de marzo de 1957, un contingente de militantes del Directorio Revolucionario escenificó el heroico asalto al Palacio Presidencial y la toma de la emisora Radio Reloj.

Las acciones de ese día formaban parte de un plan para ajusticiar al dictador Fulgencio Batista y descabezar así la tiranía, tomar gradualmente las unidades militares y policíacas de La Habana, entregar al pueblo las armas que se ocupasen al enemigo, y desencadenar una insurrección popular revolucionaria.

El proyecto se frustró, en su primera fase, debido a la traición de Ignacio González, quien debía entregar importantes cantidades de armas a sucesivos grupos de combatientes y no lo hizo.

En los combates de esa fecha, entregaron sus vidas José Antonio Echeverría, secretario general del Directorio Revolucionario, presidente de la Federación Estudiantil Universitaria y líder político de gran prestigio entre las masas del pueblo; Carlos Gutiérrez Menoyo, jefe militar del ataque a la mansión palatina; Menelao Mora Morales, luchador contra la dictadura de Gerardo Machado

y la primera satrapía de Batista (1934-1937), y muchos revolucionarios más. Fueron heridos numerosos combatientes.

Los gloriosos acontecimientos del 13 de marzo de 1957 tuvieron un saldo militar negativo, pero en términos político-revolucionarios y estratégicos constituyeron una costosa, pero trascendental victoria para la Revolución Cubana; pues, entre otras cosas:

- Elevaron la autoridad del Directorio Revolucionario y la simpatía del pueblo hacia esa organización.
- Fueron un importante paso en favor de la unidad entre las fuerzas revolucionarias que combatían a la dictadura, ya que demostraron en qué medida estaba el Directorio resuelto a cumplir los acuerdos de la Carta de México, que suscribieron meses antes José Antonio Echeverría y Fidel Castro, a pesar de todas las complejidades y dificultades de la lucha insurreccional.
- Aumentaron la ya enorme voluntad de lucha de los militantes del Directorio, del Movimiento Revolucionario 26 de Julio y del Partido Socialista Popular.
- Multiplicaron el odio y la repulsa del pueblo hacia la tiranía de Batista, y estimularon el ingreso de miles de hombres y mujeres a las filas revolucionarias; acrecentaron el apoyo moral, político y material de las masas hacia los adversarios del régimen.
- Estremecieron los cimientos y las estructuras de la mayordomía de Batista, y fueron una de las causas de que importantes sectores de la oligarquía y la burguesía criolla comprendieran que ésta era incapaz de imponer su voluntad al país y, por tanto, le retiraran su apoyo y empezaran a maniobrar en su contra. El crecimiento, a partir de entonces, del Movimiento de Resistencia Cívica resultaba una muestra palpable de este aserto.
- Constituyeron un rudo golpe para los partidos y entidades opositoras, de carácter nacional-reformista, empeñados en lograr una salida pacífica, y de contenido no revolucionario, a la crisis nacional, mediante negociaciones con la dictadura. Las maniobras, con tales objetivos, de la Sociedad de Amigos de

la República, del Bloque Cubano de Prensa y de otras instituciones, quedaron condenadas al fracaso.

- Coadyuvaron a dinamizar grandemente el proceso de desprestigio de los partidos políticos existentes antes del establecimiento de la dictadura, de sus programas y de sus dirigentes, y a elevar el papel de las jóvenes vanguardias revolucionarias, así como la adhesión del pueblo hacia el proyecto político de ellas.

Por otra parte, debemos subrayar que los combates del 13 de marzo de 1957 fueron uno de los golpes de mayor envergadura que se propinaron en la capital de la nación al régimen oligárquico y antinacional, en el curso de la lucha revolucionaria. Se trató, por añadidura, de un golpe dado en el corazón, en el núcleo central, del poder económico, social y político vigente entonces.

A la luz de nuestras consideraciones anteriores, vale la pena que nos preguntemos contra qué y contra quiénes se luchó el 13 de marzo, y que hagamos una breve reseña de las circunstancias políticas, económicas y sociales en que se desarrollaron los enfrentamientos de esa jornada.

## ► 2

En la década del 50, la crisis estructural que padecía el sistema neocolonial cubano, desde el “decenio crítico” de 1920, hizo metástasis y entró en su fase terminal.

La segunda dictadura de Batista, siguiendo la misma política que habían aplicado Gerardo Machado y todos sus sucesores, restringió, año tras año, la producción y las ventas de azúcar; distribuyó, mediante cuotas, entre los hacendados y los colonos existentes los volúmenes de azúcar y de caña a producir y a vender por cada uno de ellos, y negoció nuevos convenios internacionales restrictivos de las ofertas del edulcorante al mercado mundial.

Esta política tenía el propósito de defender los precios y minimizar la competencia en la comercialización del dulce. Ella se sumó a las cuotas azucareras limitativas que promulgaba anualmente el Congreso de Estados Unidos, para proteger a sus productores domésticos. Como to-

**TABLA I. Semanas trabajadas por la PEA con 14 años o más (1953)**

Semanas trabajadas	Total de la PEA	Porcentaje del total	Porcentaje masculino	Porcentaje femenino
10 o menos	1 863 014	48,7	16,5	82,5
10-19	87 422	2,3	4,0	0,4
20-29	165 819	4,3	7,8	0,7
30-39	134 954	3,5	6,0	0,9
40-49	169 388	4,4	7,6	1,1
50-52	1 407 867	36,8	58,1	14,4
Total	3 828 464	100,0	100,0	100,0

**Fuente:** Tribunal Superior Electoral: *Censos de población, viviendas y electoral*, La Habana, 1953, p. 176.

dos los mercados —el nacional, el norteamericano y el mundial— estaban regidos por cuotas, el fabricante carente de cuotas se convertía de manera automática en ilegal, no tenía espacio. Y como todas las cuotas se distribuían entre los empresarios ya existentes, no había lugar para nuevas empresas en el negocio azucarero, lo que condujo al estancamiento de la totalidad de la economía neocolonial, cuya única fuerza dinamizadora era el azúcar.

Por ende, de los resultados anuales de las exportaciones del edulcorante —al cual el economista Julián Alienes Urosa calificó de “variable estratégica, fundamental e independiente de la economía cubana”— dependían el producto interno bruto, la renta nacional, la magnitud del empleo y del desempleo, los salarios, el ingreso per cápita, el volumen de las importaciones, la calidad y el nivel de vida, la cuantía de los presupuestos públicos y todos los indicadores de la economía nacional; o sea, la crisis o bonanza de la coyuntura económica.<sup>1</sup>

Además, el mercado interno sufría del empequeñecimiento que provocaban el carácter cíclico de la principal fuente de empleo —la rama azucarera—, la hegemonía del latifundio ganadero y azucarero en la mayor parte de la Isla y del minifundio en el resto de ella, el cultivo de sólo el 22 % de la tierra fértil del país, el desalojo del campesinado de la propiedad de la tierra, el desempleo, los bajos salarios y otros factores.

Tanto en el azúcar como en la ganadería, y en otros varios cultivos, pero en menor medida,

una parte sustancial de la mejor tierra del país estaba en manos norteamericanas. Según los historiadores Ana Julia Faya y Pedro Pablo Rodríguez: “De los 42 centrales que para 1953-1954 aparecían como propiedad norteamericana, sólo tres disponían de menos de 100 caballerías y sólo dos más no llegaban a 150. Aunque las cifras manejadas incluyen las tierras propias y las controladas, de todos modos indican como los latifundios de 40 centrales serían afectadas por la ley de reforma agraria”. (Primera Ley de Reforma Agraria, mayo de 1959, JAT.)

Por otra parte, el desempleo incluía en la década del 50 el 15 % de la fuerza laboral —o sea, 600 000 personas— y el subempleo azotaba a una porción sustancial de ella; en especial, a la femenina y la rural.

Para la mejor comprensión de estos fenómenos de tenencia de tierra y empleo, consúltense las tablas I y II.

Cuba ocupaba el tercer lugar en América Latina por el monto de las inversiones norteamericanas en su territorio. El capital yanqui, que hegemonizaba la economía de la Isla, ascendía a 1 001 millones de dólares en 1958 (véase tabla III).

El mercado nacional era hegemonizado, en condiciones ventajosas, por las mercancías norteamericanas, favorecidas antes de 1948 por los convenios comerciales cubano-norteamericanos de 1903 y 1934, y a partir de 1948, por las estipulaciones del Acuerdo General de Aranceles y Comercio (GATT).

La dominación estadounidense del mercado cubano; las cuantiosas remesas al exterior de las ganancias de los inversionistas extranjeros, de los pagos a cuenta de los empréstitos y de multimillonarias sumas, producto del robo al tesoro público,<sup>2</sup> y otros elementos, hicieron nau-

<sup>1</sup> Julián Alienes Urosa: *Características fundamentales de la economía cubana*, Publicaciones del Banco Nacional de Cuba, La Habana, 1950.

<sup>2</sup> Según el Departamento de Comercio de Estados Unidos, el grueso de las inversiones hechas por cubanos en los años 50, eran realizadas en acciones de compañías norteamericanas y, a mediados de ese período, las inversiones *declaradas* de capital eran de 312 millones de dólares.

**Tabla II. Distribución de la tierra por fincas (1946)**

Tamaño de las fincas*	No. de fincas	% del no. total de fincas	Área total de las fincas	% del área total
0,1-9,9	62 500	39,1	296 739	3,2
10-24,9	48 778	30,5	725 071	8,0
25-74,9	32 058	20,0	1 278 362	14,0
75-499,9	14 286	8,9	2 523 281	27,7
500-4 999,9	22 222	1,4	2 436 031	26,9
5 000 +	114	0,1	1 817 602	20,1
<b>Total</b>	<b>159 958</b>	<b>100,0</b>	<b>9 077 086</b>	<b>100,0</b>

\* En hectáreas.

**Fuente:** Vladimir Akulai y Domingo Rodríguez Frago: "La situación socio-económica del campesinado cubano antes de la revolución", en revista *Islas*, no. LIV, mayo-agosto de 1976, p. 67.

fragar los esfuerzos que, en aras de un crecimiento industrial y agrícola diversificado, realizaron las administraciones neocoloniales a partir de 1925, e impidieron el desarrollo de una burguesía agrícola e industrial, cubana e independiente.

Como resultado de todas las circunstancias enumeradas, en el decenio de 1950, una producción azucarera similar a la de los años 20, debía sustentar una población dos veces mayor.<sup>3</sup>

Según Alienes y otros especialistas, cada año arribaban a la edad laboral 50 000 jóvenes y, de ellos, sólo encontraban trabajo 25 000. Entre 1955 y 1958, sólo se crearon 8 000 nuevos puestos de trabajo en la industria. La contradicción entre el ritmo de crecimiento demográfico y el de la economía, alarmó al Banco Mundial, que en su *Report on Cuba* (1951) señaló que "A menos que este círculo vicioso sea roto, todos los esfuerzos para el mejoramiento económico de Cuba serán severamente dañados. Los cubanos de todas las clases sociales sufrirán debido a salarios más bajos, oportunidades de trabajo pocas e inferiores, y quizás también por peligros internos a sus apreciadas libertades políticas".

<sup>3</sup> Para el estudio de la crisis estructural de la economía cubana y sus resultados, sugerimos entre otros: el libro de Julián Alienes Urosa, indicado en la nota 1; *Report on Cuba*, publicado por el Banco Mundial, en 1951; *Azúcar amargo*, del autor danés Byron White, 1952; *Historia económica de Cuba*, de Julio Le Riverand, etcétera.

Según el Censo de 1953, Cuba tenía entonces 5,8 millones de habitantes, de los cuales, 3 millones eran hombres y 2,8 millones, mujeres. El campesinado estaba formado por 220 000 personas, y el 70 % de ellas eran minifundistas, quienes trabajaban en una economía de subsistencia como propietarios, arrendatarios y precaristas. El sector azucarero daba empleo, durante 3-4 meses al año, a 500 000 trabajadores, de los cuales 300 000 eran cortadores de caña. El proletariado urbano tenía 500 000 obreros, quienes en un 70 % trabajaban en pequeños talleres artesanales y de pobres niveles tecnológicos, y percibían salarios muy bajos. Alrededor de 200 000 cubanos laboraban en

el sector de servicios, gastronomía y comercio, y la mayoría recibía sueldos de subsistencia. La cla-

**TABLA III. Monto de las inversiones norteamericanas en Cuba (1958)**  
(en millones de dólares)

Agricultura*	265
Petróleo	90
Minería	180
Manufactura	80
Servicios públicos	344
Comercio	35
Otros	7
<b>Total</b>	<b>1 001</b>

\* Incluye centrales azucareros.

**Fuente:** Departamento de Comercio de Estados Unidos. Citado por Ana Julia Faya y Pedro Pablo Rodríguez: *El despliegue de un conflicto*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1996, p. 10.

se media contaba con unos 621 000 miembros, quienes eran, casi en su totalidad, asalariados en categorías que incluían a ejecutivos y administradores de empresas, funcionarios y empleados públicos, oficinistas de compañías privadas, vendedores, artistas, sacerdotes, y 83 725 graduados universitarios y técnicos medios. Un total de 185 000 ciudadanos trabajaban en la administración pública a nivel nacional, provincial y municipal. El 23 % de la población era analfabeta. Según la

*Memoria de la Auditoría General de las Fuerzas Armadas*, edición de 1955, 29 718 hombres prestaban servicios como jefes, oficiales, clases, soldados, guardias rurales, marinos y técnicos castrenses. A ellos hay que sumar alrededor de 19 000 oficiales y agentes de los cuerpos policíacos.

Mientras la moneda y los salarios cubanos se mantuvieron prácticamente sin cambios, a lo largo del decenio del 50, el consumo de bienes importados (en un 75 % procedente de Estados Unidos) aumentó desmedidamente de 515 millones de pesos en 1950 a 649 millones en 1956 y a 777 millones en 1958. En esos años, según la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), los términos de intercambio de los productos latinoamericanos con los de Estados Unidos, sufrieron un deterioro anual promedio de 4,2 %. Este nivel de consumo de mercancías estadounidenses sucedió en un país con un ingreso per cápita al año de 374 pesos (1 peso = 1 dólar), casi la tercera parte del de Mississippi, el estado más pobre de la Unión, lo que influyó en la inflación que imperó entonces (tabla IV) y en el empobrecimiento relativo de las capas medias y otros sectores. Hay que enfatizar que más del 50 % de dichas adquisiciones en Estados Unidos eran de productos alimenticios y cerca del 20 % de bienes prescindibles, como equipos de televisión, automóviles, yates, etcétera.

La inflación era notoria en la alimentación, con la consiguiente afectación de la totalidad de los habitantes del país (véase tabla IV).

La distribución de los medios existentes tenía grandes desequilibrios entre las diversas clases y sectores sociales, y entre las distintas ciudades y regiones de la Isla. A la dramática denuncia sobre las condiciones de vida de la población rural contenida en la "Encuesta de la Asociación Católica Universitaria"<sup>4</sup> (1956), hay que añadir el segundo tipo de disparidades citadas. En la ciudad de La Habana había un médico por cada 227 habitantes; en Oriente, uno por cada 2 423. De cada peso que empleaba en atención médica el Estado, se gastaban 55 centavos en la capital y cinco en Camagüey; con un per cápita de 2,69 pesos en La Habana y 88 centavos en Oriente. El 20 % de la población total de la nación residía en la capital de la república y consumía el 70 % de

**Tabla IV. Precios de los alimentos en La Habana (1956-1957)**

(precio de la unidad por libra)

Productos	Abril 1956	Abril 1957	% de aumento
Manteca	\$ 0,20	\$ 0,23	15
Aceite de oliva	0,56	0,72	29
Frijoles negros	0,11	0,12	10
Embutidos	0,15	0,27	70
Tocino	0,03	0,06	100
Malanga	0,05	0,08	60
Yuca	0,04	0,06	50
Plátano	0,05	0,08	60
Pescado	0,45	0,50	11

**Fuente:** Oscar Pino Santos: "El alza del costo de la vida", en revista *Carteles*, no. XXXVIII, 14 de abril de 1957, pp. 38-40.

la electricidad, recibía el 62 % de los sueldos y salarios, y poseía el 73 % de los teléfonos, el 76 % de los receptores de televisión y el 61 % de los automóviles.<sup>5</sup>

El conjunto de lacras de la formación económico-social neocolonial, y el ser víctima de ellas la mayoría absoluta de las masas, permitió a Fidel Castro definir tanto la situación crónica imperante como las fuerzas motrices del cambio revolucionario en los siguientes términos: "Dije que las segundas razones en que se basaba nuestra posibilidad de éxito eran de orden social porque teníamos la seguridad de contar con el pueblo. Cuando hablamos de pueblo no entendemos por tal a los sectores acomodados y conservadores de la nación, a los que viene bien cualquier régimen de opresión, cualquier dictadura, cualquier despotismo, postrándose ante el amo de turno hasta romperse la frente con el suelo. Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, a la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan, la que anhela una patria mejor y más digna y más justa; la

<sup>4</sup> Agrupación Católica Universitaria: "Encuesta sobre las condiciones de vida en las áreas rurales", en revista *Economía y Desarrollo*, no. 12, La Habana, 1976.

<sup>5</sup> Cuerpos de Paz de EUA: *Por qué y cómo dominó el totalitarismo en Cuba*, Washington, D.C., 1962 (folleto).

que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crea en algo o en alguien, hasta la última gota de sangre (...)

“Nosotros llamamos pueblo si de lucha de trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria en busca de sustento; a los quinientos mil obreros del campo que habitan en bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debía mover más a compasión si no hubiera tantos corazones de piedra; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los cien mil agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, contemplándola siempre tristemente como Moisés a la tierra prometida, para morir sin llegar a poseerla, que tiene que pagar por sus parcelas como siervos feudales una parte de sus productos, que no pueden amarla ni mejorarla, ni embellecerla, plantar un cedro o un naranjo porque ignoran el día en que vendrá un alguacil con la guardia rural a decirles que tienen que irse; a los treinta mil maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las generaciones futuras y que tan mal se les trata y se les paga; a los veinte mil pequeños comerciantes abrumados de deudas, arruinados por las crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales; a los diez mil profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etcétera, que salen de las aulas con sus títulos deseosos de lucha y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida, cerradas todas las puertas, sordas al clamor y a la sú-

plica. ¡Ese es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo el coraje! A ese pueblo, cuyos caminos de angustias están empedrados de engaño y falsas promesas, no le íbamos a decir: ‘te vamos a dar’, sino: ‘Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad’”.<sup>6</sup>

Por otra parte, con clara conciencia de la gravedad del diagnóstico económico y social del país, y prometiendo propiciar el crecimiento diversificado e influir de manera positiva en el ciclo coyuntural, el régimen se hizo asesorar de un grupo de destacados economistas “desarrollistas”, entre quienes estuvieron Joaquín Martínez Sáenz, Gustavo Gutiérrez Sánchez y Julián Alienes Urosa.

La dictadura programó y ejecutó su política económica basada en las recomendaciones de esos tecnócratas, en la continuación de la política azucarera restrictiva y desestimulante de las administraciones precedentes, y en algunas iniciativas de carácter inmoral e ilegal.

Los instrumentos del quehacer gubernamental fueron el Plan de Desarrollo Económico y Social, la alianza con la mafia norteamericana de la Florida y Las Vegas, el contrabando y otros medios delictivos.

Con el fin de ejecutar ese plan, se creó el Banco de Desarrollo Económico y Social (BANDES), que emitió en un inicio bonos de la deuda pública por un monto de 350 millones de pesos y manejó, con poco tino, cientos de millones de pesos más, provenientes de los presupuestos del Estado. Los bonos se colocaron forzosamente en la banca estatal y privada, las empresas paraestatales, las cajas de seguridad y retiro obrero, y otras instituciones.

En el haber de la gestión del BANDES hay que situar la construcción de una fábrica de cartón de bagazo de caña y de una planta de forraje; la ampliación del aeropuerto de la capital; la fabricación de terminales y pistas aéreas en otras ciu-

<sup>6</sup> Fidel Castro Ruz: “La historia me absolverá”, en *La Revolución Cubana 1953-1980. Selección de lecturas*, Primera parte, Academia de las FAR “General Máximo Gómez” y Ministerio de Educación Superior, Ediciones, La Habana, 1983, pp. 180, 183.



dades; la construcción de varias instalaciones militares y la modernización de otras; el préstamo de 6 millones de pesos a la ESSO Standard Oil y de 40 millones a la compañía yanqui Foreign Bignor Corp., ambos para inversiones en Cuba y un préstamo de 35 millones de pesos a la Compañía del Túnel de La Habana, cuyo principal accionista era Fulgencio Batista, para la construcción de esa obra vial. Además préstamos a la Compañía Cubana de Aviación, cuyo capital también estaba mayoritariamente en manos de Batista, para adquirir equipos; a la Compañía Urbanizadora del Reparto Habana del Este, y a empresas hoteleras, de servicios, de urbanización, pecuarias o industriales, de las cuales era dueño o principal accionista el dictador; y préstamos para salvar de la quiebra a fábricas de fósforos, o de otras mercancías, y a entidades de comercio y servicios, propiedad de jerarcas del régimen o de capitalistas estrechamente vinculados a éste. Todos esos préstamos se otorgaron con bajos intereses y largos plazos de liquidación. Otra parte de los recursos del BANDES se utilizó en la compra de aviones de combate y de otros armamentos para el ejército.<sup>7</sup>

El contubernio de los capos mafiosos de la Florida y Nevada con Fulgencio Batista, algunos altos jefes militares, varios políticos gubernamentales y dirigentes sindicales oficialistas, como Eusebio Mujal y Ricardo Artigas, llevó a la inversión de más de 50 millones de dólares —procedentes de los fondos sucios de la mafia— en la construcción de hoteles y casinos de juegos, en el fomento de la prostitución y en otros negocios turbios. El ambicioso proyecto tenía como ejes La Habana, la playa de Varadero y la Isla de Pinos (hoy Isla de la Juventud). Entre sus creaciones estuvieron los hoteles Riviera, Capri y Habana Hilton y la actual Marina Hemingway, en la capital, así como el hotel Colony, en la Isla de Pinos. El triunfo revolucionario de 1959, puso fin a este programa financiero-delinquencial con la fuga de Batista y sus cómplices, y la expulsión del territorio nacional de Santos Traficante y los restantes capos estadounidenses.<sup>8</sup>

El contrabando de equipos electrodomésticos, ropa, calzado y otras mercaderías, empleando aviones y aeródromos militares, fue regentea-

do por Batista y por el jefe del Estado Mayor del ejército, Francisco Tabernilla Dolz. Para la venta a plazos y a bajo precio, de los bienes contrabandeados, el dictador y su secuaz crearon la cadena de tiendas *Zaydén*.

La corrupción política y administrativa, crónica en Cuba desde los albores de la colonización española, alcanzó niveles sin precedentes. El general Batista recibía el 10 % del monto de todos los pagos hechos a empresas privadas para liquidar suministros y construcciones para el Estado. La lotería ilícita clandestina, controlada por José Manuel Castillo, Amletto Batisti, Luis Campanario y otros aliados del régimen, también sufragaba el 10 % de sus ingresos diarios al sátrapa, quien, además, disfrutaba de numerosas colecturías en la lotería nacional.<sup>9</sup>

Los jefes militares y los miembros del aparato político de la tiranía, los líderes sindicales oficialistas, los cabecillas de las bandas paramilitares, los directores y los principales periodistas de los medios de comunicación, de mayor tirada o audiencia, disfrutaban de jugosas "botellas".<sup>10</sup>

Los oficiales de la policía y de la guardia rural, percibían pingües ingresos producto de cuotas en dinero y en especie que imponían a los comerciantes medios y a los prostíbulos.<sup>11</sup> Los soldados, guardias rurales y policías saqueaban cotidianamente los comercios minoristas.

<sup>7</sup> Erasmo Dumpierre: "El BANDES, corrupción y política", Archivo Nacional de Cuba, 1969.

<sup>8</sup> Enrique Cirules: *El Imperio de La Habana*, Casa de las Américas, La Habana, 1993.

<sup>9</sup> José Suárez Nuñez: *El gran culpable*, Caracas, 1964; Alberto Chaviano del Río: "Entrevista", en el diario *Chicago Tribune*, Chicago, Illinois, EUA, 17 de mayo de 1963.

<sup>10</sup> "Botella" se denomina en el lenguaje popular cubano a un empleo cuyo ocupante recibe el sueldo correspondiente sin trabajar.

<sup>11</sup> Según el político y abogado Carlos Manuel Palma, quien se dedicaba a representar legalmente los intereses de los principales prostíbulos y de más de 300 prostitutas de la capital, en la década del 50 ejercían su oficio en La Habana alrededor de 40 000 prostitutas, procedentes de todas partes del país. Carlos Manuel Palma: "Entrevista con José Antonio Tabares del Real", La Habana, 16 de agosto 1986, original en archivo del autor.

A la crisis estructural, económica y social, y a la corrupción política y administrativa creciente y endémica, se suma, gracias al golpe de Estado del 10 de marzo de 1952 y a las prácticas de Batista y su gobierno, una profunda crisis institucional y política.

Inmediatamente después del triunfo del pronunciamiento militar, la dictadura suspendió por tiempo indefinido la vigencia de la Constitución de 1940 —de la cual el propio Batista había sido uno de los promotores cardinales— y la sustituyó por unos Estatutos Constitucionales, redactados de manera apresurada por los alabarderos del dictador.

Los Estatutos Constitucionales de 1952 disolvieron el Congreso de la República —aunque se continuó pagando los sueldos correspondientes a sus miembros y funcionarios—, ampliaron extraordinariamente los poderes del primer mandatario y transfirieron al ejecutivo la función legislativa.

En noviembre de 1954, con los objetivos de legitimarse y crear un clima más favorable al desenvolvimiento de la economía capitalista dependiente, el régimen celebró unas elecciones generales. El candidato presidencial opositorista, doctor Ramón Grau San Martín, retiró su aspiratura debido a la total falta de garantías para ella. Batista resultó así “electo” presidente constitucional, como candidato único; se instaló de nuevo un Congreso, con una representación, muy minoritaria, del sector conciliacionista de la oposición nacional-reformista, y se puso teóricamente en vigor la Carta Magna de 1940.

Los comicios generales de 1954 arrojaron un saldo contrario por completo al que deseaba la dictadura. El gobierno, en lugar de legitimarse se ilegitimó totalmente. La Constitución de 1940 fue burlada de continuo desde el mismo día en que comenzó a regir formalmente, hasta el derrocamiento de la tiranía. La crisis política se multiplicó, una y otra vez, hasta hacerse insalvable. La situación revolucionaria, en ciernes desde 1952, maduró con rapidez y dio

lugar a un proceso revolucionario que hundió a la dictadura y, junto con ella, a la formación socio-económica neocolonial.

En abril de 1956 se descubrió una conspiración encabezada por el coronel Ramón Barquín, en la cual estaban implicados directamente más de 200 oficiales. Fue la primera de una serie de conspiraciones militares que debilitaban e ilegitimaban aún más la dictadura, al afectar las Fuerzas Armadas, el horcón fundamental del gobierno.

A partir de 1955, el régimen incrementó de manera enorme y sustancial la represión feroz —que llevaba a cabo desde 1952— contra la oposición insurreccional y contra la pacifista. Simultáneamente, Batista burló en sucesivos conciliábulos organizados por la Sociedad de Amigos de la República, el Bloque Cubano de Prensa y otros, a los sectores opositores que buscaban una salida negociada y no revolucionaria al drama nacional.

De 1955 en adelante, la oposición se fragmentó y polarizó aún más. De un lado quedaron quienes, con el nacional-reformismo como bandera, persiguieron una solución pacífica a la crisis y perdieron, en corto plazo, su prestigio político y la mayor parte de sus seguidores. En otra vertiente, el sector insurreccional de la corriente nacional-reformista siguió conspirando, introduciendo armas en el país y amenazando a la dictadura con un alzamiento que, en realidad, ni deseaba ni tenía posibilidades de producir por carecer de apoyo popular. Por último, el Movimiento Revolucionario 26 de Julio y el Directorio Revolucionario con sus programas radicales, sus jóvenes líderes y militantes, y el respaldo del pueblo en constante aumento, suscribieron en el otoño de 1956 la Carta de México, mediante la cual aunaron sus esfuerzos y desencadenaron, en el otoño de ese año, la guerra civil revolucionaria.

Los combates del 13 de marzo de 1957 constituyen uno de los acontecimientos cimeros de la gesta revolucionaria contra la tiranía y el sistema económico, político y social que la sustentaba.

**JOSÉ A. TABARES DEL REAL, en la actualidad es doctor en Ciencias Históricas, investigador titular y profesor titular adjunto en la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz.**

• • • • •

# documentos MONUMENTOS

DEBATES AMERICANOS No. 3 ENERO-JUNIO / 1997

La Habana / pp. 153-165

*A la distancia de 40 años de la heroica acción revolucionaria de la juventud estudiantil universitaria, liderada por Jose Antonio Echeverría, resolución armada de combatir al tirano y todo cuanto él representaba en su propio Palacio Presidencial, reunimos estos documentos símbolos del pensamiento de una generación de cubanos comprometida en la lucha popular por la definitiva independencia, decidida en su combate, como señalara el inolvidable Presidente de la Federación Estudiantil Universitaria en su testamento político: "Si caemos, que nuestra sangre señale el camino de la libertad. Porque tenga o no nuestra acción el éxito que esperamos, la cornición que originará nos hará adelantar en la senda del triunfo".*

## **Declaraciones de principios de la Federación Estudiantil Universitaria**

*"El estudiantado es el baluarte de la libertad y su ejército más firme."*

**José Martí**

La Federación Estudiantil Universitaria, con plena conciencia y responsabilidad de su misión histórica en estos críticos momentos, da a conocer a la opinión pública los puntos fundamentales en que sustenta su postura actual y su actuación futura:

1. Nuestra limpia y vertical actitud en horas aciagas para Cuba nos permite hoy levantar la voz en nombre del pueblo. Somos —otra vez— los abanderados de la conciencia nacional. Las dramáticas circunstancias que atraviesa la patria nos impone duros y riesgosos deberes. No nos hemos puesto a medir la magnitud de las consecuencias. Estamos prestos a cumplirlos serena, responsable y firmemente. La colina universitaria sigue siendo bastión y esperanza de la dignidad humana.

2. Conviene precisarlo desde ahora y para siempre. Somos una fuerza pura. No defendemos los intereses de ningún partido político ni de ningún grupo en particular. Defendemos solamente el imperio de la Constitución, de la soberanía popular y del decoro ciudadano. Consecuentes con la tradición que nos legaran nuestros héroes y mártires, combatimos las arbitrariedades y desorbitaciones procedan de donde procedan. Estamos en nuestro puesto de siempre.

3. No cederemos ni ante la fuerza ni ante la dádiva. Lucharemos incansablemente por el restablecimiento del régimen constitucional. Cuba había sido hasta ahora orgullo y bandera de los pueblos de nuestra lengua y espíritu por la estabilidad de sus instituciones democráticas y su progreso social, económico y cultural. Sin el soberano funcionamiento de los poderes públicos, y la plena vigencia de las libertades políticas y civiles, la república es una farsa. El cuartelazo militar del 10

---

de marzo ha situado a nuestra patria detrás de la cortina de hierro de América.

4. No podemos restituirnos a las labores académicas mientras no estén efectivamente garantizados los derechos de la ciudadanía. La libre y sosegada vida de la cultura es incompatible con la violencia característica de un régimen castrense. No nos pidan respeto a las leyes quienes las han conculcado sin miramientos de ninguna clase.

5. Combatimos el golpe militar del 10 de marzo por haber derribado lo que constituye la esencia y razón de ser de la república en esta etapa de su desarrollo. La estructura democrática establecida por la Constitución que el pueblo se diera en 1940 por propia determinación consagrada en las urnas. Veinte años de sacrificios, desvelos y esfuerzos han sido cercenados de un tajo.

6. Advertimos a los dirigentes y legisladores de los partidos políticos que la historia juzgará severamente a quienes pretendieran en estas circunstancias legalizar una situación ilegal, traicionando la memoria de los fundadores, la majestad de la Constitución, la confianza del pueblo y la causa de la democracia.

7. Llamamos la atención al pueblo todo para que no se deje arrastrar por los provocadores de siempre a una masacre inútil, que sólo serviría para justificar desafueros so pretexto de pacificación.

8. El estudiante cubano mantendrá su acatamiento y reverencia solamente a los símbolos que los mambises nos trajeron ensangrentados del campo de batalla por la libertad: nuestro himno, nuestro escudo, nuestra bandera de la estrella solitaria. Nunca, como en esta contingencia, cobran categoría histórica esos símbolos. Queremos una república libre de mediatizaciones extrañas y de mixtificaciones internas.

9. En estas horas de prueba, en que fementidos apóstoles y falsos pregoneros abjuraron de cuanto predicaron largos años, anunciamos nuestra inquebrantable línea de oposición al régimen cuartelario establecido por Fulgencio Batista. Nuestras madres engendraron hijos libres y no esclavos. Nadie como ellas sufren en lo más hondo de sus entrañas desgarradas, en días como éstos en que sobre cada uno pende la espada de Damocles. Pero estamos seguros nos incitarán valerosamente a combatir por la libertad de Cuba a fin de que podamos vivir sin sonrojo mañana. Saben, como sabemos nosotros, que es preferible morir de pie a vivir de rodillas.

10. Juntarse es de nuevo la palabra de orden. No es ésta hora de vacilaciones, ni de cabildeos, ni de componendas. La patria está en peligro y hay que honrar la patria peleando por ella. Desde la colina irreductible —ni vencida, ni convencida— llamamos a todos los partidos, organizaciones y grupos genuinamente democráticos a que estrechen filas junto a nosotros en esta hermosa cruzada en beneficio exclusivo de la república. Exhortamos a todos los estudiantes, obreros, campesinos, intelectuales y profesionales a que alcen su voz fun-

---

dida con la nuestra, que es la voz del pueblo y por ello la voz de Dios. Los convocamos a todos para discutir la situación y organizar un plan de lucha que conduzca al restablecimiento de la estructura democrática de la república y a la soberana vigencia de la Constitución de 1940.

11. Pueblo cubano: esta voz incontaminada y viril es el eco de la propia tuya. Celebra dignamente el cincuentenario de la fundación de la república luchando por la libertad, el derecho y la justicia. Ten fe absoluta en nosotros. La Federación Estudiantil Universitaria ni se rinde ni se vende.

Universidad de La Habana. Año del Cincuentenario, a los cuatro días del cuartelazo traidor.

Álvaro Barba, Quino Peláez, Julio Castañeda, Orestes Robledo, Agustín Valero, Segismundo Parés, Andrés Rodríguez Fraga, Antonio Cisneros, Antonio Torres Vila, Eduardo Sabatés, Edelberto Cué, Ismael Hernández, Vilma Garrido, José Hidalgo Peraza, Aurora Cueva, Juan Mena Ortiz, Pedro García Mellado, Ramiro Baeza, Eduardo Hart, Armando Prieto, Mario Chaple, José A. Echeverría.

*(Tomado de la revista Bohemia, La Habana, 23 de marzo de 1952, p. 55.)*

### **Del Consejo Universitario al pueblo de Cuba**

La Universidad de La Habana, fiel a su condición histórica y a su carácter de institución llamada a salvaguardar y conservar los más preciados dones de la cultura y los altos principios que rigen las sociedades civilizadas, después de fijar al día siguiente de los acontecimientos del 10 del mes en curso su posición frente al régimen de facto, condenándolo por haber subvertido el ordenamiento constitucional y legal y creado una situación muy grave al país, encara de nuevo sus deberes rectores y cívicos con la misma firmeza y convicción de siempre, para enjuiciar el golpe militar que ha conmovido en lo más íntimo la conciencia nacional y herido en lo más hondo los más caros sentimientos de nuestro pueblo, manteniendo los principios fundamentales siguientes:

1. Es necesario restablecer la seguridad jurídica, que descansa en la existencia y aplicación de normas que garantizan el respeto al comportamiento ciudadano que el régimen de facto ha destruido bajo la afirmación de que la Constitución y la Ley tendrán vigencia en tanto no se opongan a sus anunciados propósitos rectificadores.

2. Es indispensable mantener el principio de que sólo es posible llegar al Poder mediante la elección de los gobernantes por los procedi-

---

mientos democráticos, ya que la madurez cívica alcanzada por nuestro pueblo lo ha llevado a la plena convicción de que debe proscribirse todo otro sistema que prive a la ciudadanía de ese inalienable derecho.

3. El golpe militar hace descansar su movimiento político en los errores cometidos por el Gobierno constitucional y para rectificarlos ha empleado un procedimiento antidemocrático, olvidando el principio de que los errores del sistema democrático sólo deben rectificarse utilizando también procedimientos democráticos y no otros que entrañan un retroceso en la vida cívica.

4. La Universidad de La Habana sostiene que nadie, persona o entidad, tiene el derecho de arrogarse la defensa de las instituciones políticas del país, saltando por encima de la Constitución y de la Ley.

5. La Universidad de La Habana estima que es fatal y de graves consecuencias perdurables el sistema de obtener el concurso de las fuerzas armadas mediante la destrucción de sus jerarquías y el desplazamiento de los superiores en categoría por los que ocupan rangos subordinados.

6. El triunfo del golpe militar sería la consagración de la fuerza y de la violencia como medio o instrumento para la solución de los problemas partidistas, lo que constituye un mal ejemplo para el futuro, una gran preocupación para la ciudadanía y un grave peligro para la estabilidad de las instituciones de la república.

7. La Universidad de La Habana condena la aspiración al Poder desde el Poder, lo que se produce cuando el Jefe de un gobierno de facto o de derecho, conserva la suprema magistratura del país o la dirección de los asuntos públicos o mantiene, de hecho, los resortes del cargo, con lo cual se trastorna el libre desenvolvimiento de la función electoral, como ha demostrado la historia política de Cuba.

8. La concentración del Poder Legislativo y del Poder Ejecutivo en manos de una sola persona u organismo, que ha traído consigo el régimen de facto al suspender los fueros del Congreso de la República, es un peligro extraordinario para las libertades públicas, tan amadas de nuestro pueblo, y para los demás derechos individuales, políticos y sociales del hombre y del ciudadano plasmados en la Constitución de 1940.

9. La suspensión de las garantías constitucionales no ha sido más que un expediente del régimen de facto para proteger su permanencia, ya que antes del mismo no existía un estado de anormalidad que justificara dicha medida de acuerdo con el Artículo 41 de la Constitución.

10. Frente a tales hechos, la Universidad de La Habana, celosa defensora de las libertades y el decoro públicos, recaba con absoluta responsabilidad de sus actos:

a) El restablecimiento pleno de la Constitución de 1940 y de las garantías constitucionales.

b) La sustitución presidencial en la forma prevista en los artículos 148 y 149 de la Constitución.

*(Tomado de la revista Bohemia, La Habana, 30 de marzo 1952, p. 52 y cotejado con el Acta del Consejo Universitario correspondiente al 22 de marzo.)*

c) El funcionamiento pleno de todos los Poderes y Organismos del Estado y demás entidades públicas.

d) La normalización del proceso electoral, en forma que permita restaurar el ritmo constitucional.

La Habana, marzo 22 de 1952

EL CONSEJO UNIVERSITARIO

### **Manifiesto de la FEU en un aniversario del 10 de marzo**

Ha pasado un año en el cual todo nuestro sistema económico ha sufrido una caída vertical que tiene su origen en la política económica desarrollada por los actuales gobernantes y que se caracteriza por la reducción de la zafra azucarera, la imposición de impuestos, la rebaja de sueldos, el cierre de fábricas y talleres, etc.

Ha pasado un año de desorientación general, de inseguridad, en que cada día se resquebraja más la estructura del régimen.

Ha pasado un año, y hay un muerto en nuestras filas: Rubén Batista Rubio, centinela implacable en la conciencia de cuanto estudiante pretenda olvidar su sacrificio.

La Federación Estudiantil Universitaria es responsable de la lucha que sostiene. Aspiramos a una Cuba mejor, donde se vean plasmadas en realidad las conquistas que el pueblo espera desde hace muchos años. No aspiramos ni pretendemos ser parte integrante del gobierno, pero sí seremos guardián implacable que vigilará por el cumplimiento de las ansias del pueblo.

*(Tomado del periódico Información, La Habana, 10 de marzo de 1953, p. 26.)*

*(Discurso de José Antonio Echeverría pronunciado en el Aula Magna el 24 de febrero de 1956, publicado bajo este nombre en la revista Alma Máter, La Habana, abril de 1956, p. 4, cols. 14.)*

### **Carta abierta de la FEU al pueblo de Cuba**

Frente al acoso, la humillación y la ruina en que por cuatro años se le ha sumido por un tiranuelo traidor; frente al fracaso de todo intento de solución pacífica en la que no creen ni los propios elementos que tratan de propiciarla; urgido de soluciones radicales que como cauterio llegue al mismo fondo de los males; el pueblo cubano, por derecho soberano, ha manifestado su decisión inquebrantable de lucha y holocausto.

---

No caben promesas mentirosas en las que nadie ha creído, ni largas esperas cuando la honra y el pan peligran, ni han de buscarse medicamentos de superficie cuando los males echan raíces en lo profundo.

Es por eso que se abre la lucha estudiantil el 27 de noviembre de 1955 con vigor incontrastable. Es por eso que el pueblo, sin distinción de clases o partidos, se lanza a la calle el 7 de diciembre y que los obreros de toda la Isla dan su protesta viril el 14 del mismo mes. Es por eso que la lucha azucarera toma caracteres de revuelta popular en las provincias. Es por eso, en fin, por lo que esta lucha no cesará sino con la conquista de la libertad y de la justicia social.

“Esperar es el consejo de paz de quien ha hecho la guerra” respondió al estudiantado y al pueblo el coronel D. Cosme de la Torre. Y el pueblo esperó, descreído, por una solución que sólo podía llegar, como ha llegado, al más rotundo y vergonzoso fracaso. Esperó el pueblo y contempló el atropello y la burla al proletariado azucarero, la persecución y el acoso de la fuerza antipública, las torturas sobre la mujer estudiante y el joven obrero, la desaparición inexplicable de muchos elementos, y para colmo, la burla insolente y la calumnia soez sobre el nombre de sus mejores hijos.

Ya no se puede esperar más, y ha llegado el momento de decirlo claro. No es la transacción menguada ni la promesa distante lo que salva, sino la acción directa y a fondo, integralmente renovadora. Y se ha demostrado en las calles: el pueblo marcha seguro y firme hacia la insurrección revolucionaria.

Lo importante es que el pueblo es quien dirige; que los hombres de todas las militancias políticas y revolucionarias, de todas las clases sociales se junten en la lucha contra el enemigo común.

Abrió como vanguardia en la calle el estudiantado y su representación universitaria, la FEU. Pero la Revolución, obra de todos y necesitada del esfuerzo de todos los pensamientos revolucionarios de nuestro tiempo comprendiéndolos en uno solo e integral; un organismo que en respeto del criterio de cada cual, vertebré todo esfuerzo en acción única y coordinada capaz de triunfo seguro con el máximo de ahorro de potencial humano y en la mayor brevedad de tiempo; un organismo que comprenda las posibilidades y métodos de cada clase o sector de la población y los ponga en función de la lucha revolucionaria. Y la FEU, por índole, es un organismo representativo de la clase estudiantil universitaria a la que en primera acción se debe. *Es por eso que en cumplimiento de la necesidad revolucionaria del estudiantado y del pueblo la FEU respalda, auspicia y da origen al DIRECTORIO REVOLUCIONARIO, integración de esfuerzos revolucionarios de todas las extracciones en toda la Isla.\**

*\*Subrayado en el original, al igual que otras palabras que aparecerán más tarde.*

Si el DIRECTORIO REVOLUCIONARIO fuera un grupo más, inspirado en la mezquina aspiración de mando de unos cuantos o el optimismo iluso de un puñado de bien intencionados, no tendría razón de ser



---

y sería causa de divisionismo en la masa revolucionaria. ¿Y qué cubano honrado querría hacerse responsable del crimen de atomizar la fuerza necesaria que ha de enfrentársele a una tiranía cruel y sin escrúpulos armada hasta los dientes? ¿Qué cubano no comprende la necesidad de juntarse en pensamiento único verdaderamente renovador del sistema político, económico, social y jurídico, para que la Revolución iniciada por Joaquín de Agüero y nunca concluida hasta ahora dé un paso hacia la conquista de la libertad política, la independencia económica y la justicia social? La FEU, a través del *DIRECTORIO REVOLUCIONARIO*, al mismo tiempo se propone coordinar todos los esfuerzos necesarios para la acción insurreccional necesaria para el derrocamiento de la actual tiranía y para el establecimiento del estado revolucionario, que satisfaga la urgencia de libertad, paz y justicia del pueblo cubano en esta hora triste, y sienta las bases estructurales de la República nueva, soberana en su derecho, justa para todos sus hijos, honrada en los hombres que la sirvan, próspera y segura en su economía, proyectada con caracteres propios hacia la cultura universal y orientada hacia el cumplimiento de su destino americano.

La FEU, a través del *DIRECTORIO REVOLUCIONARIO*, al mismo tiempo convoca a la necesaria fraternidad revolucionaria de todos los elementos viriles, al estudiante aguerrido, al obrero recio, a la mujer insumisa, al propietario justo, al soldado que repudia el crimen, al campesinado olvidado, *¡a todos!*

La FEU, a través del *DIRECTORIO REVOLUCIONARIO*, fija ante la historia su postura independiente y su misión coordinadora, y llama al pueblo, a los equipos y jefes revolucionarios y a las vanguardias obreras y estudiantiles, a juntarse por deber con los hambreados y los oprimidos, por compromiso para con los muertos sacrosantos de la Patria, en el trabajo incansable, el heroísmo fecundo y el sacrificio desinteresado; que no lejana ha de estar la libertad y la justicia en la que nazca la República nueva.

(Tomado de la revista  
Universidad de La Habana,  
*La Habana*, no. 205, enero-  
marzo de 1977, pp. 88-91.)

POR LA REVOLUCIÓN CUBANA  
FEDERACIÓN ESTUDIANTIL UNIVERSITARIA

### **Carta a los militares y al pueblo de Cuba**

Los hechos ocurridos el 4 de abril en el campamento de Columbia, por su importancia y significación, a la vez que por la censura impuesta por el régimen a la indagación y publicación de la verdad de lo

---

acaecido, obliga a nuestro organismo a enjuiciar y orientar al pueblo y a los soldados cubanos, sobre las causas e implicaciones del complot denunciado por la dictadura de Fulgencio Batista.

Batista señaló que había sido abortada una conspiración militar inspirada, según él, en "impedir las elecciones y en instaurar un gobierno de Junta Militar". Tal acusación en los labios de Batista demuestra hasta qué punto es cínico y falaz el señor de horca y cuchillo que se enseñorea sobre los destinos nacionales.

Batista se presenta como defensor del régimen civilista y salvaguardia de unas elecciones que nadie conoce.

¿Acaso Batista cree que el pueblo ha olvidado que él es el mismo Batista que dio un golpe militar regresivo y antidemocrático a menos de tres meses de unas elecciones generales? ¿Cree el dictador que el pueblo no sabe y siente que su soberanía de pueblo ha pasado en sede a los cuarteles y campamentos?

La verdad es otra. El régimen, que alardeaba de la unidad monolítica de las fuerzas armadas, se encuentra ante una realidad: el ejército, fundamentalmente la oficialidad joven, la más progresista y democrática, está firme y decididamente contra el régimen de oprobio imperante.

Y ante tal cuestión, el régimen procede eliminando a cuantos, dentro del ejército, no se han mostrado asesinos con el pueblo y no se han envilecido en los desmanes y depredaciones de la situación de oprobio y de fuerza que mal vive Cuba.

Los nombres y la conducta de los complotados son la mejor respuesta a las denuncias mendaces y calumniosas de Fulgencio Batista. En la lista de encartados figura la oficialidad más capaz y pundonorosa de todo el ejército.

La rebelión del pueblo, encendida en la energía de vanguardia del proletariado y la valerosa inmolación del estudiantado, había sido suficiente para golpear y encender la sensibilidad del militar, que no puede ser ajeno al destino de su nación.

El dolor igual de la patria común nos une a los cubanos por encima de entorchados y uniformes.

El régimen no procedía contra los traidores militares unidos al trujillato, a pesar de conocer los nombres de los militares unidos a Trujillo, que José Antonio Echeverría en denuncia ejemplar y responsable señaló nombre por nombre: Martín Díaz Tamayo, Alberto del Río Chaviano, Manuel Ugalde Carrillo, Rego Rubido y Manuel Larrubia.

Se procede contra los elementos democráticos y civilistas dentro del ejército, y se silencia y ampara a los traidores denunciados.

Porque en definitiva Batista y Trujillo se unen en sus fines.

¿Acaso Batista no le entregó la Orden Carlos Manuel de Céspedes a Trujillo y le rindió honores militares, a cambio de que Trujillo le otorgara el nombre de Batista a una Brigada del ejército dominicano?

---

Batista separa de los cuadros del ejército a los militares limpios y a sus familiares, ya que Batista necesita flancos de saqueadores y atropelladores para que formen filas en su ejército.

El mito de Batista está en el suelo. El sargento sin conocimientos militares y sin preparación de academia está demostrando que el ejército para él es un instrumento de medro personal. Batista se oculta tras la sombra de los resplandores de las espadas lanzadas sobre las espaldas del pueblo cubano.

Batista sabe muy bien cuál era el objetivo de los militares acusados. Ese propósito se le oculta al pueblo. El fin era desviar la ruta del ejército como vehículo de apetencias personales, convirtiéndolo en medio idóneo para el servicio social a que está llamado a desempeñar.

Batista sabía que el clamor sordo de los campamentos hablaba de arrancar de manos incapaces, politiqueras y ramplonas el destino del ejército cubano.

¡Qué diferencia entre los militares detenidos el 4 de abril y los nombres de los militares que están al lado de Batista! ¡Qué diferencia entre la conducta limpia de los oficiales encartados al Tabernilla contrabandista, al Ugalde Carrillo trujillista, al Martín Díaz Tamayo ladrón, al Río Chaviano asesino, al Laurent criminal, etc.!

¡Qué diferencia entre el ansia y la lucha del rescate del honor militar y el abordaje en que se ha convertido el ejército cubano!

Saludamos con gusto de pueblo el paso dado por los militares en su actitud de erradicar a los mandarines que usufructúan el ejército en mengua y en menoscabo de la libertad de Cuba.

El régimen de Batista orienta su propaganda en presentar como razón de fuerza la conducta monolítica de las fuerzas armadas. Y sin embargo, los partes del ejército señalan que se está conspirando en todos los cuadros. El régimen está al desnudo y su suerte sellada, nada ni nadie impedirá su derrocamiento.

El estudiantado, que ha sido siempre el primero en demandar la rebelión ante la opresión —no es de extrañar que la planta de la policía anunciara a sus fuerzas que se estaba produciendo una rebelión de estudiantes y militares— renueva su llamada necesaria, ardiente y apasionada para que el ejército se una a la acción unida y militante del pueblo contra el régimen.

Es necesario estar alerta. Batista nuevamente tratará de ganar tiempo. Nada de Diálogos Cívicos ni de componendas, es necesario reforzar la lucha popular con empuje de pueblo superior a las jornadas de noviembre y de diciembre del año pasado.

De la rebeldía popular nacerá la solución revolucionaria que las circunstancias demandan: la insurrección popular contra Batista y su régimen corrompido.

Llamamos al pueblo y a los hombres de uniforme para unir la lucha, en táctica y pensamiento, para la brega que se acerca, que debe

contar con todas las fuerzas revolucionarias y con la ayuda militante y patriótica de los soldados dignos.

El soldado cubano no puede ser eslabón de la cadena de su pueblo, sino guardia de su libertad.

En la hora de la liberación contamos que los soldados vuelvan sus armas contra la Dictadura y sus secuaces para instaurar sobre el oprobio de un presente, un porvenir de dignidad nacional, asentado en el respeto al decoro humano, la práctica de la democracia y el ejercicio esencial y verdadero de la justicia social.

La palabra de pase y de orden no es otra que:

*¡A LAS ARMAS!*

(Después de leerlo, dáselo a su amigo)

#### FEDERACIÓN ESTUDIANTIL UNIVERSITARIA (FEU)

*("Carta de México", en El Mundo, La Habana, 2 de septiembre de 1956, p. 1. Ver Juan Nuiry: ¡Presente!, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988, pp. 206-209.)*

#### **Carta de México**

La Federación Estudiantil Universitaria (FEU) y el Movimiento Revolucionario 26 de Julio, los dos núcleos que agrupan en sus filas la nueva generación y que se han ganado en el sacrificio y el combate las simpatías del pueblo cubano, acuerdan dirigir al país la siguiente declaración conjunta:

1. Que ambas organizaciones han decidido unir sólidamente su esfuerzo en el propósito de derrocar la tiranía y llevar a cabo la Revolución Cubana.

2. Que asistir a unas elecciones parciales después de estar clamando durante más de cuatro años unas elecciones generales y libres, constituye una actitud entreguista y traidora que no alcanzará sus fines ambiciosos porque la Revolución cortará de un tajo todas sus posibilidades.

3. Que si la Revolución Cubana, que cuenta ya con la simpatía de la opinión democrática de América, es vencida en una lucha que resulta ya inevitable, la dictadura no brindará siquiera esa mísera concesión que hoy otorga por miedo a los revolucionarios, y sobre la cabeza de los electoralistas ambiciosos caerá la sangre de los que se inmolen.

4. Que consideramos propicias las condiciones sociales y políticas del país, y los preparativos revolucionarios suficientemente adelantados, para ofrecer al pueblo su liberación en 1956. La insurrección, secundada por la huelga general en todo el país, será invencible.

5. Que un tirano extranjero, Rafael Leonidas Trujillo, interviniendo abiertamente en la política interna de nuestro país, fraguó una conspiración contra Cuba con la complicidad de un grupo de oficiales del 10

de marzo: Alberto del Río Chaviano, Martín Díaz Tamayo, Leopoldo Pérez Coughil, Manuel Ugalde Carrillo, Manuel Larrubia, Juan Rojas y Rego Rubido, y una pandilla de pistoleros encabezada por Policarpo Soler, que salió de Cuba a raíz del Golpe de Estado por la protección del propio Batista, a pesar de estar reclamado por los tribunales de justicia.

6. Que las armas trujillistas fueron introducidas en Cuba con la complicidad probada de esos militares.

7. Que el dictador Batista, en la conferencia de Panamá, no tuvo el valor de denunciar esa agresión al honor y a la integridad nacional, dándose un abrazo con el hermano del chacal dominicano.

8. Que muy por el contrario, al regresar a Cuba, ocultando al país la verdad, se dio a la innoble tarea de acusar de trujillistas a los más limpios revolucionarios cubanos, cuyas firmes convicciones democráticas hacen imposibles toda relación con un tirano igual que Batista.

9. Que en respuesta a la cobarde maniobra, emplazamos a Batista que entregue a la FEU y a los combatientes del 26 de Julio las armas de la República, que no ha sabido usar con dignidad, para demostrar que nosotros nos atrevemos a ajustar cuentas con el dictador dominicano y salvar el honor de la patria.

10. Que Cuba debe responder con dignidad a la ofensa sufrida y en consecuencia somos partidarios de un acción armada contra el tirano Trujillo que dé paso libre a los dominicanos de una opresión que dura ya más de 25 años. Retamos a Batista a que diga la palabra definitiva o se ponga en evidencia ante el pueblo cubano.

11. Que la actitud débil, oportunista y cobarde del régimen frente a Trujillo, ha sido una traición a la Patria.

12. Que tanto Trujillo como Batista son dictadores que hieren el sentimiento democrático de América y perturban la paz, la amistad y la felicidad de los cubanos y los dominicanos.

13. Que mientras los militares trujillistas permanecen en sus cargos, la flor y la nata de las fuerzas armadas, los oficiales más capacitados para defender la Patria que peligrá, están presos e inhumanamente tratados en la Isla de Pinos.

14. Que la FEU y el 26 de Julio consideran al coronel Barquín y al comandante Borbonet y demás oficiales presos y destituidos, la más digna representación de nuestro ejército, y los hombres que hoy cuentan con más simpatías en las fuerzas armadas.

15. Que el ejército dirigido por esos oficiales prestigiosos y honorables, al servicio de la Constitución y del pueblo, tendrá el respeto y las simpatías de la Revolución Cubana.

16. Que la FEU y el 26 de Julio hacen suyas las consignas de unir las fuerzas revolucionarias, morales y cívicas del país, a los estudiantes, los obreros y las organizaciones juveniles, y a todos los hombres dignos de Cuba, para que nos secunden en esta lucha; que está firmada con la decisión de morir o triunfar.

17. Que es hora de que los partidos políticos y la Sociedad de Amigos de la República cesen ya el inútil esfuerzo de implorar soluciones amigables en una actitud que en otros momentos pudo ser patriótica, pero que después de cuatro años de rechazo, desprecio y negativa, puede ser infame.

18. Que enfrentada ya la Revolución en una lucha a muerte contra la tiranía, la victoria será de los que luchamos asistidos por la historia.

19. Que la Revolución llegará al poder libre de compromisos e intereses para servir a Cuba, en un programa de justicia social, de libertad y democracia, de respeto a las leyes justas y de reconocimiento a la dignidad plena de todos los cubanos, sin odios mezquinos para nadie, y los que la dirigimos, dispuestos a poner por delante el sacrificio de nuestras vidas en prenda de nuestras limpias intenciones.

Fidel Castro

MOVIMIENTO 26 DE JULIO

José Antonio Echeverría

FEDERACIÓN ESTUDIANTIL UNIVERSITARIA

*(Tomado de la revista  
Universidad de La Habana,  
La Habana, no. 207, marzo  
de 1977, pp. 99-100.)*

### **Testamento político de José Antonio Echeverría**

Hoy, 13 de marzo de 1957, día en que se honra a los que han consagrado sus vidas a la digna profesión de Arquitecto, para la que me preparo, a las tres y veinte minutos de la tarde, participaré en una acción en la que el Directorio Revolucionario ha empeñado todo su esfuerzo, junto con otros grupos que también luchan por la libertad.

Esta acción envuelve grandes riesgos para todos nosotros, y lo sabemos. No desconocemos el peligro. No lo busco. Pero tampoco lo rehúyo. Trato sencillamente de cumplir con mi deber.

Nuestro compromiso con el pueblo de Cuba quedó fijado en la Carta de México, que unió a la juventud en una conducta y una actuación, pero las circunstancias necesarias para que la parte estudiantil realizara el papel a ella asignado no se dieron oportunamente, obligándonos a aplazar el cumplimiento de nuestro compromiso. Creemos que ha llegado el momento de cumplirlo. Confiamos en que la pureza de nuestras intenciones nos traiga el favor de Dios para lograr el imperio de la Justicia en nuestra Patria.

Si caemos, que nuestra sangre señale el camino de la libertad. Porque tenga o no nuestra acción el éxito que esperamos, la conmoción que originará nos hará adelantar en la senda del triunfo.

*(Los materiales agrupados en esta sección —excepto la "Carta de México"— fueron tomados de la obra Historia de la Universidad de La Habana. 1930-1978, vol. 2, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984, apéndice documental.)*

Pero es la acción del pueblo la que será decisiva para alcanzarlo. Por eso este manifiesto, que pudiera llegar a ser testamento, exhorta al pueblo de Cuba a la resistencia cívica, al retraimiento de cuanto pudiera significar un apoyo a la Dictadura que nos oprime, y a la ayuda eficaz de los que están sobre las armas para libertarlo. Para ello es preciso mantener viva la fe en la lucha revolucionaria, aunque perezcamos todos sus líderes, ya que nunca faltarán hombres decididos y capaces que ocupen nuestros puestos, pues como dijera el Apóstol: "Cuando no hubiera hombres se levantarían las piedras para luchar por la libertad de nuestra Patria."

A nuestros compañeros, los estudiantes de toda Cuba, les pedimos que se organicen, ya que ellos constituyen la vanguardia de nuestra lucha, y a las fuerzas armadas que recuerden que su misión es defender a la Patria, no someter a hermanos, que su puesto es el del Ejército Mambí, que peleaba "POR LA LIBERTAD DE CUBA", como terminan todos sus escritos.

*¡VIVA CUBA LIBRE!*

JOSÉ ANTONIO ECHEVERRÍA

La Habana, 13 de marzo de 1957

## V TALLER INTERNACIONAL **La formación del historiador**

---

**E**l 12 de mayo de 1997 se inauguró en la Casa Benito Juárez, de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, el V Taller Internacional *La formación del historiador*, patrocinado por la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana y el Consejo Nacional para la Formación del Historiador (CONAFOH) de México.

En el acto inaugural hicieron uso de la palabra los coordinadores doctor Sergio Guerra Vilaboy, de la Universidad de La Habana, y el maestro Alejo Maldonado Gallardo de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, así como el doctor Eusebio Leal Spengler, presidente de la Unión de Historiadores de Cuba (UNHIC). En la actividad también se encontraban presentes el licenciado Miguel Hernández, director de la Casa Juárez, el licenciado Miguel Díaz Reynoso, de la embajada de México, y el doctor Rubén Zardoya, decano de la Facultad de Filosofía e Historia.

Del 13 al 15 de mayo, se discutieron en sesiones plenarias decenas de ponencias acerca del papel del profesor y los métodos de enseñanza,

la evaluación del conocimiento, la curricula y las habilidades en la preparación de investigadores y los profesores, la teoría de la Historia y la crítica historiográfica dentro de los planes de estudio, alternativas en los diseños curriculares y el perfil de los planes de estudio y del egresado de Historia ante los retos del siglo XXI. En el evento estuvieron representadas universidades de Panamá, Brasil, Colombia, México y Cuba.

En el acto de clausura intervinieron los coordinadores del V Taller, Sergio Guerra Vilaboy de Cuba y Alejo Maldonado de México y Rubén Zardoya, quien pronunció las palabras de despedida a los participantes. • • • • •



# La Sección Cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) convoca al **I Congreso Internacional de Historiadores Latinoamericanistas**

---

Entre el 11 y 15 de mayo de 1998, la Sección Cubana de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC) se propone organizar su *I Congreso Internacional de Historiadores Latinoamericanistas* con el tema "La Historia de América Latina y el Caribe: un balance de fin de siglo" y con sede en la Casa del Benemérito de las Américas Benito Juárez, sita en Mercaderes esquina a Obrapia en La Habana Vieja, Cuba. Este evento está coauspiciado por la revista *La Formación del Historiador* de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y el Consejo Nacional para la Formación del Historiador (CONAFOH) de México; la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana y la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana. El temario contempla los siguientes temas:

- **Teoría de la Historia e historiografía latinoamericana** (Corrientes, temas y autores; los métodos y la renovación del discurso historiográfico; reflexiones sobre la historia y sus relaciones con otras ciencias; planteamientos en torno a la teoría de la Historia)

- **Historia de América Latina y el Caribe** (Presencia de Estados Unidos en la región; quiebra del orden oligárquico; historia de la cultura, la religión y las ideas; movimientos políticos y sociales; historia nacional y/o historia regional: producción y métodos)

- **La América Latina y el Caribe: la transición al nuevo milenio** (Relaciones con Estados Unidos; problemas de la globalidad; tendencias y mentalidades de la integración hemisférica y regional; relaciones con otros países, regiones y organismos internacionales; corrientes del pensamiento; grandes problemas ecológicos y del medio ambiente)

- **La formación del historiador** (Planes y programas de estudio; métodos y experiencias de enseñanza; difusión de la historia; los posgrados y diplomados; docencia y/o investigación)

La cuota de inscripción para ponentes y asistentes será de 40.00 U.S.D., a los estudiantes se les cobrará la mitad de esa cifra. Para cualquier información adicional dirigirse al doctor José A. Tabares, secretario de Actividades Científicas de la Sección Cubana de la ADHILAC, Casa Fernando Ortíz, L y 27, Vedado, Plaza de la Revolución, Ciudad de La Habana. Tel. (98-537) 32-3200 y Fax (98-537) 32-1492. • •

---

# Confe- 19 ren-97 cias

---

Durante el año en curso, la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz ha venido desarrollando diversas conferencias, las cuales han permitido a los especialistas convocados reflexionar acerca de las personalidades, hechos y temas que se insertan en el devenir histórico nacional.

Así han sido las conferencias acerca de

## I semestre

- *Chibás y la crisis del neocolonialismo en Cuba*
- *El Directorio Revolucionario 13 de Marzo*
- *La huelga de abril de 1958 y sus consecuencias*
- *Vigencia y trascendencia de Antonio Guiteras*
- *Raúl Roa, revolucionario de todos los tiempos*

Mientras en el segundo semestre del año, otras temáticas han de acaparar la atención de los estudiosos en relación con,

## II semestre

- *La construcción socialista, la economía y la ética en el pensamiento y la práctica de Ernesto Guevara*
- *Ernesto Guevara, un soldado de la Revolución*
- *La situación de Cuba, España y Estados Unidos en los finales del siglo*
- *El Papa Juan Pablo II y su visita a Cuba*

# ENTRE EL Autor Y EL Lector

## ***La historia y el oficio de historiador***


**Colectivo de autores**

Ediciones Imagen Contemporánea  
—en coedición con la Editorial de Ciencias Sociales—,  
Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz  
La Habana, Cuba, 1996, 380 pp., 15,2 x 22,9 cm,  
rústica cromada.

**LA AUSENCIA DE ESTUDIOS**, debates y reflexiones sobre crítica historiográfica, metodología y teoría de la historia, constituye un viejo problema que ha lastrado un mayor desarrollo del trabajo profesional de los historiadores cubanos. La creciente toma de conciencia sobre las deficiencias que en este sentido aquejan a nuestra historiografía, junto al punto crítico en que se encuentra hoy la ciencia histórica a nivel internacional, hacen muy oportuna la publicación en Cuba de *La historia y el oficio de historiador*.

Este nuevo libro reúne los ensayos, acompañados de sus correspondientes críticas, que fueran objeto de debate no hace mucho tiempo en un seminario científico, organizado en la Universidad de La Habana, con el declarado propósito de “incitar a pensar” acerca de temas de teoría y método, prácticamente desconocidos o relegados por los historiadores cubanos. Un esfuerzo de esta naturaleza, dirigido a conocer y discutir los postulados de la moderna historiografía francesa, no se producía en Cuba desde los primeros años de la Revolución, cuando la entonces recién fundada Escuela de Historia contó con la presencia de Pierre Vilar, llevó a cabo investigaciones cuantitativas en archivos parroquiales —bajo la orientación de Guy Bourdè— y se desarrolló la fructífera labor docente del desaparecido demógrafo e historiador Juan Pérez de la Riva. Gracias a ellos, los historiadores y estudiantes cubanos entraron en contacto directo con las principales tesis sustentadas por las primeras generaciones de *Annales* —que la aproximaban mucho al marxismo—; escuela historiográfica francesa que ya había transitado de su etapa fundacional (1929-1945) —que propugnaba una historia social y económica, que no desconocía el tema de las mentalidades— a la siguiente (1956-1968) —la cual privilegió la historia económico-social estructural (en particular, geohistoria, estructura económica y “larga duración”)—.

El volumen *La historia y el oficio de historiador*, en clara alusión a un texto homónimo de Marc Bloch, se compone de 12 sustanciosos ensayos representativos de las principales preocupaciones y propuestas de la mencionada escuela de *Annales* —en lo que ha dado en llamarse su tercera etapa (1968-1989)—, cuando puso de moda la historia de las mentalidades. Los trabajos seleccionados en este libro sacan a discusión no sólo los nuevos caminos abiertos por la historiografía francesa a la investigación histórica, sino también otras cuestiones teóricas asociadas al propio sentido de la historia, su relación con el marxismo y los aportes de otras ciencias sociales. Se trata de un material algo denso y voluminoso, de difícil lectura, íntegramente consagrado a tópicos de teoría y metodología de la historia,



lo que explica las dificultades encontradas por Eduardo Torres-Cuevas —principal promotor del seminario y de la edición de esta especie de antología— para encontrar historiadores cubanos dispuestos a opinar sobre los polémicos planteos de lo más avanzado de la historiografía francesa de los años 70 y 80. Pienso que entre las razones de esta reticencia está la pobreza teórica de que hemos dado muestra la inmensa mayoría de los historiadores cubanos —aunque no sea una limitación exclusiva nuestra—; poco habituados a la utilización crítica del marxismo y todavía marcados por la profunda huella dejada por el positivismo, que como muy bien señala Torres-Cuevas en la “Introducción” de la obra que comentamos, se distingue “por el espacio prácticamente nulo que concede a la reflexión y a la teoría, por su preferencia hacia el dato empíricamente verificable, que le brindan una solidez como método de investigación capaz de suplir ante el historiador, consciente o inconscientemente, su aridez intelectual”.

Quizás ello también determinó que varios de los ensayos de historiadores franceses agrupados en esta publicación salieran sin los comentarios previstos, con los cuales el editor aspiraba a que historiadores nacionales trajeran los problemas planteados a las realidades latinoamericana y cubana. Las mismas dificultades formativas apuntadas para nuestra historiografía son probablemente la causa que de los siete autores cubanos que entregaron en definitiva sus colaboraciones, tres de ellos sean filósofos de profesión, y de los cuatro restantes, otros tres se inclinaron, en determinadas etapas de sus vidas, a la filosofía.

Un aspecto no menos importante a resaltar de este notable esfuerzo editorial, emprendido gracias al entusiasmo envidiable de Torres-Cuevas, tiene que ver con la traducción. Once de los 12 ensayos pertenecientes a autores que clasifican dentro de la escuela historiográfica francesa —casi todos extraídos de ese texto ya clásico de *Annales, La Nueva Historia* (1988) dirigida por Jacques Le Goff— fueron especialmente vertidos al español, para esta edición cubana, por

Gustavo Du-Bouchet, Josefina Castro Alegret, Sophie Andioc y María del Pilar Díaz Castañón, a quien correspondió en particular la traducción de más de la mitad de los trabajos.

*La historia y el oficio de historiador* se abre con un enjundioso estudio introductorio del propio compilador cubano, Eduardo Torres-Cuevas, en el cual se ofrecen elementos imprescindibles para ubicar al lector acerca de las preocupaciones dominantes en la historiografía contemporánea, así como del desarrollo y la vigencia de la ciencia histórica, temáticas a las que, como se ha dicho, tributan todos los trabajos aquí reunidos. Un aspecto que sobresale en esa “Introducción” es la esclarecedora disección que hace Torres-Cuevas de las tres grandes corrientes que conforman lo que Carlos Barros ha llamado el paradigma común y plural de los historiadores del siglo xx: el positivismo, el marxismo y la denominada escuela de *Annales*.

El primer ensayo compilado pertenece a uno de los grandes historiadores franceses, Pierre Vilar, quien ofrece sus fundamentados criterios en relación con las etapas de la historia como modo de conocimiento y su evolución hacia la categoría de ciencia. Aquí define al objeto de la historia como la “dinámica de las sociedades humanas”. A continuación aparece el trabajo de Michel Vovelle dedicado al tema “La historia y la larga duración”, término acuñado por Fernand Braudel en 1958 para designar prolongados períodos temporales en busca de lo constante, lo repetido y lo estable en la historia. A propósito de las valiosas ideas sustentadas en este texto de Vovelle, Jorge Luis Acanda formula incisivas acotaciones en las que considera que el eje del planteo teórico del destacado historiador francés, radica en la relación entre la continuidad y la ruptura. En tal sentido, Acanda advierte sobre algunos de los peligros que, para la historia como ciencia, pudieran derivarse de estas tesis: “buscando el hilo de la continuidad, intentando captar el sentido de los acontecimientos, rastreando lo común en momentos cronológicos diferentes, se llega a la interpretación de la historia como la resistencia al cambio, como la continuidad, la evolución ab-

soluta, sólo alterada aquí y allá por explosiones de irracionalidad, que sólo significan pérdida de tiempo y energías, y una demora en la solución de aquellas tareas que se iban incubando lentamente: las revoluciones”.

Para Vovelle, dado que en la esfera de las mentalidades los cambios se producen de manera muy lenta, la “larga duración” se convierte en el campo privilegiado para ese tipo de historia; temática que desarrolla más ampliamente en otro ensayo suyo incluido en la selección de Torres-Cuevas con el título: “Ideología y mentalidades. Una clarificación necesaria”. En realidad, la historia de las mentalidades ya formaba parte del acervo conceptual y metodológico de los fundadores de *Annales* —en Marc Bloch, pero sobre todo en Lucien Febvre—, aunque alcanzó su apogeo después de los 60, a partir de los trabajos teóricos de Georges Duby (1961) y Robert Mandrou (1968).

Desde entonces, al protagonismo de las masas en la historia, en determinado contexto económico-social, siguió para el grueso de la historiografía francesa la preocupación por conocer su pensamiento, concepciones y representaciones, a la vez que se imponía una explicación más espiritualista del proceso histórico en detrimento de la tradicional, de matriz materialista (economicista). Para Le Goff, uno de los mejores cultivadores del novedoso género, la historia de las mentalidades —que definió como historia no de los fenómenos “objetivos” sino de sus representaciones, alimentados de los documentos de lo imaginario— se convirtió así en el refugio perfecto de los historiadores saturados con la historia económico-social y por un marxismo que consideraban paralizado por el esquematismo. Por este derrotero, *Annales* se inclinó cada vez más a la investigación del sujeto en la historia, abandonándose los estudios cuantitativos y la historia económica y social que la habían caracterizado. El propio Vovelle se dejó llevar por esta

tendencia, después de una extensa y fértil trayectoria en la historia social, proponiendo elevar la historia del “sótano” —esto es, las estructuras económico-so-

ciales, en las cuales, en su criterio, la había confinado la historiografía marxista— a la “buhardilla”, un tercer nivel, como expresión más aguda de la historia social. Para este brillante historiador francés, el estudio de lo imaginario se hacía tan necesario para entender la compleja sociedad humana como su propia base material, de ahí que le llamaran la atención aspectos como las costumbres, ritos y creencias religiosas, las relaciones familiares, la vida cotidiana y otras expresiones de lo imaginario colectivo. Con esta apertura del lente del historiador se hizo indispensable la búsqueda de nuevas fuentes y enfoques inéditos, aplicando a la historia teorías y métodos procedentes de otras ciencias sociales: principalmente, la psicología, la sociología y la antropología.

A matizar esta problemática están consagrados los textos de Philippe Ariès (“La historia de las mentalidades”) y de Alain Boureau (“Proposiciones para una historia limitada de las mentalidades”), así como el extenso comentario de Edelberto Leyva. Para el primero de ellos —quien en su exposición parte de rastrear el origen del interés por las mentalidades en los propios fundadores de *Annales*, hasta llegar a su eclosión en los 60, cuando “trastorna de punta a cabo la historiografía francesa”—, la importancia de la historia de las mentalidades radica en el análisis que separa los valores actuales de los pretéritos, aun cuando en su argumentación pase por alto la forma y el modo en que éstos se alteran. Por su parte, Boureau dedica su estudio a los límites que se levantan a esta manera, cada vez más generalizada, de hacer historia y que, a todas luces, ya comenzaba a dar muestras de estancamiento cuando escribió el artículo. Puesto en esta disyuntiva, propone, centrándose en el problema del valor colectivo que debe tener toda mentalidad para definirse como tal, una conceptualización que, en la práctica, restringe el campo de la historia de las mentalidades a aquellos valores sociales e ideas que sean de los tres tipos siguientes: “general” —o sea, verificables en fuentes empíricas—; “genérico” —derivadas de un caso específico y de su supuesta extensión a sectores más amplios— y, por último, “el colectivo y lo



singular” —esto es, el trasfondo común y el caso excepcional—. En definitiva, para llevar adelante esta clase de investigaciones, Boureau termina por inclinarse en favor del método del análisis lingüístico y, sobre todo, de la antropología histórica.

Precisamente esta temática aborda André Burguière con su trabajo “¿Antropología histórica o historia de la antropología?”, en el cual, en último extremo, se asume bajo esa denominación la esencia de la historia de las mentalidades, su metodología y principales preceptos. La utilidad de la antropología para el historiador quedó demostrada desde hace mucho tiempo al proporcionar, mediante la observación de rituales, ceremoniales, etc., informaciones que explicaban las creencias, sistemas de valores y



sentimientos de un pueblo, una etnia o un solo individuo, y, por tanto, ofrecían inapreciables elementos para comprender la dinámica de esas sociedades. Como señala Torres-Cuevas en su muy atinado comentario a este texto, la aplicación

de estas experiencias a la realidad cubana constituye sin duda un significativo avance historiográfico, pues permitiría dejar atrás los relatos de los grandes acontecimientos para hacer “la historia de la gente sin historia”, camino iniciado en Cuba por los pioneros Pedro Deschamps Chapeaux y Juan Pérez de la Riva.

Al tema de “Las estructuras en el análisis histórico” está dedicado el ensayo de Krzysztof Pomian. En su lúcido y abarcador comentario a este texto, Oscar Zanetti pone al descubierto varias de las limitaciones del trabajo del historiador polaco; entre ellas, la restricción de sus valoraciones sólo a las aportaciones de *Annales* y, en determinados momentos, su “evidente intención de marcar distancia respecto al análisis marxista de las estructuras”.

Un conjunto importante de los trabajos seleccionados en *La historia y el oficio de historiador* es una muestra fehaciente de la tendencia de los estudios históricos actuales a la fragmentación

en temas, géneros y métodos, que ha llegado acompañada del olvido de la vieja aspiración totalizadora que distinguió a las primeras generaciones de *Annales*. Así, el trabajo de Jean-Marie Pesez, “Historia de la cultura material”, se refiere a la indiscutible utilidad de las investigaciones históricas sobre alimentación, vivienda, mobiliario, vestuario o las propias técnicas, siempre y cuando sitúen al hombre en el primer plano. “La historia inmediata”, que escribió Jean Lacouture, pretende desdibujar las fronteras entre periodismo e historia, para acercar a los historiadores —no sin dejar de inventariar los riesgos— al estudio del presente; texto comentado por Emilio Ichikawa. En “La historia de los marginales” Jean-Claude Schmitt reivindica las investigaciones sobre delincuentes, criminales, prostitutas, pordioseros y vagabundos; mientras Evelyne Patlagean se mueve en el difícil terreno de lo onírico, irracional y artístico. Por cierto, este último ensayo suscita en Alfredo Antonio Fernández muy agudas y originales reflexiones en “Acerca de un tema desdeñado”, en el cual defiende, desde el prisma “real maravilloso” latinoamericano, la validez de la literatura y la creación artística como posibles fuentes para el conocimiento del pasado.

El libro termina con los también muy sugerentes trabajos de Guy Bois y Fernando Martínez, que versan específicamente sobre marxismo e historia. En el primero de ellos, el historiador francés analiza la relación dialéctica del marxismo, en cuanto teoría general de la historia, y *Annales*, con sus novedosas propuestas metodológicas. A partir del reconocimiento de las innegables influencias, directas e indirectas, que el materialismo histórico ha ejercido en la fundamentación de la Nueva Historia, así como de los efectos de la propia crisis internacional de la producción historiográfica marxista, el autor llega a la conclusión de que, pese a las distorsiones causadas por el dogmatismo y el escolasticismo, la clave para la futura renovación del marxismo estriba, junto a otros factores que no indica, en su confrontación y confluencia con *Annales*. Por su parte, Fernando Martínez aprovecha las reflexiones de Guy Bois para presentar un panorama problematizado de la evolución histórica del pensa-

miento marxista, con el definido objetivo de analizar su situación actual en Cuba, luego del derrumbe del socialismo en Europa del Este (1989-1991), en cuyas páginas termina afirmando, con gran acierto, que hoy en nuestro país "la historia necesita teoría y también pertenencia ideológica, y que el marxismo necesita revolucionarse".

Para que esta imprescindible selección de textos representativos del nivel teórico de la historiografía francesa estuviera completa, tal vez le hubiera hecho falta la inclusión de alguna de sus más recientes manifestaciones, especialmente del periodo de *tournant critique* iniciado por *Annales* desde 1989 —cuyo perfil está todavía por definir—, y que, de alguna manera, también se refiriera al retorno que se aprecia en la producción histórica occidental hacia géneros tradicionales (historia política, biografía histórica, historia relato). Con este giro parece como si el quehacer historiográfico de fines de la centuria quisiera replegarse a su punto de partida: de la historia económica y social, propugnada por el marxismo y *Annales*, en reacción con el positivismo, se pasó a un progresivo interés por el sujeto —lo que ejemplifican los trabajos compilados en este volumen—, para regresar a la historia narrativa, aunque ahora disolviendo los grandes temas de antaño en una historia atomizada, signada por lo individual y cotidiano.

En buena medida, este ciclo historiográfico se ha completado como resultado de los cuestionamientos posmodernos que desde los años 80 se vienen efectuando a la historia como ciencia —su fundamento era la idea ilustrada del progreso lineal— y la cual, sobre los carriles de una historia económico-social, estructural y objetivista, había perseguido la meta inalcanzable de la historia total. Ante estas ineludibles realidades, y los desafíos que entrañan para los historiadores que todavía hoy no nos abochornamos por considerarnos marxistas, quisiéramos poder compartir el optimismo de Torres-Cuevas cuando afirma acerca de "la historia que viene": "Es-  
lamos, pues, en una de las encrucijadas creadoras más importantes de la historia de la historia, llena de angustias, incertidumbres e interro-



gantes, pero encrucijada, al fin, excepcional que sólo viven generaciones afortunadas. El oficio de historiador se hace cada vez más complejo, pero también más profundo".

Sergio Guerra Vilaboy

## ***Historia de Cuba. La Colonia: evolución socioeconómica y formación nacional***

**Colectivo de autores**

Instituto de Historia de Cuba,  
Editora Política,

La Habana, Cuba, 1994, 524 pp., 17 x 23,5 cm.  
cartoné con sobrecubierta, con ilustraciones.

**ELABORAR UNA SÍNTESIS** de *Historia de Cuba* en pleno proceso de búsqueda —percibido de manera diversa, pero por todos percibido— de los principios esenciales de una necesaria reubicación de las ciencias sociales en el panorama científico, cultural, social y político de la Cuba de los 90, no debe haber sido una tarea sencilla. De lejos, y por voces cercanas a las preocupaciones e incertidumbres, me fue posible percibir algo del esfuerzo con que se iba materializando el quehacer intelectual y mucho de las gestiones por solucionar elementales dilemas de orden material para poder darlo a la luz. Hoy, cuando el segundo tomo está al comenzar a circular, tengo ante mí el primero de esta *Historia de Cuba*, que publica el Instituto de Historia, con un grupo de redacción formado por los doctores. María del Carmen Barcia, Gloria García y Eduardo Torres-Cuevas y que se presenta con el título de *La Colonia: evolución socioeconómica y formación nacional. De los orígenes a 1867*. A dos años de su salida de imprenta, no están de más algunos comentarios que sugiere un texto interesante y, pienso, importante en más de un aspecto.

Primero, porque se hacía necesario, y por razones de diversa índole urgente, acometer una empresa de este tipo. La historiografía sobre Cuba no ha producido muchas historias generales verda-

deramente relevantes, si tomamos como criterio la incidencia en la práctica historiográfica posterior. Casi como desagravio, dos de ellas —sin subestimar los valores particulares de otras obras— han mantenido una presencia obstinada, a pesar del tiempo, de sus marcadas diferencias conceptuales y metodológicas y de los diversos usos e interpretaciones en torno a ellas. Sin dudas, la *Historia de la Isla de Cuba*, de Jacobo de la Pezuela y el *Manual de historia de Cuba*, de Ramiro Guerra, aún esperan por sus émulas; y tal vez, en cuanto a perdurabilidad, nunca las tengan. Fernando Portuondo y Leví Marrero también han brindado, con obras capaces de trascender el simple recuento histórico, magníficos modelos de visión globalizadora. Pero el conocimiento histórico ha alcanzado internacionalmente niveles de complejidad y una dinámica que debe incorporarse a mediano plazo a nuestra actividad historiográfica, según indica la labor de los últimos años, y en esas condiciones, las historias generales tienden a envejecer con rapidez.

No por ello ha dejado de ser importante, sin embargo, que esfuerzos individuales o colectivos se dirijan periódicamente a la elaboración de síntesis históricas más o menos profundas y abarcadoras. Los aspectos conceptuales, metodológicos e investigativos, nunca se someten a prueba tan difícil como cuando se intenta reducirlos —y claro que esto no implica de modo necesario esquematizar— a una visión explicativa coherente del devenir histórico de una comunidad vista en el conjunto de sus relaciones fundamentales. Pretenda serlo o no, aparezca bajo la firma de un autor o de varios, cualquier síntesis de historia constituye, en la actualidad, un esfuerzo colectivo en cuanto la amplitud temática

que aborda se hace deudora de la labor de muchos. En este sentido resumen —de manera aceptable o no— la actividad historiográfica de todo un período, tanto de sus logros y aciertos, como de sus vacíos y deficiencias.



174 En las últimas décadas, el quehacer en torno a la historia de Cuba ha penetrado campos poco explorados, e incluso aquellos en que nuestra his-

toriografía había incursionado de modo tradicional, presentan un panorama investigativo distinto, aun cuando la elaboración conceptual, en muchos casos, no haya superado esquemas de larga vigencia, a los cuales se sumaron otros nuevos. No obstante, el rico material factual incorporado en el estudio de temáticas particulares, no había encontrado posibilidad de ser asimilado a plenitud en una visión global de la historia de Cuba, más cuando éstas se elaboraron fundamentalmente con fines docentes. La integración de resultados investigativos que exigían ciertos replanteos conceptuales, encontró en este tipo de síntesis obstáculos considerables, entre los cuales la escasa flexibilidad de los programas de estudio no resultó el menos significativo. En estas condiciones, una empresa como la de esta *Historia de Cuba* había madurado, como necesidad, hacía ya algún tiempo. Las presiones de una coyuntura doméstica e internacional tan compleja como conocida, al colocar como prioridad de la política el acento en la autoctonía de los destinos históricos de la cubanidad, han incidido en la cristalización del proyecto.

Cuando una obra de este género es declaradamente colectiva, a las dificultades inevitables que genera el desbalance historiográfico en torno a uno u otro tópico, se añade la de conciliar intereses, estilos y experiencias individuales alrededor de presupuestos conceptuales y formales que garanticen la coherencia del conjunto, sin desvirtuar el aporte particular de cada autor. Tal ha sido, a juzgar por el resultado visible del primer tomo, la intención de los redactores de esta *Historia de Cuba*. Los distintos capítulos se prepararon por un conjunto de investigadores bien conocidos, entre quienes se encuentran César García del Pino, Arturo Sorhegui, Gloria García, María del Carmen Barcia, Lourdes Domínguez, Estrella Rey, Olga Portuondo, Eduardo Torres-Cuevas y otros. Ello presupone que distintas partes de la obra lleven el sello visible de estilos muy familiares para especialistas y aficionados a perseguir lo que se publica sobre historia.

El tomo nos remite al pasado colonial y culmina en el período inmediatamente anterior al inicio



de la Guerra de los Diez Años, en una aproximación en la cual se combinan un discurso esencialmente cronológico y un intento de análisis estructural de la sociedad insular en cada etapa. En este sentido, el estudio del proceso de formación nacional a partir de una historia de las estructuras socioeconómicas, se aparta en alguna medida de los esquemas del determinismo economicista. Ciertamente que, con frecuencia, este alejamiento se perfila más como intención que como ruptura radical. Como visión de conjunto, se logra algún equilibrio en esta dirección, pero las deudas de nuestra historiografía con ciertas temáticas emergen con nitidez. Sería injusto hablar, sin matices, de ausencias, porque se ha intentado un acercamiento a las más diversas manifestaciones económicas, socioculturales, ideológicas y políticas del universo insular. Sí se observa un nivel relativamente bajo de integración de estos elementos desde la perspectiva estructural en que se ubica la obra; sobre todo, en los capítulos dedicados a la etapa del criollismo, en los cuales los análisis económicos y demográficos dejan muy poco espacio a la percepción esencialmente cultural del ámbito de lo criollo, que ya hacia finales del siglo xvii alcanza niveles de estructuración notables y proyecciones ideológicas coherentes. Como evaluación del estado de elaboración de aspectos vinculados con esta temática, los capítulos del III al V muestran la necesidad de ampliar y profundizar el uso de determinadas fuentes y técnicas investigativas que posibiliten completar la imagen de siglos aún poco conocidos. Toda vez que se trata de seguir la formación de lo criollo, habría que señalar la ausencia de los modos en que se van desdibujando las tradiciones y costumbres, transformando experiencias, desgajando una nueva mentalidad y conformando una nueva simbología a partir de los patrones hispanos que se intentó implantar originalmente. En ello influye, por lo visto, tanto el todavía escaso conocimiento que tenemos de la evolución del mundo religioso de los primeros siglos, de las formas en que se produce el recambio de los patrones mentales de la comunidad de origen, como una percepción de lo estructural que responde, consciente o inconscientemente, a las prioridades clásicas



de la versión del materialismo histórico tanto tiempo al uso de nuestra historiografía. Ello implica que más allá de un posible consenso en cuanto a la estruc-

tura que debían tener los capítulos siempre hallamos en último lugar lo relativo a vida cotidiana, costumbres, cultura popular, etc. Este *último lugar* resulta sumamente ilustrativo, por otra parte, de las direcciones principales seguidas por los estudios históricos en Cuba en los últimos decenios, y de la necesidad de flexibilizar el examen de las relaciones recíprocas, interconexiones, mediaciones, entre las estructuras materiales y las de pensamiento (¿mentales?). Ésta también sería una de las vías de modernización de los estudios históricos cubanos, toda vez que pasa a través de enfoques inevitablemente interdisciplinarios.

Pero no por lo anterior, el saldo de los capítulos dedicados a la formación y desarrollo del criollismo, visto como plano de diferenciación y fundamento de un particularismo de la comunidad insular —y dentro de ella de comunidades regionales, patrias locales— en el contexto de la hispanidad, deja de ser positivo. Sobre todo —y en general a todo lo largo de la obra— se destaca el uso casi siempre adecuado y convincente de información cuantitativa de diversa índole. Ello brinda al análisis de la problemática económica de los siglos xvi al xviii en estrecha vinculación con la evolución demográfica, el proceso de formación de las oligarquías —así sea fundamentalmente la habanera— y las áreas de conflicto que iban surgiendo en el ámbito de la aplicación de la política colonial metropolitana, una notable solidez. El análisis de la estructuración social también ofrece una visión de la complejidad de los procesos y de los conflictos entre los distintos sectores de la colonia. En “La consolidación de la sociedad criolla” —capítulo V—, que transita analíticamente el período de madurez del criollismo, se ofrece además una interesante ubicación de la problemática insular en el contexto de los conflictos convencionales entre las potencias europeas y la política colonial centralizadora de la metrópoli.

En general, los autores han intentado, en la medida en que esto es posible, dado el estado actual de la investigación, abandonar el contexto habanero para explorar otras regiones del país. La intención de superar la visión unilateral de una historiografía que ha centrado su interés fundamental en el occidente de la Isla, es demostrativa tanto de un vacío historiográfico como de una realidad que se abre paso de modo cada vez más imperioso: resulta imposible entender la historia de Cuba sin acceder al universo del resto de las poblaciones de la Isla, de sus estructuras agrarias y conformación social. Permanece abierto —ya lo está hace mucho— un amplísimo campo de prospección del pasado insular, en el cual están dichas cuando más las primeras palabras. En este aspecto, la obra de referencia brinda una síntesis bastante completa de lo que se conoce —sobre todo, de los aspectos económicos y demográficos—, con lo cual se reafirma la idea de que la situación es diferente en las diversas regiones. Las estructuras, sin embargo, conservan perfiles de indefinición, deudas de la insuficiencia de las fuentes que han estado al alcance de nuestros investigadores. Bienvenido debe ser, por otra parte, el esfuerzo por superar vacíos a través del análisis casi puntual de determinadas fuentes; algo que si bien no corre con frecuencia a cargo de obras de este carácter, era sin dudas necesario.

El siglo XIX cubano —al que desde esta perspectiva habría que agregar el último tercio del XVIII— ha sido tradicionalmente objeto de un amplio interés por parte de los estudiosos de la historia de Cuba. Por tanto, que esto se observe con claridad en los capítulos correspondientes no es nada que sorprenda. Si bien la estructura de este tomo no comprende una división por partes entre la sociedad criolla de los siglos XVI-XVIII y la sociedad esclavista que emerge con ímpetu desde finales de la decimoctava centuria y cubre la mayor parte del XIX, a partir del capítulo VI y hasta el X asistimos al análisis de este último período, hasta 1867, en condiciones que permiten diferenciarlos netamente de los primeros. Desde la perspectiva de la nacionalidad, este lapso de



casi un siglo se presenta como la etapa en que la sociedad insular “avanzará (...) en un definido proceso de formación nacional hacia la expresión de su plena identidad”. En este contexto, dos capítulos —el VI y el IX— tratan exclusivamente aspectos económicos.

El primero de ellos, a través de una amplia utilización de fuentes cuantitativas, muestra las transformaciones de la estructura agraria del país, el proceso de disolución del fundo ganadero bajo la presión, en primer término, de la producción azucarera y tabacalera; analiza la problemática del potencial laboral y los factores que señalan temporalmente hacia la posibilidad —cristalizada con posterioridad— de una especialización productiva “que definirá estructuras de muy prolongada vigencia histórica”. También resultan de gran interés los epígrafes dedicados al comercio interregional y a los modos de inserción de las producciones cubanas en el mercado mundial. Alejarse de la perspectiva exclusivamente azucarera, sin simplificar por ello la influencia que en los procesos de estructuración económica ejercieron la institución esclavista y el sistema de plantaciones, ha permitido acceder a un espectro económico evidentemente rico y diverso, que se abre en las primeras décadas del siglo XIX a una pluralidad de mercados y desborda con holgura el modelo colonial típico de economía monoprodutora. Todo ello en una situación internacional y de las relaciones con la metrópoli en extremo compleja.

Segmento de indudable interés y aclaratorio en diversos sentidos, pienso que este capítulo despierta, no obstante, algún reparo, precisamente por desempeñar un papel importante dentro de la concepción de la obra. Tan clave como lo fue la irrupción de la plantación esclavista en una sociedad conformada sobre bases totalmente distintas, por y para un mundo criollo que no giraba en torno a una explotación intensiva del esclavo y el mercado azucarero, podría pensarse incluso en una poco afortunada ubicación del capítulo. No resulta muy convincente, en este sentido, que a continuación de “La consolidación de la sociedad criolla (1700-1765)” —capi-

tulo V— se proponga al lector un capítulo como “El auge de la sociedad esclavista en Cuba”. Nombre al cual, por otra parte, poco habría que objetar si el proceso de transformación de la economía insular se presentara coherentemente engarzado con el período de madurez de las relaciones esclavistas. Pero en realidad, quedan bastante indefinidas las condiciones internas y externas que promueven e imprimen un ritmo vertiginoso al proceso de montaje de la plantación azucarera y cafetalera. El impacto de este proceso, subversivo en el orden supraestructural, tampoco se amolda con facilidad en el terreno económico a una perspectiva demasiado tranquila —por llamarla de algún modo— en que el acento recae en la continuidad de las transformaciones que venían operándose desde mucho antes de las décadas finales del siglo XVIII. Que éstas se aceleran, que adquieren nuevo aliento, lo demuestran sin dudas las cifras y los porcentajes. Pero queda la sensación de que, en esencia, son los mismos procesos, algo que no parece totalmente justificado. En esta continuidad hay un fuerte componente de ruptura con el pasado económico, que resta autenticidad a aproximaciones tal vez demasiado cautelosas. Hay una cualidad nueva y un tránsito peculiar en que, por momentos, las técnicas del análisis estructural pierden su eficacia. Al menos, se nota la ausencia de la flexibilidad y el dinamismo por los que ha abogado, por ejemplo, Pierre Vilar, en cuanto a concepción estructural de la historia se refiere. Por ello, el arribo al auge de la sociedad esclavista —en realidad, el capítulo es esencialmente económico, por lo cual bien pudiera hablarse sólo de auge de la economía esclavista— parece en cierta medida forzado, privado de un período relativamente corto, pero existente, de implantación. Esto implica, como innegable filiación al mundo del criollo, continuidad, pero como tránsito agresivo y consciente, también ruptura. A mi juicio, la compleja dialéctica de este proceso no ha cristalizado, en este análisis.

El seguimiento de la temática económica en el capítulo IX plantea aristas importantes y diversas del inicio de la crisis esclavista, desde las presiones

abolicionistas externas hasta el desfavorable panorama de un mercado en el cual el incremento de la producción azucarera cubana sólo permitía, a duras penas, mantener las posiciones alcanzadas en las décadas anteriores a 1840. El alza productiva de los competidores, las mejores condiciones tecnológicas del procesamiento del azúcar en otras regiones y el empuje del azúcar de remolachá, la implantación de tarifas proteccionistas, las crisis mundiales y los problemas financieros, son elementos de análisis con los que se muestra el rápido deterioro de las condiciones de la economía cubana en vísperas de la primera guerra de independencia.

Las complejidades de la trama demográfica, sociocultural, ideológica y política de la sociedad decimonónica cubana, constituyen, en general, los núcleos de atención en los capítulos VII, VIII y X. El acelerado incremento poblacional, el impacto demográfico provocado por el auge tratista y los problemas estructurales vinculados con él, conforman el punto de partida para el estudio de la población cubana en el período que se extiende hasta la década del 60 del siglo XIX. Desde la perspectiva del poblamiento también se analiza la formación de las regiones y zonas socioeconómicas. Un tema que bien pudiera haber sido objeto de fundamentación a través de una óptica productiva y comercial más abarcadora, habida cuenta —como bien se señala en el texto— que es precisamente la caracterización del tipo de economía, junto al de poblamiento, “uno de los factores más importantes a tener en cuenta tanto la estructura clasista-estamental de la sociedad cubana colonial como las diferencias regionales y los conflictos sociales y políticos que genera”.

Los aspectos esenciales de la estructura social cubana de la época están tratados de modo sintético, claro y convincente. No se ha pretendido un encasillamiento de los distintos componentes sociales según parámetros valorizados en otras historiografías. Podría hablarse de la vaguedad e imprecisión de conceptos como “capas medias”, que por su amplitud tienden a agrupar sectores de muy diversa índole bajo criterios en



ocasiones secundarios, pero también es claro que la heterogeneidad del conjunto social y lo complejo de las interrelaciones entre estas “capas medias” y los sectores dominantes, unido a la ausencia de estudios fundamentales en este campo, no permiten por ahora aproximaciones generales más precisas. Queda establecido, en cambio, lo que constituyó el principio esencial al emprender el análisis; precisamente, capas, clases, sectores y grupos sociales “forman una estructura piramidal en la cual los contornos y características de cada uno son imprecisos y difícilmente homologables con las características de las clases sociales típicas de la Europa coetánea”. Al mismo tiempo, las barreras estamentales, junto a factores de nacionalidad, oficio, calificación y otros muchos, complican de manera notable este panorama, seguido en su evolución a través de todo el período.



Comentario aparte, y loable a mi juicio, merece el tratamiento de la evolución política de la colonia, de los conflictos que surgen en torno a las posibles opciones en este terreno

y del desarrollo de las proyecciones ideológicas que a partir de ellas toman cuerpo y marcan el escabroso camino recorrido por la nacionalidad cubana. Para los detalles, lo mejor es recurrir al texto. En él podrá el lector avisado hallar muchos más aciertos de los que pudieran relacionarse aquí, y sin dudas también numerosos aspectos polémicos. En una de las temáticas más recurrentes en nuestra historiografía es lógico que encontremos a cada paso elementos conocidos y fuentes ampliamente utilizadas, en el conjunto de las cuales la novedad radica —salvo casos excepcionales— en el enfoque interpretativo. En este caso sería necesario destacar la amplitud de ángulos desde los cuales se analiza el proceso. Por significativos que puedan ser los elementos manejados para el tratamiento de las etapas reformistas, de la proyección independentista desde sus manifestaciones más tempranas o de la opción anexionista, lo más importante parece ser la diversidad de elementos incorporados al análisis. Ello implica toda una visión de la historia de Cuba que dimensiona, en el pla-

no de las ideas, un universo abierto a las influencias más disímiles y al mismo tiempo profundamente consciente de sus diferencias y especificidades. Las propuestas ideopolíticas europeas, el impacto de los más trascendentales acontecimientos de la época, el papel de Estados Unidos en la conformación de un nuevo equilibrio caribeño y la experiencia de la América independizada, se integran a la visión de la sociedad esclavista en la cual piensan y actúan los portadores de las principales opciones políticas de la época.

Sin valoraciones ahistóricas o fuera de contexto —cuya validez, sin embargo, no se justifica por este solo hecho—, la imagen de conjunto más perdurable es la de un pensamiento y una acción que, a partir de un peculiar modo de recibir las corrientes ideológicas universales, elabora significados y propuestas propios cuya esfera de acción y agotamiento están muy vinculadas con las fluctuaciones de la política metropolitana y de la alianza de intereses que desde muy temprano se forja entre la élite insular y los sectores de poder de la península. En la obra, el análisis de estas relaciones entre grupos de poder, en el contexto de una ofensiva liberal contra las posiciones del grupo criollo dominante y el fortalecimiento de los sectores peninsulares en la Isla, unido a las fisuras y divisiones profundas que en cuanto al futuro del país encerraba la sociedad esclavista, da una interesante percepción de la situación en Cuba en víspera de la Guerra de los Diez Años.

*La Colonia: evolución socioeconómica y formación nacional* es una entrega que se agradece. No estamos ante el resultado más acabado en cuanto a las posibilidades que ya brinda el camino recorrido hasta hoy en el estudio de los casi tres siglos que sintetiza, pero muchos de los más significativos aportes historiográficos de los últimos años se han incorporado con acierto, lo que da a la obra un indudable valor como instrumento de consulta. Mucho más importante aún resulta comprobar, a través de su lectura y de las problemáticas que emergen, cuán amplio resulta aún el espectro de posibilidades que se abre a la in-

vestigación del pasado colonial. No es sólo la necesidad de superar esquemas y concepciones poco funcionales que todavía persisten, sino la necesidad de penetrar el universo de la historia social, de las representaciones y los símbolos, e, incluso, de la conquista del espacio cubano que añoraba Juan Pérez de la Riva. Esperemos por los tomos que siguen.

Edelberto Leiva Lajara

## **Cuba/España, España/Cuba. Historia común**

**Manuel Moreno Fragnals**

Crítica Grijalbo Mondadori,  
Barcelona, España, 1996,

312 pp., 23 x 15 ½ cm, rústica cromada.

da por el historiador cubano después de su clásica monografía *El ingenio* (La Habana, 1978), ve la luz en los momentos culminantes de una larga y brillante trayectoria profesional; constituye así contexto propicio para presentar los resultados de una constante meditación en torno a la historia cubana, clarificar algunos problemas cardinales de ésta, compartir hipótesis e indicar nuevas pistas a la investigación.

Pese a la apariencia ensayística del texto y su título un tanto equívoco, no es propiamente un ensayo histórico lo que Moreno nos ofrece, sino una obra de síntesis, concebida dentro de las convenciones fundamentales de ese género historiográfico: estructura cronológica, exposición de estilo narrativo, predominio del juicio categórico sobre la proposición hipotética, etc. Historia parcial, sin duda, por cuanto sólo abarca hasta el fin del dominio colonial español en Cuba, el estudio constituye de cualquier manera un aporte sensible a la historiografía cubana, en la cual los trabajos de síntesis no son precisamente abundantes. Por otra parte, el oficio del autor, sus extraordinarias facultades expositivas, la demostrada capacidad para imbricar el juicio generalizador con el detalle anecdótico, acreditan su espe-



cial aptitud para una empresa de esta naturaleza.

La síntesis, claro está, constituye una operación que también entraña riesgos, pues el actual desarrollo de los estudios históricos hace realmente difícil que un solo autor exhiba parejo dominio de procesos y acontecimientos que se suceden a lo largo de más de cuatro siglos. Se crea así un inevitable margen de error, al cual esta obra no ha podido escapar. El conocedor de la historia de Cuba se tropezará, por tanto, con inexactitudes de una u otra índole a lo largo del texto; desde el olvido de Santiago de Hechavarría Elgezua, cubano que ostentó la mitra de Cuba desde 1769 hasta la división de la diócesis en 1787, cuando se asegura que el único obispo criollo del período colonial fue Pedro Agustín Morell de Santa Cruz; hasta ver cruzar a Antonio Maceo la trocha de Mariel a Majana para concluir la invasión a occidente, línea militar construida después que el jefe insurrecto había alcanzado el confín occidental de la Isla, precisamente, con el propósito de “embotellarlo” en esa región. Precio ineludible de un empeño tan abarcador, son estos errores comprensibles y que pueden incluso hasta resultar irrisorios —la confusión del general mambí Miró Argenter con su hijo, José Miró Cardona, un político cubano que presidiera el gobierno provisional auspiciado por la Agencia Central de Inteligencia (CIA), durante la invasión de Bahía de Cochinos—, aunque en algún caso se haga más difícil disculparlos, vista la especialidad del autor, como cuando califica de “espontánea” la variedad de caña de azúcar “Media Luna”, en realidad el único híbrido de probado valor comercial obtenido, en Cuba antes de 1959, y que por tal razón constituye todo un hito en la historia azucarera de la mayor de las Antillas.

Al desarrollar la exposición de su texto, Moreno Fragnals ha decidido prescindir del empleo de notas y referencias, recurso que si bien otorga a las obras históricas un realce de erudición, con frecuencia aleja a lectores que no están animados por intereses profesionales. Tal decisión es, por demás, admisible y relativamente usual en las obras de síntesis, aunque aquí se eche de

menos la presencia, bien fuese al final del texto, de una guía bibliográfica que pueda encauzar las inquietudes del lector y orientarlo en la búsqueda de información adicional. La ausencia de referencias, que el autor salva ocasionalmente mediante acotaciones en el propio texto, resulta sensible, sin embargo, cuando obra en contra de las posibilidades de una mayor precisión informativa. Así sucede con el "Elogio" —mencionado en más de una oportunidad— que el padre Félix Varela hiciera de la figura de Fernando VII por encomienda de la Sociedad Patriótica. Si el título de dicho opúsculo se hubiese referido íntegramente —*Elogio de S.M. el señor Fernando VII contraído solamente a los beneficios que se ha dignado conceder a la Isla de Cuba; formado por acuerdo de la Sociedad Patriótica...*— podría advertirse la salvedad que subrayo, en modo alguno gratuita, lo cual hubiese contribuido a la mejor comprensión del asunto; sobre todo, en una obra que, como ésta, se dirige en primera instancia al público español.

Desgranada a lo largo de 24 capítulos, breves y bien concebidos en su especificidad temática, la historia de la Cuba colonial se presenta con una amplia variedad de matices e indiscutible lozanía. Junto a la inteligente elaboración del material factual, acumulado a lo largo de siglos de creación historiográfica, y al oportuno engarce de la explicación indispensable, Moreno introduce datos novedosos o revaloriza la importancia de procesos no siempre bien ponderados. Valgan sólo como ejemplos, el revelador análisis de la condición del negro en la sociedad cubana durante los siglos xvii y xviii, o la evaluación de la importancia de las guerras de independencia en el desarrollo de los flujos migratorios, arista rara vez ponderada de dicho fenómeno. Mención aparte debe hacerse de lo mucho que esta obra aporta a la comprensión de la peculiar relación entre Cuba y España, sostenida en el tiempo pese al trauma indiscutible que supuso el conflicto independentista.

No estamos, pues, ante una operación de síntesis que se limite a reelaborar los conocimientos precedentes, sino en presencia de un texto

de evidente intención renovadora. Pero... ¿hasta qué punto esta obra representa un cambio fundamental en el discurso historiográfico cubano? Éste es un extremo que merece dilucidarse, visto el afán casi obsesivo de su autor por "desmarcar" a *Cuba/España...* de la historia tradicional. Constantemente vituperada a lo largo de la obra, la "historia tradicional" —en ocasiones asociada con la "oficial"— constituye un término cuyo enlace conceptual queda sobreentendido. En un plano metodológico resulta difícil discernir si con él se hace referencia a la historia "historizante" o si, cediendo a influjos posmodernos, se alude al discurso formulado bajo el paradigma *annaliste-marxista* que ha signado buena parte de la producción historiográfica en la segunda mitad de este siglo. Tampoco se determina este término respecto de la historiografía cubana; en su "Prólogo para terminar" —contexto también de algunos asertos, sinceramente lamentables, que como otras alusiones extemporáneas del texto prefiero excluir de este comentario—, Moreno ensaya un brevísimo balance historiográfico, pero sin llegar a precisar lo que puede entenderse en ese ámbito como "historia tradicional". No queda, pues, otro recurso que especular un tanto sobre el asunto.

Si se parte del carácter dinámico del proceso historiográfico, desde nuestra perspectiva finisecular, la "historia tradicional" cubana estaría expresada, en lo fundamental, por la síntesis realizada por Ramiro Guerra para casi todo el período colonial y que, con los aportes de Emilio Roig de Leuchsenring y otros autores, plasmó de manera brillante Fernando Portuondo en lo que probablemente es el mejor texto de nivel secundario de historia de Cuba que se haya escrito en este siglo. Un examen comparativo de *Cuba/España...* con tales obras, pondría de manifiesto que ésta no se aleja demasiado de las líneas maestras de aquel discurso historiográfico. Véase, si se quiere una evidencia, el análisis de las causas por las cuales Cuba queda al margen del proceso independentista continental; problema que, según Moreno, "ha enloquecido a los historiadores cubanos" y ahora se re-





suelve (p. 159) aduciendo los mismos factores al uso en otras historias de Cuba.

Ciertamente, esta nueva síntesis concede un espacio mucho más amplio a los procesos sociales, los problemas económicos

se entrelazan mejor en la trama explicativa, las mentalidades colectivas y otros fenómenos de índole subjetiva —virtualmente ignorados por aquella historiografía—, comienzan a ocupar aquí el espacio que les corresponde. Pero nada de esto constituye una “revolución copernicana”; y no porque ello quede fuera de los deseos del autor, sino porque, simplemente, la renovación de la historiografía cubana, como en la mayor parte de Latinoamérica, aún no ha aportado los elementos suficientes para esa transformación radical.

Incluso en algún sentido, la propuesta interpretativa de esta obra queda rezagada respecto de los más recientes resultados del quehacer historiográfico cubano, a los cuales, por supuesto, su mismo autor no es ajeno. Así sucede cuando se adopta la clásica dicotomía comerciante español/hacendado (sacarócrata) cubano, como base para el análisis de las contradicciones sociopolíticas en el seno de las clases dominantes durante el siglo XIX. La escasez de matices de ese esquema impide examinar dichas contradicciones en toda su complejidad y, en consecuencia, explicar al lector por qué José Antonio Saco fue deportado por el capitán general Tacón, a solicitud del conde de Villanueva, quien lideraba un sector de la sacarocracia cubana radicalmente opuesto al que representaba Saco. O, si se quiere otro ejemplo, hacer entender como un comerciante español, Ramón Pintó, por añadidura catalán, pudo verse juzgado —y ejecutado— como cabecilla de una confusa conspiración anexionista.

El esfuerzo innovador, exitosamente coronado en unos momentos de esta síntesis, tiene en cambio otros no tan felices. Así sucede cuando las conspiraciones separatistas de las tres primeras

décadas del siglo XIX, capítulo ineludible de la “historia tradicional”, quedan reducidas a un par de líneas, con el resultado, entre otros, de que el lector no alcance a entender por qué el poeta José María Heredia —participante en una de ellas— vivía en México (exiliado) y su obra literaria fue eje de un violento enfrentamiento político.

Pero, quizá, la paradoja mayor de esa puja entre arrestos innovadores e historia tradicional que se escenifica en *Cuba/España...*, sea el apego de su autor a la tesis del límite tecnológico de la esclavitud. El criterio de que el sistema esclavista no podía sostenerse ante las exigencias del desarrollo tecnológico —aplicación un tanto esquemática de la correlación marxista fuerzas productivas-relaciones de producción—, planteado por Moreno, en *El ingenio* y otros trabajos menores, se ha revelado, cuando menos, estrecho y unilateral a la luz de investigaciones más recientes sobre los factores de la crisis del régimen esclavista. Resulta, pues, tan curioso como ilustrativo que el autor continúe sustentando un punto de vista que ya ha devenido “historia tradicional”.

Ilustrativo, porque puede contribuir a fijar en su más exacto alcance el problema de la relación de la creación historiográfica con la historia tradicional, así como a ponderar el aporte de la obra que aquí se comenta. Que la tesis innovadora de hoy devendrá lugar común mañana y, lo que es peor —entiéndase, mejor—, podrá verse incluso corregida o desechada, es una evidencia consustancial a la naturaleza... dialéctica —por qué no— del proceso historiográfico. Una realidad que conviene tener presente, tanto más ahora que nuestra obra escrita está a punto de convertirse, de manera inexorable, en “la historiografía del siglo pasado”.

La mutación de la verdad, su tránsito del ser al no ser o al ser a medias, no ha dejado nunca de constituir una realidad inquietante, y hasta dramática, tanto a escala de la creación individual como colectiva. Especialmente en el ámbito social, en que la resistencia cultural a aceptar la rectificación de verdades “apodícticas” —en tan-

to integran los cimientos de un sistema de valores— ha creado el problema de las “historias oficiales”.

Éste es, sin duda, un asunto crucial en la ética de la ciencia. Tan irresponsable es aferrarse a “viejas verdades” cuando han devenido obsoletas o insuficientes, como absurdo desecharlas por simple razón de su antigüedad. Toda obra histórica —más todavía una de síntesis— se yerge sobre un trasfondo de posiciones establecidas, muchas de tan larga data que resultan tradicionales. En esa urdimbre se trenzan los nuevos datos y las más recientes conclusiones, en ocasiones de un peso tal, que imponen una modificación de la propia estructura del discurso, pero cuya contraposición al material heredado resulta algo pueril, en tanto ambos son parte indispensable del todo.

*Cuba/España...* es una obra notable, no por las novedades que aporta —que no son tantas—, sino por las excelencias del entretrejo. Su texto, hermoso y equilibrado, probablemente no marcará un hito en la historiografía cubana, pero introduce un aliento de frescura, ilumina más de un rincón opaco y abre interesantes perspectivas analíticas. Más que al conocedor de la historia de Cuba, resultará útil a quien desee aproximarse a ella, si una lectura avisada lo salva de naufragar en alguna de sus inexactitudes.

Para concluir, permítaseme discrepar del respetado profesor Fontana, cuando en su cariñosa “Presentación” de este libro afirma que constituye la obra maestra de Moreno Friginals. Por razones que me parecen bien objetivas, así como otras subjetivas —en particular, lo mucho que significó para mi generación—, creo que *El ingenio* continúa siendo la obra cumbre de este gran historiador cubano.

Oscar Zanetti Lecuona

(Tomado de *Historia Social*,  
no. 24, Valencia, España, 1996,  
pp. 151-154.)

## ***El dilema de la independencia. Las luchas sociales en la emancipación latinoamericana (1790-1826)***

**Sergio Guerra Vilaboy**

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo,  
Escuela de Historia, Secretaría de Difusión Cultural,  
Morelia, Michoacán, México, 1993,  
283 pp., 15½ x 21 cm, rústica cromada.

**“CON ESTE LIBRO NOS PROPONEMOS** un panorama comparativo que valore el ciclo revolucionario latinoamericano desde una perspectiva social y destaque la participación del pueblo en la independencia, aspectos que siguen siendo los menos conocidos de las luchas contra las metrópolis europeas”.

Las palabras del autor citadas con anterioridad constituyen una clara definición de los objetivos que persigue la obra sometida a consideración. La profusa literatura acumulada sobre el ciclo independentista latinoamericano —en sus dos etapas, haitiana y continental—, de calidad varia y matices de amplio espectro, permitiría considerar este libro como poco necesario, o, a lo sumo, como uno más. Sin embargo, el autor se encarga, desde las “Palabras preliminares”, de explicarle a su lector que no se hallará en presencia de otra obra; antes bien, la investigación plasmada en tal título responde a la muy imperiosa necesidad de fijar la posición de las masas populares dentro de dicho ciclo independentista, y a destacar la correlación líder-masa —más correcto sería decir líder-masas— en el arduo problema de la emancipación continental decimonónica.

De lo expresado se desprende que el lector se introducirá en una obra de tesis, muy lejana de una concepción puramente expositiva del decursar histórico. Los elementos factuales, hecológicos, necesarios para entender la narración, se hacen presentes a todo lo largo de los diversos capítulos; pero la intención inicial, nunca desmentida, recorre cada una de las cuartillas escritas. Ya se trate de las peculiaridades del caso haitiano, o de las singularidades de Nueva Gra-





nada o Buenos Aires, la participación popular en la gesta emancipadora y la manera en que ésta se materializó en cada región, se convierten en la médula histórica de la exposición de Guerra.

Para lograr sus objetivos, el autor debió realizar un análisis historiográfico que constituye uno de los elementos de mayor validez de su trabajo. En efecto, la tesis sustentada obligaba a demostrar, de manera sucinta aunque eficiente, que las obras históricas que tratan el independentismo latinoamericano no dedican espacio suficiente a la participación popular en la contienda. Y popular debe entenderse aquí en su sentido más amplio, en el contexto de un proceso nacional-liberador. Para ello era preciso valorar con objetividad los muy notables aportes de la historiografía precedente, así como señalar, para poder superarlas, sus deficiencias u omisiones. El doctor Guerra hace gala de un profundo conocimiento de las obras más relevantes sobre la temática objeto de estudio, tanto de carácter general —continental— como particular —por países—, y las agrupa de forma convincente en épocas y corrientes, desde los contemporáneos del ciclo independentista hasta la actualidad. Con esto hace un servicio nada despreciable al lector. Y sienta pauta en la presentación de los resultados de una investigación, al analizar los problemas y logros de las fuentes consultadas.

En esta dirección, las fuentes utilizadas se revelan como el mejor índice para evaluar la calidad del trabajo, al menos en sus elementos informativos. Un conteo, muy por encima de las obras empleadas, arroja la cifra de 376 materiales, muchos de los cuales están constituidos por varios volúmenes. Junto a esto, la actualización de la información avala la seriedad del estudio, pues los títulos llegan, en su forma de edición, hasta 1990 inclusive. Si se tiene en cuenta que la obra analizada se editó en 1993, y que, por tanto, debió haberse escrito con meses de anterioridad, se comprende que el autor dispuso de información preestablecida hasta el momento inicial de la redacción. Se está así en presencia de un libro nada obsoleto, como suelen ser algunos tratados sobre el independentismo. Por el contrario,



los últimos aportes sobre la temática se hallan incorporados al trabajo reseñado.

La estructura orgánica que presenta la obra sorteja los inconvenientes de innecesarias complejidades. Dividida en tres partes, con 17 capítulos en total, ésta sigue el curso cronológico de los acontecimientos independentistas, con una exposición sencilla, clara, que permite aquilatar mejor la sucesiva demostración de las tesis que sustentan la investigación. Guerra ha reducido, en la medida de lo posible, las citas dentro del texto, que pudieran confundir o entorpecer sus planteamientos. Y se ha cuidado mucho de no caer en un defecto actual de ciertas obras históricas: incluir materiales en la exposición en idiomas extranjeros, cuya pertinencia siempre resulta discutible. La revolución haitiana, el “juntismo”, los casos específicos de cada región latinoamericana hasta el capítulo final, van desarrollándose ante el lector, destacando para cada uno sus especificidades, y aquellos elementos comunes que posibilitan hablar de independencia continental, entendida ésta como el conjunto de pasos necesarios que tuvo que atravesar cada región, hasta llegar a la constitución del Estado nacional independiente.

El “defecto profesional” del autor —más de 25 años de docencia universitaria— garantiza con éxito la organicidad expositiva. Sin ceder un ápice a los requerimientos científicos, el texto opera como una gran explicación para estudiantes; la concatenación lógica de la argumentación lo evidencia. Consciente de su utilidad, el investigador no se deja llevar por la socorrida tentación de efectuar disgresiones, con la excusa de ampliar lo expuesto. A tal fin, debe destacarse, como uno de los logros más relevantes de la obra, la muy correcta selección de las citas y las notas, que por fortuna el editor colocó a pie de página. Éstas complementan de manera notable lo expresado en el texto y sirven para aclarar, en múltiples casos, los criterios personales del autor. En otros, se convierten en valioso auxiliar de la crítica de fuentes, y funciona además como vehícu-

lo trasmisor de las diferentes opiniones sustentadas por autores precedentes, contrapunteándolas con los juicios del escritor. Numeradas en forma corrida, al lector se le hace difícil percatarse, una vez leído todo el trabajo, que ante sus ojos curiosos han desfilado 385 citas y notas, cuya elaboración denota la acuciosidad investigativa y el riguroso diseño expositivo que se trazó el creador.



Una investigación como la que se dispuso a acometer el profesor Guerra, y cuyos resultados presenta en este libro, tenía que partir necesariamente de muy sólidos criterios metodológicos, imprescindibles en la concepción teórica del objeto de estudio, “las luchas sociales en la emancipación latinoamericana”. Su amplia experiencia profesional, tanto en lo referido al trabajo docente-investigativo sobre América Latina, como en lo atinente a la esfera de dirección en tanto jefe de departamento en la Universidad de La Habana (en los departamentos de Historia de América, Historia de América y Cuba, Historia) ha venido en su ayuda, sin descartar la formación recibida y notablemente aprovechada, en universidades de Alemania, así como las abundantes conferencias impartidas en varios centros de educación superior de Europa y Latinoamérica. Pero lo señalado, con todo y ser de gran importancia, no basta para explicar la calidad de los resultados obtenidos, si no se comprende en toda su trascendencia que, detrás del diseño y la plasmación escrita de esta investigación, se halla una muy adecuada percepción de la dinámica interna del desarrollo latinoamericano, y una concepción de altos quilates acerca de la historia, en tanto rama del saber, y sus manifestaciones concretas en la América Nuestra, en los albores del siglo pasado, así como sobre las posibles alternativas del devenir continental. A juicio de quien esto escribe, el autor debió responderse, para transmitirlo a sus lectores, entre otras no menos relevantes, varias de las siguientes cuestiones:

- ¿Qué debe entenderse por independencia continental? ¿Qué entender por masas populares en el contexto latinoamericano?

- ¿Estaba “madura” América Latina para acceder a la independencia en aquel minuto histórico?

- De estarlo, ¿en qué medida puede diferenciarse el grado de “madurez” de cada región?

- ¿Qué grado de desarrollo capitalista tenía el componente burgués imprescindible en toda revolución nacional-liberadora? O, dicho de otra manera, ¿cómo se relacionaron e imbricaron la revolución de liberación nacional con la revolución burguesa?

- Los sectores antiespañoles que encabezaban la revolución —clases, sectores y, en no pocos lugares, estratos—, ¿en qué proporción ya tenían conciencia “para sí” y no “en sí”?

- La invasión francesa a España, ¿determinó la asunción de la vía independentista, o sólo aceleró un proceso que históricamente ya venía en gestación?

- ¿Hasta dónde estaban dispuestos a desplegar la revolución de independencia los grupos regionales que la propugnaron? Vale decir, ¿en qué medida la revolución social podía constituir el paso subsiguiente a la expulsión del sistema colonial en Latinoamérica?

Difícil y escabroso conjunto de interrogantes, las esbozadas. Con energía, Sergio Guerra fue desbrozando el camino investigativo cuyo final representa la obra analizada. A lo largo de éste quedan elementos históricos por precisar, o partes del ciclo independentista por incluir —sirva de ejemplo el antillano, Cuba y Puerto Rico—. Pero no puede negarse que el presente título supera con creces la calidad media de los trabajos relacionados con la independencia continental, y que su autor, tal y como se lo propuso, logró demostrar, abstrayéndolo de los múltiples problemas que lo oscurecían, que “la lucha permanente entre revolución política (“desde arriba”) y revolución social (“desde abajo”) fue una de las características esenciales de la independencia latinoamericana y constituyó, en última instancia, el Dilema de la Independencia”.

Con un análisis teórico relevante, Guerra culmina su monografía examinando el carácter del movimiento de liberación nacional latinoameri-

El libro que hoy comentamos aborda este imborrable acontecimiento, que no sólo fue espa-

*marzo de 1971, pp. 00-51.)*

159

bia  
pu

Diversos fueron los problemas que debió enfrentar la nueva República, tanto de carácter interno como externo. En este caso se tiene en cuenta que su nacimiento ocurrió en momentos en que el capitalismo internacional sufría la más grave de sus crisis —la crisis de 1929 a 1933—, que tuvo hondas repercusiones a nivel mundial y, sobre todo, en los países subdesarrollados y de menor desarrollo en su capitalismo.

Entre ellos se encontraba España, pues sus efectos se hicieron sentir con fuerza, fundamentalmente, en aquellos sectores de la población de más bajos ingresos, los cuales, insatisfechos con las soluciones ofrecidas, desarrollaron numerosas acciones que conmovieron los propios cimientos de la incipiente República.



Para el tratamiento de los problemas de orden interno, la doctora Áurea Matilde parte, con acierto, del análisis de las Cortes Constituyentes de 1931, pues éste constituye el nudo gordiano de la primera etapa republicana (1931-1933), en tanto la propia hetero-

geneidad ideoclasista del gobierno condujo a divergencias y vacilaciones en la toma de decisiones con respecto a las cuestiones discutidas.

En el capítulo primero se estudian las dificultades que afronta el gobierno republicano en el orden organizativo-estructural, así como la solución e intentos de solución que le dio a los viejos problemas de la sociedad (tierra, religión, nacionalismo) y a otros que surgían producto del nuevo contexto internacional, lo cual llevó a una afectación en la base social de apoyo, a movimientos sociales y a la polarización de fuerzas que favorecieron la acción de las derechas. Significativo para este resultado fue el papel de la Iglesia y del ejército, como bien plantea la autora. En el libro se expone el comportamiento de los diversos partidos y agrupaciones políticas y, apoyándose en datos estadísticos, demuestra la victoria de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA) y la derrota de las fuerzas de la izquierda republicana.

La segunda etapa republicana (1934-1936) es objeto del capítulo dos, el cual se inicia con una contextualización del hecho; o sea, se parte del análisis de un momento histórico favorable al triunfo de la reacción y al avance del fascismo en Europa. En él queda ubicado el triunfo de la CEDA y la proliferación de grupos y fracciones de corte fascista, en los cuales ocupan un lugar prioritario Falange Española (FE) y las Juntas de Ofensiva Nacional Socialista (JONS), fusionadas en los inicios de 1934. Importante resultó ser FE para los años por venir, pues su programa se utilizó por Franco prácticamente íntegro y su estructura ramal logró engarzar a estudiantes universitarios, mujeres y obreros, explotando para ello la fe religiosa.

En este capítulo se abordan las complejidades y las medidas tomadas por el gobierno republicano de derecha y su evidente inclinación fascistoide; las divergencias y convergencias de la izquierda y la oposición popular, lo cual terminó en las acciones revolucionarias de octubre de 1934, con características diferenciadoras de acuerdo con las regiones y el nivel de desarrollo de la clase obrera.

Relevancia se otorga a la depuración del ejército de elementos republicanos y la ascensión a altos cargos de militares contrarios a la República. En este contexto, el general Franco es designado jefe del Estado Mayor General, lo que coincide con un fortalecimiento general del ejército, bajo una misma ideología: la fascista. Paralelo a esto se explica el reagrupamiento de los partidos de izquierda y la creación del Frente Popular.

El tercer capítulo se corresponde con la tercera etapa republicana (1936-1939) y examina el triunfo del Frente Popular en las elecciones de 1936, preludio de la guerra civil. En esta parte del libro se trata ampliamente la cruenta guerra interna que ensombreció a España durante los tres últimos años republicanos, desde sus antecedentes conspirativos hasta la victoria de las fuerzas franquistas. Indudablemente, la legalidad que permitió la República posibilitó la organización y desarrollo de la ultraderecha en España, de ideo-

logía francamente fascista, por lo cual recibió el apoyo de la reacción tanto interna (Iglesia, ejército y carlistas de Navarra) como externa (Italia y Alemania).

De manera que en la guerra civil se enfrentaron las fuerzas yuxtapuestas de la reacción (terratentes y gran burguesía, apoyados por el ejército, la Guardia Civil y la Iglesia) y de la democracia (media y pequeña burguesías y los obreros). De su fortalecimiento y unidad interna dependería la victoria.

La autora se adentra en las complejidades del gobierno del Frente Popular, en su composición interna, que va a corroer sus propias filas; en los preparativos y ejecución del alzamiento militar, así como en las acciones de los sublevados, quienes controlaron paulatinamente todas las regiones del norte español (por su valía económica) y las del este (por su valor estratégico en el Mediterráneo); en la defensa de la capital, Madrid, por parte de las fuerzas populares con el apoyo de las brigadas internacionalistas; en la participación de las potencias fascistas ayudando a los sublevados, y en la inadecuada determinación de la Liga de las Naciones en pro de la no intervención, en tanto perjudicó a la República y favoreció a la oposición.

En este tratamiento no escapa la radicalización que se va operando en el campo republicano, por sus propias contracciones y debilidad interna, unido, a la falta de recursos materiales, apoyo diplomático y crisis económica, condujeron

al fracaso de la República. Las fuerzas exaltadoras de lo "nacional", con mayor unidad y centralización del mando, se hacían del poder. Una nueva etapa se abría para España y su pueblo.



Es, pues, *Segunda República y guerra civil*, un libro que cubre las expectativas de los interesados en el tema. Sólo esperamos por su continuación, la etapa del franquismo y la transición a la democracia.

## ***El Movimiento 26 de Julio en Venezuela y quienes lo apoyaron***

**Francisco Pividal Padrón**

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo,  
Morelia, Michoacán, México, 1996,  
412 pp., 16 x 21½ cm, rústica cromada.

**ESTA OBRA CONSTITUYE** el trabajo más abarcador, mejor documentado y más riguroso que ha visto la luz, hasta el día de hoy, sobre las actividades de la Sección Venezuela, el Comité del Exilio del M-26-7 y las restantes secciones adscritas en diversos países a dicho Comité. Resulta, además, una adición muy valiosa a las pocas docenas de textos cubanos y extranjeros que muestran, con seriedad y científicamente, importantes características y quehaceres del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, su máximo líder Fidel Castro y otros de sus más connotados dirigentes.

El libro secuestra el interés del lector y mantiene su calidad a través de sus páginas, mediante la bien lograda conjugación de los testimonios y los juicios valorativos del autor; con los resultados de las investigaciones historiográficas de éste, en fuentes orales, periodísticas y documentales, en buen grado inéditas; con la crónica y con la narración de anécdotas oportunas y esclarecedoras. Su estructura es coherente con sus objetivos. Su lenguaje resulta coloquial, ameno y con una conveniente dosis de gracejo criollo.

El doctor en Derecho Francisco Pividal Padrón ha escrito este volumen teniendo a su favor su condición de fundador, organizador y dirigente máximo de la Sección Venezuela; su labor como emisario del M-26-7 en varias naciones, y haber sido el primer embajador del Gobierno Revolucionario de Cuba en la patria de Bolívar. Sus éxitos en tan meritorias tareas estuvieron indudablemente asociados a su cubanía, a su fervor revolucionario, a su dinamismo y a sus dotes de organizador. Ellos se debieron también a las numerosas y disímiles relaciones personales que ganó, durante 10 años, como profesor en el co-

legio particular de su propiedad en Maracay y en la Escuela de Aviación Militar de Venezuela, así como a su conocimiento de la idiosincrasia del pueblo, la historia y la geografía venezolanas.

El relato nos brinda una visión nítida de la situación muy favorable a las ideas y a las fuerzas progresistas, democráticas y revolucionarias dominantes en Venezuela en 1958 —a partir del derrocamiento de Marcos Pérez Jiménez—, de los estrechos lazos de solidaridad existentes, desde el siglo XIX, entre los pueblos cubano y venezolano, y del papel determinante de ambos factores en los logros de la Sección Venezuela.

El relato nos da a conocer por qué, cuándo, cómo y por quiénes se fundó la Sección; cómo se extendió a lo largo y ancho de los 20 estados de ese hermano país, sus funciones y tareas principales, quiénes la dirigieron y cómo se materializaron sus propósitos. La obra nos muestra la labor continua en la Sección Venezuela de cientos de exiliados políticos y emigrados cubanos, de miles de venezolanos —de todas las clases y sectores sociales, civiles y militares—, de independentistas puertorriqueños y de exiliados políticos dominicanos, nicaragüenses y de otras tierras de nuestra América. Sus páginas nos informan como Wolfgang Larrazábal, Fabricio Ojeda, Carlos Andrés Pérez, Miguel Otero Silva, destacados jefes y oficiales militares, numerosos dirigentes estudiantiles, obreros y de toda la sociedad civil, prominentes periodistas e importantes medios de comunicación, y miles de venezolanos más, hicieron trascendentales contribuciones a la causa de Cuba. La donación de seis toneladas de armamentos por las FFAA de Venezuela al M-26-7; la recolección de más de 250 000 dólares para la insurrección cubana, mediante la "Marcha de Bolívar hacia la Sierra Maestra", la exhibición de una película sobre la lucha guerrillera en la Antilla Mayor, cenas de confraternidad, contribuciones de humildes ciudadanos y otras vías; la planta de radio Un Indio Azul, que permitió al alto mando rebelde comunicarse con todo el aparato exterior del M-26-7 y que sirvió de base a La Cadena de la Libertad, grupo de radioemisoras que difundió el mensaje revolucionario cubano diariamente

te a Venezuela, Colombia y varias otras naciones, y el sostén económico y la obtención de empleo a muchos exiliados, constituyen algunos de los numerosos asuntos que nos explica este libro.

Pividal también nos habla del Comité del Exilio del M-26-7, de su estructura, de sus dirigentes y cuadros; de expediciones armadas enviadas por éste, desde Costa Rica y otros países, con la colaboración de la Sección Venezuela; de los logros y las contradicciones en el seno del Comité y de sus secciones en varios países; del trabajo abnegado de Haydée Santamaría, Luis Buch, José Llanusa, Pedro Miret, Raúl Chibás y la mayoría de sus integrantes; de la pequeñez y de las miserias de Gustavo Arcos Bergnes, Mario Llerena y otros miembros del Comité del Exilio, y de Manuel Urrutia, de su personalidad, de algunas posturas positivas y de otras lamentables de éste.

*El Movimiento 26 de Julio en Venezuela y quienes lo apoyaron* reseña, con distinta amplitud, las misiones que —por mandato de la Dirección Nacional del M-26-7— Pividal y otros cuadros de la Sección llevaron a cabo, con resultados disímiles, en Colombia, Panamá, Costa Rica, México, Jamaica, Inglaterra y Haití. Dichas gestiones persiguieron metas tan diversas como el transporte de armamentos a Cuba, la entrega a la Cruz Roja Internacional de prisioneros enemigos en manos del Ejército Rebelde, el cese de suministros de armas a Batista por parte de Inglaterra, el reconocimiento de la beligerancia del M-26-7, el apoyo de las Marinas de Guerra de Colombia y Argentina al Movimiento 26 de Julio, y la liberación de un grupo de revolucionarios cubanos encarcelados por la dictadura de Duvalier.

El libro nos recuerda, con alguna minuciosidad, la solidaridad y el respaldo ininterrumpidos, y siempre concretos, del almirante Wolfgang Larrazábal, presidente de la Junta de Gobierno de Venezuela, hacia el Movimiento 26 de Julio. Además, nos entera del activismo cauto y clandestino de la Sección Venezuela en favor de la candidatura presidencial de Larrazábal y del aporte "simbólico" de 10 000 dólares que hizo el M-26-7 a ella.

Tampoco escaparon a la pluma de Pividal la hostilidad visceral de Rómulo Betancourt hacia Fidel Castro y el M-26-7, ni los sobornos y las diligencias de la diplomacia de la dictadura cubana frente a las actuaciones de los revolucionarios, ni los trajines ambiguos, demagógicos y politiqueros de Tony Varona, Aureliano Sánchez Arango, Justo Carrillo y otros cabecillas de la tendencia insurgente reformista y antirradical.

Los pasos dados para la firma, en julio de 1958, del Pacto de Caracas, que creó el Frente Cívico Revolucionario de Cuba, llamado a aunar los esfuerzos de toda la oposición ilegal contra Batista, el contenido y alcance de ese convenio son diluidos en la obra.

El texto consagra sus últimas 43 páginas a la visita realizada por Fidel Castro a Caracas, en enero de 1959. El porqué de la visita y su preparación, las actividades públicas y las entrevistas en que participó Fidel, sus recorridos extraoficiales por la capital venezolana y La Güaira; la personalidad y las ideas del máximo líder de la Revolución Cubana son expuestos, al detalle, por el cronista.

Además, el autor nos obsequia con la publicación de esclarecedores documentos, incluidos entre ellos varios inéditos.

En resumen, estimo que *El Movimiento 26 de Julio en Venezuela y quienes lo apoyaron* es un libro que —por su temática, sus valoraciones y sus primicias historiográficas— demanda ser leído de inmediato, y consultado periódicamente por todos los que nos interesamos en la historia de Cuba y de la América nuestra.

*José A. Tabares del Real*

## **Música latinoamericana y caribeña**

**Zoila Gómez y Victoria Eli**

Editorial Pueblo y Educación,  
La Habana, Cuba; Imprime SSAG, SL,  
Madrid, España, 1995, 448 pp., 14 x 21 cm,  
rústica plastificada, con ilustraciones.

**EL ACERCAMIENTO** al estudio de la cultura musical latinoamericana y caribeña con criterios abarcadores, constituye sin duda alguna un objetivo ambicioso. Especialistas



de diferentes latitudes —tanto oriundos de nuestro continente como europeos— han desarrollado por vías diferentes una labor de recopilación e investigación, encaminada a describir,

analizar y valorar el acontecer musical en nuestros países, desde el río Bravo hasta la Patagonia; pero junto al caudal de datos recogidos se evidencia una sorprendente dispersión, debido a un gran abanico de enfoques, métodos, técnicas utilizadas en la indagación y, sobre todo, sustentación filosófico-ideológica de quienes se han dedicado a estos estudios.

¿Qué pretendemos, pues, con este libro que hoy ponemos a disposición de los estudiantes de la Licenciatura en Educación Artística? Ante todo, lograr una organicidad en esta madeja y no hacer de ella una sucesión de escenas de lo acontecido en cada uno de nuestros países, o un inventario de géneros y compositores, en el cual la heterogeneidad se erija como el denominador común.

Para ello hemos tratado de tomar los hilos del proceso que condiciona la historia de nuestra América, y ver en sus interrelaciones, la sustentación de la peculiar síntesis cultural latinoamericana. No se han desdeñado, por supuesto, las fuentes bibliográficas de aquellos que trazan pautas en la musicología continental: Vega, Slonimsky, Ayestarán, Campos, Mendoza, Mayer-Serra, Lange, Stevenson, Carpentier, Aretz, Ramón y Rivera, León, Béhague, Acosta, entre otros; pero junto a la consulta, se impone el análisis crítico e, incluso, una nueva lectura e interpretación del contenido de los textos y, por qué no, hasta un leer entre líneas que nos permita, junto a la audición y análisis de la música, avizorar nuevos caminos y plantear otras hipótesis de trabajo.

Es común, en la bibliografía disponible sobre el mundo prehispánico, hallar frecuentes comparaciones entre las civilizaciones americanas y las culturas antiguas de Egipto, India, China y, sobre todo, las llamadas clásicas; es decir, Grecia y Roma. En ocasiones, tales comparaciones están encaminadas a subrayar el supuesto carácter

“primitivo” de lo acontecido del lado de acá del océano, con una marcada intención eurocentrista; en otras, se produce un traslado mecánico de modelos históricos o culturales, correspondientes a pueblos asiáticos o europeos, para tratar de explicar la realidad americana.

Encontramos así desde la aplicación de los cánones estéticos de los griegos para dar idea de las proporciones de la estatuaría amerindia, hasta la comparación del canto colectivo a voces con el *organum* o el *discantus* medieval europeo, por sólo citar unos pocos ejemplos.

Si el lector halla ciertas leves alusiones a este mundo en nuestro texto, tenga por seguro que la intención ha sido al revés: el encuentro sin prejuicios con la realidad americana no sólo enseña, sino subyuga. Las tradiciones musicales atesoradas en este hemisferio son válidas en sí mismas como formantes esenciales y, al mismo tiempo, embriones de desarrollo para el futuro.

Tampoco podemos pretender, como han querido hacer algunos estudiosos foráneos que han examinado nuestra música, que existen reales supervivencias: no es posible que la música recogida en este siglo, aunque provenga de recónditas regiones, sea idéntica a la de hace 500 años o más; ni cabría, dentro de un enfoque dialéctico, asumirla sin creer en mutaciones. Sólo deseamos apuntar el hecho de que los ecos ancestrales cobran nueva vida, gracias al desarrollo progresivo del folclor. Numerosas ediciones discográficas recientes atestiguan la presencia actual de formas de hacer música recipiendarias y, al mismo tiempo, prolongadoras de tradiciones. Por aquello de su permanencia y vigencia en nuestro contexto, hablemos, por ejemplo, de las canciones y bailes relacionados con temas amorosos, funerarios, laborales, de festividades carnavalescas o religiosas; en fin, la música en función de los diferentes momentos de la vida del hombre, formando parte integral de él mismo y de la sociedad.

culturales latinoamericanas; por ello, hemos plasmado en el libro un nuevo rumbo de agrupamiento —aunque pueda parecer osado— del cancionero de América Latina y del Caribe. Posiblemente, el lector note cómo el extenso capítulo tercero trata de dar, con la impronta de la necesidad de ordenamiento, una caudalosa información. La respuesta didáctica al programa de estudios marca esta sección del texto, pero, además, hay objetivos aún más pretenciosos: abrir una brecha a la diseminación bibliográfica caracterizadora del tema, hallar los puntos de coincidencia, no solamente en uno o dos parámetros, sino en el conjunto de medios expresivos de nuestra cultura musical; en fin, buscar fuertes haces de integración en el cancionero latinoamericano y caribeño, definidos por las condicionantes históricas y por el propio quehacer artístico en los distintos estratos y clases sociales. Dicho capítulo funciona como eje en el cual quedan esbozadas las teorías más relevantes sobre los diversos cancioneros y se muestran, por la vía de la descripción y el análisis, las especies que, agrupadas orgánicamente bajo el enunciado de complejos genéricos, constituyen una buena parte de las formas raigales en que se ha manifestado la música del continente.

El devenir cronológico guía los contenidos y proporciona a este libro una estructura tradicional, determinada esencialmente por la proyección pedagógica del texto. No obstante, hemos intentado introducir una visión interrelacionadora de las esferas de lo folclórico-popular y profesional de concierto. En el camino seguido por las culturas musicales latinoamericanas, las influencias no fueron ajenas, pero siempre la autoctonía étnica y la simbiosis operada en nuestras tierras, dejaron un sello en el músico popular y en el culto. Se produjeron además influencias “de aquí para allá” —recuérdese la habanera incluida en la ópera *Carmen* de Bizet, o en las, en aquel entonces, modernísimas obras de Debussy y

Ravel—, y qué decir de la revolución del tango y su incursión en el mundo sonoro stravinskiano. Pero sobre todo ello, el caudal popular que nutrió la producción







"culta" de Chávez, Revueeltas, Roldán, Caturla y Villalobos, empeñados en la defensa y realización de un arte americano, capaz de integrarse a plenitud a la música universal.

También ha de añadirse en estas líneas introductorias la convicción que nos guió de aproximarnos lo más posible al presente, aunque nos moviéramos en un terreno de tanteos e indefiniciones. No deseamos dejar transcurrir lo que ha dado en llamarse el tiempo de necesaria decantación histórica. El acontecer de nuestros días va a velocidad tan vertiginosa, que si permitimos que pase sin enfrentarlo, corremos el riesgo de perder algunas de sus aristas. El hecho de apuntar lo acontecido en la última década, puede mostrar datos empíricos sin que sea posible penetrar aun profundamente en las leyes que rigen los fenómenos descritos. Aunque tal limitación existe, valdría la pena señalarlos, en espera de que una investigación más distante en el tiempo, confirme nuestras valoraciones.

La tarea no ha sido, ni es, sencilla; aún más, sólo debe considerarse iniciada. En este empeño hemos contado con la colaboración de valiosos compañeros del Centro de Investigación y Desarrollo de la Música Cubana. Mucho queda aún por andar en el estudio y análisis de la música de los pueblos de nuestra América, magnos en su devenir como pudieran serlo cualquiera de los otros que hoy conforman este planeta. En este sentido resultan certeras las palabras de José Martí: "La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria".

Zoila Gómez García  
Victoria Eli Rodríguez

## ***Del ideario pedagógico de José de la Luz y Caballero***

**Justo Chávez Rodríguez**

Premio de la Crítica, 1995, a las mejores obras científico-técnicas, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, Cuba, 1992, 184 pp., 11,5 x 17,8 cm, rústica.

**AMÉRICA HA TENIDO** grandes educadores; entre ellos descuella José de la Luz y Caballero. Nacido el último año del siglo XVIII, su recia personalidad cubre más de la mitad del siglo XIX cubano. Sus ideas filosóficas, sociales y, sobre todo, pedagógicas, tienen un indiscutible valor.

"¡Yo no vi casa ni tribuna, en el Cayo ni en Tampa, sin el retrato de José de la Luz y Caballero!", expresaría José Martí en 1892, durante la etapa febril de preparación de la guerra del 95, en Estados Unidos. Y, curiosamente, durante esta etapa el nombre del viejo maestro surge muchas veces de los labios martianos y, junto con él, el empleo de adjetivos como "augusto", "inefable", "sabio" o con el epíteto por el que muchos lo conocerían después: "padre amoroso del alma cubana". Esta admiración se resume, tal vez, en este fragmento extraído de una carta que escribiera José Martí en 1892: "Por dos hombre temblé y lloré al saber de su muerte, sin conocerlos, sin conocer un ápice de su vida: por Don José de la Luz, y por Lincoln".

El conocimiento profundo de la labor desplegada por José de la Luz y Caballero no resulta fácil en la actualidad. Dispersa en artículos y revistas, y en muy escasos textos, su obra requiere del paciente rastreo de quien quiera conocerla a fondo.

Y eso precisamente hace el doctor Justo Chávez Rodríguez en su libro *Del ideario pedagógico de José de la Luz y Caballero*, Premio Nacional de la Ciencia y la Técnica que otorgan la Academia de Ciencias de Cuba y la Editorial Pueblo y Educación.

La estructura de la obra tiene una marcada intención didáctica. Después de un breve panorama



ma de la enseñanza en Cuba entre 1790 y 1878, que sirve de introducción a la figura de Luz, se invita al lector a dilucidar por sí mismo varias interrogantes acerca de las ideas de este pedagogo, su repercusión en su época y su vigencia.

El estudio crítico del ideario pedagógico de José de la Luz y Caballero, ocupa la parte medular del libro seguida de una especie de resumen que, a manera de conclusión, sirve para recapitular los aspectos esenciales que se abordan. Una amplia cronología de la vida y obra de José de la Luz y una bibliografía esencial completan este ameno texto.

El análisis de varias etapas en el desarrollo del pensamiento pedagógico de Luz —o “cortes”, como prefiere distinguirlas el autor—, aporta elementos esenciales en cuanto a la formación y evolución del pensamiento del notable pedagogo que centró todo su interés en la educación de jóvenes para quienes el espíritu investigativo y la independencia de criterios constituyeran rasgos distintivos.

La ejemplificación abundante es otro de los méritos de este libro. Las oportunas citas —extraídas en ocasiones de materiales prácticamente inéditos— ilustran con exactitud las ideas que se quieren enfatizar y son particularmente esclarecedoras en todo lo concierne a las luchas de Luz contra las concepciones escolásticas, a su preocupación central por el método —que tiene como base la necesidad del estudio del mundo natural, lo más próximo al niño— y a su defensa de la experimentación.

El libro mueve a la reflexión. Se parte del presupuesto de que el lector inteligente debe polemizar con el autor y deja abierta la puerta para las inferencias personales, las necesarias dudas y la obligada búsqueda. Es este, tal vez, el mayor mérito de la obra: servir de acicate a la reflexión. Y es que al lector de este texto se le brinda la oportunidad de acercarse a las concepciones

lucistas —sorprendentemente modernas— acerca de la educación (¿impulsora del progreso social?), la escuela como institución social; el sentido integral de la educación, la organización del trabajo educativo; la esencia del contenido de la enseñanza (¿saber bien o saber mucho?), la formación del maestro...

*Del ideario pedagógico de José de la Luz y Caballero* demuestra cómo las ideas pedagógicas lucistas forman parte indefectible de la tradición pedagógica progresista de Cuba y tiene innegable vigencia en nuestra actualidad americana.

En la América de hoy, los educadores se acercan cada vez más a la observación de muchos problemas comunes en cuanto a la educación y tratan de encontrar soluciones a cuestiones tan importantes como el desarrollo de las capacidades y habilidades y prestan atención de manera particular en enseñar a razonar. El viejo reclamo de otro gran educador, Félix Varela —maestro de Luz— halla en éste, con sus particulares características, una lógica continuidad: ante todo objeto y situación, “lo primero es pensar”.

Fruto de muchos años de estudio y de ardorosa investigación, esta obra del doctor Justo Chávez ve la luz en un momento muy oportuno, casi al cierre de un siglo y a las puertas de otro, con la esperanza de que los avances de la ciencia y la técnica no nos limiten la visión del ser humano y que, tal como lo deseaba Luz y Caballero, siga siendo el *hombre* como un todo integral, el centro de interés de la humanidad.

Ese humanismo, sello de toda la obra de Luz, es el mensaje —y una de las muchas lecturas— de esta obra que recomendamos. Cumple, entre otras cosas, la posibilidad de brindarnos una explicación certera de aquella caracterización que de José de la Luz brindara José Martí: “Él había dado a su patria toda la paciencia de su mansedumbre, todo el vigor de su raciocinio, toda la resignación de su esperanza”.

## ***Bajo la piel de la manigua***

**Rolando Rodríguez**

Editorial de Ciencias Sociales,  
Instituto Cubano del Libro,  
*Colección Historia de Cuba*,  
La Habana, Cuba, 1996,  
252 pp., 14 x 21 cm, rústica cromada.

EL 27 DE OCTUBRE de 1873 aparentaba transcurrir con normalidad en Bijagual, vivac donde acampaba el general Calixto García. Mientras la tropa acantonada allí se alistaba para un pase de revista, moradores del ran-

cherío inmediato presenciaban qué sucedía, sin sospechar que ocho miembros de la Cámara de Representantes determinaban la destitución del presidente de la República en Armas, Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo.

Desde ese mismo atardecer, Fernando Fornaris y Céspedes —uno de los reunidos— comenzó a redactar para la posteridad los apuntes que nos aproximan, de primera mano, a las razones que los indujeron a tan funesto acuerdo. Después de

algo más de 120 años, durante los cuales este documento permaneció inédito y que su autor denominara "Rasgos de la guerra de Cuba", ve la luz junto con otros pasajes de la guerra. En éstos, Fornaris relata sucesos vitales, como el fraguado de la guerra y describe diferentes personajes de la manigua. Todo lo recogido en sus dramáticos escritos le presta a su testimonio un singular valor.

Rolando Rodríguez antepone al texto de Fornaris un amplio estudio valorativo del primer lustro de la Guerra Grande, en el que hay datos a veces desconocidos; y desde la óptica histórica analiza sus causas, desarrollo y el enorme error de la Cámara con su infortunada decisión que constituyó, sin dudas, el origen del gran revés con el cual concluyó una contienda que en realidad no había hallado su fin.

*Rafaela Moreno*

## ***A 30 años de un Instituto***

Apenas concluía el primer trimestre para la Revolución Cubana en el poder, cuando se promulgó la *Ley 187* de marzo de 1959, por medio de la cual quedaron planteados los resortes de estimulación para la producción literaria y científica que traza por primera vez en Cuba el proyecto para un sistema editorial consecuente con la visión cultural de la nación. Se funda la *Imprenta Nacional de Cuba*, cuyos principios funcionales se aúnan en la actividad para ediciones múltiples con el Departamento de Literatura y Publicaciones del Consejo Nacional de Cultura.

Son años de extraordinarios esfuerzos distinguidos por la histórica empresa alfabetizadora de 1960-1961; Casa de las Américas, primero, y las ediciones UNIÓN de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba, después, brindan posibilidades a los intelectuales cubanos y del exterior. Mientras, en 1962 se inaugura una nueva etapa con un organismo de autonomía propia en

el desarrollo de la industria del libro y su estructu-

ción editorial: la *Editorial Nacional* agrupa la base material existente y deviene respuesta necesaria ante el auge cultural de la lectura y el libro, con cuyo programa social se diversifica la política de ediciones.

Entre 1962 y 1966 ha de producirse un desarrollo que, en su base técnico-poligráfica, plantea el requerimiento indispensable de editores, redactores, diseñadores y correctores; son tiempos en los que se forja una interrelación que encamina la profesionalización a golpe de práctica diaria.

A mediados del 60, los textos universitarios reclaman atención, una vez que han ido resolviéndose los problemas de textos en los niveles de primaria, secundaria y educación para adultos. Como respuesta revolucionaria a una imperiosa necesidad del conocimiento en el avance cultural general del país, el libro para el estudiante

universitario tuvo su realización en *Edición Revolucionaria* durante 1965 y 1967.

Este proyecto editorial, en su conceptualización y ejecución superior, constituyó desde diciembre del 65 la base para un proceso sólido de producción y distribución; ante la experiencia acumulada deviene indispensable concebir un centro institucional capaz de organizar en sistema los complejos componentes de la industria librera. En apenas ocho años, un vertiginoso accionar editorial en Cuba, impulsado por la Revolución y como parte indisoluble del desarrollo sociocultural emprendido en la Isla, sienta los pilares para que en mayo de 1967 surja el *Instituto del Libro*.

En la estructura concebida para este Instituto entran a formar parte aquellos organismos destinados a editar libros y en su política editorial se programa la selección, procesos, producción y distribución. Se consolida una base poligráfica y un sistema editorial, mientras su organización permite a esta actividad extender todo su accionar para hacer libros. Ahora, las tareas dadas al Consejo Nacional de Cultura, la Editorial Nacional y las editoras Pedagógica, Política, Universitaria y Juvenil, las ramas del comercio —nacional e internacional— quedan unidas en el Instituto del Libro.

Las perspectivas se consolidan, paso a paso, en las *series editoriales*, cuyas especialidades

proyectan la difusión de géneros literarios, tanto científicos, pedagógicos como de bellas letras. *Arte y Literatura, Ciencias Sociales, Pueblo y Educación, Gente Nueva, Ciencia y Técnica, Orbe y Ámbito* —las dos últimas desaparecidas posteriormente—, devienen las primeras editoriales que, con mayor autonomía y rango en su gestión, han de integrar, desde la década del 70, su vida a la cultura de la nación, ampliando sus temas, títulos y tiradas. En este camino, al Instituto se unirán, con su impronta, *Letras Cubanas y Oriente*.

El nivel de desarrollo intelectual en el contexto social cubano, posibilitó una transformación profesional en los equipos redaccionales de las editoriales del Instituto, así como en sus estructuras poligráfica y comercial. Quienes redactan estas líneas a manera de breves apuntes, no pueden dejar pasar por alto aquellos tiempos de vivencia a la distancia de tres décadas, momentos fundacionales que traen a la memoria a quienes con su tesón creador hicieron y hacen que, para siempre, hoy multiplicado en otras casas editoriales, mantenga su existencia el libro cubano.

Gladys Alonso González  
Luis M. de las Traviesas Moreno

• • • • •

**Premios de la Crítica** a las mejores obras de ciencias sociales publicadas en 1995, en el contexto de la premiación efectuada en el Palacio del Segundo Cabo, por la significación cultural y los aportes de sus autores al desarrollo de la sociedad cubana, así como su manera de estimular el devenir profesional de las editoriales en esa arista del conocimiento, y bajo los auspicios de la Academia de Ciencias de Cuba y el Instituto Cubano del Libro, el jurado integrado por Lidia Turner como presidenta y María Cristina Santana, Humberto Muñiz, Aida Sánchez, María Teresa Cornides, Miriam Pedroso, Estrella Rey, Oscar Zanetti, Jorge Ramírez y Julio César González, otorgaron el pasado diciembre estos premios a:

- LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ  
*Estrofa, imagen, fundación, la oratoria de José Martí*  
Editorial Pueblo y Educación
- DIEGO GONZÁLEZ GUERRA  
*Teoría de la motivación y la práctica profesional*  
Editorial Pueblo y Educación
- ALBERTINA MITJANS  
*Creatividad, personalidad y educación*  
Editorial Pueblo y Educación

• ENRIQUE M. ALONSO  
*Fundamentos para  
la historia del guanahatabey de Cuba*  
Editorial Academia

• JORGE IBARRA CUESTA  
*Cuba: 1898-1958.*  
*Estructura y procesos sociales*  
Editorial de Ciencias Sociales

• DAISY FARIÑAS GUTIÉRREZ  
*Religión en las Antillas*  
Editorial Academia

• EDUARDO TORRES-CUEVAS  
*Felix Varela. Los orígenes de la ciencia  
y conciencia cubanas*  
Editorial de Ciencias Sociales

---

## Ha muerto Tuñón de Lara

---

Hace unos meses el periódico madrileño *El País* publicaba la triste noticia. El sábado 25 de enero de 1997, a las cuatro y media de la tarde,

en su residencia de Leioa, Vizcaya, había fallecido Manuel Tuñón de Lara. Tenía 81 años. Cuenta el periódico que desde septiembre del pasado año presentaba un cuadro patológico de varias enfermedades, pero, según declaró uno de sus discípulos —José Luis de la Granja—, “murió de vejez”. La memoria es ingrata; a veces también los hombres; simplemente, escogen sus recuerdos. Tuñón debe quedar. Debe estar entre los escogidos. No sólo por los españoles, siempre devotos del buen hacer, sino también, entre los cubanos, no menos amantes de la justicia. Las obras de Tuñón de Lara dieron vida, calor y sentido humano al sofocante esfuerzo por hacer historia entre los jóvenes que buscábamos un buen modo de hacer historia desde la década del 70. Es, en sí, un historiador universal; un historiador mayor no sólo por el contenido de su obra, la cual, aunque centrada en España, también es una propuesta del modo de trabajar la historia.

Pocas han sido, en verdad, las figuras a las que debe la España actual la renovación de sus estudios históricos como parte del esfuerzo por superar el oscurantismo y el atraso a que la había sometido el franquismo. Tras ese escaso y

trascendental grupo marcharon, en debates creadores, las legiones de historiadores que hoy reviven la historia de España y le han

dado una riqueza enorme al, hasta no hace mucho, adormecido universo cultural hispano. Artola, Jover, Seco, Carr, Vilar y, muy en especial, Tuñón de Lara “han hecho —según Juan Pablo Fusi— del estudio de la historia de España de los siglos XIX y XX una realidad trascendente, y ello, porque han transformado esa historia en una disciplina rigurosa y académica”.

Si la importancia de Tuñón en la historiografía española resulta de una significación excepcional, también estamos en la obligación de expresar que, más modestamente, de este otro lado del Atlántico —en particular en Cuba—, sus obras contribuyeron de manera notable a una mejor comprensión del mundo hispano con el cual tenemos numerosos lugares comunes; aún más, la obra de Tuñón de Lara fue una de las propuestas más profundas que nos llegó de España y, a la vez, una relevante contribución a la comprensión de nuestra propia historia y de nuestro universo cultural. La actividad creadora de Tuñón, por ejemplo, pero, sobre todo, por su profunda raigambre humana, merece ser estudiada y divulgada.

*Debates Americanos* no puede dejar, por lo menos, de reseñarla en breves líneas en espera de empeños mayores.

Manuel Tuñón de Lara nació en Madrid el 8 de septiembre de 1915. Estudió Derecho e Historia en la Universidad Complutense durante la II República, dando inicio aquí a su larga historia de compromiso político. Militó en la Unión Federal de Estudiantes Hispanos (FUE), de la cual llegó a ser secretario general. Durante la guerra civil combatió en el ejército republicano, perteneciendo a las Juventudes Comunistas. Tras el triunfo del franquismo reorganizó la clandestina Unión de Intelectuales Libres, trabajando al interior del país. Perseguido muy activamente por la policía política franquista, no tuvo, al cabo de diez años, otra alternativa que el exilio. Francia lo acogió en noviembre de 1946.

En París prosiguió sus estudios en la Sorbona donde obtuvo el título en Derecho Constitucional. Más tarde se graduó en la Escuela de Altos Estudios en Historia Económica y Social. Largas jornadas de estudios y sus numerosos diálogos con historiadores franceses como Pierre Vilar, configuraron en él una cultura profunda, madura y amplia.

Después de casi dos décadas en París centró sus actividades como profesor e investigador en la Universidad de Pau. Aquí realiza una de las obras más trascendentes para el recambio intelectual del mundo hispano. A partir de 1970, organiza sus célebres cursos y coloquios de Historia de España, que tenían el objetivo, dada la cercanía de Pau a la frontera española, de enseñar a las nuevas generaciones del interior del país las posibilidades y riqueza de la historia española fuera del cerrado esquematismo político y de la pobreza intelectual a que la había condenado el franquismo. Uno de los méritos más reconocidos de la que se ha dado en llamar "la Escuela de Pau", es haber creado una cultura del debate y de la tolerancia, hasta entonces desconocida en el mundo académico de la España franquista.

"Durante décadas —comenta el periódico *El País* de Madrid— era proverbial que jóvenes españoles volvieran de sus viajes a Francia cargados con sus libros aquí prohibidos, que eran parte del equipaje intelectual cotidiano en la lucha contra la dictadura".

En torno a aquellos encuentros expresa el historiador Borja de Riquer: "Los coloquios de Pau,

celebrados al final del franquismo y en plena transición, influyeron sobre muchos historiadores de izquierda, aunque algunos, ahora, quieran minimizar esa influencia. Lo cierto es que se produjeron en un momento en que la universidad española estaba en crisis y en la que sobrevivían casi exclusivamente profesores de la vieja escuela. Por esta razón, los estudiantes y profesores más inquietos hallaron en los encuentros que Tuñón organizó una plataforma de debate marxista aplicado a las ciencias sociales".

De esos encuentros dice Juan Pablo Fusi: "los Coloquios de Pau, que Tuñón de Lara organizó entre 1970 y 1980 —continuados en España en los Coloquios de Historia Contemporánea celebrados, siempre bajo su dirección, a partir de 1984— supusieron uno de los mayores y más interesantes empeños historiográficos que se hayan llevado a cabo en la historia reciente de la historiografía española".

Otro historiador español, Santos Juliá, escribe: "Lo que destaca de la personalidad de Tuñón fue su condición de animador, casi de agitador de historiadores, su contagioso entusiasmo, su capacidad para organizar debates. Vivía o revivía hondamente la historia. Mantuvo así durante una década los coloquios de Pau, que fueron un espacio de libertad en el que una generación de jóvenes historiadores pudo conocerse e intercambiar sus investigaciones. Testigo y protagonista de acontecimientos cruciales de nuestra historia, arrancado de ella por un largo exilio, tal vez a esa doble condición se deba su indeclinable vigor por mantener sin desmayo el afán de conocer más. No cejaba, se mantuvo siempre en la brecha".

Desde otro ángulo es el enfoque del profesor Javier Corcuera: "Tuñón ha sido un gran historiador, un extraordinario trabajador, una bellísima persona cuyas puertas han estado siempre abiertas para cualquiera que ha querido acercarse a ella. Sus libros seguirán enseñándonos muchas de las cosas que sabía, y seguirán mostrándonos cómo un historiador ha de acercarse a la historia. El lector inteligente podrá también descubrir en ellos la riqueza de un hombre lúcido en sus preguntas y en sus respuestas y podrá, casi seguro, intuir su profunda humanidad". Y concluye

Corcuera: "Su vida había estado muy marcada por el compromiso político y por la guerra civil. En Pau comenzó algo que me sigue pareciendo un milagro que pudiese funcionar: gentes llegada de toda España discutíamos con franceses y pudimos descubrir algo que no podía por entonces darnos España: debatir en libertad".

El dirigente de la Nueva Izquierda española, Diego López Garrido, se considera "uno de esos jóvenes españoles que Tuñón contribuyó a formar". "Fue mi primer historiador de referencia. Su análisis de España transmitía a su vez una visión moral. Daba conocimientos, pero también formas de lucha por la libertad".

Tras la caída del franquismo continuó Tuñón sus coloquios en Madrid, Segovia, Cuenca y, finalmente, en la Universidad del País Vasco.

La obra escrita legada por Tuñón de Lara es de una importancia excepcional. Javier Tusell observa: "Cuando, dentro de algunos años, se escriba la reciente historia de la historiografía española, sin duda su nombre servirá para designar un período. Ante todo y sobre todo, Tuñón ha sido un divulgador de enorme impacto social en unos años decisivos, los de finales del franquismo y el comienzo de la transición. Lo fue de toda la época contemporánea, pero de forma especial de aquella más cercana. La sed de conocimientos acerca del propio pasado que se sentía entonces encontró en sus libros un alivio cuando todavía quedaba mucho por investigar de forma monográfica".

Tuñón de Lara tuvo el mérito de saber cómo hacer a través de un camino muy difícil. Sus libros más conocidos son manuales; género, para muchos, "condenado a ser efímero". Pero, a fuer de honestos, habría que reconocer que constituye un género sumamente difícil cuando la intención es captar, en síntesis apretada, la esencia de una época. Muchas veces, el papel de los manuales ha sido más trascendente en la creación de las conciencias históricas por tener un público más amplio que la investigación especializada. Un buen manual sólo es posible con una buena cultura histórica. Junto a las visiones ligeras y superficiales de manuales de ocasión, los que responden a concepciones maduras quedan como obras antológicas. En Cuba están los de

Ramiro Guerra y Fernando Portuondo. España tiene el tesoro de los de Tuñón. En ellos, especialistas e iniciados tienen, a la vez, distintas lecturas de un mismo capítulo. Porque dentro de sus análisis —sólo posibles por su cultura histórica y el resultado de investigaciones factuales— se descubre al especialista de determinadas temáticas poco estudiadas hasta entonces.

Sólo destacamos aquí alguna de las áreas más notables de las investigaciones de Tuñón de Lara: el movimiento obrero español, el poder de las élites, la relación cultura-sociedad, la II República española, la reforma agraria, la guerra civil, el franquismo y el hecho religioso en España, sobre el cual arrojó una luz antes desconocida. Al lado de sus conocidos manuales dejó sus libros especializados. Se encaminó al origen de la formación y evolución de la España contemporánea, de sus crisis y de sus problemas. Y ese contenido de su obra resulta trascendente no sólo por su intrínseco valor científico, sino también por lo que todos reconocen en él: "una excepcional honestidad profesional".

Por ambas cosas fue el maestro nunca olvidable de las generaciones de historiadores posteriores.

Sería extensa la relación de los títulos publicados por Tuñón de Lara; en nuestro caso, de seguro incompleta. En espera de la publicación del catálogo de sus obras, sólo citaremos aquí algunas de las más conocidas: *La guerra civil española. 50 años después*; *La Segunda República*; *España bajo la dictadura franquista*; *La España del siglo XIX*; *La España del siglo XX*; *Historia y realidad del poder*; *Medio siglo de cultura española*; *El movimiento obrero en la historia de España*; *El hecho religioso en España*; *Estudios sobre el siglo XIX*.

Con esta breve síntesis, sobre todo de testimonios, *Debates Americanos* rinde homenaje al maestro Manuel Tuñón de Lara y convoca al estudio de su obra, que tantos caminos abre a la comprensión del mundo social y cultural hispano y latinoamericano.

---

**El 31 de enero**, en el Palacio del Segundo Cabo —sede del Instituto Cubano del Libro—, se otorgó el *Premio Nacional de Ciencias Sociales* correspondiente a 1996 a dos prestigiosos historiadores: Estrella Rey Betancourt y Jorge Ibarra Cuesta, quienes se unen así a las distinguidas personalidades del trabajo intelectual cubano que ya en 1995 fueron merecedores de este alto premio de la cultura nacional: Hortensia Pichardo Viñals, Carlos Rafael Rodríguez y Julio Le Riverend Brusone.

Este premio quedó instituido por el ICL y la Academia de Ciencias de Cuba para reconocer el conjunto de la obra de los autores cubanos vivos y residentes en la Isla, destacados en su trabajo en las ciencias sociales.

\* \* \*

**El pasado 24 de febrero**, la Unión de Historiadores de Cuba galardonó con el Premio Nacional de Historia 1996 a dos grandes de la ciencia histórica cubana: Hortensia Pichardo Viñals y Julio Le Riverend Brusone, por el aporte excepcional del conjunto de sus obras y consecuente labor de investigación por ellos desarrollados.

\* \* \*

**En los días 25 al 28 de marzo**, el primer Encuentro Iberoamericano de Editores tuvo sus reuniones en La Habana bajo el principio del libro como puente de amistad y vehículo difusor de ideas, auspiciado por el Centro Iberoamericano de Investigación y Desarrollo de la Comunicación Gráfica, el Instituto Cubano del Libro y la Cámara Cubana del Libro.

---



# CASA<sup>de</sup> ALTOS ESTUDIOS Don Fernando Ortiz

---

CÁTEDRA UNIVERSITARIA CONSTITUIDA PARA LA PROMOCIÓN DEL ESTUDIO Y ANÁLISIS DEL DEVENIR HISTÓRICO DEL PENSAMIENTO SOCIAL CUBANO, AMERICANO Y UNIVERSAL, EL PASADO 18 DE ABRIL QUEDÓ FUNDAMENTADA EN RESOLUCIÓN RECTORAL CON LA PRESENCIA DE PERSONALIDADES DEL QUEHACER INTELECTUAL Y CULTURAL DEL PAÍS

---

En su sede de L y 27, en la casa de don Fernando Ortiz, el rector de la Universidad de La Habana, doctor Juan Vela Valdés, dio lectura al acta constitutiva de esta Cátedra para el Desarrollo Interdisciplinario de las Ciencias Sociales, la cual “contribuirá a colocar el potencial científico universitario en las áreas concernientes a los estudios históricos, sociales, políticos, ideológicos y culturales, así como y muy parti-

cularmente, los relativos a la evolución y desarrollo de las corrientes de pensamiento, dentro de una estrategia que permita dar respuestas a las necesidades actuales que se plantean las ciencias sociales cubanas y contribuir a la inserción del marxismo-leninismo como propuesta teórica en el estudio del pensamiento cubano”.

Rubén Zardoya, decano de la Facultad de Filosofía e Historia, a la cual se adscribe la Cátedra Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, y el doctor Eduardo Torres-Cuevas, presidente de la Cátedra, expusieron en sus intervenciones los objetivos, funciones y perspectivas de este nuevo espacio de debate y discusiones teóricas por mediación de seminarios, talleres, conferencias, eventos científicos y publicaciones, lo cual posibilite la conjunción académica e investigativa, no sólo para las ramas de estudio de la Facultad, sino también para profesores, investigadores de otras facultades y centros de investigación vinculados a los estudios de las ciencias sociales.

El doctor Armando Hart Dávalos, en sus palabras de clausura, profundizó en aspectos meridianos de la espiritualidad humanística que, en los complejos tiempos de hoy y desde la cultura socialista, martiana y revolucionaria, cada cientista social ha de desempeñar en pro de la consolidación de nuestra nacionalidad.

calle L,  
e/ 27 y Jovellar  
Vedado,  
La Habana, Cuba  
Telf. 33-4071  
Fax 33-4104



# HOTEL HORIZONTES

# HORIZONTES

*A menos de sesenta metros de la Universidad de La Habana  
y a unos pasos de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,  
una céntrica y acogedora hospitalidad.*

*Confort, buena cocina y trato personalizado. La mejor opción  
para académicos, especialistas universitarios e intelectuales durante  
su estancia en La Habana.*



ORGANIZACION DE LOS COMITÉS DE DEFENSA

Zim:re. Mujeres Libres Ferra.

... de sus destinos el día ya próxi-  
 ... de su ... .. El pa la  
 Revolución ... .. el gr ... .. de nuestra  
 guerra ... .. el pue ... ..  
 ... ..  
 ... ..  
 ... ..  
 ... ..  
 ... ..  
 ... ..  
 ... ..  
 ... ..  
 ... ..  
 ... ..  
 ... ..



De Madrid viene ahora  
 tierras, en donde los hermanos  
 con sus hermanos ha sabido de  
 trar sus indiscutibles méritos y  
 sus virtudes patrióticas, tiene a sus  
 carnos, como del jefe del nuestro Ma-  
 yor Gómez, el General Serafin Sa-  
 cher a quien ha confiado la organiza-  
 ción de nuestro Ejército.

... ..

El ... ..

... ..